



Amnesia

Federico Axat



DESTINO

0.J.57

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

ESH

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

ESH

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

«Me llamo John Brenner, tengo veintisiete años y soy exalcohólico. La noche del sábado 15 de mayo desperté en el suelo de mi casa sin poder recordar absolutamente nada de las últimas horas. A mi lado había una botella de vodka vacía, una pistola y el cadáver de una chica joven y hermosa que no había visto nunca antes en mi vida.

¿Soy el asesino o alguien llevó a cabo el montaje perfecto? No puedo probarlo, pero creo que me han tendido una trampa. Soy un hombre con una vida simple, divorciado, padre de una niña de cuatro años, y no puedo imaginar quién querría inculparme de un asesinato.

Sin embargo, sé que la respuesta está escondida en algún sitio recóndito de mi mente. Sueño de forma recurrente con esa chica, y en los sueños me guía por el bosque hasta un sitio que parece ser importante para ella.

Al llegar, la chica me repite una y otra vez la misma frase perturbadora: “Has olvidado algo”. Al principio pensé que los sueños no eran más que la expresión de mi subconsciente atormentado, hasta que encontré un extraño artículo en internet:

¿HAS SOÑADO CON LA CHICA DEL VESTIDO AZUL? NO ERES EL ÚNICO»

Amnesia

Federico

Axat

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1442

*A mis padres,
Luz L. Di Pirro y
Raúl E. Axat*

Nos damos vuelta para enfrentar al frío, gélido y duradero mientras el día le pide piedad a la noche.

One Tree Hill, U2

1

Encontré a la chica muerta de un disparo en el salón de mi casa.

Desperté envuelto en una bruma de confusión, como solía sucederme cada vez que me emborrachaba y caía rendido en otro sitio que no fuera mi propia cama. Mi primer contacto con la realidad fue el chirrido distante del columpio en el porche delantero; el segundo, un golpe a la lámpara de pie cuando estiré los brazos para desperezarme, todavía sin abrir los ojos. La fatalidad que caracterizaba mi vida últimamente hizo que la lámpara cayera al suelo y la tulipa estallara en mil pedazos.

En ese momento comprendí que estaba en el salón, tendido boca abajo. Tenía un intenso dolor en el pecho, el brazo izquierdo entumecido y la mejilla apelmazada. Al levantar apenas los párpados, lo primero que divisé fue la forma de la botella de vodka en la mesilla baja, a un metro de donde me encontraba. Desde aquella posición la perspectiva la había transformado en una obra colosal, un obelisco a la altura de mi fracaso. Hice una mueca de desagrado y de nuevo me sumí en la oscuridad que empezaba a resultarme tan familiar. La vocecilla acusadora empezó a hablarme casi de inmediato. He asumido mi problema con el alcohol y aprendido a escucharla durante esos primeros instantes de pesadez y culpa. Lo hago en silencio, como un niño que recibe una merecida reprimenda, recordando cuán lejos han quedado los tiempos en los que creía tener el control sobre mi vida, y que no importa cuántas veces se lo haya prometido a mi exesposa, o a mi hija (aunque ella no lo sepa), o incluso a mi abogada, volveré a caer en la misma trampa una y otra vez como un idiota. Tengo veintisiete años. Donald, mi mentor en Alcohólicos Anónimos, dice que me he dado cuenta a tiempo, que él a mi edad era un necio con una década por delante de excesos y

estupidez. No resulta un pensamiento demasiado reconfortante.

Cuando empecé a levantarme, un dardo con punta de acero se me clavó en la frente. Los brazos me temblaron y estuve a punto de dejarme caer, pero finalmente conseguí erguirme en lo que fue la lagartija más penosa de mi vida. He aprendido a ignorar una resaca leve, incluso a convivir con una moderada; sin embargo, no hay nada que hacer ante una de proporciones épicas. Me costaba determinar a cuál de ellas me enfrentaba esta vez.

Abrí los ojos.

La ventana era un rectángulo negro; de algún modo me había teletransportado al futuro y ya había anochecido. ¿Era posible que no recordara absolutamente nada de las últimas horas? No sería la primera vez, pero el hecho no dejaba de maravillarme. Normalmente aquí la vocecilla iniciaba la segunda parte de su discurso habitual, ya no basado en el reproche aleccionador sino en la culpa y la resignación; desaparecía la vehemencia y la furia y sólo quedaba la triste aceptación de una causa perdida. Pero esta vez no hubo tiempo para lamentos, porque mientras me concentraba en la botella, una forma resplandeciente en el suelo atrajo mi atención, y lo que durante apenas un instante fue un destello en forma de L no tardó en revelarse como la pistola Ruger P85 que había pertenecido a mi padre.

Fue entonces cuando con el rabillo del ojo divisé el cuerpo. Todo esto debió de suceder en menos de medio minuto, pero en mi mente los acontecimientos se desarrollaron con una lentitud pasmosa. Giré la cabeza, consciente de que algo no estaba bien, y allí estaba la muchacha, boca abajo, cubierta con una sábana blanca. Tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha, hacia donde yo estaba, los ojos abiertos puestos en el infinito.

Me considero una persona fuerte. A los once años encontré a mi madre muerta tras una larga agonía a causa de una enfermedad terminal. Mi padre fue detenido, acusado de haberla asfixiado con una almohada, y al poco tiempo se disparó en la cabeza con una escopeta que le pulverizó el cráneo. A él no tuve que verlo, pero estaba solo en casa cuando la policía se presentó a darme la noticia. El cadáver de la chica, a quien más tarde me referiría como la chica de la gargantilla —aunque en ese momento no llevaba ninguna—, me afectó de un modo diferente, porque había en su mera existencia algo espeluznante que me incriminaba inequívocamente.

Fui hacia el cuerpo olvidándome por un momento de las palpitaciones en la cabeza. Mi vista viajaba de la muchacha al arma. Del arma a la muchacha. El miedo llegó, y con él la pregunta obvia.

¡¿Qué has hecho?!

Nunca había visto a esa chica en mi vida, de eso estaba seguro; sin embargo, había algo en ella que me resultaba extrañamente familiar.

2

Sin pensármelo dos veces, la puse boca arriba y comprobé que no tenía pulso. La piel aún estaba tibia, pero de algún modo sabía que no podría hacer nada por ella. Oprimí su pecho una y otra vez, soplé aire entre sus labios, volví a oprimir el pecho y seguí hasta que la consciencia me dijo que había cumplido con mi deber. Me quedé arrodillado a su lado, mis manos y mi cara embadurnadas de sangre, y la observé con un poco más de detenimiento. El suyo era un rostro hermoso, ese tipo de belleza que no admite discusión; no aparentaba más de veinte años. Llevaba una camiseta blanca, unos shorts azules con corazones blancos y zapatillas DC. El disparo le había dado en la espalda, a la altura del corazón.

Observé la sábana que había dejado a un costado, ahora hecha una bola irregular. Un río de sangre estaba a punto de alcanzarla de modo que la aparté con el pie.

Entonces perdí la calma. Hasta ese momento mis actos habían estado marcados por el sentido común; había hecho todo lo posible para salvarla. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Mis manos temblaban. Escruté el salón con la sensación de estar siendo observado; me concentré en la botella vacía, después en mis manos y por último en el arma. Caminé de un lado para el otro mascullando palabras ininteligibles. Tenía que llamar a la policía.

—Llama ahora mismo, Johnny —me dije mientras cruzaba el salón a toda velocidad.

Pasé junto al cadáver y ni siquiera me atreví a volver a cubrirlo con la sábana. Fui hacia la cocina y me lavé las manos y el rostro frenéticamente.

—¡Mierda!

Seguí frotando la piel hasta que el agua del fregadero recuperó su cristalinidad. Me quité la camiseta manchada de sangre y la dejé en el canasto de la ropa sucia. En la lavadora había ropa limpia así que rebusqué hasta encontrar una camiseta y me la puse.

La policía te preguntará por qué te has cambiado de ropa.

—¡Porque no puedo soportar la puta sangre! —estallé ante nadie.

La chica acaparaba toda mi atención en ese momento, pero había una parte de mí que seguía pendiente de la botella. Era la botella la que lo complicaba todo.

La agarré y la sostuve en alto, conteniendo el deseo de gritar y de lanzarla con fuerza contra el suelo. ¿Qué iba a hacer con ella?

Estás en medio del bosque. Algo se te ocurrirá.

Mi cabeza había entrado en un ciclo del que no podía escapar. Salí por la puerta de delante y rodeé la casa para internarme en los bosques que se extienden más allá de mi propiedad hacia el norte de New Hampshire. Corrí a toda velocidad, agitando la botella vacía como un maníaco. Dos veces estuve a punto de caer de bruces y a la tercera no tuve tanta suerte: aterricé en la raíz de un abeto y mi labio inferior se llevó la peor parte.

Genial, ahora tendrás que explicarle a la policía cómo te has partido el labio.

Me encontraba a unos cincuenta metros de casa, en un camino peatonal que había transitado un millón de veces durante mi infancia, y otras tantas en la adultez. Fue entonces cuando escuché el estampido. Me quedé helado, muy quieto, tendido en la tierra y paladeando el sabor metálico de la sangre. ¿Había sido un disparo? Creía que no, pero todo había sucedido muy rápido. En aquella dirección se encontraba un sitio que con mi hermano habíamos bautizado hacía mucho tiempo como el promontorio del reptil. Era curioso, porque hasta ese momento no me había planteado seriamente la posibilidad de que yo pudiera haber matado a la chica, y sin embargo tampoco pensaba que el asesino pudiera seguir en las inmediaciones. Menuda paradoja.

Tenía que deshacerme de la botella y reevaluar la situación.

Recorrí a trote ligero el resto del trayecto hasta Union Lake, unos quinientos metros en total. Me detuve en el acantilado, la masa de agua era un gran ojo negro que reflejaba la luna en el centro. En la orilla opuesta, en la cima de una

colina y asomando entre los árboles, estaba la planta de agua abandonada.

Lancé la botella con todas mis fuerzas, como si eso ayudara a librarme del verdadero problema. El lago se la tragó con un ¡plop! y todo volvió a ser como antes. Esa noche los búhos estaban particularmente animados.

Me quedé allí, francamente sin saber qué hacer, el labio empezaba a hincharse y sabía que tenía que volver; había una muchacha muerta en mi casa que se merecía más que a un tipo mediocre preocupado porque su renovada afición por la bebida saliera a la luz.

Me estaba dando la vuelta cuando capté algo sobre la orilla del lago. Entre las plantas, un globo blanco se escondió: un rostro. Las ramas se sacudieron y alcancé a divisar una figura que se fundía con la noche.

Decidí regresar por el camino más directo, apartándome del sendero. Eso me permitiría además echar un vistazo en el promontorio del reptil. Si algo empezaba a tener claro era que debía llegar a casa y llamar a la policía de una vez por todas.

3

En el promontorio había una empalizada de piedra que servía perfectamente para sentarse. Apenas llegué, algo llamó mi atención en una de las imperfecciones de la roca, y al acercarme comprobé que se trataba de una colilla retorcida. Me quedé mirándola, quizás atribuyéndole más relevancia de la que en verdad tenía, y me palpé el bolsillo con la intención de sacar el móvil para encender la linterna y buscar otros indicios de visitantes. Maldije al descubrir que me había dejado el móvil en casa. Con el resplandor lunar como único aliado, busqué más colillas pero no las encontré; sólo aquella solitaria evidencia de que alguien había estado allí.

Muy cerca, en dirección noroeste, había un viejo camino de tierra abandonado desde hacía años. Si alguien había llegado hasta allí en coche era muy probable que lo hubiese hecho desde esa dirección, pensé. Bajé la colina a toda velocidad. La vegetación en aquella zona era tupida y apenas podía ver por dónde avanzaba, pero no me importó. Había explorado aquellos bosques lo suficiente para moverme prácticamente de memoria.

Incluso antes de llegar al camino intuí que había algo más que no cuadraba. A través del follaje divisé una descomunal forma oscura y estática: una furgoneta o una caravana pequeña. Me puse instintivamente alerta y caminé muy despacio, cuidando de no pisar ramas u hojas que pudieran delatarme.

Cuando llegué a la orilla del camino me oculté detrás de un árbol y comprobé que el vehículo era, efectivamente, una furgoneta Volkswagen: un monovolumen de hacía varios años, probablemente de los noventa. Estaba en muy malas condiciones de conservación, era gris, la chapa estaba en pésimo estado y los cristales sucios; mi primera impresión fue que alguien la había

abandonado; sin embargo, tenía matrícula y eso me desconcertó. Repetí los siete dígitos unas cuantas veces para memorizarlos.

Me acerqué por la parte de atrás pero me quedé a medio camino. Estaba de pie entre la maleza crecida, la furgoneta a pocos metros. Me embargó la misma sensación de opresión en el pecho que cuando descubrí el cadáver, veinte o treinta minutos antes. ¿Qué estaba haciendo? El cuerpo de la chica muerta se presentó en mi cabeza como la imagen efectista de una película de horror. La furgoneta podía estar relacionada con el cuerpo, cierto, ¿pero no era ésa la mejor razón para llamar a la policía? ¿Por qué había salido de casa sin el móvil?

En el fondo no quieres llamar a la policía, y lo sabes.

Desde donde estaba no podía ver el frente de la furgoneta, y la parte de atrás era completamente cerrada salvo por unos cristales pequeños, negros como los ojos de un calamar. Me acerqué con precaución, dando un ligero rodeo. La cabina estaba vacía. Me asomé por el lado del acompañante y vi dos vasos térmicos en la bandeja central. Uno de ellos parecía tener restos de pintalabios en el borde pero era difícil asegurarlo a través de aquellos cristales mugrosos.

Fui hacia la parte trasera. Aquel vehículo ya era sospechoso de por sí, pero la colilla de cigarrillo, el café, todo hacía suponer que los dos integrantes habían decidido pasar un buen rato en las proximidades de mi casa. Y si uno de ellos estaba en el salón de mi casa, sin vida, ¿dónde estaba el otro? Aparté una capa de tierra de los cristales traseros e intenté mirar, sin suerte. Permanecí de pie junto a la puerta corrediza; si alguien se había escondido allí dentro, yo estaba a punto de cometer la mayor estupidez de mi vida.

Tiré de la manilla con todas mis fuerzas, preparado para que la puerta no cediera, pero sí lo hizo, y con extrema facilidad. Un latigazo se extendió por mi brazo hasta el hombro. La puerta chocó contra el final del riel y me obligó a apretar los dientes en una mueca. El interior de la furgoneta estaba oscuro; nadie saltó sobre mí, lo cual fue una buena noticia, pero cuando mis ojos se acostumbraron divisé una serie de lucecillas desconcertantes. El vehículo había sido transformado para carga, es decir, que no tenía ningún asiento. En el centro había una mesa plegable pequeña, de esas de playa; sobre ella, un ordenador.

Entré. La pantalla del ordenador estaba oscura. Sobre la mesa había unas gafas rectangulares y un ratón inalámbrico. Toqué el ratón con la punta del dedo y el ordenador revivió.

En la pantalla apareció el salón de mi casa.

Retrocedí como si me acabaran de pegar un puñetazo en el pecho. Mi pie derecho pisó en el vacío y estuve a punto de caer. Me aferré a los laterales de la puerta.

Era una cámara de circuito cerrado, enfocada hacia los sillones. Si el encuadre hubiese sido un poco más amplio se vería el cuerpo inerte.

Me quedé mirando la imagen, sin poder dar crédito.

No sé cuánto tiempo hubiese permanecido allí, sin ser capaz de conectar los puntos de aquella noche descabellada, pero de repente la imagen se perdió y apareció la leyenda «sin señal».

Di media vuelta y me bajé de un salto. Ni siquiera me detuve a cerrar la puerta. Corrí a toda velocidad hasta mi casa; fueron cinco minutos con el corazón a puro galope. Había dejado la puerta de casa abierta, las luces encendidas. Entré sin preocuparme por nada; el miedo y el desconcierto empezaban a ceder ante la ira. Sabía exactamente dónde iba a encontrar la cámara escondida.

Me detuve en seco. El cadáver había desaparecido.

También el arma.

Permanecí de pie, escuchando el ruido de mi propia respiración. Lo único que había en el suelo eran los restos de la lámpara. Giré la cabeza lentamente, hacia el mueble junto a la puerta donde debían de haber escondido la cámara. Me acerqué dando dos largas zancadas y con la mano barrí la parte superior frenéticamente, sin conseguir otra cosa que ensuciarme de polvo. La cámara tampoco estaba, pero a estas alturas no me sorprendió.

A continuación revisé el último estante de la repisa, detrás de un adorno, en busca de la Ruger. Aquél era su escondite habitual, fuera del alcance de mi hija pero suficientemente cerca en caso de necesidad. Mi mano palpó la forma inconfundible de la pistola.

Hace un rato estaba en el suelo.

Extraje la bala de la recámara y comprobé el cargador, que estaba totalmente lleno, y volví a dejarla en su lugar.

Con el andar resignado de un condenado a muerte fui al sitio donde había estado el cuerpo de la chica. No quedaba nada: ni rastros de sangre, ni la sábana ensangrentada... Me arrodillé y pasé mi mano por la superficie de mosaico,

incapaz de comprender. Podía sentir mis labios sobre los suyos, la palma de mi mano presionando rítmicamente su pecho...

Entonces el teléfono fijo empezó a sonar con estridencia.

Eran más de las nueve de la noche y casi nadie me llamaba a esa línea.

Levanté el auricular con la convicción de que aquella llamada sólo aportaría más confusión.

—Johnny, ¿estás bien?

Era mi hermano mayor. Mark siempre ha tenido un sexto sentido en lo que a mí respecta, un radar para detectar el peligro a la distancia.

Emití un sonido que pretendió ser un sí.

—¿Llevas el móvil encima?

—El móvil..., no sé, creo que lo he perdido.

Incluso desde el otro lado de la línea Mark fue capaz de percibir mi nerviosismo.

—¿Qué sucede? Te he dejado varios mensajes durante las últimas horas y no los has visto...

Las últimas horas, pensé. Mi último recuerdo de ese día era...

—No es un buen momento, Mark. Debo llamar a la policía.

Una pausa interminable. Conozco lo suficiente a mi hermano para saber lo que pensó en ese momento: otra vez el bueno de Johnny había vuelto a las andadas con la bebida. No podía culparlo por pensar de esa forma.

—No es lo que piensas, Mark.

No podía quedarme quieto. Pasaba el peso de una pierna a la otra mientras retorció el cable del teléfono.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar Mark, ahora sin poder ocultar su preocupación.

Tragué saliva. ¿Cómo explicar la última hora?

—Encontré a una chica muerta —dije con impaciencia. Expresarlo en voz alta me estremeció. Mi mano libre temblaba.

—¿En el bosque?

—En el salón.

Otra pausa infinita.

—¿Conocías a esa chica? —dijo Mark en tono cauteloso.

Otra persona hubiera perdido la compostura o formulado todo tipo de

preguntas sin parar, pero Mark no era de esas personas. Él sabía centrarse en lo importante. Era una de las tantas diferencias entre nosotros.

—No la conozco. Desperté de una siesta y la encontré aquí.

¿Una siesta a las nueve de la noche? Sigue agregando inconsistencias a la lista.

—¿Estás seguro de que está muerta?

—Eh..., sí, le comprobé el pulso, ¡la intenté reanimar!

—Johnny, cálmate, por favor. ¿Qué has hecho con ella?

—¡El cuerpo no está, Mark! ¡Se lo han llevado!

El tono de mi hermano fue el que utilizaría con un niño pequeño o, peor aún, con alguien que ha perdido el juicio.

—¿Quién, Johnny?

—No lo sé, Mark. Salí de la casa y al regresar ya no estaba. Creo que me están espiando.

Imaginé a Mark sujetándose la cabeza. Yo mismo era consciente de lo ridículo que sonaba todo aquello.

—Describeme a la chica.

Mark era pragmático, aquélla era una forma indirecta de probar mi delirio, de modo que estimo que mi respuesta inmediata lo descolocó.

—Muchacha joven, cabello rubio, ojos celestes, delgada...

—Johnny, escúchame. No hagas nada hasta que yo llegue.

No era la primera vez que mi hermano iba a ocuparse de mí. Así había sido desde que éramos críos, y una parte de mí se había acostumbrado. Pero había otra parte, más profunda y sensata, que sabía que eso tenía que acabarse alguna vez.

—Mark, prefiero lidiar con esta situación a mi manera. Los responsables de matarla pueden seguir cerca. Si no llamo a la policía...

—Espera. Esto no se trata de decirte lo que tienes que hacer, hermano. Sólo te pido que evaluemos la situación con un poco de calma.

Y en un tono apenas audible agregó:

—Por favor, Johnny.

4

Encontré el móvil en el resquicio entre los almohadones del sofá. No podía cometer más errores. Busqué la Ruger, comprobé el seguro y la guardé en el bolsillo.

Cerré la puerta de la calle y me dirigí al promontorio del reptil.

Recorrí el mismo camino e intenté recordar la matrícula. Lo único que acudió a mi mente fueron los tres primeros dígitos —305—; el resto se me escapaba por completo. Nunca he tenido buena memoria para los números; me fío mucho más de mi memoria visual, de modo que intenté recrear la imagen de la furgoneta aparcada en el camino abandonado. La imagen apareció en mi mente como si estuviera viéndola en la televisión, pero se desvaneció como una aparición fantasmal, como esos sueños que se esfuman al despertar. Fue una sensación horrible.

Cuando llegué al camino abandonado, la furgoneta ya no estaba.

Intenté aferrarme a los detalles, los vasos de café en la cabina —uno de ellos con restos de lápiz labial—, la puerta corrediza al deslizarse con excesiva facilidad... Me toqué el hombro. No había dolor.

5

Cuando llegaba a casa unos faros me cegaron. Bajé el arma al ver que se trataba del Mercedes de Mark. Mi hermano se apeó y nos quedamos mirando el uno al otro. De alguna forma misteriosa supe exactamente lo que él estaba pensando, y no lo pude culpar.

Se acercó, y sin mediar palabra me quitó la pistola de las manos con delicadeza.

—Entremos —dijo mientras me enlazaba el cuello con el brazo

Mark era cinco años mayor que yo y siempre había asumido un rol protector hacia mí, especialmente tras la pérdida de nuestros padres. Lo amaba profundamente, y justo es decir que de no haber sido por él, por sus intervenciones y sus ayudas en todos los órdenes de la vida, no sé qué hubiera sido de mí. Mientras él había ido a la universidad, fundado Meditek —un reconocido laboratorio farmacéutico de investigación— y formado un hogar con Darla, yo había abandonado los estudios y empezado un peligroso romance con el alcohol que llevaba más de siete años, y que si bien ahora estaba en un *impasse* de once meses, yo más que nadie sabía que eso podía cambiar de un momento a otro. Mark siempre había estado allí para protegerme.

—¿Qué te ha sucedido en el labio?

Me toqué el labio con el dedo. Pude sentir la protuberancia cerca de la comisura derecha.

—Tropecé con una rama, sólo se ha hinchado un poco.

Mark asintió. En sus ojos estaba la mirada que yo tan bien conocía, esa pátina compasiva que me generaba sensaciones encontradas. Echó un vistazo a la tulipa rota pero no dijo nada. No hizo falta tampoco. Se acercó a la mesa y

dejó la pistola, todo con movimientos pausados.

—Sentémonos un momento, Johnny. Tenemos que hablar.

Por primera vez me fijé en su ropa; vestía una sudadera y unos vaqueros desgastados. Lo imaginé frente al televisor de sesenta pulgadas con Darla, mirando alguna cosa en Netflix en una tranquila noche de sábado. Y ahora aquí estaba otra vez, ocupándose del bueno de Johnny.

—No puedo sentarme, Mark —dije con impaciencia, moviéndome de un lado para el otro—. ¡No sé qué mierda está sucediendo! ¡El cuerpo estaba allí! ¡Allí mismo!

Su rostro se transformó al escucharme.

—¡Necesito que me creas, Mark!

—Por supuesto que te creo, Johnny. Pero tienes que decirme, con calma, lo que ha sucedido aquí esta noche.

Cerré los ojos. Sinceramente, no sabía por dónde empezar. ¿Por qué no podía recordar ni siquiera la puta matrícula de la furgoneta?

Y entonces, todavía con los ojos cerrados, escuché la pregunta que había estado esperando.

—¿Has bebido, Johnny?

Me senté en el brazo de uno de los sillones, resignado.

—Lo último que recuerdo es haber estado en el estudio, trabajando en unas ilustraciones, más o menos a las cinco o seis de la tarde. Luego creo que me quedé dormido. Desperté en el suelo, justo allí, y había una botella de vodka en la mesilla.

—¿La botella...?

—La compré hace unas semanas —reconocí de inmediato—; las cosas con Lila no iban bien y la compré... no sé, creo que intentaba probarme algo.

—¿Qué sucedió después?

—Entonces vi el cuerpo de una mujer tendido en el suelo, la pistola, y entré en pánico. Pensé que me había emborrachado y la había cagado en grande. Pero no bebí esa botella, Mark, te lo aseguro. Sé cómo se siente una resaca, y esto era diferente... La colocaron allí para confundirme.

Mark apartó una de las sillas de la mesa principal y se sentó.

—¿Quién crees que la colocó allí?

—Salí para deshacerme de la botella —dije eludiendo momentáneamente la

pregunta—, no podía pensar con claridad. Ahí fue cuando me golpeé el labio. Estaba cerca del promontorio del reptil y escuché ruidos. Descubrí una furgoneta muy vieja. No había nadie en ese momento, así que entré y en la parte de atrás encontré un equipo de vigilancia.

Mark suspiró, supongo que de alivio, porque semejante disparate no podía ser cierto.

Salté del sillón y señalé el mueble con vehemencia.

—Colocaron una cámara justo allí, pude ver la imagen en la furgoneta. Vine lo antes que pude, pero se habían llevado la cámara, y también el cuerpo.

Mark guardó silencio. Su expresión era indescifrable. Al cabo de un instante fue a la cocina y regresó con un vaso de agua. Lo dejó encima de la mesa y buscó algo en su billetera. Sacó una píldora.

—¿Qué es eso?

—Algo que te ayudará a relajarte —dijo mientras la dejaba junto al vaso.

—No voy a tomar una pastilla. ¡No te has creído una sola palabra de lo que te he contado!

—Johnny, estoy de tu lado.

Contuve la respiración un momento.

—Mark, sé lo descabellado que parece lo que acabo de decirte, lo sé. Volví al promontorio y la furgoneta ya no estaba, pero te digo que estuvo allí, y que había una cámara oculta en ese mueble. ¡Me han estado observando!

—Toma la píldora, bebe un poco de agua...

—¡No! Tenemos que llamar a la policía —lo interrumpí—, o a Harrison, él nos dirá qué hacer.

Harrison era un excomisario y un gran amigo de mi padre.

Mark seguía negando con la cabeza.

—¿Y decirles qué?! Lo que acabas de contarme no tiene sentido. —Mark rara vez perdía la paciencia. Su reacción me descolocó.

—¿Y crees que no lo sé?

—Está bien —dijo en tono conciliador, levantando las palmas en señal de paz—, perdóname por lo que he dicho. Johnny, piensa un segundo, no podemos decir que no recuerdas nada de lo que sucedió entre las seis y las nueve, y que al despertar había un cadáver que ahora ha desaparecido. ¿Estás seguro de que esa chica estaba muerta?

—¡Por supuesto que sí!

Y entonces sentí un *shock* de adrenalina. Salí corriendo hacia la cocina ante la atónita mirada de Mark.

En el extremo de la cocina estaba el canasto de la ropa sucia. Me acerqué con lentitud, porque sabía que si allí no estaba mi camiseta manchada de sangre...

Mark me observaba desde el umbral de la puerta. Lo miré justo antes de llegar al canasto y vi su expresión de desasosiego.

Me arrodillé, me abracé al estúpido canasto y rompí en llanto como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo.

Mark permitió que me desahogara. El llanto devino en un sentimiento de culpa y furia.

—También se la han llevado —dije con impotencia.

Me dejé caer contra la pared y le asesté una patada al canasto de la ropa.

6

Nos sentamos, yo en el sofá y Mark en uno de los sillones. La mesilla se interponía entre nosotros. La botella había dejado en la madera un círculo húmedo.

—Johnny, intentémoslo de nuevo. Cuéntame todo lo que recuerdas, empezando por ayer noche, sin omitir nada.

—¿Desde ayer?

—No nos llevará mucho tiempo.

Me resigné.

—Ayer por la tarde fui a casa de Lila, estuvimos un rato allí y decidimos ir a cenar a Matzuki. Luego vinimos aquí y pasamos la noche juntos.

Lila era la mujer con la que estaba saliendo desde hacía unos meses. Estaba divorciada, como yo, y tenía un hijo pequeño, Donnie, de un año y medio. Yo tenía a Jennie, que era un poco mayor que Donnie, pero no lo suficiente como para no considerarme un padre en proceso de aprendizaje. Era básicamente lo único que teníamos en común.

—Iba a cortar con ella —sentencié.

—¿Qué sucedió?

—Lo de siempre, durante la cena empezó a hablarme de Donnie, de problemas con su ex, con su madre, y no quería ser el hijo de puta que corta con alguien cuando su vida es un caos, así que me dije..., lo haré mañana temprano. Al final resultó ser aún peor, porque se quedó a dormir aquí y no tenía forma de irse, así que la llevé a su trabajo en un silencio incómodo. ¿Qué sentido tiene hablar de esto ahora?

—Lo tiene —sentenció Mark—. Tú mente necesita centrarse.

—Lila se lo tomó con bastante calma; me preguntó si era algo que tenía completamente decidido y le dije que sí. Supongo que en el fondo lo imaginaba.

—¿Qué hiciste después de llevarla al trabajo?

—Estuve el resto de la mañana en el estudio, trabajando un poco en unas ilustraciones.

Lo anterior no era del todo cierto. Sí había estado en mi estudio, y sí había tenido la intención de trabajar en las ilustraciones de un proyecto que tenía entre manos, pero nada bueno salía últimamente. Hice algunos bocetos que terminaron en el cesto de la basura y finalmente desistí. Jugué un poco al póker *online*, navegué por internet y así transité el resto de una mañana improductiva. Lo cierto es que la mayor parte del tiempo había estado pensando en la botella que tenía escondida en el sótano, pero eso no se lo dije a Mark.

—Comí algo rápido y fui a la tienda de Donovan. Regresé a eso de las tres y fui al estudio un rato más, quizás una hora. Y a partir de aquí es que tengo la memoria como un papel en blanco. Me quedé dormido y cuando desperté encontré a la chica muerta. Me drogaron, estoy seguro, Mark.

Los ojos penetrantes de mi hermano me atravesaban.

—¡No me mires como si fuera un mentiroso!

Era curioso. Durante años había sido precisamente eso, un jodido mentiroso, y sin embargo seguía indignándome cada vez que me lo insinuaban.

—Oye, Johnny, sé que has cambiado. Sólo intento hacer las preguntas incómodas. ¿Qué hay de la pistola de papá?

—Estaba en el suelo cuando desperté. Al regresar... —No pude evitar ruborizarme—. Estaba guardada en el lugar de siempre.

Mark me miró con la compasión de un adulto que no quiere romperle la ilusión a un hijo pequeño.

Me agarré la cabeza, la vista puesta en el suelo.

—¿Qué pudo haber pasado?

—Te diré lo que no ha pasado: tú no le has hecho daño a nadie. Mírame.

Levanté la vista. Mark me miraba con ojos penetrantes.

—¿Está claro?

Asentí.

—Tuviste un mal día, a veces la mente nos juega malas pasadas.

Abrí la boca para decir algo pero me contuve.

—No soy un experto, pero podría tratarse de un episodio de alucinaciones oníricas.

Arrugué la frente.

—No ha sido un sueño.

—Lo sé. Las alucinaciones oníricas tienen lugar durante la vigilia, básicamente tu mente no distingue entre un estado y otro. El cadáver y la furgoneta pueden ser fruto de tu imaginación, pero en un contexto real. Conozco un par de especialistas en Lindon Hill que podrían...

Reí amargamente.

—Joder, Mark..., si eso no ha sido real..., méteme en Juniper Hill.

—No es grave..., y se trata de un hecho aislado. Si vuelve a repetirse, ya veremos qué hacer. Por el momento trata de no pensar en ello.

—Es más sencillo decirlo que hacerlo.

—Prométeme que me llamarás si sucede algo extraño, cualquier cosa.

—Lo haré.

Mark asintió, pero de repente su expresión cambió, como si se hubiera dado cuenta de algo. Transcurrieron unos segundos en los que parecía debatirse entre hablar o quedarse callado.

—¿Qué pasa?

—Cambiemos de tema. Tengo algo que contarte. Estaba esperando a que las cosas avanzaran un poco, pero...

Mark y Darla no tenían hijos, así que lo primero que pensé fue en algo relacionado con...

—No es eso —se adelantó Mark—. Es Meditek.

Mi hermano no hablaba mucho de su trabajo, al menos no conmigo, así que sin duda me lo estaba contando para distraerme.

—Vamos a vender el laboratorio.

Me quedé de piedra.

Que Mark vendiera Meditek era más inverosímil que encontrarse un cadáver en el salón de casa. Lo primero que se me ocurrió fue que mi hermano podía ser víctima de una enfermedad terminal, porque de otro modo no se explicaba que alguien como él se desprendiera de su empresa. Había fundado Meditek con su amigo Ian Martins; vendieron una patente y ¡bum!, no pararon de crecer desde entonces. Mark era un apasionado de su trabajo. Incluso *demasiado* apasionado.

—La realidad es que es algo que venimos analizando con Ian desde hace un tiempo.

Yo lo observaba con una ceja en alto. A Mark y a Darla les gustaba vivir bien, tener coches caros y una casa espaciosa, pero el dinero nunca había sido una prioridad para Mark.

—Me sorprende la decisión. Tienes mi apoyo, por supuesto.

—Gracias, Johnny.

—Con Ian tenemos algunas diferencias respecto a quién es el comprador ideal, pero llegaremos a buen puerto. Estoy seguro.

No imaginaba a Mark sin Meditek. Supongo que fundaría otra compañía y la haría crecer exponencialmente en pocos años.

Unos minutos después nos despedíamos en el portal. Mark me abrazó y me hizo prometerle nuevamente que lo llamaría si volvía a suceder otro *episodio*. Aunque le aseguré que lo haría, yo sabía que lo que había ocurrido en mi casa esa noche no había sido un *episodio*, y que había sido tan real como el coche de setenta y cinco mil dólares que ahora maniobraba sobre la gravilla del camino particular.

El cadáver, la botella vacía, el arma, todo había sido dispuesto para inculparme de la muerte de esa mujer. Una puesta en escena. Los de la furgoneta lo habían orquestado todo.

Mi hermano me saludó a través de la ventanilla y yo le devolví el saludo, forzando una sonrisa.

Algo había salido mal.

El Mercedes empezó a alejarse.

¿Quién buscaba inculparme por la muerte de esa chica? ¿Quién era ella?

Cuando los faros traseros ya se habían perdido entre el follaje yo todavía seguía de pie en el umbral. Una pregunta más me atormentaba.

¿Había sido casual la llamada de Mark?

7

En algún momento de esa noche una enmarañada pesadilla se apropió de mi sueño como un parásito. Una serie de imágenes inconexas y horribles me empujaron a un estado de semiinconsciencia y de allí a un sendero en el bosque. Caminaba siguiendo el poderoso haz de la linterna. Alguien venía detrás de mí, una presencia. El terror que me provocaba el sitio al cual nos dirigíamos me acompañó hasta mi habitación, cuando desperté horrorizado.

Me quedé un largo rato sentado en la cama. Lo sucedido la noche anterior parecía inverosímil y ridículo a la luz del día.

Cuando bajé a la planta baja, todavía en calzoncillos y una camiseta vieja, me quedé mirando el suelo. Antes de irme a dormir había barrido los restos de la tulipa rota así que todo lucía como siempre.

Estaba a punto de regresar a la segunda planta para iniciar mi ritual matinal cuando recordé algo que había pasado por alto la noche anterior. Bajé al sótano con cierta premura; mi cerebro empezaba a activarse. Allí había una pequeña bodega que en su hora había sido el orgullo de mi padre; se trataba de una habitación estrecha con estanterías a ambos lados. En mi niñez temprana vi como aquellas estanterías albergaron decenas de costosas botellas que mi padre reservaba para los encuentros con amigos que tenían lugar en ese mismo sótano una vez al mes, donde jugaban al póker, fumaban y hablaban de viejos tiempos. Era un grupo unido que se conocía desde la escuela primaria. Algunos adultos se referían a ellos como el club Bilderberg, o club B. Mis amigos y yo comenzamos a llamarlos de esa forma.

Cuando mi madre enfermó, las reuniones empezaron a espaciarse. Las botellas se fueron consumiendo, pero sin reponerse. El dinero se iba en

medicinas y enfermeras y mi padre ya no se ocupaba de su negocio como antes, así que las cosas empezaron a ir mal. A veces acompañaba a mi padre a la bodega, y él, que siempre había dedicado un especial cuidado a la selección de cada botella —como si efectivamente hubiera una para cada ocasión, como a él le gustaba decir—, empezó a hacerlo de un modo desinteresado y cada vez con mayor frecuencia. Mi padre no fue alcohólico, pero dejó que el alcohol ahogara su tristeza durante aquellos meses penosos.

Las estanterías estaban ahora vacías y deterioradas; eran el reflejo de lo que había sucedido en aquella casa, de la que yo no había tenido el tino de marcharme, y de la que cada rincón era testigo de la decadencia y la fatalidad. Mark había tenido la sabiduría de alejarse y recorrer un camino de éxito, pero yo había sido lo suficientemente estúpido como para dejarme atraer por el agujero negro de mala suerte que parecía haberse cernido sobre la propiedad.

Y ahora el cadáver de esa chica. ¿Qué necesitas para marcharte de una puta vez? ¿Una lluvia de cascotes?

En la parte baja de la bodega había un compartimento donde mi padre había guardado en su día las botellas *especiales*. Me quedé mirando el estante vacío durante un buen rato. La botella que había comprado tras una tonta discusión con Lila ya no estaba.

La idea de comprar alcohol para probarme a mí mismo que no lo necesitaba era estúpida, pero no la más estúpida que he tenido. Cuando de buscar excusas se trata, un adicto puede inventarse diez en un segundo, y aun así convencerse de que son las verdades con más sentido sobre la tierra.

Pasé la siguiente media hora revisando la casa, me centré en mi habitación y luego en el salón. Buscaba cámaras escondidas, micrófonos, cualquier cosa fuera de lugar que pudiera revelarme la presencia de extraños. A medida que avanzaba en mi inspección me sentía más y más avergonzado. Finalmente, me di por vencido. Iba a seguir el consejo de Mark, al menos de momento; tratar de olvidarme de todo el asunto hasta poder ver las cosas con un poco de perspectiva. Tenía que reconocer que a la luz del día la explicación de mi hermano acerca de las alucinaciones oníricas ya no sonaba tan descabellada.

Me dirigí al despacho con el firme propósito de trabajar un poco. Hacía semanas que no conseguía crear algo que valiera la pena, por lo que suponer que lo haría ese preciso día parecía un poco pretencioso, pero aun así me senté en el

escritorio dispuesto a intentarlo. No encendí el ordenador, que por lo general era la fuente principal de distracciones.

Junto a la ventana había una ilustración enmarcada de Busy Lucy, un personaje que había creado para un cuento infantil hacía tres años y que había conseguido cierto reconocimiento en el circuito de la ilustración comercial. Era una abeja hacendosa que daba a los niños pequeños consejos de cómo organizarse y aprovechar el tiempo; básicamente les enseñaba la importancia de combinar el ocio con las responsabilidades. Busy Lucy había aparecido en más de diez libros y cada uno se centraba en una temática especial: mantener la habitación en orden, las tareas antes de acostarse, la escuela y así sucesivamente. En definitiva, la abeja era una maldita aleccionadora de niños. Yo mismo había empezado a odiarla prácticamente desde el principio; pero los libros se vendían bien y mi agente me pedía más y más Lucy. Aparentemente a los padres les resultaba sencillo dejarle el trabajo sucio a la maldita abeja.

Unos meses atrás, no obstante, la fiebre de Lucy mermó. Mi agente incluso debió negociar la cancelación del último contrato porque los de la editorial se echaron atrás. Phil me llamó y me dijo: «El panal se ha secado, Johnny. Necesitamos algo nuevo». Aquello me hizo reír bastante.

Probé con un puercoespín y una hormiga..., pero todo era más de lo mismo.

Cogí una hoja en blanco y dibujé a Lucy con trazos rápidos. Me la quedé mirando. A continuación agarré la bandeja con las acuarelas, los pinceles, y puse manos a la obra. Quizás no se trataba de repetir la fórmula con un nuevo animal, me decía mientras trazaba las primeras líneas con un lápiz suave. Quizás era cuestión de continuar por el mismo camino, cuestionar a Lucy desde algún lugar... ¿Por qué no lo había pensado antes?

Trabajé durante media hora sin interrupciones. El nuevo personaje que acompañaba a Lucy era una niña rubia de ojos grandes y cautivadores. Llevaba puesto un vestido azul y usaba una gargantilla, y por supuesto supe inmediatamente quién era.

8

El timbre me sobresaltó. Mañana de domingo, nada bueno podía surgir de una visita inesperada.

Ya desde el salón advertí a través de la ventana el inconfundible rojo furioso de la furgoneta de Harrison, el excomisario de Carnival Falls. Harrison había sido uno de los amigos más cercanos de mi padre y venía a casa a visitarme no menos de una vez por mes; su presencia no era algo extraordinario, no obstante, no pude dejar de relacionarla con lo que había sucedido el día anterior.

Abrí la puerta.

—¿Has desayunado, Johnny?

Harrison era un hombre imponente. Retirado de la fuerza policial y superados los sesenta años, no había perdido su aura de superhombre. De pequeño siempre me había impresionado que, a pesar de su carácter amable, sabía imponerse e inspirar respeto como nadie. Y con el tiempo comprendí que esta cualidad iba más allá de su uniforme; Harrison era el tipo al que todos seguían en una situación de pánico, era un líder nato, una persona que despertaba confianza, inteligente y con una capacidad innegable para llevar las riendas de situaciones difíciles. Carnival Falls era una ciudad relativamente pequeña que había pasado por un singular número de tragedias y hechos lamentables, y sin duda sus años de servicio fueron vitales para mitigar las consecuencias. Era lo más parecido a un padre que había tenido tras perder al mío.

—Lauren ha preparado galletas —dijo levantando una bolsa de cartón. En la otra mano llevaba una botella de limonada.

Por lo general Harrison se presentaba al anochecer; le gustaba sentarse conmigo en el porche y hablar durante horas. Siempre bebíamos limonada. Él no

sólo estaba al tanto de mis problemas con el alcohol, sino que era una de las personas que más me había ayudado a salir adelante. Una parte de mí sabía que sus visitas tenían el doble propósito de controlarme, pero no me importaba.

—Todavía no he desayunado.

—Para eso están estas galletas. —Me palmeó el hombro y franqueó el umbral. Caminó despacio, observando todo a su alrededor con una atención que me resultó inusitada. O quizás fui yo que me fijé excesivamente en él.

Regresó cuando yo todavía no había cerrado la puerta de la calle.

—¿Esperas a alguien más?

—Pensé que preferirías estar afuera —improvisé.

—Sentémonos aquí.

Harrison señalaba la mesa del salón; estaba de pie justo donde había estado el cadáver de la chica y eso me inquietó. Me apresuré a sentarme.

Quince años atrás, en esa misma mesa, Harrison me había dado una de las noticias más devastadoras de mi vida. Ese día había estado dibujando un conejo con unos lápices Caran d’Ache regalo de la tía Audrey. El incidente estaba grabado a fuego en mi memoria.

—Muchos recuerdos en esta casa —dijo observando todo a su alrededor. Harrison era una persona de acción, rara vez se mostraba melancólico. Algo estaba sucediendo.

Me acomodé en la silla y bebí un trago de limonada. No había sido consciente de la sed hasta ese momento. Harrison no se sentó.

—Supongo que me cederás el honor de... —No continuó la frase. Yo sabía perfectamente a qué se refería.

—Por supuesto.

Se acercó a la vieja cadena musical: una verdadera reliquia que había pertenecido a mi padre y que en su época había costado una fortuna. Harrison escogió uno de los vinilos casi sin necesidad de revisarlos; los conocía mucho mejor que yo. Él y mi padre habían compartido el gusto por el rock británico; gusto que además me habían transmitido desde niño.

The Who inundó el salón con su 905. La cadena podía ser un vejestorio, pero reproducía esos condenados discos como el primer día. Harrison observaba por la ventana mientras movía la cabeza al ritmo de la música. Una parte de mí creía que el excomisario sólo escuchaba esas canciones en mi casa. Parecía

transportado a otro lugar. Otro tiempo.

Cuando finalmente regresó a la mesa, me estudió un instante —o quizás seguía cautivado con la melodía—. Tenía con aquel hombre la confianza que un hijo puede tener con su padre y, sin embargo, por momentos me era imposible leerlo. Estaba seguro de que Harrison no jugaría conmigo pero...

—¿Qué tal el trabajo?

—He tenido algunas buenas ideas —dije pensando en la ilustración que había dejado sobre el escritorio, la de la niña del vestido azul.

—¡Me alegra mucho! ¿No más Lucy? —Harrison sonrió. Sabía de mis dilemas con la abeja.

—No lo sé...

—Vamos, coge una galleta. Todavía están tibias.

No tenía apetito pero sabía que las galletas me harían cambiar de opinión en cuanto las probara.

—Agradécele a Lauren de mi parte —dije dando un mordisco.

—Tiene muchas ganas de verte, Johnny. Ven a cenar uno de estos días.

—Lo haré.

Harrison bajó la vista, un movimiento apenas perceptible de cabeza que no se me escapó.

—¿Sucede algo?

Me observó e hizo una mueca de resignación.

—En realidad sí. He venido porque Dean Timbert me lo ha pedido.

La mención del actual comisario hizo que el vaso que estaba llevándome a la boca se detuviera a mitad de camino. Lo dejé sobre la mesa.

—¿Ha sucedido algo?

—No lo creo. Es posible que Dean esté siendo demasiado precavido, pero no lo culpo. De hecho, una de las razones por las que consideré que era el indicado para sucederme en el cargo fue precisamente por esa cualidad. Quizás esta ciudad necesita un poco más de desconfianza.

—No entiendo. ¿Se ha perdido alguien en el bosque?

Harrison negó con la cabeza.

—Nadie ha sido reclamado. Pero ayer recibieron una llamada en la comisaría. Alguien dijo haber visto a un hombre sospechoso en el bosque.

Por un instante me sentí paralizado. No supe qué responder. La canción de

The Who se desvaneció lentamente y dejó tras de sí un pesado silencio. Cuando *Sister Disco* llegó al rescate creí que mi expresión ya me había delatado.

—¿Dónde fue exactamente?

—Cerca de Union Lake. Es todo lo que dijeron. ¿Viste o escuchaste algo extraño anoche?

—No. Nada.

—He recibido infinidad de llamadas falsas durante mi carrera, pero entiendo que Dean no quiera dejar pasar nada por alto. Me pidió que viniera por la zona a echar un vistazo y hacer algunas preguntas. Le dije que lo haría con gusto. Era una excelente ocasión para visitarte.

Me guiñó un ojo. Yo me obligué a sonreír. Cogí el vaso de limonada y lo levanté en dirección a él.

El resto del tiempo apenas hablé. Recordaba el rostro que había visto ocultarse entre los arbustos en Union Lake, después de arrojar la botella al lago. Preferí no preguntar nada más.

A continuación nos pusimos a hablar de un viejo caso que yo por supuesto conocía: la desaparición de Benjamin Green. Me dijo que hacía apenas unos días había muerto el responsable de aquel horror, pero que la noticia lejos de darle paz no había hecho más que desmoralizarlo; recordarle el rotundo fracaso del que había sido parte catorce años atrás. El tipo había muerto plácidamente en el patio de una institución psiquiátrica. Todo el personal creyó que se había quedado dormido. Menuda injusticia.

Hablamos un rato acerca de lo injusto que era el mundo —hecho del que yo podía dar buena cuenta—, y antes de marcharse, casi al pasar, Harrison me dijo que Maggie Burke estaba en la ciudad. Maggie había sido mi amiga desde siempre y más tarde mi novia. Era la hija de Bob Burke, otro miembro del club B.

Maggie.

—Bob me llamó ayer por teléfono —dijo Harrison—. Estaba eufórico. Creo que Maggie se quedará un par de semanas. Deberías verla, Johnny.

Hice cuentas mentales. No había visto a Maggie en cinco años.

Mi amigo Ross me había hablado de rumores que decían que Maggie estaba pensando en regresar definitivamente de Londres, pero nada con demasiado sustento. Me pregunté, no por primera vez, cuánto habrían influido esos rumores

en mi decisión de cortar con Lila.

9

Cuando Harrison se marchó caminé por la casa como un maníaco, peinándome con la mano izquierda y marcando el número de Mark con la derecha. Su buzón de voz me respondió una y otra vez. Le dejé tres mensajes y en todos le dije que debía hablar con él, que era urgente. Necesitaba contarle lo que Harrison me había dicho respecto a ese extraño en Union Lake.

Cuando terminé de mandar el último mensaje me di cuenta de que me encontraba en el umbral del bosque. Miré a mi alrededor como si no fuese del todo consciente de cómo había llegado allí.

Y entonces el recuerdo me golpeó; fragmentos del sueño de la noche anterior se encendieron en mi mente como destellos macabros: el sendero angosto, una silueta oscura detrás de mí, ramas arañándome el rostro.

Me recorrió un escalofrío cuando tuve las mismas certezas que al despertar. El sueño estaba volviendo, lentamente.

Volví a llamar a Mark. Esta vez respondió.

—Espero que sea una emergencia, John.

John. No Johnny.

—Lo es. Gracias por responder.

—Estoy jugando al golf con un posible comprador —dijo Mark bajando el tono de voz—. Lo que tengas que decirme, dilo de una vez.

—Harrison ha venido a verme hace un rato —dije sin rodeos—. Me comentó que la policía recibió ayer por la noche un aviso de un sospechoso merodeando por Union Lake.

Una pausa.

—Tú estuviste en Union Lake, ¿verdad?

—No he sido yo, Mark...

—¿Cómo lo sabes?

No lo sabía, y mi silencio lo dejó perfectamente claro. Podía imaginar la decepción de Mark.

—Debo cortar, Johnny. Hablamos luego.

Iba a hablarle del sueño y de la revelación que éste había traído consigo, pero me contuve. ¿Cuál era el sentido?

La comunicación se interrumpió antes de que pudiera decir algo más.

Me senté en el columpio —uno de mis sitios preferidos de la casa—, meciéndome al ritmo de mis pensamientos. Debía de haber algo que pudiera hacer para probar los hechos de la noche anterior. Pensé en ir a la policía con cualquier excusa, simplemente para echar un vistazo a las personas desaparecidas, pero descarté la idea casi de inmediato. El comisario Timbert era listo, y el solo hecho de verme allí después de haber recibido la visita de Harrison podía levantar sospechas.

Tras media hora de cavilaciones empecé a pensar en la furgoneta que había *visto* en el camino abandonado y una idea tomó forma en mi mente. Cogí el móvil y busqué en la agenda el número de Fred Foster, con quien no hablaba desde hacía dos o tres años pero con el que tenía suma confianza. Fred era dos años mayor que yo y de chicos habíamos tenido una relación bastante cercana. Su padre era otro miembro del club Bilderberg.

Fred estaba a cargo de la concesionaria Brenner, que había pertenecido a mi padre en el pasado. Cuando mi madre enfermó, mi padre se vio obligado a deshacerse del negocio para hacer frente a los gastos médicos, y fue Bill, el padre de Fred, quien se lo compró y siguió adelante con él. Fue una forma de ayudar a un hombre orgulloso que no aceptaba ayuda con facilidad, ni siquiera de sus amigos íntimos.

La concesionaria Brenner estaba emplazada en Paradise Road, la única vía asfaltada para llegar a mi casa. Había otras rutas alternativas, pero si alguien venía a verme por primera vez, era altamente probable que escogiera Paradise Road. Sabía que Fred había instalado cámaras de vigilancia unos años atrás, de modo que le dije que necesitaba revisar las grabaciones del día anterior. Me inventé una excusa que involucraba a Lila, insinuando una posible infidelidad, pero Fred me interrumpió apenas empecé a decírselo. «Lo que necesites,

Johnny.» Me dio las grabaciones completas del día anterior sin hacer ninguna pregunta más.

Cuando llegué a casa con la memoria USB me sentí más tranquilo. La perspectiva de pasarme el resto del día revisando las grabaciones me seducía sobremanera. Cualquier cosa que me mantuviera ocupado, sumido en un proceso hipnótico, sería mejor que seguir haciéndome preguntas que no tenían respuesta. Podría reproducir los vídeos a una velocidad mayor que la normal y así revisar un abanico de tiempo de unas cinco o seis horas...

Si la furgoneta Volkswagen había llegado desde Paradise Road, estaría registrada en alguno de los vídeos.

Me preparé un vaso de limonada y fui con el portátil al porche trasero. En la memoria USB había doce archivos de vídeo de una hora cada uno.

Rápidamente comprendí que el proceso podía ser más lento de lo que había previsto. La cámara mostraba el predio descubierto de la concesionaria y apenas una parte de Paradise Road. Si bien era posible identificar a los coches que viajaban en ambas direcciones, éstos no permanecían demasiado tiempo en la pantalla. Si aceleraba la reproducción a más del doble, los vehículos aparecían y desaparecían demasiado rápido.

Con un poco de práctica conseguí detener la imagen en el momento justo en que un nuevo vehículo aparecía en escena. El primer vídeo me llevó cincuenta minutos, pero a partir del segundo reduje el tiempo a cuarenta. Fue en el tercero donde un inesperado descubrimiento tuvo lugar. Detuve el vídeo y me quedé mirando el coche: el Chevrolet de Lila. La hora en la esquina de la pantalla indicaba que mi ahora exnovia había ido a mi casa poco después de las 18:30. Me quedé mirando la imagen congelada, la inconfundible cabellera rizada era perfectamente visible a través del cristal delantero. Podría haberla llamado en ese instante, pero seguí revisando el vídeo ahora a mayor velocidad. Buscaba la furgoneta, pero también el momento en que el Chevrolet regresara por el lado contrario de la carretera. Lo encontré poco tiempo después. Lila había ido a mi casa y había regresado media hora más tarde. Considerando el tiempo que le demandaría llegar desde Paradise Road, había estado en mi casa muy poco tiempo.

Suficiente para cometer un asesinato.

Miré hacia el techo y dejé escapar una sonora bocanada de aire. No existía la

más mínima posibilidad de que Lila hubiese utilizado Paradise Road para ir a otra parte que no fuera a mi casa.

Seguí examinando las grabaciones con la esperanza de encontrar la furgoneta, cosa que desde luego no sucedió.

10

Lo primero que hice tras el hallazgo del coche de Lila fue llamarla a su móvil. No obtuve respuesta, aunque tampoco había esperado que me contestara.

A Lila la conocía desde hacía menos de un año. Sin embargo, la relación entre nosotros se había afianzado a una velocidad sorprendente. Ella trabajaba como dependienta en una cafetería a la cual yo asistí durante unos meses como cliente regular. Solía pasarme por allí los miércoles, el día que mi hija visitaba a sus abuelos maternos y yo debía recogerla puntualmente a las tres —mi exsuegra ponía el grito en el cielo por cosas mucho más insignificantes que incumplir un simple horario—. Iba una o dos horas antes con mi libreta, pedía un café y un *croissant*, y hacía bocetos para futuros libros que nunca existirían.

Lila estaba a cargo de la caja. Nuestra interacción por aquellos días no pasó de miradas ocasionales y algún que otro saludo de reconocimiento a la distancia. Me gustaba; era dos años más joven que yo y todo fue muy rápido y prometedor al principio. Un mes después celebraríamos su cumpleaños número veinticuatro en mi casa.

Un día se acercó a mi mesa sin más excusa que echarle un vistazo a mis dibujos. Más tarde me acusaría de haberlos utilizado como arma de seducción, lo cual era en parte cierto. Hacía un calor infernal, por lo que yo había escogido una de las mesas de dentro, al amparo del aire acondicionado. Lila se sentó a mi lado y me advirtió de que si la dueña aparecía tendría que regresar a la caja, pero que tal cosa difícilmente sucedería con semejante temperatura; la mujer, me explicó, era como los osos polares y no salía de su casa en días como aquél. Un tiempo después conocí a la imponente señora Evans y comprendí que la analogía iba mucho más allá de su intolerancia al calor.

Tanto Lila como yo habíamos sido padres jóvenes y luchado por sostener hogares insostenibles, un punto de contacto más que suficiente para entablar conversación y eventualmente establecer un vínculo. Esa misma tarde, después de hablar someramente de mi trabajo, me preguntó si algún día me gustaría salir con ella a tomar una cerveza. No sé si fue por lo directo de la propuesta o por el hecho de que una parte de mí anhelaba una cerveza más que nada en el mundo, lo cierto es que mi rostro se transformó y Lila simplemente supo por lo que yo estaba pasando en ese momento. Más tarde entendería la razón.

La invité a cenar a The Oysterhouse. Mi amigo Ross me dijo, con razón, que era un despropósito llevar a una extraña a un sitio tan elegante en la primera cita, pero aun así lo hice. Me gustó su espontaneidad y desenfado. Fue un impulso.

Durante la cena le hablé de mis idas y venidas con el alcohol, de las recaídas y de la que, en mi opinión, era la raíz de todos los males: mi negación inicial a ver el problema. Necesitas caer una y otra vez para convencerte de que realmente no puedes controlarlo, y cuando entiendes eso entonces lo entiendes todo. Lila me escuchó con atención, incluso creí percibir cierta admiración que me avergonzó. Por lo general sólo hablaba de mi problema con un grupo muy reducido de personas, y sin embargo con ella las palabras fluían naturalmente, como si nos conociéramos desde hacía tiempo. Le relaté que gracias a mi hermano y a algunos amigos había asistido a reuniones de Alcohólicos Anónimos y conseguido grandes progresos. Reconocía que la adicción no había calado demasiado profundo en mi vida, pero sí había empezado a ser un escollo que me alegraba haber enfrentado, creía yo, a tiempo. Una de las cosas que aprendes en las reuniones es lo rápido que puedes caer en un abismo que parece no tener límites. En cierta forma cada una de las personas que asisten a las reuniones son diversas instancias de lo mismo; puedes verte reflejado en cada una de ellas, en lo que has sido, en lo que eres, o en lo que puedes llegar a convertirte. Las experiencias de mis compañeros eran en el fondo tan parecidas a las mías que resultaba casi absurdo.

No tenía forma de saberlo, pero mis palabras tuvieron un impacto en Lila, quien luchaba con sus propios demonios desde hacía tres años. En su caso era la cocaína. Su ex, un camello misógino y despreciable llamado Kevin, la había introducido en ese mundo de pesadilla que cada tanto la absorbía como un agujero negro.

Lila confió en mí desde el principio. Por aquel entonces yo no estaba en buenos términos con mi ex e iba camino de una recaída, por lo que es justo decir que nos encontramos en el momento indicado.

Ante la imposibilidad de comunicarme por móvil decidí ir a verla. Lila vivía en un complejo de apartamentos venido a menos en la calle Baker, donde por lo general no había mucho movimiento. De las diez unidades, por lo menos la mitad estaban desocupadas y en dos o tres de ellas vivían ancianos solitarios. El encargado del mantenimiento hacía una aparición estelar una vez al mes y se ocupaba de todo lo que requiriera atención urgente, filtraciones y cosas así, y del resto se limitaba a decir frases del tipo: «no se preocupe..., aguantará un poco más» y se marchaba con andar lento y sabio.

Algo no estaba bien y de repente comprendí qué era. El atrapasueños había desaparecido de una de las vigas de la galería. Me acerqué a la puerta y golpeé una vez. Lila ocasionalmente trabajaba los domingos en la cafetería pero éste no era el caso, estaba seguro. Rodeé el edificio apurando el paso, comprobando en el camino que las dos ventanas laterales estaban cerradas, y al llegar a la parte trasera confirmé lo que suponía. El coche de Lila no estaba. Y en ese momento, de pie en aquel aparcamiento invadido de maleza amarillenta, realmente me preocupé. No iba a esperar un segundo más. Regresé al pasillo lateral y elegí la ventana que me pareció más endeble. La abrí con relativa facilidad. Eché un vistazo y en principio no advertí nada extraño; iba a entrar por la ventana cuando mi móvil empezó a vibrar. Lo saqué del bolsillo convencido de que se trataría de Mark, o de Lila. En la pantalla apareció el nombre de Morgan Wilding y eso me hizo soltar una maldición.

Morgan era el nuevo marido de Tricia. Y Tricia era mi ex, la madre de mi hija Jennie. Una progresión perfecta del odio extremo al amor absoluto.

—¿Qué quieres, Morgan? —dije con aspereza.

—Oh, veo que no es un buen momento. Debí suponerlo.

Negué con la cabeza. Aquel tipo tenía la facilidad de sacarme de quicio como nadie. Morgan había convencido a Tricia de ser el interlocutor entre nosotros, algo a lo que desde luego yo no había accedido, pero el tipo era terco. Era abogado y había llenado la cabeza de mi exmujer de todo tipo de basuras legales.

Lo peor era que no podía cortarle estando Jennie de por medio.

—Si tienes algo para decirme, dímelo rápido. No tengo mucho tiempo.

—Sólo quería que supieras que tu hija ha estado esperándote durante toda la mañana.

Me quedé callado. Las últimas horas habían sido tan caóticas que durante un instante no supe si lo que Morgan insinuaba podía ser cierto. Los domingos por lo general veía a mi hija, pero aquél en particular ellos irían a visitar a su familia en Minnesota.

—¿A qué te refieres?

—¿Te encuentras bien, John?

—Basta de juegos, imbécil. Dime para qué has llamado. ¿Jennie está bien?

Morgan sabía hasta dónde podía provocarme. Habló con seriedad.

—Como te he dicho, Jennifer ha estado esperándote durante toda la mañana. ¿Recuerdas que tú y yo convinimos ayer que vendrías por ella a las diez?

Otra mentira...

—Lo recuerdas, ¿verdad? —continuó Morgan con ese tono de superación que yo tanto detestaba—. No te preocupes, le hemos explicado que su papá ha tenido que ocuparse de un asunto pendiente. Espero sinceramente que haya sido así.

—Tú y yo no hablamos ayer —conseguí articular, pero algo en mi voz debió revelar mi desconcierto.

—Lo siento, John.

Morgan era un hijo de puta y se regodeaba con aquella conversación.

—¡Tú y yo no hablamos ayer! —estallé—. Segundo: ¿por qué mierda no me has llamado inmediatamente? Esperar a que...

—John —dijo Tricia—. Estás en altavoz y estoy escuchándote.

—Perfecto. Una nueva traición.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Tricia había conocido a Morgan cuando todavía estaba conmigo y era algo que le había recriminado sistemáticamente en el pasado. No el hecho de que se fuera con él, sino que no tuviera la decencia de decírmelo a tiempo.

—Morgan quiso llamarte desde el principio —dijo Tricia ignorando mi comentario—. No lo hizo porque yo se lo impedí. Porque por una vez deberías ser responsable y asumir tus compromisos.

Aquello dolía. Tricia me conocía tanto que sabía dónde golpear.

—Permitiste que tu hija sufriera para probar tu punto —respondí.

—No, John, tú la has hecho sufrir. No has cambiado un ápice, sigues siendo el mismo mentiroso de siempre. Ayer le pedí a Morgan que hablara contigo en manos libres para decirte que finalmente no iríamos a Minnesota. Lo hice porque sabía que dirías algo como lo que acabas de decir, que tratarías de echarle la culpa a Morgan de todos tus males cuando no ha hecho más que ayudarte. Ambos no hemos hecho más que ayudarte, resguardando a Jennie, justificando cada una de tus faltas. Pero todo tiene un límite. Quizás es hora de que sepa el tipo de padre que tiene.

No supe qué responder. Sabía que Tricia no mentiría respecto a haber hablado conmigo el día anterior.

11

Cuando llegué a casa no entré, me senté en uno de los escalones del porche y esperé a que la noche me engullera. El columpio marcó el pulso, rechinando cuando el viento lo mecía, mientras los últimos rayos de sol morían entre el follaje.

Lila se había marchado. En su apartamento no había encontrado casi nada de ropa ni de sus pertenencias. Se me ocurrió la posibilidad de llamar a su madre y preguntarle si sabía algo, pero lo descarté. No haría más que empeorar las cosas.

El móvil sonó y mi primera reacción fue no cogerlo. Había esperado la llamada de Mark durante todo el día y, sin embargo, ahora, al ver su nombre en la pantalla, se me hizo un nudo en el estómago.

—Hola, Mark—dije finalmente.

—¿Dónde estás? —Mi hermano captó de inmediato la parquedad de mi voz.

—En el porche. Pensaba en *Tigran*. ¿Recuerdas cuando papá se sentaba aquí y le silbaba para que viniera?

—Claro que me acuerdo.

—A veces me sentaba a su lado y poníamos a prueba el oído de *Tigran*. Papá empezaba silbando muy bajito y dejaba pasar un rato. *Tigran* tenía un oído asombroso.

Mark dejó pasar unos segundos.

—Perdón por no haberte llamado antes, Johnny. Estos..., bueno, no han sido días sencillos para mí. El asunto de la venta de Meditek me tiene entusiasmado y preocupado al mismo tiempo.

Me sentía incapaz de fingir interés.

—Lila se ha ido —sentencié—. Acabo de regresar de su casa.

—¿Te encuentras bien?

—Sé que Lila estuvo aquí ayer por la tarde —dije sin contestar su pregunta. Le hablé de mi pequeña excursión a la concesionaria y de las imágenes que había obtenido de las cámaras de seguridad.

—Johnny, escúchame..., tienes que dejar este asunto. No te obsesiones. Déjalo unos días, enfoca tu mente en otra cosa, en esas ilustraciones de las que me has hablado, por ejemplo.

—He soñado con ella, Mark.

El silencio se extendió tanto que creí que se había cortado la comunicación.

—Ayer —musité.

—¿Qué has soñado?

—Caminaba por el bosque, de noche. Alguien me seguía. Al despertar tenía la convicción de saber hacia dónde me dirigía. ¿Recuerdas el claro donde se encuentran los dos álamos?

—Sí, un poco más allá del pantano de las mariposas.

—Exacto.

—No le des importancia, es sólo un sueño.

—No lo sé.

—Hazme caso —dijo Mark—, ya verás como vas a ver las cosas de manera diferente con el correr de los días.

No respondí.

—Escúchame, Johnny, tengo que cortar. Hablemos en un par de días. Conozco un profesional que podría ayudarte.

—Adiós, Mark.

Apenas corté vi que tenía un mensaje de mi amigo Ross Evans.

«Quiquiera que escuche este mensaje, por favor dígame dónde enviar las flores para el funeral de John Brenner, porque lamentablemente no me he enterado de su muerte. Si en cambio eres tú, Johnny, seguro que has estado follando sin parar con esa abeja dibujada y no tienes tiempo para tus amigos de verdad. De cualquier forma, como no te dignas a llamarme, voy directo a tu casa, así que tienes menos de cinco minutos para inventarte una buena excusa. No aceptaré nada a no ser que involucre la salud de Jennie, te lo advierto. Voy para allá. Llevo seis cervezas, así que será épico.»

Cambió el tono de voz y agregó: «Te extraño, amigo».

Yo también lo extrañaba. Escuchar a mi amigo me mejoró el humor instantáneamente. Ross tenía ese don.

Esperé a Ross sentado en el porche. Llegó unos minutos después.

Se apeó y permaneció junto a su furgoneta con expresión desorbitada.

—Bueno, bueno, pero si es el mismísimo John Brenner. Me han dejado dos mujeres desde la última vez que nos vimos.

—¿Sólo dos en menos de un mes?

Me levanté y fui a su encuentro. Nos abrazamos. Ross medía casi un metro noventa y tenía brazos de pulpo.

—Estuve ocupado —me defendí—. Lo siento.

Me apartó.

—Dime que al menos has estado ocupado con Maggie.

Maggie, Ross y yo habíamos sido inseparables en otra vida. De niños habíamos explorado el bosque incansablemente, incluso de adolescentes habíamos seguido con nuestras intrépidas excursiones, desafiando los peligros que acechaban Carnival Falls. Eventualmente Maggie y yo nos enamoramos, pero eso no rompió nuestra amistad. Su partida a Londres lo hizo. Puto Londres.

—No la he visto —me excusé—. Harrison me dijo que estaba en la ciudad...

Ross abrió la puerta trasera de la furgoneta y sacó una botella de Coca-Cola.

—Aquí traje la cerveza, fría como a ti te gusta. ¿Cómo que no la has visto?

—No.

—No puedo creerlo. —Caminó a mi lado, balanceando la cabeza. De repente se detuvo—. ¿Estás bien? No tienes buena cara, Johnny. Maggie Burke está en la ciudad y tú con el culo en ese escalón.

Entró a la casa y lo primero que hizo fue examinar la bandeja de discos.

—Lo sabía —dijo al ver el disco de The Who que todavía seguía allí—. Está bien que Harrison escuche esta música..., pero tú no tienes setenta años.

Habíamos mantenido aquellas conversaciones un millón de veces. Ross criticaba el rock británico y yo me limitaba a sonreír. En el fondo los dos sabíamos que era el mejor del mundo. Él prefería la música electrónica.

—Vamos a levantar un poco esta casa mientras me explicas cómo es que no has visto a Maggie todavía.

Encendió el altavoz inalámbrico y lo conectó a su móvil. Dos segundos después una melodía cuadrada inundaba el salón.

—¿Ves?, mucho mejor.

Pasamos la siguiente hora conversando en los sillones. De Maggie no dijimos mucho. Si bien mi contacto con ella se había interrumpido de forma abrupta tras su partida, lo cierto es que durante el último año ella y yo habíamos entablado una escueta correspondencia virtual; nada demasiado elaborado, saludos para los cumpleaños, buenos deseos para fin de año, unas líneas de compromiso y no mucho más. Sabía que se había casado con un inglés tres años atrás.

—Quizás no tiene interés en vernos —dije.

Ross se indignó.

—A veces creo que tienes amnesia, Johnny. Estamos hablando de Maggie Burke, nuestra *hermana*. Bueno, no en tu caso, porque eso te convertiría en un tipo despreciable. ¡Claro que quiere vernos! Te digo una cosa: ese tipo inglés era una mala influencia, como todos ellos. —Señaló en dirección a la cadena musical—. Y lo que me dijo la hija de Donovan es que ha regresado definitivamente porque se ha peleado con Mister Bean.

—Claro que quiero verla, sólo digo que es una posibilidad. Si se separó del tipo quizás necesite estar sola.

—Mientras me llevo a los labios esta exquisita cerveza —dijo Ross levantando el vaso de Coca-Cola y bebiendo un trago—, te digo que eso es imposible. Y más te vale que no me vengas con que Lila no lo entendería... No me malinterpretes, adoro a Lila, pero ella tiene...

Lo detuve con un ademán.

—Corté con Lila. Se ha ido de la ciudad, de hecho.

Ross no se mostró demasiado sorprendido.

—Por lo visto no he sido el único que ha roto corazones esta semana.

—Es un poco más complicado que eso.

—De cualquier forma, escuché algo más respecto a Maggie. Se lo dijo a mi madre la señora Lloyds, y ya sabes la inventiva peluqueril de esa mujer, pero aun así me ha dado que pensar. Dijo que Maggie estuvo embarazada y que perdió el niño, y que ése fue el detonante de todo. ¿Tú sabes algo?

Negué con la cabeza. Maggie había manifestado su interés por ser madre desde que yo tenía uso de razón, por lo que era casi imposible que no lo hubiese intentado en todo este tiempo.

Ross se quedó en casa un buen rato. Hablamos de Neve, su novia desde hacía cuatro semanas —una especie de récord mundial para mi amigo—, y durante un rato, al menos, pude olvidarme de los sucesos de las últimas horas. En más de una ocasión estuve a punto de contarle, pero quizás Mark tenía razón y tenía que despejar mi mente, aunque eso significase empezar a pensar en Maggie Burke.

12

Dos días después me desmoroné. Todo comenzó con una llamada de Darla para decirme que el viernes 15, es decir, diez días después, celebrarían en su casa el cumpleaños de Mark. Darla era una excelente anfitriona y cuidaba de cada detalle, y lo cierto es que durante los últimos tres años las fiestas se habían ido superando unas a otras.

Con Darla, no obstante, no siempre congeniamos de la mejor manera. Cuando nos conocimos yo estaba en mi peor momento con el alcohol y eso sin duda influyó de un modo determinante. La consideré siempre una mujer pendiente de las apariencias —algo que sigo pensando, en parte— y que me veía como una mancha en su idea de familia perfecta. Una carga. Al principio mi hostilidad hacia ella fue notoria, pero Darla fue paciente. Un día vino a mi casa y mantuvimos una conversación franca; me habló de su vida, del tío que la había criado: un hombre solitario con severos problemas de alcoholismo que de buenas a primeras se vio en la obligación de criar a su sobrina de tres años. Resultó que Darla sabía batallar con esos demonios incluso mejor que yo. En su caso nunca había cometido excesos con la bebida, pero los había visto día tras día desde que era una niña.

Nuestra relación se consolidó rápidamente y en poco tiempo llegué a considerarla una buena amiga y confidente.

—¿Te encuentras bien, John?

Algo en su tono de voz me hizo suponer que sabía la respuesta a esa pregunta.

—¿Mark te ha dicho algo?

—Sólo que no has tenido una buena semana. No me ha dicho nada más y yo

no se lo he preguntado; Mark está un poco ansioso con todo el asunto de Meditek, así que prefiero que resuelva sus cosas a su tiempo.

—Sí, me ha dicho que tienen intenciones de vender.

Darla guardó silencio. Conociéndola, supuse que no aprobaría que Mark se desprendiera del laboratorio. Pensé que me diría algo al respecto pero me sorprendió con algo diferente.

—De hecho me iré unos días a Nueva York, con Lenna. Estos días siento que soy un estorbo en mi propia casa. —Darla cambió el tono de voz—. Escucha, John, debo ir a Lindon Hill a buscar el regalo para Mark. ¿Quieres acompañarme?

Mi primera reacción fue negarme.

—Te vendrá bien, y a mí también —dijo Darla—. Le he comprado a un coleccionista un tablero de ajedrez de hace más de cien años; podría decirle que me lo envíe, pero me apetece tomar un poco el aire.

—Supongo que me vendrá bien despejarme un poco.

Darla pasó a buscarme quince minutos después. Lindon Hill estaba a cuarenta minutos en coche con la carretera despejada, y ese martes por la tarde ciertamente lo estaba. Durante el trayecto ella no volvió a preguntarme cómo me sentía; sabía que si yo había tenido una recaída le hablaría de ello cuando estuviese en condiciones. En cambio procuró mantenerme animado hablándome del costoso tablero de ajedrez que había conseguido para mi hermano. Me dijo que lo había comprado en una subasta y que había sido utilizado en un campeonato mundial en Argentina, a principios del siglo pasado.

—¿Crees que a Mark le gustará? —me preguntó con cierta preocupación—. Viene con una carta de autenticidad.

—Le encantará.

También hablamos de Meditek. Contrariamente a lo que había supuesto, Darla sí aprobaba la venta y me confió que era algo de lo que Mark le venía hablando desde hacía tiempo. No me contó por qué pensaba de esta forma y el hecho me intrigó.

—He tenido algunos roces con Tricia últimamente, por Jennie —dije de repente.

Darla me miró. El desconcierto en su rostro me confirmó que efectivamente Mark no le había dicho nada al respecto.

—Ha sido mi culpa —completé.

—Amas a esa niña, John. Créeme, eso es todo lo que cuenta. Y Tricia no es una mala mujer, intenta hablar con ella.

—No ha sido sencillo —repliqué—, con Morgan siempre en el medio. Y yo..., bueno, no he hecho bien las cosas.

Darla guardó silencio.

—No ha sido eso —dije con la vista en el frente—. No he vuelto a beber.

—Lo sé.

—Hablé con Tricia hace un rato y finalmente la convencí de que me permitiera ver a Jennie mañana.

—Eso es genial.

No sé qué tan genial era tener que pedirle permiso a tu ex para ver a tu hija, pero así eran las cosas.

La casa de antigüedades Morrison & Sons estaba ubicada en una parte de la ciudad que había gozado de cierto prestigio en el pasado. Todavía podía advertirse un dejo de glamur en los amplios escaparates y en las leyendas doradas en los cristales, pero lo cierto es que la zona había ido perdiendo su encanto durante los últimos años. Las tiendas más modernas y los nuevos diseñadores se habían ido instalando en la avenida Lincoln, al norte de la ciudad, y allí ya casi no quedaban tiendas de prestigio.

Aparcamos casi en la puerta y Darla me dijo que después podríamos tomar un café antes de regresar. Me señaló una cafetería en la acera de enfrente. Se llamaba Fabrizzio y parecía limpia y agradable.

—¿Prefieres acompañarme o quedarte aquí en el coche?

—Si te acompaño voy a descomponerme en cuanto me entere de cuánto has pagado por ese tablero de ajedrez.

Darla rio.

—Es menos de lo que piensas. Conseguí un buen acuerdo.

—Te espero aquí, no te preocupes.

Ella no pareció del todo convencida pero finalmente se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche. La vi entrar en la tienda y hablar con un hombre mayor vestido de otra época. Juntos franquearon una puerta lateral y los perdí de vista.

Miraba por la ventanilla cuando vi aparecer la furgoneta.

La misma furgoneta que había visto en el promontorio del reptil, sin ningún tipo de dudas. Mi primera reacción fue sumergirme en el asiento del acompañante hasta que mis ojos apenas asomaban por la ventanilla.

La furgoneta venía en sentido contrario, avanzando despacio. No pude ver al conductor pero sí al acompañante, un hombre de barba, boina azul y gafas de lectura. Su perfil de nariz afilada se me grabó a fuego.

Cuando pasaron de largo me volví y alcancé a ver como la furgoneta doblaba, un poco más allá de Fabrizzio. Sin pensarlo me bajé del coche y corrí. Al llegar a la intersección no vi a la furgoneta, que seguro ya había alcanzado la siguiente esquina, pero sí al hombre de la boina azul. Tenía más o menos mi edad y aspecto intelectual, vestía una camisa entallada color azul y llevaba una bolsa de cuero. Me oculté detrás de un buzón y advertí como el hombre miraba desde la esquina en dirección al coche de Darla, aparcado calle arriba. Parecía dudar respecto a qué hacer.

No sabes que te estoy mirando desde aquí, grandísimo hijo de puta.

El hombre entró en la cafetería y al cabo de un momento vi que ocupaba uno de los reservados junto a la ventana, desde donde tenía una visión perfecta de la tienda de antigüedades. Estimé que no era capaz de darse cuenta de que yo ya no estaba en el coche así que debía aprovechar esa pequeña ventaja. Ese tipo tenía las respuestas que yo necesitaba y no iba a dejarlo escapar.

Crucé la calle y entré en Fabrizzio. El hombre estaba de espaldas a mí, sus hombros estrechos y la boina asomando por encima del asiento corrido. La cafetería no estaba llena pero había varias mesas ocupadas. Un par de camareras caminaban por el salón con bandejas y jarras de café. Una de ellas le servía una taza al hombre de la boina en ese momento. Me senté a una mesa y esperé a que la mujer terminara de servirle. No iba a esperar demasiado. En cuanto la camarera se retiró me levanté y fui directo a la mesa con decisión.

Me acerqué por la espalda, de modo que no podía verme. No tenía un plan trazado, pero sí sabía que iba a sentarme enfrente del tipo para ver su reacción y exigirle explicaciones. Si hubiera estado atento a los detalles, hubiera advertido de inmediato que algo estaba fuera de lugar. Pero no estaba pensando con claridad, de hecho, estaba haciendo exactamente lo opuesto.

Me encontraba justo detrás de él cuando mi precario plan empezó a salirse de curso. El hombre de la boina había sacado un sobre de su bolsa y en ese

momento examinaba su contenido: una fotografía de estudio de una muchacha a la que reconocí de inmediato. Llevaba el cabello recogido en un moño y tenía una media sonrisa enigmática, pero no tuve ninguna duda de que aquélla era la chica que había muerto en mi casa.

Me quedé helado. El hombre siguió contemplando la fotografía un rato y la volvió a guardar en el sobre. Y entonces perdí la compostura. Me adelanté y cogí al tipo de la camisa. La sorpresa del hombre fue tan grande que levantó las piernas y golpeó las rodillas con fuerza. La mesa se sacudió y la taza derramó prácticamente todo el café. De una mesa contigua un grupo de chicas empezaron a chillar.

—¿¡Quién mierda eres?! —grité en dirección al extraño. Lo levanté de la camisa y luego lo empujé contra el asiento. La boina se cayó dejando al descubierto una incipiente calvicie.

El tipo no reaccionaba. O el pánico que sentía era genuino o sus capacidades actorales eran sobresalientes, pensé.

—¿Qué... qué... ? —balbuceaba.

El encargado de la cafetería se me acercó e intentó agarrarme del brazo pero se lo impedí.

—Llama a la policía ahora mismo —le dijo a la muchacha que estaba en la caja.

Las muchachas seguían chillando y varios de los presentes se habían levantado de sus mesas y alejado de mí lo máximo posible.

—¡Estabas siguiéndome con la furgoneta! —incredulé al tipo con un dedo acusador—. ¡¿Quién eres y quién es la chica?!

La mandíbula del tipo temblaba.

—¿Qué... qué chica?

Señalé el sobre.

—¡Ésa, hijo de puta!

El rostro del hombre se transformó.

—Es... mi hija —dijo.

Ese tipo tenía mi edad, a lo sumo dos o tres años más. Era imposible que fuera el padre de la chica muerta. ¡Lo tenía! Estaba mintiendo descaradamente. Me lancé sobre él y el tipo se encogió. Iba a golpearlo cuando dos brazos me apresaron. El encargado a mi derecha y otro hombre corpulento a mi izquierda.

Este último llevaba un delantal blanco por lo que supuse que había salido de la cocina.

—Se terminó el show —dijo el cocinero.

—Largo de aquí, ya mismo —dijo el encargado—. La policía está en camino.

Forcejeé para liberarme pero no pude.

—¡Ésa no es tu hija! —espeté—. Abre el puto sobre y muéstranos la fotografía a todos, cabrón hijo de puta.

—No tiene que hacer nada, caballero —dijo el encargado—. La policía está en camino.

Y entonces lo vi. Sobre la mesa estaba la taza con parte del café derramado, el sobre blanco, y también las llaves de un coche. Eran de mando a distancia, similares a las de Darla. No había forma de que le hubiesen instalado a la vieja furgoneta un sistema de ese estilo. No tenía sentido. Mis dos captores debieron de advertir mi estado porque lentamente me soltaron.

Yo no dejaba de observar las llaves.

—No tengo una furgoneta —dijo el hombre. Era la primera vez que hablaba con cierta fluidez. Agarró las llaves y presionó el botón del sistema de apertura de puertas.

A través de la ventana pudimos ver cómo las luces de un Ford Focus se encendían intermitentemente al tiempo que sonaba la bocina.

Me quedé de piedra. Ese tipo había bajado de la furgoneta, yo lo había visto con mis propios ojos.

Pero entonces comprendí; el coche tenía que haber estado aparcado allí *antes*, ¡claro que sí!

Lo usaría para seguirte de regreso a Carnival Falls.

—Abre el puto sobre —mascullé.

Un policía franqueó la puerta de la cafetería y todos se volvieron en esa dirección, incluido yo. Las muchachas chillonas ahora celebraban la llegada del oficial.

Antes de que el policía llegara a nosotros el hombre de la boina se inclinó y habló en voz baja.

—Amigo, son fotografías de mi hija, me has confundido con otra persona.

—Muéstramelas —le espeté.

El policía se acercaba, sopesando la situación que no parecía ser más que un simple altercado entre dos clientes.

El hombre agarró el sobre y extrajo dos fotografías, que colocó con cuidado sobre la mesa, lejos de la mancha de café y de mi alcance.

Sentí que el mundo se derrumbaba bajo mis pies.

Eran las fotografías de una niña de unos ocho o nueve años. En una de ellas llevaba el cabello recogido en un moño.

—Es mi hija —decía el hombre.

—¿Qué está sucediendo aquí? —dijo el policía con voz de trueno.

Yo seguía con la vista puesta en las fotografías. No podía entenderlo. Había visto a la chica muerta, y sin embargo ahora la fotografía era la de una niña. ¿Cómo podía haberla confundido?

—¿Caballero?

A mi alrededor apenas podía percibir una amalgama de sonidos. Varios de los comensales murmuraban cosas, algunos incluso reían. Capté algunas palabras sueltas. Loco. Hija. Policía.

—No..., no me siento bien.

—Me ha confundido con alguien —dijo el hombre, mientras volvía a colocarse la boina—. No ha pasado nada.

—¿Está seguro?

Escuchaba todo como si sucediera detrás de un grueso telón. Incluso cuando el hombre de la boina volvió a guardar las fotografías de su hija en el sobre yo seguía mirando el sitio donde habían estado.

—¿John?! —La voz de Darla me arrancó de mi ensimismamiento.

Caminé con Darla hasta un parque a una manzana de distancia. Durante el trayecto me preguntó qué había sucedido en la cafetería e intenté convencerla de que había discutido con aquel hombre por una tontería. No me creyó, pero no insistió. Le dije que necesitaba estar solo y que regresaría más tarde en autobús, a lo que Darla se opuso terminantemente. Insistió en que lo más sensato era que regresara con ella a casa, y que allí podría decidir qué hacer. Se lo agradecí, pero le dije que lo que menos necesitaba en ese momento era estar con alguien y tener que explicar mis acciones. Finalmente accedió. Me hizo prometerle que no haría ninguna estupidez y que le avisaría en cuanto llegara a casa. Si no tenía noticias mías en dos horas pondría sobre aviso a Mark. Me sentí una mierda, por supuesto, pero me pareció justo.

—Te quiero, John —dijo cuando se marchaba—. Y confío en ti.

Sonreí y la saludé con la mano.

Unos minutos después caminaba sin rumbo por las calles de Lindon Hill, a la que conocía casi tanto como a mi ciudad natal. Procuré no pensar en lo sucedido, pero mi mente regresaba una y otra vez al incidente en la cafetería. Si no puedes confiar en tu propia mente, en tus propios recuerdos, ¿de qué puedes fiarte?

Casi sin proponérmelo llegué al edificio de Meditek, una tremenda mole restaurada. Había sido una legendaria fábrica de armas que Mark y su socio, Ian Martins, fueron capaces de rescatar. Vieron en el edificio abandonado el potencial suficiente para convertirlo en un moderno centro de investigación; lo que ahorraron en la compra lo invirtieron en remodelaciones y equipamiento.

El hombre que esperaba en la garita se fijó un instante en mí, pero inmediatamente bajó la vista y siguió con lo que estaba haciendo. Permanecí allí

más de veinte minutos, jugando con la idea de entrar a hablar con Mark, pero sabiendo que no iba a hacerlo.

¿Qué le dirás? ¿Que ha tenido razón todo este tiempo?

Media hora después entraba en una licorería.

En Carnival Falls no podía comprar alcohol, pero en Lindon Hill era un don nadie. Experimenté la misma sensación de vértigo que la última vez, menos de un mes atrás. Para un alcohólico, comprar la botella que te catapultará a tu peor pesadilla es como dar un salto al vacío y quedarte suspendido en lo más alto. De cada cosa que haces eres plenamente consciente: te acercas a las estanterías y examinas las opciones, sientes el cuello de la botella en tu mano, transitas los pasos hasta la caja para pagar; con cada acto vas trazando un surco, como el diente de un arado en la tierra, y sabes que no hay vuelta atrás. La adicción es como una bola gigantesca que una vez se pone en movimiento no se puede detener.

Viajé en el autobús con una bolsa de papel con dos botellas de vodka. Luché por detener la bola; podía deshacerme de las botellas en cualquier momento; sin embargo, llegué a casa y ellas seguían conmigo. De pie en el porche me dije que quizás si no las entraba en la casa, si las dejaba en el coche...

Quizás...

Las guardé debajo del asiento del Honda.

En un rincón del porche divisé la sillita rosa de Jennie. Mi hija la utilizaba cuando me visitaba. También tenía una mesa haciendo juego que yo guardaba en el garaje porque ocupaba demasiado espacio.

Si encontraba la fortaleza necesaria, podría deshacerme de las botellas más tarde, pensé.

Fueron un par de horas de desasosiego, vagando por la casa sin permanecer en la misma habitación por más de un rato. Dar un paseo por el bosque era algo que normalmente me ayudaba a despejar la mente. Recorrer aquellos senderos, apartando ramas y escuchando el canto de los pájaros era, en cierto sentido, viajar en el tiempo. Llegué hasta la puerta pero en el último momento cambié de opinión. El Honda, aparcado en el camino privado, constituía una amenaza. Recordé esa película en donde la mujer y su hijo quedan atrapados a merced de un San Bernardo rabioso; la idea de salir, coger una de las botellas y beberla en el bosque comenzó a seducirme. ¿A quién quería engañar? Si no las bebía hoy,

seguro lo haría al día siguiente. Y al día siguiente vería a Jennie, o por lo menos así se lo había prometido a Tricia. ¿Iba a fallarle otra vez? Necesitaba estar sobrio al día siguiente.

Y para estar sobrio al día siguiente, razoné, debía beber esas dos botellas antes de que terminase el día.

Salí.

Iba hacia el coche cuando el móvil comenzó a vibrar. Era Ross. Mi amigo ha tenido intervenciones casi celestiales en mi vida. Una vez me salvó de ser arrollado por un tren, así que literalmente le debía la vida. En algún momento había abierto la puerta del coche y me quedé mirándola como si fuera un tumor gigantesco creciendo de mi mano. La solté y el ruido al cerrarse fue estremecedor en la quietud del bosque.

Regresé al estudio y le escribí a Darla, tal como le había prometido. Le dije que estaba en Carnival Falls, que me sentía bien, fuerte. Realmente me sentía capaz de doblegar el deseo de beber; había pasado la peor parte. Al día siguiente recogería a Jennie para llevarla al jardín y no podía cagarla. Esa noche más que ninguna debía controlarme.

Desperté en el columpio del porche, boca abajo. Cuando intenté abrir un ojo, una cinta brillante en el suelo me cegó, y aun en mi precario entendimiento de la realidad supe que era el sol que se colaba entre los árboles. No podía moverme. Cada pensamiento me dolía. No había vomitado, o por lo menos no allí, pero estaba empapado de sudor en mi ropa incómoda del día anterior. Se suponía que a las ocho de la mañana debía ir a buscar a Jennie para llevarla al jardín; había sido necesario persuadir a Tricia durante veinte minutos por teléfono para que accediera.

El sol está demasiado alto...

Sin embargo, seguía sin poder levantarme. Un sonido agudo me taladraba el cerebro. Cuando intenté inclinarme, algo en el estómago se movió y tuve que regresar a la posición fetal. Hubiese llorado de buena gana. No me atrevía a mirar la hora en mi móvil. Era una sensación conocida y tan aterradora que me paralizaba, porque en el fondo sabes que la has cagado, no necesitas que te lo diga un cacharro electrónico. Aunque llegues a tiempo al compromiso que has asumido con tu hija de cuatro años, estás haciendo un trabajo de mierda. Jennie tenía derecho a un padre digno como el que había conseguido ser durante el último año, y no un despojo retorciéndose al sol.

La noche anterior llegó en forma de fogonazos mentales. El recuerdo de haber estado en mi habitación sin poder conciliar el sueño fue bastante claro; daba vueltas en la cama pensando en las dos botellas que conservaba debajo del asiento del Honda, y en la idea más absurda del mundo: que si iba a beberlas mejor lo hiciera lo antes posible; porque si lo hacía *rápido...* podría descansar y llegar a la cita con Jennie al día siguiente sin que ella se diera cuenta. Para ese

entonces ya no pensaba con claridad, porque si limitas una recaída a lo que tu hija pueda *darse cuenta*, entonces ya has cruzado la línea de la incoherencia. Durante aquellas horas de insomnio no se trataba de si lo haría o no, sino de *cuándo* lo haría.

Bajé en algún momento de la madrugada, eso lo recordaba perfectamente. Es una sensación muy particular, la de haberte entregado; nunca dejas de saber que lo que estás a punto de hacer está mal... has encontrado una justificación, y te aferras a ella todo lo que puedes, pero en esos momentos hay algo que prevalece sobre el resto, y es que has perdido completamente la voluntad. No es que estés a punto de saltar al vacío, sino que ya has saltado, y durante esos últimos minutos no puedes hacer más que dejarte arrastrar a toda velocidad por esa fuerza invisible y demoledora.

El resto eran retazos inconexos y luego un blanco absoluto.

Me senté en el columpio con suma lentitud. Sentía como si mi cerebro flotara en lava y se quemara un poco más a medida que me inclinaba. Me cubrí el rostro con el antebrazo; no podía abrir los ojos con el sol dándome de lleno. Vi una de las botellas vacías en el suelo y negué con la cabeza una y otra vez mientras buscaba el móvil en el bolsillo de mi pantalón, todo con la misma resignación. Activé el móvil y busqué el ángulo correcto para poder distinguir los números.

Eran las diez de la mañana pasadas.

El llanto surgió sin que pudiera, o quisiera, detenerlo. Enterré la cara en mis manos y me dejé abofetear por la vergüenza de haber fallado otra vez. No había solución. Jennie había esperado a su padre otra vez y yo no había llegado. Le asesté una violenta patada a la botella que tenía delante.

Había caído en mi propia trampa, no tenía a nadie a quien culpar. Había conducido hasta Lindon Hill, comprado esas putas botellas y esperado hasta el último momento para dejarme arrastrar hacia donde ahora me encontraba.

Tras meses de contactos esporádicos, había llegado el momento de volver a hablar con Donald Wellner, mi mentor en AA. Casi podía escucharlo en mi cabeza.

Habla con Tricia y dile toda la verdad.

—No todavía, Don —dije en voz alta.

Pensaría en algo creíble para decirle a Tricia; hacía un año que estaba sobrio y ella no podía juzgarme por los últimos días. No me lo merecía.

Le mandé un mensaje diciéndole que había tenido problemas, que se lo explicaría todo en persona y que estaba yendo a su casa. Iría y solucionaría las cosas. Más allá del intenso dolor de cabeza, empezaba a sentirme ágil mentalmente. Podía hacerlo. Me bañé, me vestí con ropa limpia y en quince minutos estaba listo para salir.

Mientras conducía pensé en dos cosas. La primera, qué le diría exactamente a mi exesposa. Mientras ideaba una excusa más o menos creíble, Don me dijo una y otra vez que nada bueno podía surgir de una mentira. Y Don tenía razón, pero el tónico de la verdad tendría que esperar al día siguiente. Una mentira piadosa podía solucionar las cosas.

La segunda cosa en la que pensé fue que no quería darle al estúpido de Morgan la satisfacción de verme caer. Porque eso es lo que él había estado esperando todo este tiempo. Cada vez que hablábamos de mis progresos podía ver la falsedad en sus ojos. Morgan era el tipo de persona que es invencible y seguro de sí mismo en la superficie, pero que en el fondo esconde una falta absoluta de confianza, de esos que necesitan desestimar y degradar a los demás para sentirse superiores. En síntesis, un mediocre.

Llegué a casa de Tricia y la encontré podando la enredadera. La puerta del garaje estaba abierta y dentro sólo vi su coche. Cuando me vio, sus hombros cayeron. Resopló. Se quedó quieta, con el delantal manchado de verde y la tijera en una mano, observándome de modo indescifrable. Paré el coche y me apeé. Durante un rato nos quedamos mirando el uno al otro. Nunca estuve seguro de haber amado a Tricia, pero ciertamente la quise mucho. Se acercó.

—Vamos adentro, John.

Pasó a mi lado y entró en el garaje. Se quitó el delantal y dejó la tijera sobre la mesa de madera. Fuimos a la cocina por la puerta interior.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua estaría bien.

Me tendió un vaso y se sentó.

—Hoy Jennie no estuvo esperándote para ir al jardín, así que puedes quedarte tranquilo.

No comprendí.

—Fue idea de Morgan —continuó Tricia—, después de lo que pasó el domingo. No le dijimos que vendrías. Si lo hacías iba a estar encantada, por

supuesto. Si no..., pues bueno, nada. Ha sido un buen año, John, pero no quiero volver a lo que era antes. Ahora Jennie ya entiende las cosas. Es muy lista.

—Lo sé. Y lo que quiero decirte es que las cosas no van a ser como antes. No he probado una gota de alcohol..., estoy teniendo otro tipo de problemas y lo de hoy ha sido un imprevisto que...

—No sigas, John.

—Lila ha desaparecido..., ella y su hijo no están por ninguna parte. No responde a mis llamadas desde hace tres días y he ido a su casa para verificar que todo esté bien y descubrí que se ha marchado.

Y aquí vino un pequeño agregado de mi parte:

—Alguien había llamado a la policía y me los encontré allí. Mi presencia les llamó la atención y me han estado interrogando.

Tricia me observaba con escepticismo.

—¿Lila está bien?

—No lo sé. Como te he dicho, se ha marchado y no responde a mis llamadas.

—John, espero que Lila esté bien, de verdad lo deseo. Desde el primer momento te he apoyado y he deseado que rehagas tu vida de la forma que más te convenga. Tenemos una hija en común y sabes que ella es el límite. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto. Y creo que me he comportado como un padre digno durante el último año, y lo que necesito es que confíes en mí y que no te dejes llenar la cabeza de basura por tu actual marido.

—Deja a Morgan al margen de esto, por favor.

—Lo siento, pero él es parte del problema. No puedo estar todo el tiempo a la defensiva y justificando cada cosa que hago. Tú no eres así, Tricia. Te ha arrastrado a esta locura de que nosotros dos no podamos hablar y tengamos que hacerlo por medio de él.

—Los primeros años fueron un infierno, John. Necesitamos poner las cosas en un contexto legal. Jennie es...

—¿Contexto legal? ¿Acaso te escuchas? Jennie es mi hija y la amo más que a nada, y tú sabes que eso es así. He tenido problemas y me he hecho cargo de ellos. He sido un buen padre.

—No has venido las dos últimas veces que dijiste que verías a tu hija. ¿Eso es ser un buen padre? Puedes mentirte a ti mismo todo lo que quieras, pero no

me mientas a mí. Busca ayuda, John.

Tricia se puso de pie.

Me sentía impotente. Lo que acababa de decirle respecto a Morgan era totalmente cierto. Tricia y yo podíamos no haber sido hechos el uno para el otro pero siempre habíamos podido hablar sensatamente. Ese tipo la estaba envenenando y mi hija era en parte destinataria de ese veneno.

—Todo lo que te he dicho es cierto —dije poniéndome de pie—. Morgan va a escucharme. Estoy francamente cansado de tener que rendir cuentas todo el tiempo por los caprichos del imbécil de tu marido.

Tricia me miró con calma. Sacó el móvil de su bolsillo y buscó algo durante unos segundos. Me mostró la pantalla.

Había una fotografía del frente de mi casa. Yo estaba tendido en el columpio; un brazo colgaba y llegaba hasta el suelo. Delante de mí había una botella vacía.

—Yo empecé a justificarte otra vez —dijo Tricia sin dejar de exhibir la fotografía—. Entonces el imbécil de mi marido fue a tu casa a verificarlo por sí mismo. ¿Y sabes qué me dijo que harías?

No respondí.

—Exactamente lo que acabas de hacer. Mentir. Vete a casa, John. Consigue ayuda.

El día que Tricia me mostró la fotografía en la que había caído rendido en el porche de mi casa, volví a soñar. Al igual que la vez anterior, caminaba por el bosque siguiendo el haz de la linterna y experimentaba el mismo terror. Era inexorable seguir avanzando aunque sabía con certeza que algo malo me esperaba al final del sendero. La presencia me seguía; podía escuchar las hojas al ser pisadas y alguna rama al quebrarse. Enfrentarme a mi sigiloso perseguidor no era una opción.

Entonces llegamos al claro, donde estaban los dos álamos, y lo que tenía delante no era otra cosa que una fosa abierta, la pila de tierra a un costado, dos palas clavadas como antenas. Me asomé sólo para comprobar que la fosa estaba vacía. Entonces me volví y la vi, la chica tenía la piel blanca y resplandeciente. Le apunté con la linterna y ella se cubrió el rostro, pero lo que realmente captó mi atención de inmediato fue el vestido azul que llevaba puesto. Era de fiesta, idéntico al de la niña que yo había dibujado junto a Busy Lucy. El otro detalle que captó mi atención fue la gargantilla. Me acerqué y observé el dije central como si se tratara de un talismán. Eran tres rombos, uno encima del otro, y dos pequeños triángulos a los lados, como alas.

—Mira otra vez —dijo la chica.

Era la primera vez que escuchaba su voz, frágil, como su aspecto.

Le hice caso y seguí la dirección de su dedo. Mágicamente la fosa había sido rellenada. Las dos palas estaban tiradas a un costado.

—Has olvidado algo —dijo ella sin dejar de señalar la tumba.

Sin pensarlo me abalancé sobre la tierra y comencé a cavar con las manos. Las palas estaban a mi lado pero no podía dejar de rastrillar la tierra con los

dedos, apartándola con frenesí. A intervalos regulares me volvía sólo para comprobar que la chica seguía allí de pie, consternada. Cavé sin detenerme, la tierra que apartaba volvía a caer en su sitio y el avance era nulo, pero aun así seguí y seguí, con las uñas rotas y los dedos sangrantes, preguntándome en voz baja una y otra vez qué era lo que había olvidado.

Desperté repitiendo la frase.

Has olvidado algo.

Nunca en mi vida había tenido un sueño tan real como aquél. Los ojos de la chica, de ese celeste tan peculiar, su voz, todo lo recordaba con perfecta claridad. También el terror que me provocaba aquel sendero y lo que me esperaba al final. Me senté en la cama, estremecido ante el miedo que no me soltaba.

Eran las once de la noche. Había dormido apenas una hora. Me vestí con rapidez y bajé al estudio. Cogí una hoja y un bolígrafo y dibujé la gargantilla de la chica de mis sueños.

Sobre el escritorio estaba la ilustración de la niña con Busy Lucy. Al verla me quedé helado. La niña del vestido azul también llevaba una gargantilla, una fina línea que no recordaba haber dibujado.

Salí de la casa y fui directo al cobertizo. Agarré una de las palas, la cargué en el coche y me adentré en el bosque. Era una noche calurosa y conduje con la ventanilla bajada. En ningún momento del trayecto me cuestioné lo que estaba a punto de hacer; no importaba que el motor de aquella locura fuese un sueño, incluso a esas alturas sabía que aquél no había sido un sueño convencional.

Quizás los sueños y las alucinaciones eran mensajes. ¿Y si la chica había sido enterrada en el bosque, en el claro de los dos álamos? ¿Qué otra cosa podía querer decirme, conduciéndome inexorable hacia ese lugar? Una vez que la encontrara, que diera aviso a las autoridades, la chica encontraría paz. Y yo también.

¿Ahora resulta que la chica se comunica contigo desde el más allá?

Hazle caso a Tricia. Consigue ayuda.

No tuve problemas en encontrar el sitio exacto y me puse manos a la obra.

Durante la excavación procuré poner la mente en blanco. Si pensaba demasiado en lo que estaba haciendo corría el riesgo de echarme atrás, o algo peor. Una parte de mí me decía que esto era lo más sensato que había hecho en los últimos días.

Poco más de una hora después la fosa tenía casi dos metros de profundidad y la tierra estaba tan apelmazada que era ridículo pensar que alguien había sido enterrado allí recientemente. Analicé la posibilidad de que aquél no fuese el sitio exacto, pero era el único en el claro donde no crecía vegetación. Estaba exhausto, tenía una sed espantosa y la perspectiva de tener que volver a rellenar el hoyo me resultaba un fracaso titánico.

Supongo que debía sentirme reconfortado de no encontrar un cadáver enterrado en las proximidades de mi casa, especialmente porque eso significaba que no había estado recibiendo señales de una chica muerta. Los sueños eran simplemente eso, creaciones de una mente atormentada que no tenían el más mínimo sentido. Y en cuanto a las alucinaciones, bueno..., más o menos lo mismo. Me quedé un rato sentado en el montón de tierra, soportando el peso de mis fracasos, buscando en alguna parte una luz de esperanza para salir de aquella locura.

No la encontré.

Confiaba en mi hermano más que en nadie en el mundo.

Cuando mi padre se suicidó yo tenía once años; Mark era cinco años mayor, pero parecía que tuviera veinte. Fue él quien se hizo cargo de mí. Recibimos el gran apoyo de mi tía Audrey, por supuesto, que vino a vivir con nosotros y se desvivió por nuestro bienestar, y también de los amigos de mi padre, el club B. Pero nadie se ocupó de mí como mi hermano. En el fondo yo sentía —y creo que él también— que era el único que podía entenderme verdaderamente. Mark rechazó invitaciones de las universidades más prestigiosas sólo para estar a mi lado; eligió Lindon Hill por su cercanía, y porque ir a una universidad de tercera línea no iba a ser un obstáculo para él. Mark era invencible.

Eran las dos de la madrugada cuando le envié el mensaje de texto. Mark respondió casi de inmediato; mi hermano dormía cinco horas al día y era un ave nocturna. Le pregunté si podía llamarlo y él me dijo que sí. Fue una conversación breve y sin efusividades de mi parte, le dije que había vuelto a soñar con la chica, y que esta vez había despertado con la certeza de que el claro con los dos álamos era el sitio donde la habían enterrado. Cuando le conté que había ido allí en plena noche, convencido de que encontraría el cadáver, Mark me dijo que fuera a su casa *inmediatamente*.

Llegué en pocos minutos; la gigantesca morada estaba completamente a oscuras. De no haber sido por el Mercedes al final del camino hubiese dicho que no había nadie en casa. Rodeé la propiedad, aparqué en un costado, y en ese momento vi la única luz encendida en la cocina. Mark abrió la puerta de servicio, vestía unos vaqueros y una camiseta holgada, y me esperó en el umbral con esa sonrisa familiar, mezcla de felicidad y nostalgia, que yo había visto

infinidad de veces en el rostro de mi padre.

—Pasa, Johnny. —Creí advertir cierto cansancio en su voz.

Busqué la alfombrilla para sacudirme la tierra de las zapatillas.

—No te preocupes —dijo Mark leyéndome la mente—. Darla no está en casa y no regresará hasta el fin de semana. Se ha ido a Nueva York.

—¿Viaje sorpresa? —dije fingiendo extrañeza.

—Sí. Se fue con Lenna ayer.

Darla y Lenna eran las últimas del grupo de amigas que todavía no tenían hijos. Eso las había acercado bastante en el último tiempo.

En la mesa había una taza de café por la mitad. Mark me ofreció acompañarlo y acepté. Me vendría bien una inyección de cafeína para reponerme del cansancio de esa noche.

—Quiero pedirte disculpas, Johnny. La venta de Meditek me ha llevado a maltraer, como ya sabes; y no se trata sólo de la operación en sí, sino de Ian. Hemos tenido diferencias. El asunto es complejo.

Ian Martins y Mark eran amigos desde la universidad, además de fundadores de Meditek; mi hermano nunca me había insinuado que pudiera haber fisuras en la relación.

En ese momento Mark trajinaba con la máquina de café, de espaldas a mí, y pareció utilizar el tiempo para reflexionar. Me entregó la taza y se sentó.

—Estamos encauzándolo, poco a poco. —Mark hizo una pausa—. Por otra parte, con Darla las cosas no están bien.

Me estaba llevando la taza a la boca pero me detuve en seco. Aquélla era una revelación que no esperaba en absoluto, no sólo porque creía que la relación entre Mark y Darla era sólida como una roca, más allá de cuestiones circunstanciales como la propia Darla había revelado durante nuestro viaje a Lindon Hill, sino porque rara vez mi hermano compartía conmigo detalles de sus parejas.

—Pero nada que merezca demasiada atención —dijo Mark restándole importancia con un ademán—. Yo he estado enfrascado en los problemas de Meditek.

—Pensé que la venta era algo bueno.

—A veces Ian y yo tenemos maneras diferentes de ver las cosas. Con la venta del laboratorio ha sido así desde el comienzo. Si hubiese sido por él, la

venta se habría hecho hace tiempo.

No recordaba haber mantenido jamás una conversación con Mark en la que se mostrase vulnerable de semejante forma. En su caso no se trataba de simple orgullo, aunque lo tenía, sino de una capacidad casi inagotable de absorber la carga de los problemas cotidianos. Siempre había envidiado esa capacidad. No es que me estuviera pidiendo ayuda ni nada por el estilo, pero el solo hecho de reconocer que había estado sobrepasado durante los últimos días resultaba revelador.

Mark consultó su reloj. Su expresión cambió.

—Johnny, seré directo contigo. Esas alucinaciones que has experimentado, incluso los sueños, tienes razón en una cosa, y es que sí están relacionados de alguna forma.

Me quedé de piedra.

—¿Qué sabes, Mark? —musité.

—Me he ocupado del asunto desde el primer momento, como te prometí —dijo Mark—, seguramente no como quisiera, porque, como te he dicho, mi vida no ha sido fácil últimamente, pero te doy mi palabra de que ha sido mi prioridad absoluta.

—¿Qué has averiguado?

—Hay algo detrás, Johnny, no te has equivocado en eso. Por eso te he pedido que vinieras, porque necesitaba decírtelo personalmente. Tú me conoces más que nadie, y tengo que pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Necesito que confíes en mí y que lo dejes estar.

Estudié a mi hermano. Mark me sostuvo la mirada.

—Sería más sencillo si pudieras explicarme un poco más..., no entiendo por qué no puedes confiar en mí.

No iba a contarle a Mark lo del episodio en Fabrizzio porque con Darla así lo habíamos acordado. Sin embargo, las imágenes de ese día no dejaban de perseguirme: la furgoneta, el hombre de la boina en el asiento del acompañante, la fotografía de la chica muerta que mágicamente se convirtió en la de una niña de nueve años. Necesitaba respuestas.

—Confío en ti, Johnny, y lo sabes.

—¿Entonces?

—No puedo revelarte lo que sé. No todavía.

—¡No todavía, Mark! —dije golpeando la mesa con impotencia—. No es posible que sigas intentando protegerme todo el tiempo. Alguna vez tienes que confiar en mí. No soy un idiota.

—Nunca he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Porque soy yo el que ve cadáveres y furgonetas.

—Lo siento.

Negué con la cabeza.

—No puedo creerlo —dije en voz baja.

—Volveremos a hablar, te lo prometo. Pero por ahora necesito que te olvides de todo, Johnny. Ocúpate de Jennie..., y no vuelvas a beber. ¿Puedes prometerme que harás esas dos cosas?

Me levanté abruptamente.

—¡No puedo prometerte nada! —estallé—. Durante estos días..., no he dejado de pensar en esa chica.

—Tienes que entender que es por tu bien.

—Y una mierda, Mark. Estoy harto de ser tu marioneta.

Di media vuelta y salí de la cocina.

Esa noche descansé como hacía días que no sucedía. Al día siguiente seguía enfadado con Mark, pero sabía que sería algo pasajero. En el fondo tenía claro que si él necesitaba unos días para hablar acerca de lo que me estaba ocurriendo, debía de tener una razón de peso para ello.

Me preparé un desayuno copioso y laborioso: huevos revueltos con tocino, tostadas y *waffles*. Tenía un apetito voraz y comí en la cocina con el altavoz inalámbrico a todo volumen. Elegí *Parklife*, de Blur, lo cual era toda una premonición en virtud de lo que sucedió un rato después. Por lo pronto la canción se me antojó perfecta para ese momento. Me sentía optimista. Mientras devoraba el desayuno me propuse hablar con Tricia y ser sincero con ella. O por lo menos todo lo sincero que podía, dadas las circunstancias, empezando por manifestarle mis más sinceras disculpas por cómo me había comportado.

Terminé de desayunar y lavé los platos; los de ese día y los del anterior. Dejé todo reluciente. Blur seguía sonando en el altavoz cuando fui al estudio, pero no me quedé allí. Cogí la ilustración de Lucy y la niña del vestido azul, también el dibujo de la gargantilla y la fotografía del coche de Lila en Paradise Road. Lo llevé todo a la mesa principal y lo desplegué.

Me quedé mirando la secuencia un buen rato. Había dos hechos irrefutables de aquel día: el primero era que yo no podía recordar lo que había sucedido durante aquellas horas, el segundo, que Lila había estado en mi casa. A partir de ahí había un línea delgada que separaba un mundo de furgonetas imaginarias, cadáveres que aparecen y desaparecen y fotografías que cambian mágicamente. ¿Qué podía ser aquello que Mark no podía decirme?

Esa misma tarde hablé con Tricia. Le dije que lamentaba profundamente lo sucedido el día anterior, que creía sinceramente que se trataba de una recaída, que no volvería a repetirse y que pediría ayuda. En definitiva, le dije la verdad. Y me creyó. Quizás la tomé con la guardia baja y lejos del embrujo de Morgan, o quizás percibió la sinceridad en mi voz. Me dijo que podría ir más tarde a ver a Jennie y pasar una hora con ella. Eso sí, como muestra de confianza me pidió que fuese en su casa, y yo desde luego accedí. Me dijo que sería más sencillo que Morgan diera su aprobación y así retomar el ritmo normal de visitas. Me mordí la lengua para no decir que me importaba un rábano la aprobación de Morgan, pero estábamos hablando y era un avance.

Corté la comunicación y descubrí que había acabado en el jardín trasero. Entré en la casa con una sonrisa; las cosas empezaban a encauzarse. Llamaría a Don esa misma tarde para ponerlo al corriente de mi recaída.

Cuando cruzaba el salón, *This is a low* sonaba en el altavoz inalámbrico. Entonces sucedió algo asombroso. Con el rabillo del ojo capté un movimiento en la ventana y al volverme divisé un rostro observándome. Tardé una eternidad en reaccionar y en comprender que la mujer al otro lado del cristal no era otra que Maggie Burke, y el hecho iba más allá de que llevaba el cabello más peinado y con reflejos; ella y yo habíamos escuchado a Blur infinidad de veces, y *This is a low* era una de nuestras canciones favoritas. Mi cerebro se tomó unos segundos para procesarlo todo.

Hacía unos cinco años que Maggie se había marchado a Londres. Nuestra amistad devenida en amor adolescente había sido intensa, pero mucha agua había corrido bajo el puente desde entonces: Maggie se había casado —y a

juzgar por los rumores recientes también divorciado— y yo había tenido una hija. Sin embargo, había una verdad incuestionable, y era que la amistad entre Maggie, Ross y yo era a prueba de balas, y verla fue como tender un puente instantáneo con el pasado.

Maggie movía los labios y me hacía señas.

¿Vas a abrirme?

Abrí la puerta y nos quedamos mirando como dos tontos. Maggie era casi tan alta como yo, llevaba el cabello más corto que antes —y más cuidado, justo es decirlo—, y al parecer las épocas en las que el negro era el color predominante en su vestimenta habían terminado. Vestía unos vaqueros y una colorida camiseta con la frase: *So Beat It!*

Nos dimos un abrazo. Maggie se había puesto perfume, otro cambio respecto a la Maggie que yo conocía.

—Veo que no has perdido el buen gusto —dijo ella apartándose ligeramente.

Lo primero que Maggie quiso hacer fue recorrer la casa. Lo observó todo con curiosidad, maravillándose ante objetos insignificantes y mundanos, narrando anécdotas de cada uno de ellos que yo en su mayoría conocía. Para ella fue como reencontrarse con viejos amigos inanimados. Se detuvo en la cadena, examinó los vinilos y se quedó mirando algunos un rato. Luego vino el turno de las fotografías en las paredes, más de veinte en total, casi todas de Mark y de mí, algunas de mis padres. En una de ellas estaba la propia Maggie, y ella la señaló como lo haría una niña pequeña con un gran insecto, entre maravillada y temerosa, como si ese instante congelado pudiera constituir una amenaza. En la fotografía estábamos Maggie, Ross, Fred Foster y yo, los cuatro en poses acrobáticas. Éramos los Power Rangers.

Dejó el mueble del rincón para el final; era el sitio destinado a las tallas en madera hechas por Harrison. El excomisario nos había obsequiado tres a lo largo de los años: el busto de un hombre con sombrero, el de un hombre calvo con expresión triste y, la más reciente, y que Maggie desconocía, la de una mujer implorante con los brazos extendidos hacia arriba.

—Harrison ha mejorado notablemente —dijo ella mientras deslizaba sus dedos por la madera lustrada.

—Sin duda. Tiene más tiempo entre manos.

A continuación fue el turno del bosque. Maggie me confesó que extrañaba perderse por aquellos senderos y me aseguró que recordaba con precisión todas las encrucijadas y atajos, algo que pude comprobar mientras me guiaba con presteza. Hablamos del pantano de las mariposas, uno de nuestros sitios predilectos, que había desaparecido por el desvío del río Chamberlain. Me dijo que su padre se lo había contado en una de sus conversaciones telefónicas, pero que no le había creído, que tendría que verlo con sus propios ojos. Le prometí que iríamos a verlo pronto, con Ross.

Al regresar a la casa me preguntó por qué no había fotografías de Jennie en las paredes. Le dije que no había querido alterar las fotografías del salón, que habían sido dispuestas por mi madre de manera meticulosa y armónica, y la conduje hasta el pasillo, donde había cuatro fotografías de Jennie, una por cada año de vida. Encendí la luz para que pudiera apreciarlas en toda su magnitud; la calidad era desde luego superior a las otras.

—Es tan hermosa, Johnny.

Maggie pasaba de una a otra sin dejar de sonreír y de señalar cada detalle. Fue un instante especial para mí. En su momento había sido un peso que Maggie creyera que la velocidad con la que yo había entablado la relación con Tricia y tenido una hija con ella significaba que la había olvidado en un abrir y cerrar de ojos. Supongo que lo poco que duró la relación era elocuente, pero aun así era algo que siempre me había perturbado. Ver a Maggie genuinamente feliz por Jennie me resultó reconfortante.

—Ya la conocerás. Sé que todos los padres dicen lo mismo, pero Jennie tiene una inteligencia y una sensibilidad que impresionan.

—Me encantará conocerla, por supuesto.

El rostro de Maggie se ensombreció durante un instante. Recordé lo que Ross había escuchado de la señora Lloyd acerca de un embarazo perdido y dudé de si sería prudente preguntarle a mi amiga al respecto. Hubo una época en la que podíamos decirnos cualquier cosa, pero una pregunta de ese tipo tendría que esperar.

—¿Has visto a Ross, Maggs?

—No todavía. He estado poniéndome al día con la familia. No te molesta que haya venido sin avisar, ¿verdad?

Sonreí.

—¡Por supuesto que no!

Maggie me habló brevemente del divorcio de Andrew, al que se refirió como ligeramente problemático, y yo a su vez le hablé de mi efímera —y extinta— relación con Lila. Se sorprendió cuando supo que mi ahora exnovia se había marchado de la ciudad sin dejar rastro. Le dije que era una historia un poco larga y que algún día se la contaría, sin saber que eso sucedería apenas unos minutos después.

—¿Qué mirabas cuando te he visto por la ventana? —dijo Maggie acercándose a la mesa principal. Señaló la ilustración de la chica del vestido azul y el dibujo de la gargantilla.

Lo cierto es que necesitaba hablar con alguien al respecto, y no hubiera podido pensar en un mejor interlocutor que Maggie Burke.

Si alguien manejaba los hilos, lo estaba haciendo de maravilla.

Nos sentamos en el porche, yo en una silla y Maggie en el columpio.

—No he tenido tiempo de engrasarlo —me disculpé.

Ella parecía disfrutar del chirrido del mecanismo.

—Cuéntame de qué se trata, Johnny.

Maggie sabía de mis problemas con el alcohol. Lo sabía por intermedio de su padre, pero también porque me lo había dejado entrever en uno de sus correos desde Londres. En mi última respuesta le había dicho que llevaba varios meses sobrio y que creía que esta vez mi recuperación iba en serio. Detrás de esa reflexión había algo de lo que en aquel momento estaba convencido, y era que mi descontrol con la bebida tenía que ver en gran parte con la inesperada concepción de Jennie y el hecho de compartir mi vida con Tricia, a quien no amaba. Al principio intenté convencerme de que las cosas podrían funcionar, que Tricia era una buena mujer y que Jennie era una bendición —que lo era—, pero mi disconformidad eventualmente se hizo manifiesta y la válvula de escape fue el vodka puro. Era una explicación sencilla. Y también ingenua. La verdad era más compleja: el alcoholismo era un monstruo que vivía en mí, agazapado y esperando en alguna parte. Seguramente se aprovechó de mis debilidades para hacerse fuerte, pero iba a hacerlo tarde o temprano.

—He tenido una recaída —dije.

—Oh, lo siento. ¿Has hablado con tu mentor?

—Todavía no, pero lo haré pronto. No lo hice..., en parte por lo que voy a contarte. Prepárate, porque es una historia espeluznante.

Ella abrió mucho los ojos.

Viéndolo en retrospectiva, ése hubiera sido el momento de recapacitar y no

decirle nada.

—El sábado pasado desperté en el suelo del salón sin recordar nada de las últimas horas. Sobre la mesilla había una botella de vodka que había comprado hacía unos días, de modo que era obvio lo que había sucedido.

Me detuve. Incluso la confianza que tenía con Maggie se pondría a prueba frente a lo que estaba a punto de revelar.

—Pero eso no era todo, cerca de la mesa vi el cadáver de una chica. A pocos metros de ella estaba el arma de papá.

Maggie abrió la boca en un gesto de asombro y se abrazó las rodillas.

—Espera, no es lo que parece, Maggs —me adelanté—. La chica no estaba allí. Mark dice que experimenté algo llamado alucinación onírica, pero te aseguro que fue algo extremadamente real, lo pienso y se me pone la piel de gallina.

—¿Tú conocías a esa chica?

—No —respondí de inmediato—, pero al mismo tiempo había en ella algo familiar. No sé explicarlo.

El columpio apenas se balanceaba.

—No pensé las cosas con claridad —continué—. Salí de casa para deshacerme de la botella. Creí que..., bueno, que nadie me creería. Todo indicaba que yo la había matado. El cadáver, el arma, la maldita botella...

Maggie me observaba con una mezcla de incredulidad y algo que no supe identificar.

A continuación le relaté el descubrimiento de la furgoneta en el camino abandonado y el ordenador en la parte trasera.

—¿Es la primera vez que has experimentado algo así?

—La primera.

Algo en mi rostro me delató.

—¿Ha vuelto a suceder?

—Me temo que sí. Hace dos días.

—Un amigo en Londres sufrió episodios similares —dijo Maggie midiendo cada una de sus palabras—. La sensación de ser observado o incluso perseguido parece ser un síntoma característico. Mi amigo consiguió controlarlo con algo de medicación.

—Quiero creer que se trata de eventos aislados. Espero que así sea.

—¿Cuándo te diste cuenta... de que no era real?

—Al regresar a casa. Todo estaba como siempre. Mark vino esa noche y procuró tranquilizarme.

—Lo siento, Johnny.

—Las cosas no terminan aquí —dije con una sonrisa torcida—. También he soñado con la chica; son sueños muy extraños, en ellos me conduce por el bosque hasta el claro donde están los dos álamos, ¿lo recuerdas?

Maggie asintió.

—Es como si quisiera decirme algo —completé.

—¿Has hablado con Mark de esos sueños?

Entendí perfectamente lo que Maggie intentaba decirme.

—Sé que suena ridículo, Maggs.

Guardamos silencio un momento. Hacía apenas un par de horas que Maggie había llegado y ya hablábamos con la misma familiaridad de siempre. Era asombroso la rapidez con la que habíamos conectado, como si el tiempo no hubiera pasado.

—En Lindon Hill volví a ver la furgoneta —dije con pesar. Si no iba a guardarme nada, mejor terminar de una vez por todas.

Relaté el incidente con el hombre de la boina azul y el penoso desenlace que terminó conmigo borracho en el columpio.

—No te culpo, Johnny. Si hubiera estado aquí antes...

Sus palabras me emocionaron. Sonreí y ella lo hizo un instante después.

—Nadie sabe lo que acabo de decirte —dije—. Ni siquiera Ross. Sólo Mark, y ahora tú, por supuesto.

El columpio apenas se balanceaba.

—¿Estás seguro de que no conocías a esa chica? No creo en el más allá y esas cosas, pero quizás sí hay algo que tu subconsciente quiere decirte.

—Justamente ayer discutí con Mark por eso. Él sabe algo más, pero dice que no puede contármelo todavía.

Maggie arrugó la frente.

—¿Algo respecto a la chica o respecto al origen de esas alucinaciones?

—¡No me lo ha dicho! —me indigné.

—No parece muy propio del Mark que yo conozco.

—Créeme, sigue siendo el mismo de siempre. Es todo muy extraño.

Otra vez nos quedamos callados. El tiempo volaba cuando estaba con Maggie.

Recordé que aquel columpio había sido uno de nuestros sitios preferidos. Allí nos sentábamos las noches de verano a beber cerveza y a besarnos; y si mi tía Audrey dormía entonces íbamos más allá. La presencia de Maggie dispararía todo tipo de recuerdos durante los próximos días, estaba seguro.

—No puedo creer que estés aquí, Maggs. ¿Piensas quedarte un tiempo en Carnival Falls?

—No lo sé.

—No te preocupes, ya hablaremos más adelante. Déjame que te cuente cómo sigue la historia.

—Por favor.

—Al día siguiente hice el dibujo que has visto de la niña del vestido azul. He estado desde hace tiempo buscando un personaje para acompañar a Lucy, y siempre había pensado en otros animales, pero nunca en una niña. Era tan obvio que da risa. En cuanto acabé de dibujarla supe que era la chica que había imaginado en el salón.

—¿La chica tenía un vestido azul?

—No, eso es lo extraño. Sin embargo, cuando dibujé a la niña supe que era ella.

Maggie se aferró las rodillas con más fuerza.

—Tendrás que llevarme a casa, Johnny. No pienso volver caminando.

Esbocé una sonrisa.

Blur había dejado de sonar hacía rato, sólo quedaba el arrullo del viento colándose entre las copas de los árboles y el suave chirrido del columpio.

—¿Y qué hay de la fotografía del coche? —preguntó ella.

Iba a explicárselo cuando un pensamiento cruzó mi cerebro como una flecha y casi me mata del susto. Saqué el móvil del bolsillo con desesperación.

Jennie.

¡Había olvidado que debía ver a Jennie a las tres!

Son más de las tres. Eres el peor padre del universo.

Maggie se sobresaltó. Siguió mis movimientos, alarmada. Cuando conseguí sacar el móvil del bolsillo y encenderlo vi que eran apenas las dos. El alma me volvió al cuerpo.

—Debo ir a ver a Jennie —expliqué.

Le pedí a Maggie que me esperara mientras me duchaba y cambiaba de ropa. Le dije que en menos de quince minutos estaría listo y cumplí. Al cabo de ese tiempo bajaba las escaleras. Me había puesto una de mis camisas preferidas, y sí, por supuesto que buscaba impresionarla.

Maggie me esperaba con una enigmática expresión en el rostro.

Cuando me acerqué me mostró su móvil.

—¿Es ésta la chica? —preguntó

En la pantalla había un retrato a lápiz de la chica de la gargantilla.

Me recorrió un escalofrío.

—¿Qué... ? —empecé a decir.

—Es un blog —dijo con naturalidad.

—¿Qué...? —no sabía ni siquiera qué decir.

Maggie operaba su móvil con habilidades muy superiores a las mías. Volvió a mostrarme la pantalla y ahora el retrato aparecía más pequeño. Al lado estaba la siguiente leyenda:

**¿HAS SOÑADO CON LA CHICA DEL VESTIDO AZUL?
NO ERES EL ÚNICO**

Dejé a Maggie en casa de sus padres con la curiosidad a flor de piel. Si alguien más había soñado con esa chica se abría un abanico muy extraño de posibilidades. No creo en supercherías paranormales; tenía que existir una explicación racional. Con Maggie convinimos que cada uno leería el blog por su cuenta y lo comentaríamos más tarde. Ni siquiera sabía cómo había hecho para encontrarlo tan rápidamente.

Cuando llegué a la casa de Tricia había dejado el tema a un lado y pensaba sólo en Jennie. Nunca pude explicar la paternidad demasiado bien, al menos no sin caer en los lugares comunes de esa felicidad abrumadora que supone tener un hijo. En mi caso fue un proceso de aprendizaje acelerado, del terror más profundo a la necesidad de convertirme en una mejor persona, un padre *a la altura*. Esto último, por supuesto, sólo sirvió para alterar a mis demonios internos y derivó en un fracaso estrepitoso. Tardé en comprender que la única forma de relacionarme genuinamente con mi hija era ser la mejor versión de mí mismo, y no alguien distinto. Jennie cumpliría cinco años en septiembre y desde hacía más o menos un año que el vínculo entre nosotros se fortalecía día a día.

Tricia abrió la puerta incluso antes de que tocara el timbre. Me examinó como un oficial aeroportuario lo haría con un sujeto sospechoso, y cuando se convenció de que mi aspecto era el adecuado abrió la boca para saludarme. La esquivé con la mirada a la espera de la llegada de Jennie, que normalmente arremetía con los gritos y me abrazaba antes de que pudiera entrar.

—Jennie está arriba —dijo Tricia apartándose para que pudiera pasar.

—Oh, ya veo.

Llevaba una bolsa con mis herramientas de dibujo: hojas, lápices de colores,

pinturas.

—Hoy no es el mejor día para ella —dijo Tricia.

—¿Está enferma?

Ella negó con la cabeza.

—Supongo que ha heredado parte de mi carácter. Habla con ella y todo estará bien.

Asentí. Tricia podía ser contemplativa, y ésa era la mujer con la que había creído posible construir un proyecto juntos. Pero también podía ser irracional y obcecada. Me alegraba haber sido recibido por la primera.

Encontré a Jennie en su habitación, jugando con sus muñecas Barbie en una impresionante casa de tres pisos que no había visto antes. Estaba arrodillada, pero de haber estado de pie aquella monstruosidad de plástico la hubiese sobrepasado.

—Hola, Jennie.

Jennie fingió no escucharme. Siguió haciendo los diálogos de las muñecas, que hablaban entre sí acerca de ir al salón de belleza. Era la primera vez que me recibía con esa indiferencia y desde luego me dolió en el alma.

Dejé los folios y pinturas sobre una mesa redonda que había junto a la ventana y me acerqué. Me arrodillé a una distancia prudente y volví a saludar. Esta vez el diálogo entre Cassie y Mandy se detuvo y Jennie pareció meditar un segundo si responder o no, pero finalmente no lo hizo. Lamenté profundamente haberla puesto en semejante situación.

—Yo voy a ir a dibujar a la mesa, Jennie. Cuando quieras me encantará conocer a tus amigas y su casa.

En la mesa había dos sillas pequeñas así que me senté en el suelo y empecé a dibujar. Nunca había empujado a Jennie a interesarse por el dibujo; demostrarle cuánto me gustaba era mi modo de despertar su interés, y hasta el momento lo había conseguido. Tenía talento y podría llegar lejos si es que antes no moría aplastada por una de las casas Barbie gentileza del Morgan.

—Veo que Cassie y Mandy tienen una nueva casa —dije sin apartar la vista de mi dibujo.

—Sí —dijo Jennie.

—Es muy bonita.

—Mamá y Morgan me la han comprado por portarme bien.

Un punto negro apareció en la hoja cuando presioné el lápiz más de lo debido.

Jennie siguió jugando. Con el rabillo del ojo capté el interés que le despertaba lo que yo hacía.

—Perdón por no haber venido antes, Jennie —dije al cabo de un rato—. He tenido algunos problemas pero no volverá a suceder. Me puso muy triste no poder venir.

Ella no respondió, pero Cassie y Mandy ya no conversaban.

—¿Quieres que te muestre la casa?

—Claro.

Me acerqué nuevamente y me tendí a su lado. La casa de Barbie debía de haber costado una fortuna, tenía varias habitaciones y cada una de ellas contaba con muebles y todo tipo de detalles, incluso tenía un timbre y un ascensor que conducía a la terraza, donde había un jacuzzi. Jennie me mostró cada cuarto y utilizó a Cassie para explicarme qué se hacía en cada lugar. Poco a poco se fue soltando y cuando llegó al cuarto de baño, donde había una bañera con cortina y un tocador, hablaba con la misma velocidad y buena dicción de siempre.

La siguiente media hora me la pasé tumbado en el suelo manipulando a una muñeca anoréxica, pero feliz. Cuando no tienes la dicha de compartir todos los días con tu hija, resulta increíble cómo adviertes avances y nuevos conocimientos cada vez que la ves. Jennie había empezado a hablar muy temprano y era increíble la forma en que incorporaba vocablos. En determinado momento me dijo que Mandy se sentía *contrariada* y yo sonreí con orgullo.

Cuando dimos por terminado el juego en la casa de Barbie fuimos a la mesa a dibujar. Además del encuentro con Maggie, esos minutos con Jennie fueron lo mejor que me había pasado en la semana. Quizás mi suerte estaba empezando a cambiar.

21

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada del día 13 de diciembre

Normalmente no recuerdo los sueños, y eso ha hecho mucho más complejo el proceso de registrarlos. Lo he intentado con notas de voz en el móvil, repitiéndolos incesantemente cuando todavía estoy en la cama, pero nada ha sido tan efectivo como una vieja libreta en la mesita de noche.

Anoche esto cambió. Anoche tuve un sueño tan asombroso que no hizo falta la libreta. No hizo falta nada. Hasta ayer, el sueño más notable de mi vida —quizás el único notable—, tuvo lugar cuando tenía unos siete años y vi el Mustang rojo de mamá flotando en el jardín de mi casa en un océano de lava. La imagen fue tan fuerte y poderosa que durante días estuve convencido de haber presenciado el hecho durante un episodio de sonambulismo.

Ayer desperté en medio de la noche y la sensación fue la de haber sido transportado desde otra dimensión. No había imágenes inconexas, sino un recuerdo vívido. En el sueño no estaba en el campus sino en la primera casa donde viví con mis padres y mi hermana menor. Esto significa que yo no tenía más de nueve años, porque ésa es la edad en la que perdí a mi madre en un accidente y mi padre se dejó llevar por el mundo de las apuestas y lo perdió casi todo. Después de este cataclismo familiar nos mudamos a un apartamento pequeño y luchamos por salir adelante, y afortunadamente la historia tiene un final feliz. Pero esta entrada no se trata de las vicisitudes de mi familia sino del sueño. Estaba entonces en la habitación de mi antigua casa, cuando desde abajo me llega la voz de mi madre que me dice que tengo que ver algo. Al principio tengo miedo y me cubro con la manta hasta la barbilla. No sé por qué tengo miedo. Es mi madre, a fin de cuentas.

Al salir de la cama descubro que estoy desnudo; recuerdo todos los detalles: la textura de la alfombra, la luna en la ventana, mis juguetes desparramados. Al llegar a la planta baja ya no escucho la voz de mamá. Ahora el silencio es completo y asumo que todos se han ido a dormir. Sin saber bien por qué, recorro la casa y al llegar a la cocina veo en la isla central a una muchacha hermosa de unos veinte años. Está sentada en la encimera y lleva puesto un vestido azul. Su piel blanca resplandece. Me sonrío y yo me la quedo mirando. Ya no tengo miedo. Lleva una gargantilla y está descalza.

Me acerco a la chica y tengo que levantar la cabeza para poder observar el dije de la gargantilla. Entonces el tiempo parece estirarse y estirarse con esa cualidad viscosa propia de los sueños, hasta que despierto.

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada del día 16 de diciembre

Siempre he tenido facilidad para el dibujo. Mi madre fue la principal impulsora, la que me inscribió en los cursos y la que celebró con orgullo cada una de mis obras de arte. Cuando ella murió dejé de dibujar, sin embargo, no hice la obvia conexión entre los dos sucesos hasta muchos años después.

La visión de la chica del vestido azul fue tan poderosa que prácticamente me vi forzado a desempolvar mis viejas técnicas con el carboncillo y a componer un retrato. También dibujé la gargantilla. Hubo algo que comprendí desde el principio y fue que la chica no podía ser una invención. Hubiese sido arrogante por mi parte pensar que aquel rostro hermoso podía ser fruto de mi pobre imaginación; tenía que conocer a la chica de alguna parte. Le mostré el retrato a un puñado de personas con la esperanza de que alguien la reconociera. Nadie lo hizo.

Ayer volví a soñar con la chica. Y otra vez al despertar no fue necesario echar mano a la libreta en la mesa de luz; era todo tan claro como el más nítido de los recuerdos.

Nuevamente estoy en mi habitación de niño, antes del accidente de mi madre. Salgo de la cama de un salto y esta vez no estoy desnudo sino que visto mi pijama de algodón. Sé que mi madre comenzará a llamarme de un momento a otro, así que me adelanto y bajo las escaleras a toda velocidad. Voy directo a la cocina, y allí está de nuevo la chica del vestido azul. Otra vez me la quedo mirando; es inevitable no hacerlo, tiene esa belleza cinematográfica que uno no está acostumbrado a ver en la vida real. Sus ojos son particularmente bellos, hay en ellos cierta tristeza nostálgica. Cuando abre la boca comprendo que voy a escuchar su voz por primera vez y durante un instante me embarga un profundo terror. Con voz tranquila me dice que tenemos que salir. ¿Salir de la casa? Le hago la pregunta y ella asiente con la cabeza y de un salto se baja de la encimera. Es bastante más alta que yo, por supuesto, y me toma de la mano.

Nos dirigimos al garaje; ella conoce el camino. Al entrar por la puerta interna nos encontramos con un espacio mucho más grande que el del garaje para dos coches que yo conozco. Hay varias filas de tragaperras que chillan y emiten luces de todo tipo de colores. La chica me dice al oído «Vamos a buscarlo», y yo francamente no sé a ciencia cierta a qué se refiere, aunque lo sospecho. Caminamos durante un rato como dos gigantes en esa ciudad de edificios con letreros de neón. Cada tanto alguna máquina emite un sonido particular para llamarnos la atención pero preferimos seguir.

En el extremo opuesto de uno de aquellos callejones nos encontramos con mi padre, que presiona el botón de una de las máquinas y espera. La chica del vestido azul me suelta la mano, pero no es una actitud desdeñosa, me insta a ir a verlo. Mi padre viste unos vaqueros y una camisa mal planchada, tiene la barba crecida y el aspecto de alguien que no ha dormido en días, los ojos ojerosos, la piel cetrina. Me acerco despacio y él no parece advertir mi presencia. Los tambores giran y las formas que aparecen no son las convencionales: hay una pierna, un Mustang rojo, un animal. Mi padre chista y vuelve a oprimir el botón.

Los tambores se ponen en movimiento, obedientes. Dos Mustangs rojos y otra vez el animal; parece una rata de dientes filosos. Esta vez se escuchan dos tañidos cuando un par de monedas caen sobre el metal. Mi padre asiente y esboza una tenue sonrisa. En determinado momento advierte mi presencia pero no parece reconocermelo. «Esta máquina es la elegida. La he estado estudiando durante mucho tiempo.» Me vuelvo y veo a la chica en el mismo lugar. Me encojo de hombros porque no sé qué debo hacer a continuación. Mi padre opera la máquina como un autómeta.

Sigo observando las imágenes en los tambores. Ahora se suma una nueva: un peón de ajedrez. Las combinaciones se suceden unas tras otras pero en ningún caso se produce el tañido del metal. Mi padre se pone cada vez más impaciente. Se frota el rostro y levanta el dedo como si buscara darle a la máquina una advertencia. Es ahora o nunca. Se frota el índice y el pulgar antes de presionar el botón. Se humedece los labios...

Los tambores empiezan a girar. La rata de los dientes filosos hace su aparición en el primer tambor, luego en el segundo..., y finalmente en el tercero. Una sirena penetrante anuncia el premio mayor. Mi padre grita de felicidad, saltando y vitoreando como nunca lo he visto, ni siquiera con una victoria de campeonato de los Yankees. Si antes no parecía haber advertido mi presencia, ahora su enajenación es completa. Grita y va de un lado para el otro como si yo no existiera. La máquina no deja de aullar y decido regresar con la chica. Camino con calma, jugando a esquivar las formas de la alfombra, mientras mi padre sigue festejando. «¡Lo sabía!», vocifera una y otra vez.

La chica me ofrece su mano y con ella me siento seguro. Hay algo en ella que me resulta extrañamente familiar...

23

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada del día 21 de diciembre

Los días siguientes al sueño en el que el garaje de mi casa se había convertido en un paraíso de máquinas tragaperras fueron decepcionantes. Me dormía esperando reencontrarme con la chica, y al despertar, vacío y frustrado, lo único que me daba fuerzas para levantarme era la esperanza de que el sueño se presentaría la noche siguiente. Porque necesitaba que se repitiera. No pude concentrarme en nada, ni en el estudio, ni en la esgrima, ni en mi motocicleta..., nada servía, mi cabeza volvía una y otra vez a la chica del vestido azul. Hasta mi novia advirtió mi desazón y tuve que hablarle de los sueños, aunque de manera suavizada en lo referente a la chica.

El sábado fui a una fiesta con el firme propósito de regresar temprano, y sobrio, y así darle a mi subconsciente una nueva oportunidad, pero las cosas se fueron de control y terminé bebiendo una cantidad infame de cerveza. Me tumbé en un sillón y perdí el conocimiento. Mi madre muerta empezó a llamarme desde el otro extremo de un caño larguísimo. Cuando abro los ojos, todo a mi alrededor parece latir; un jarrón que no he visto en años, ahora gordo y pulsante, amenaza con explotar de un momento a otro. La chica del vestido azul está en la cocina, como siempre, ahora no está sentada en la encimera sino de pie junto a la puerta del jardín. Le doy la mano, pero en lugar de dirigirnos al garaje, ella abre la puerta y salimos a la fría noche; no parece preocuparle. Una fina llovizna cae sobre nosotros.

El jardín de mi casa no era demasiado grande. Sin embargo, esa noche parece no tener límites. Caminamos durante un buen rato hasta el olmo; sus ramas nos protegen de la lluvia, ahora devenida en una cortina espesa. Pronto ni siquiera el follaje de aquel árbol imponente nos dará cobijo, pienso. Tardo un rato en darme cuenta de que la chica señala algo, y al seguir su dedo veo que se trata de la ventana de mi propia habitación, en la segunda planta: un rectángulo blanco flotando en la oscuridad. «Hemos llegado», dice la chica. Observo la ventana a la espera de que una silueta haga su aparición, porque estoy seguro de que la chica quiere mostrarme algo, pero no sucede nada. Ella me suelta la mano casi sin que me de cuenta y se sienta sobre una de las raíces del olmo. La lluvia arrecia, gruesas gotas atraviesan el follaje y nos golpean como piedras, en la cabeza, en la espalda, en los hombros. Me cubro como puedo. «Hemos llegado», repite la chica.

Cuando me dispongo a abrir la boca para preguntarle a dónde diablos hemos llegado, despierto en un sofá desconocido en un charco de líquido maloliente.

24

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada del día 20 de enero

Me estoy volviendo loco. No he vuelto a soñar con ella. Ha pasado un mes y es la razón por la que he decidido compartir estas entradas que he ido escribiendo a lo largo de los días; francamente no sé qué hacer.

¿HAS SOÑADO CON LA CHICA DEL VESTIDO AZUL? NO ERES EL ÚNICO

La chica ha querido decirme algo a través de mis sueños. Ignoro si ha sido algo literal o simbólico. Le he dado vueltas y pueden ser un millón de cosas. He repasado los sueños una y otra vez. La ausencia de mi madre, mi padre atrapado por el juego..., la intemperie, la lluvia... No sé qué pensar.

El móvil sonó y estuve a punto de gritar. Había estado leyendo tan ensimismado que cuando el sonido me arrancó de la pantalla del portátil, por un instante no supe qué sucedía. Por regla general no respondo a números desconocidos, pero el desconcierto me llevó a deslizar el dedo por la pantalla y coger la llamada.

Era Maggie.

—¿Lo has leído?

—Apenas he empezado. ¡No puedo creerlo! Si este muchacho, el tal SpeedRacer95, también ha soñado con esa chica, entonces...

—¿Hasta dónde has leído?

—Hasta el tercer sueño.

—Ya veo. Todavía no has llegado a la mejor parte.

—Por Dios, Maggie, ¿de qué se trata todo esto?

—Sigue leyendo. Llámame cuando termines.

26

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada del día 27 de enero

Hace dos días he vuelto a soñar con la chica. Ésa es la buena noticia. La mala es que el sueño ha sido idéntico al anterior, salvo por un detalle insignificante: las uñas de la chica estaban rotas, llenas de tierra y sangre.

Al día siguiente lo entendí, o creí entenderlo. La chica quería que excavara en el olmo de mi casa de la infancia. «Hemos llegado.» ¡Ése era el mensaje! Una vez que la idea se me metió en la cabeza supe que no me detendría hasta llevarla a cabo.

Ayer por la mañana conduje hacia mi ciudad natal. En el maletero llevaba una pala, y eso era todo. No voy a negarlo, una parte de mí empezó a preocuparse a medida que me acercaba. Sólo se necesitaba haber visto dos o tres películas de terror para imaginar que la chica del vestido azul estaba muerta y que los sueños no tenían otro propósito más que revelarme dónde había sido enterrada. Y yo no había visto dos o tres películas de terror, había visto decenas. Si me topaba con un cuerpo tendría que comunicarlo, por supuesto, y me vería en serias dificultades para explicar cómo lo había encontrado.

Aparqué a un par de manzanas. Dejé la pala en el coche y caminé con aire despreocupado. Llevaba mi gorra de la ACC y esperaba que fuera suficiente para pasar desapercibido. No había vuelto al vecindario en mucho tiempo pero algún vecino memorioso podría reconocerme.

Al llegar me topé con el primer problema: un rottweiler gigantesco y babeante. Ladró una y otra vez, saltando y golpeando con las patas una reja que separaba la fachada de la parte de atrás. Esa reja no había estado allí antes. Seguí caminando y al llegar a la esquina crucé la calle. Justo frente a mi excasa hay un parquecito, así que me senté en un banco y esperé. Incluso desde allí podía ver al perro observándome con fijeza. Ya no ladraba, pero su vista era mucho mejor que la mía, y si yo podía verlo entonces él no estaba perdiéndose un solo detalle de lo que yo hacía. Cada centímetro de mí se estaba guardando en su cerebro perruno para destrozarme como una pelota de trapo.

La copa del olmo asomaba por encima del techo de madera. Por primera vez me detuve a examinar la casa en sí. Habían reemplazado el celeste de la fachada por un blanco impoluto y en general estaba bien mantenida: las plantas podadas, el césped cortado, las puertas y ventanas barnizadas. No había ningún coche en el camino privado. Todo el vecindario parecía bastante desolado.

No tenía idea de qué haría a continuación. En el peor de los casos aquél sería un paseo nostálgico. Me fijé en que la casa de la izquierda, a la que hasta ese momento apenas había prestado atención, no había cambiado casi nada en todo ese tiempo. Allí había vivido el viejo Abruzzese, un italiano viudo que de niño me contaba historias de la guerra que parecían salidas de una película. Por aquellos tiempos me sentaba con él en el porche y me hablaba con su voz suave y siseante; tendría unos noventa años en aquel entonces, o quizás más, de modo que seguramente habría muerto. Su casa, no obstante, seguía manteniendo el mismo

espíritu. Si mi memoria no fallaba, su hijo vivía en algún lugar de la costa oeste, por lo que era posible que hubiese vuelto al hogar y tuviera el gusto ecléctico del viejo. En el porche había todo tipo de objetos, desde una cortadora de césped oxidada, un cementerio de sillas rotas y jaulas vacías. A diferencia de mi excasa, en la de Abruzzese nadie había cortado el césped en un buen tiempo. A pesar de eso, había dos ventanas abiertas en la segunda planta, lo que me llevó a pensar que su hijo o alguien más estaba en casa en ese momento.

Me quedé un rato en el parque y volví a cruzar. El perro empezó a ladrar de inmediato. Sería un milagro que nadie me reconociera si se asomaba desde alguna de las casas, pero necesitaba comprobar si el perro estaba atado o no. Si lo estaba, entonces podría sopesar la posibilidad de entrar por la parte de atrás. Era un plan que sabía no tenía ningún tipo de asidero; el perro no dejaría de ladrar y los dueños de la casa podían regresar de un momento a otro. Pero al menos tenía que autoengañarme, y por eso crucé la calle nuevamente.

Fue entonces cuando una mano se posó sobre mi hombro. Los ladridos no me habían permitido escuchar al viejo Abruzzese, que me observaba con los mismos ojillos alegres de siempre desde un rostro todavía más arrugado del que yo recordaba.

Si había algo que caracterizaba las películas de terror era un buen susto inesperado. ¿Y qué mejor que un vecino muerto?

Pero Abruzzese era de carne y hueso, y hasta donde recordaba tenía casi el mismo aspecto que antes. O había cumplido mil años o mis recuerdos acerca de su vejez estaban distorsionados.

—Hola.

Debí de haber abierto mucho los ojos porque Abruzzese sonrió.

—Señor Abruzzese..., yo... Hola.

El perro dejó de ladrar; parecía contrariado por nuestra familiaridad.

—¿Visitando el vecindario?

Hablaba con la misma voz susurrante de siempre.

—Pasaba por la zona... No he regresado en mucho tiempo.

—¿Quieres pasar a verla?

Enarqué las cejas. La oferta me cogió completamente por sorpresa.

—Los Thompson no regresarán hasta la próxima semana y me han dejado al cuidado de Garry.

Garry levantó las orejas al escuchar su nombre.

—La verdad es que me encantaría.

Abruzzese se agachó y buscó la llave en una maceta. Me sonrió una vez que la encontró y la utilizó para abrir la puerta del costado. El viejo la franqueó; yo dudé un instante, no quería ni siquiera acercarme a Garry, pero el perro se había transformado y ahora no sólo no ladraba sino que movía la cola sin parar. Abruzzese lo acarició al pasar y yo hice lo mismo, realmente parecía inofensivo.

Recorrimos la casa, intercambiando anécdotas mientras íbamos de una habitación a la otra. Tenía bastante alterados los recuerdos de aquella casa, algo que no dejó de maravillarme, al punto de casi olvidar el propósito de mi visita.

Sopesé la idea de decirle a Abruzzese que de pequeño había enterrado un tesoro en la parte de atrás, que la mudanza intempestiva había hecho que lo dejara olvidado y que me gustaría recuperarlo, pero en el último momento recapacité y no lo hice. Si me topaba con un cadáver me vería en graves problemas.

Me despedí de Abruzzese agradeciéndole por haberme dejado pasar y le prometí que regresaría pronto.

Pasé la tarde en el centro comercial, vi una película, y regresé cuando había anochecido. Me arriesgué a no llevar la pala, porque supuse que en el cobertizo encontraría una. Me acerqué a Garry con confianza, llamándolo por su nombre, y el perro respondió favorablemente. Lo acaricié a través de la reja y utilicé la llave oculta para entrar. Rodeé la casa y fui directo al olmo. Levanté la cabeza y vi la ventana de mi antigua habitación. Me embargó una sensación de *déjà vu*. A diferencia del sueño, la habitación estaba a oscuras.

En el cobertizo efectivamente encontré una pala y escogí con cierta arbitrariedad el sitio donde empezaría a cavar. La configuración de las raíces del olmo era bastante diferente a la de mis sueños, por lo que sería un salto al vacío. Cavaría unos cincuenta centímetros y si no encontraba nada probaría en otro

sitio. Con tres o cuatro intentos debería ser suficiente, estimé. Pero me equivoqué. En total fueron seis.

Estaba a punto de desistir, pues excavar a los pies de un árbol podía ser una tarea frustrante, cuando la pala se topó con algo duro. No era una raíz; me había topado con suficientes para saber que la sensación era totalmente diferente. Seguí excavando con premura pero también con más cuidado que antes. No tardé en comprobar que se trataba de un objeto de metal que resultó ser una caja muy oxidada. Antes de sacarla la examiné con la linterna del móvil. Sería un milagro que no se deshiciera entre mis manos, pensé. La tapa de metal era una lámina carcomida que ya no giraba. Con cuidado cogí una de las esquinas y la levanté, muy lentamente. En el interior pude ver una gran cantidad de joyas que habían pertenecido a mi madre.

Solté la tapa y me quedé allí sentado, muy quieto, procesando el insospechado descubrimiento.

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada del día 28 de enero

Recordaba una de las joyas en particular: una cadena de oro con una piedra turquesa. Mi madre no las usaba porque decía que no era su estilo, pero las había conservado con mucho cariño porque habían pertenecido a mi abuela. Más de una vez la encontré en su habitación frente al tocador, la mirada perdida y algún aro o una cadena entre los dedos. En aquellos años yo no tenía forma de imaginar el vacío que deja la ausencia de una madre, y lo cierto es que nunca me pregunté qué había pasado con las joyas, si habían sido entregadas a alguna de mis tías o, mucho más probable, si mi padre había tenido que venderlas para cubrir alguna deuda. Jamás imaginé que mi madre podría haberlas escondido. Por supuesto, la noche en que las encontré, me las llevé conmigo.

Ésta ha sido la razón por la que he decidido publicar estas entradas; he modificado nombres y algunos detalles, pero es todo cierto. La chica del vestido azul me mostró, en sueños, el sitio donde mi madre escondió sus joyas. No lo sé a ciencia cierta, pero apostaría a que las escondió para que mi padre no las empeñase.

Le he dado vueltas al asunto sin parar. La razón me dice que debí de haber visto a mi madre enterrar las joyas y que lo olvidé. ¿Acaso la chica del vestido azul no señaló la ventana de mi habitación? Quizás a eso se refería, a que fue desde allí que la vi. Tiene sentido.

Quiero creerlo. Pero hay una pieza que no encaja, y es desde luego la chica del vestido azul. La pregunta que me hice la primera vez sigue siendo válida:

Me he guardado un detalle de ella para que aquel que me contacte pueda decírmelo.

Del Blog de SpeedRacer95
Entrada día 3 de marzo

Más de treinta personas me han contactado, y todos ellos me han hecho perder el tiempo.

Sin embargo, hace unas horas ha sucedido algo impensable. Un conocido de la universidad me ha dicho por teléfono que también soñó con la chica. Acaba de llamarme y hemos hablado durante unos minutos. Estoy seguro de que dice la verdad. Mi corazonada inicial ha sido cierta.

La última entrada era del 3 de marzo, poco más de dos meses atrás. Volví a releer el blog en su totalidad y llamé a Maggie al móvil. Veinte minutos después aparcaba frente a un Starbucks y ella me saludaba desde el otro lado del cristal.

Maggie había escogido una pequeña mesa en un rincón. Pedí un *latte* y fui a su encuentro.

—Todavía estoy en estado de *shock* —dijo ella jugando con el vaso entre sus dedos.

—Dímelo a mí.

La historia de SpeedRacer95 era espeluznante en tantos niveles..., además del hecho de haber soñado con la chica de la gargantilla, que era lo obvio, había otras coincidencias sutiles pero inquietantes, como la pérdida de la madre a una edad temprana.

—Antes que nada, tengo que saberlo —empecé—, ¿cómo diste con el blog, Maggs?

Maggie rio. Agarró el móvil y lo activó. Buscó algo a la velocidad de la luz.

—Tomé una fotografía de la gargantilla que tú dibujaste —dijo mostrándome la pantalla del móvil donde efectivamente estaba la fotografía—. Entonces hice una búsqueda simple en google de la fotografía.

Mi rostro dejó claro que no sabía a qué se refería.

—Así...

Maggie hizo una serie de pases mágicos y unos menús emergentes aparecieron y desaparecieron. En menos de un segundo había una serie de imágenes en la pantalla muy similares a mi dibujo. La primera era el dibujo de la gargantilla que SpeedRacer95 había incluido en su blog.

—La imagen es tan particular —dijo Maggie— que no había muchas coincidencias.

—No sabía que era posible hacer eso. —Me asombré.

—Muchas personas no lo saben y se limitan a buscar palabras, pero la búsqueda por imágenes suele ser muy productiva.

Me quedé callado.

—¿En qué piensas? —preguntó Maggie.

—Si yo mismo no hubiese soñado con esa chica, no me hubiese creído una sola palabra de ese blog. No me extraña que nadie lo haya tomado en serio.

—Parece una de esas leyendas urbanas que todo el mundo sabe que no son ciertas.

—Pero la descripción de la chica, el vestido, la gargantilla..., esa sensación inequívoca de que la conoces... No puede ser una coincidencia.

—No. Y no nos olvidemos de que en la última entrada dice haber encontrado a alguien más que ha soñado con ella. ¿Por qué no ha escrito nada más? Ha pasado demasiado tiempo.

—Es verdad.

—He puesto una alerta. Me enteraré si vuelve a escribir.

Bebí un largo sorbo de café. La cafetería estaba prácticamente vacía. Había dos o tres mesas ocupadas pero nadie nos escuchaba. En la mesa de al lado había tres adolescentes que hablaban en voz alta, cosa que agradecí.

—Que SpeedRacer95 haya excavado en el jardín de su antigua casa me ha resultado muy extraño. Sé que frente a todo lo demás es un detalle sin importancia, pero eso mismo es lo que he hecho yo en el bosque.

Maggie se quedó pensando. Se mordió ligeramente el labio y miró hacia arriba un instante. El gesto me resultaba familiar. Sacudió la cabeza con suavidad antes de hablar.

—¿Crees que el chico vio a su madre enterrar las joyas desde la ventana de su casa?

—Yo creo que no lo sabía. Que la chica se lo ha mostrado.

Maggie guardó silencio.

—¿Tú? —pregunté.

—Yo creo que él lo sabía, por eso en el sueño es importante la ventana de la habitación.

—No sé qué pensar. De una u otra forma no cambia el hecho de que dos personas (quizás tres) hemos soñado con esa chica.

—Exacto. Y el patrón se ha repetido contigo, porque también te ha revelado algo, aunque todavía no sepamos qué.

Has olvidado algo.

Me quedé pensativo un momento. Aproveché para terminar mi café.

—Perdón por todo esto, Maggs.

Ella no comprendió.

—¿A qué te refieres?

—Acabas de llegar a la ciudad, no hemos hablado de ti...

—Johnny, necesito esto —dijo Maggie gesticulando con las manos, señalándome a mí y luego a ella—. Ya te contaré por qué terminé con Andrew y por qué el último tiempo en Londres fue una verdadera mierda. Pero no ahora. Ahora te necesito a ti, tu amistad. Necesito a Ross. Necesito que *algo* sea como antes.

La voz le tembló. Sus ojos se humedecieron. Le aferré las manos.

—No hace falta que hablemos de eso ahora.

Ella asintió.

—Y si ayudarme en esto te mantiene entretenida —continuó—, entonces mejor, porque realmente necesito ayuda con este sinsentido. Si no estuvieras aquí dudaría de mi cordura.

En la mesa contigua las adolescentes habían dejado de vociferar y nos observaban con atención. Cuando me fijé en ellas inmediatamente volvieron a sus asuntos.

—Sabes quién podría ayudarnos con todo esto, ¿verdad? —dijo Maggie.

Por supuesto que lo sabía.

—Preferiría dejar a Ross al margen por el momento. Ya me siento suficientemente culpable por haberte involucrado a ti.

Maggie asintió. Ross era un ávido lector de historias de misterio, espionaje y todas esas cosas. De chico era el motor de nuestras aventuras. Sin duda tendría un acercamiento diferente al nuestro.

—Llámalo —dije—, se alegrará. Hagamos algo estos días, los tres.

El rostro de Maggie se transformó como una niña que recibe el mejor regalo del mundo.

—Sí, lo haré. Quizás podríamos cenar en tu casa. Yo cocinaré.

—Me parece perfecto.

Maggie seguía jugando con el vaso vacío entre sus dedos.

—Sabes cómo sigue esto ¿no?

Abrí mucho los ojos y me incliné hacia atrás, sonriente.

—No de esa forma, tonto.

—¿Cómo sigue esto, entonces?

—Tenemos que encontrar a SpeedRacer.

Al principio pensé que bromeaba.

—¿Cómo? Él mismo asegura que ha cambiado los nombres.

—Pero ha dejado algunas pistas... He estado trabajando en ello mientras tú visitabas a Jennie.

Maggie no perdía el tiempo. Así era ella en todos los órdenes de la vida, enérgica y proactiva, a veces hasta impulsiva.

—Soy todo oídos.

—Según dice al principio del blog está interesado en cómo registrar los sueños, por lo que podemos suponer que es estudiante de psicología. Parece estar llevando adelante alguna especie de experimento.

—Eso me ha llamado poderosamente la atención.

Maggie no pareció comprender.

—Quiero decir —expliqué—, que estás en medio de un estudio de tus propios sueños, o algo por el estilo, y empiezas a tener una serie de sueños premonitorios. Es cuanto menos sospechoso.

Maggie asintió.

—Tienes razón.

—¿Qué más sabemos de SpeedRacer? Además de que probablemente estudia psicología y practica esgrima. No parece mucho.

Maggie sonrió.

—Cuando relata la visita a su casa de la infancia, dice que lleva una gorra de la ACC, la Conferencia de la Costa Atlántica de la liga universitaria. ¿Sabes cuántas universidades participan en la competición de esgrima de la ACC?

Negué con la cabeza.

—Sólo cinco: Boston College, Duke, North Carolina, Notre Dame y Lindon Hill.

Enarqué inmediatamente las cejas al escuchar el último nombre.

—Sí, lo sé, yo creo lo mismo. Nuestro chico tuvo problemas de dinero con el padre jugador y todo eso. Si tuviera que adivinar, diría que es Lindon Hill.

Lindon Hill era de lejos la más austera, además de la más próxima. Y yo había estado en la ciudad apenas dos días atrás.

Conducir durante casi una hora a Lindon Hill en busca del autor de un blog que podía estar en cualquier parte del mundo era, en apariencia, como buscar una aguja en un pajar; sin embargo, Maggie y yo teníamos la convicción de que allí encontraríamos a SpeedRacer95. Viéndolo en retrospectiva, tenía sentido. Las piezas empezaban a encajar, aunque todavía no fuésemos capaces de verlas con demasiada claridad.

La pasé a buscar por su casa a las diez de la mañana. Durante el trayecto intenté hablar de Londres, pero Maggie guardó silencio o respondió con monosílabos. No quería forzarla. Me sentía culpable por cargarla con mis problemas y por supuesto ella me importaba. Ensayé una tibia pregunta acerca de lo que Ross había escuchado de la señora Lloyd: el rumor sobre un embarazo y la pérdida del niño, a lo que Maggie se limitó a negar con la cabeza. Le dije que mi intención era sólo ayudarla, que por supuesto la respetaba si necesitaba más tiempo.

Cuando empezamos a hablar de cómo haríamos para encontrar a SpeedRacer95 Maggie volvió a ser la misma de siempre. El plan era sencillo: Maggie localizaría a algún grupo del equipo de esgrima, diría que era una estudiante que estaba realizando un trabajo sobre la interpretación de los sueños y se mostraría interesada en las experiencias de un alumno de la universidad cuyos trabajos había leído online. Si nuestro chico había hablado con sus conocidos acerca de los sueños, como aseguraba en su blog, era posible que alguien nos pudiera decir algo al respecto. Convinimos en que sería mejor que yo no apareciera en escena; Maggie sería mucho más convincente en su papel de chica universitaria y no tendría problemas en hacer hablar a un grupo de

esgrimistas.

Llegamos al campus de la universidad de Lindon Hill donde yo había hecho un efímero intento por estudiar historia del arte. Aquellos meses de frustraciones regresaron en ramalazos nostálgicos. Había algo atrayente en la vida universitaria que echaba de menos, aunque para mí siempre había sido un camino que seguí por imitación de mi hermano mayor más que por convicción propia. Más de una vez pensé en regresar, porque la vida académica me seducía y vivía mi formación autodidacta con cierta inseguridad, pero entonces llegó Jennie y ese tren se fue definitivamente. No culpo a mi hija por ello; si hay algún culpable, soy yo.

No recordaba un gimnasio específico de esgrima, por lo que nos dirigimos al único gimnasio que yo conocía. Entramos por una puerta trasera al inmenso edificio que albergaba, entre otras instalaciones, un campo de baloncesto con tribunas para varios cientos de personas. Un estudiante nos confirmó que el equipo de esgrima practicaba en ese mismo lugar pero que no sabía cuándo. Cruzamos el campo y llegamos a la parte principal donde había un gran recibidor con fotografías y exhibidores con trofeos. Un joven nos llamó inmediatamente la atención porque llevaba en sus manos una máscara de esgrima. Apresuré el paso, asumiendo que Maggie haría lo mismo para interceptarlo, cuando el joven abrió una puerta y desapareció. Antes de seguirlo me volví en busca de Maggie pero mi amiga no estaba a mi lado.

Durante unos segundos no la vi. Los estudiantes que transitaban el salón en todas direcciones parecían haberse multiplicado. Un ruidoso equipo de baloncesto vociferaba; uno de ellos botaba el balón. Divisé a Maggie caminando en dirección opuesta a mí, como poseída. Me apresuré para alcanzarla.

—Es él —dijo.

Una cortina de muchachas se disipó y un improvisado santuario hizo su aparición. En el centro había una fotografía de un muchacho.

Stuart Nance
8 de junio de 1995
17 de abril de 2015

La muerte del estudiante había tenido lugar veintiún días atrás. Además de un cuaderno con escritos de sus compañeros había una serie de fotografías del

muchacho, en varias aparecía con la vestimenta de esgrima y en otras en su motocicleta. Entendí perfectamente por qué Maggie había llegado a la conclusión de que Stuart Nance podía ser SpeedRacer95. La universidad correcta, miembro del equipo de esgrima y al parecer un entusiasta de la motocicleta.

—¿Lo conocíais? —Una voz de mujer hizo que nos girásemos al mismo tiempo.

Reconocí a la muchacha de inmediato. Acababa de verla en una de las fotografías abrazada a Stuart.

—No directamente —dijo Maggie, mucho más rápida que yo a la hora de reaccionar.

La chica asintió. Se acercó al cuaderno y repasó con rapidez los escritos.

—Nada nuevo —dijo en tono neutral—. Vengo todos los días a revisar. Es increíble que alguien pueda escribir algo inapropiado en una situación así, pero ocurre. Hay gente estúpida, incluso en la universidad.

Maggie negaba con la cabeza. La conversación era entre ellas.

—Tú eras su novia, ¿verdad?

—Así es.

—Mi nombre es Maggie. —Maggie extendió una mano y me presentó como su novio—. Lamento mucho tu pérdida.

La chica asintió con un gesto mecánico. Estrechó nuestras manos.

—Soy Katie.

—Katie, somos de Boston; estoy haciendo un trabajo para la universidad.

La chica cambió de actitud inmediatamente. Supongo que imaginó que podíamos ser periodistas.

—Es un trabajo sobre la interpretación de los sueños.

La expresión de Katie se suavizó.

—Oh sí, Stuart estaba fascinado con el tema.

Intercambiamos miradas. Aquella revelación fue la confirmación de que Stuart Nance era SpeedRacer95. El esgrima, el motociclismo..., además de la interpretación de los sueños; eran demasiadas coincidencias.

—Leí algunos de sus escritos online —explicó Maggie.

A nuestro alrededor el bullicio continuaba y Katie empezó a mirar a uno y otro lado con claras intenciones de marcharse.

—Stuart estaba muy enfrascado en esas cosas. Él y ese chico, Alex. No lo sé, quizás estaba pensando en eso cuando se cayó de la motocicleta...

La voz se le quebró.

—Perdón, no hemos querido importunarte.

Katie negó con la cabeza y se secó un par de lágrimas que no llegaron a salir. Cuando Maggie iba a formularle la siguiente pregunta, la muchacha se disculpó y dio media vuelta.

Nos quedamos en silencio. La muerte de Stuart hacía que nuestra aventura detectivesca pareciera un poco estúpida. Maggie hojeó el cuaderno sobre la mesa. Leyó los comentarios y las firmas a toda velocidad.

—Un solo Alex —dijo sin mirarme—. Alex Lange.

Cogió el móvil del bolso.

—Tenemos suerte. —Maggie seguía con la vista puesta en la pantalla del móvil—. Alex Lange, estudiante de Lindon Hill. Y está online en este momento.

Alex Lange estudiaba en la biblioteca. Maggie consiguió que el chico accediera a verla prácticamente sin decirle nada. Fue sola; yo me quedé esperándola en la cafetería, pedí un café y me entretuve con un periódico que encontré en mi mesa. La realidad era que había perdido un poco el interés. Maggie, por el contrario, se había marchado con ese empuje inexplicable que había tenido desde el principio.

Regresó al cabo de media hora.

—No soy policía —fue lo primero que me dijo al sentarse a la mesa—, pero estoy segura de que ese chico esconde algo.

A continuación me describió el encuentro con Alex Lange, quien, según me explicó, tuvo dos comportamientos bien distintos. Al principio, cuando Maggie todavía no había revelado el propósito de su visita, se mostró de buen humor y predispuesto a hablar. Dijo que había conocido a Stuart hacía relativamente poco tiempo y que su muerte lo había golpeado como a todos en el campus. Era increíble, explicó, que un eximio conductor como él perdiera el control como lo había hecho, en una intersección desierta a una velocidad bajísima. Alex lo había visto practicar esgrima subido a una pasarela de acrobacia y su sentido del equilibrio era asombroso.

Hasta aquí todo en orden. Maggie le preguntó a Alex si la policía había catalogado el hecho como un accidente o si seguía investigando, y él dijo que no lo sabía, que creía que la investigación estaba cerrada.

Fue en este momento cuando su comportamiento cambió. La posibilidad de ligar con una desconocida le había soltado la lengua y probablemente empezaba a darse cuenta de que eso podía perjudicarlo. Maggie le dijo que había contactado con Stuart por correo electrónico y que él le habló de los sueños de la

chica del vestido azul.

—Sabía de qué le hablaba —me dijo Maggie en la cafetería—. En cuanto vi cómo los ojos casi se le salen de las órbitas decidí jugarme un pleno. Le dije que Stuart me había dicho que también él había soñado con la chica. Tendrías que haber visto su rostro.

—Es extraño —dije arrugando la frente—. Quiero decir, si él también ha soñado con la chica no deja de ser inquietante, pero por qué habría de sentirse...

—Desenmascarado —completó Maggie en tono críptico.

—¿Dijo algo más?

—No. Juntó sus cosas y se fue a toda velocidad.

Me encogí de hombros.

—Supongo que aquí termina nuestra aventura.

Maggie no pudo ocultar su decepción.

—Sabes cómo soy cuando se me mete algo en la cabeza.

—No has cambiado un ápice, Maggie Burke.

Dos días después, un templado domingo de primavera, bajaba la escalera de mi casa con el repelente para mosquitos. Al pie de la escalera me quedé mirando el salón bañado por el sol de la mañana que entraba por las ventanas de la fachada principal. La puerta de la calle estaba abierta; la voz de Jennie me llegaba como el gorjeo del pájaro más hermoso del mundo. Fui hacia una de las ventanas y la observé. Jugaba en la mesa del porche; no la mesa más pequeña que sólo ella usaba, sino en la *de adultos*. Estaba arrodillada en una de las sillas y había desplegado otro de los regalos fantásticos de Morgan: un juego de cocina color rosa con los rostros de las princesas de Disney. Era una mierda sexista, pero Jennie se lo estaba pasando en grande. Cassie y Mandy aguardaban.

—¿Ya se lo han comido todo? —protestaba mientras sacaba la comida del plato.

Volvió a colocar la zanahoria y el queso en la sartén y accionó cuidadosamente los botones.

—No sé cómo estáis tan delgadas. Además yo no puedo cocinar todo el tiempo. Tengo otras cosas que hacer.

Cassie y Mandy debieron de responder algo gracioso porque Jennie rio. Tenía puesto su sombrero de exploradora.

Me gustaba verla jugar. Supongo que como a todo padre. ¿En qué momento perdemos la capacidad de hablarle a un par de muñecas y alimentarlas con inmensas zanahorias de plástico? Jennie redefinía su mundo todo el tiempo. Cuando jugaba, cuando dibujaba, era como si lo hiciera en un plano diferente al nuestro, en otra frecuencia. Los adultos no teníamos la capacidad de sintonizarla. Picasso dijo que todos los niños nacen artistas, y que el problema radica en cómo

seguir siéndolo al crecer. No podía estar más de acuerdo con ello. A veces miraba los hombres deformados que dibujaba Jennie, de ojos brutales y brazos larguísimos, y los comparaba con mis ilustraciones de laboratorio, y el contraste era demoledor.

Salí del encantamiento y regresé al porche.

—¿Lista?

—¡Siiiiiiií!

Jennie extendió los brazos para que le aplicara el repelente.

—Has sido valiente —la felicité.

Cuando hacía un momento le había dicho que iría en busca del repelente, Jennie me miró con cierta preocupación. Le dije que regresaría inmediatamente y que la estaría vigilando desde arriba. Lo cierto es que mi hija no estaba acostumbrada al bosque y era algo que quería enseñarle. Los tiempos habían cambiado, pero los miedos irracionales seguían siendo los mismos.

—¿Cassie y Mandy se quedan aquí?

Ella miró hacia la casa, e inmediatamente después en dirección al bosque. Pensó un momento su respuesta.

—Sí —dijo mientras bajaba de la silla. Además de su sombrero de exploradora tenía puesto un mono que le cubría las piernas.

—Vamos a buscar nuestra herramienta —anuncié—, y estaremos listos para salir de expedición.

—¡No! Primero debo llenar mi cantimplora.

—Oh, cierto.

Jennie cogió su cantimplora y la llenó con agua del grifo. La guardó en su mochila y se colocó las correas ella sola. Caminamos hacia el cobertizo de las herramientas y busqué un cincel y un pequeño martillo.

—Ahora sí, estamos listos.

Jennie meditó y salió corriendo, rodeó la casa en dirección al porche donde habíamos estado hacía un instante y regresó con sus muñecas.

—¡Ellas también tienen que ver las mariposas!

Aunque el pantano de las mariposas se había secado hace unos años, Jennie albergaba la ilusión de ver mariposas, y yo desde luego no iba a quitársela.

Partimos por un sendero distinto al que habíamos utilizado las veces anteriores, más estrecho e intrincado. Jennie lo advirtió de inmediato. No iba a

explicarle a mi hija de cuatro años que escogía ese otro sendero para evitar el recorrido que me conducía al claro de los álamos. Ella iba delante, con el andar cauteloso de quien no termina de fiarse del bosque.

Poco tiempo después llegamos a un sendero más amplio y Jennie se relajó. Sus preguntas eran el indicio de que poco a poco iba sintiéndose más a gusto. Me preguntó por qué las mariposas ya no regresaban y si se habían ido a otra parte.

A medio camino escuchamos ruidos entre el follaje. Descarté categóricamente que pudiera tratarse de un animal porque conocía el andar de todos. Era una persona, y a juzgar por la forma en la que se detuvo, no quería encontrarse con nosotros.

Tranquilité a Jennie, que se había acercado a mí y tenía la vista puesta en el punto de origen de los ruidos. Una mujer surgió ante nosotros. Jennie no le quitaba la vista de encima, como si se tratara de un extraterrestre. Nos saludamos y la mujer siguió su camino en dirección a la ciudad.

—¿Quién era, papá?

—Una escritora —dije con naturalidad—. Vivió aquí cuando era niña y regresa todos los años a visitar el pantano de las mariposas.

A Jennie la historia no le atrajo. Aunque habíamos salido de casa hacía menos de quince minutos, dijo que tenía sed y me pidió que le sacara la cantimplora de la mochila. Apenas probó el agua y me la devolvió.

—Listo.

Media hora después habíamos llegado a lo que antes había sido un inmenso lodazal poblado de helechos y coloridas mariposas, y que ahora no era más que una explanada con un poco menos de vegetación que el resto. Las rocas eran los únicos testigos inalterables.

—No hay mariposas —dijo Jennie, las manos aferrando las correas de su mochila.

—Ya no vienen mucho por aquí.

—¡Vamos a escribir mi nombre! —vociferó Jennie.

Jennie corrió en dirección a un afloramiento rocoso donde los niños de Carnival Falls tenían la costumbre de esculpir sus nombres en la piedra. La tradición se remontaba a mi propia infancia. En general, los nombres estaban escritos con piedras más filosas, y eso estaba bien para que las inscripciones

duraran unos meses o incluso años. En algunos casos, sin embargo, el trabajo estaba hecho con más paciencia y elaboración.

—A ver si recuerdas dónde papá y sus amigos grabaron sus iniciales. — Jennie sabía las letras y empezó a examinar los nombres.

—¡Allí!

Señaló tres letras perfectamente esculpidas en bajorrelieve: MJR. Ross había sido el artífice.

—Pronto conocerás a mi amiga Maggie. Ella ha vivido en otro país y está de vuelta.

—¿De Canadá?

—No, de Inglaterra.

Jennie me miró con desconfianza. Sin decir nada más se inclinó, las manos en las rodillas, y estudió la roca durante casi un minuto.

—¿Aquí?

Señaló un punto casi al ras del suelo y le dije que sería mejor escoger un sitio más alto. Estuvo de acuerdo. Una vez seleccionado el lugar puse manos a la obra. Ella se sentó en una roca a mi lado, sacó de su mochila la cantimplora y bebió un poco más de agua. Sentó a las muñecas junto a ella y les dijo que iban a quedarse un rato para esperar a las mariposas. Yo trabajé con el cincel y el martillo hasta escribir el nombre de Jennie. No hice un trabajo tan esmerado como el de Ross, pero fue bastante decente. Jennie estuvo encantada con el resultado. Me dijo que podríamos volver después para verlo y le dije que desde luego que lo haríamos.

Me senté en la tierra, la espalda apoyada en la roca. A mi lado, Jennie aguardaba pacientemente la llegada de las mariposas. Tenía las piernas juntas, las manos en las rodillas, la mirada en alto examinando el follaje.

Le pedí a Maggie que me acompañara al cumpleaños de Mark, algo que a ella en principio no la sedujo en absoluto. Me dijo que no se sentía preparada para enfrentar a todos al mismo tiempo, soportar miradas incómodas o responder preguntas. Sin embargo, le dije para convencerla, que también podía ser el sitio perfecto pues el foco de atención no estaría puesto en ella.

Finalmente aceptó. Llegamos alrededor de las siete y casi todos los invitados ya estaban allí. Un niño y una niña nos sobrepasaron a toda velocidad y eso me hizo pensar en Jennie, y en cuánto lamentaba que no hubiese podido acompañarnos.

Darla nos recibió en la puerta. Su cabello, el maquillaje, todo lucía como si se lo hubiese retocado apenas un instante atrás. Vestía un impactante vestido negro.

—Johnny, querido ¡Qué gusto me da verte! —Me estrechó entre sus brazos. Al ver a Maggie contuvo el aliento de forma exagerada—. Tú debes de ser Maggie Burke, claro que sí. ¡Si tienes los mismos ojos que tu padre! Estás espléndida, querida. Ésta es tu casa, por supuesto. ¡Bienvenidos!

Darla nos escoltó hasta el salón. Durante el trayecto, y sin que Maggie lo advirtiera, me guiñó un ojo y me preguntó si me sentía bien. Le respondí con un gesto de asentimiento y ella me dio unos golpecitos en el brazo y sonrió.

Saludé a decenas de personas; amigos de Mark de Carnival Falls, varios de los cuales también eran amigos míos, y otras personas a las que veía exclusivamente una vez al año. Tres mujeres me saludaron con sus bebés en brazos. Estimé que por primera vez el número de niños podría ser incluso mayor que el de adultos. Media docena de camareros pululaban entre la multitud

ofreciendo bocadillos y bebidas. Cuando uno de ellos se acercó con un arsenal de copas de champán, le dije amablemente que sería mejor que me mantuviera alejado de ellas, mensaje que el joven captó de inmediato y se encargó de transmitir a sus compañeros. Animé a Maggie a que se sirviera una.

—No vas a creerlo —comenté—, pero nunca siento el deseo de beber en público.

Maggie se sirvió una copa y tácitamente decidimos ir al jardín y buscar un sitio apartado. La mala fortuna hizo que justo antes de salir fuésemos emboscados por Lenna, que me saludó con una efusividad desproporcionada e hizo lo mismo cuando le presenté a Maggie. Con su acostumbrada verbosidad nos empezó a hablar del fantástico viaje a Nueva York que había hecho con Darla, atropellando las palabras sin darnos la más mínima oportunidad de meter bocado. Ella y yo habíamos salido una vez, varios años atrás, y la experiencia había sido nefasta de principio a fin. Maggie me lanzó una mirada desesperada.

—¿Has visto a Mark? —la interrumpí.

Lenna pensó la respuesta como si le hubiera planteado un complejo problema matemático. Después miró en todas direcciones.

—No lo he visto desde hace rato.

—Seguramente lo encontraremos afuera.

No dejé que respondiera. Apoyé la mano en la cintura de Maggie y la guie hacia fuera. Ella llevaba puesto un vestido que dejaba casi toda la espalda al descubierto e involuntariamente apoyé la palma de mi mano mitad en la tela y mitad en su piel. El contacto fue electrizante, de esos que no sabes bien cuándo interrumpir. Un camarero me salvó y aparté la mano para agarrar un bocadillo de atún.

Llegamos al inmenso jardín pero allí tampoco había rastros de Mark. Vimos a varios invitados diseminados en mesas, cada una decorada con esmero, con vistosos centros de mesa y velas. Todavía no había anochecido pero imaginé cómo luciría todo una vez que el sol se ocultara.

Junto a la piscina, un DJ desplegaba sus equipos. Muy cerca de nosotros, una muchacha con una tableta y un intercomunicador se ocupaba de la coordinación. Justo en ese momento Darla se acercó a ella y le dijo algo al oído.

En una de las mesas estaban Harrison y Lauren. El excomisario y su esposa se pusieron de pie al vernos, nos saludaron efusivamente a los dos pero desde

luego se esmeraron mucho más con Maggie.

—Le hemos insistido a tus padres para que nos acompañen —dijo Lauren—, pero ya sabes como es tu padre, querida..., cómo cuesta sacarlo de su casa y arrastrarlo a las multitudes.

Harrison y Lauren tampoco eran adeptos a las multitudes, lo cual me llevó a pensar que era altamente probable que estuvieran allí exclusivamente para ver a Maggie.

—Vamos a sentarnos aquí los cuatro —dijo Lauren sin darnos la más mínima oportunidad de negarnos, algo que de todos modos no teníamos intención de hacer.

El camarero con el que había hablado se acercó y me ofreció una bandeja con Coca-Cola, agua y jugo de naranja. Elegí el jugo de naranja. No resultó un momento incómodo para nadie.

—¿Cómo va ese tema? —dijo Lauren. Me quería como a un hijo y me trataba como tal, sin rodeos.

—Bastante bien— dije. A pesar de mi reciente desliz, realmente lo creía.

—¿Te han gustado mis galletas?

—Por supuesto. Las mejores del mundo, Lauren. Lo sabes.

—¡Me muero por volver a probarlas! —dijo Maggie.

—Claro, Maggie..., cuando vengas a visitarnos.

Lauren sonrió con picardía.

—Iré pronto. Lo prometo. Tenemos mucho de qué hablar.

—Ya lo creo, querida.

Yo estaba sentado de espaldas al jardín y en dos oportunidades me di la vuelta para ver si divisaba a Mark. No lo vi a él, pero sí a su socio, Ian Martins, que caminaba gallardo con el andar del soltero más codiciado del mundo. Con seguridad era el más deseado de la fiesta. Ian era guapo, un as para los negocios y millonario. Lenna lo seguía como un moscardón de verano.

—Nosotros vamos a irnos temprano —comentó Lauren—. Harrison ha estado toda la tarde con ese reportero y no ha podido dormir la siesta.

—¿Reportero?

—Sí, del *Times* —dijo Lauren con orgullo—. Ha venido especialmente a ver a Harrison.

Maggie y yo nos miramos sin comprender.

—Dawson ha muerto hace unos días —intervino Harrison para aclarar la situación—, y eso ha reflatado todo el tema.

Ambos sabíamos perfectamente quién era Dawson, un asesino que había alterado la paz de Carnival Falls años atrás y que Harrison finalmente capturó, no en las mejores circunstancias. Desgraciadamente el tipo no fue a prisión sino a un hospital psiquiátrico de máxima seguridad, donde finalmente murió. Yo ya conocía el desenlace de Dawson, pero Maggie evidentemente no.

—Murió de la forma más placentera posible —dijo Harrison con cierto pesar—. Dormido al aire libre, a la sombra de un árbol.

Dawson había sido objeto de cierta atención unos meses atrás cuando la doctora que lo trataba escribió un libro de otro asesino retorcido y alterado. Precisamente en referencia a esto Maggie comentó:

—Leí el libro de la doctora Hill. El caso es espeluznante.

Empecé a perder el interés.

—Yo también he leído ese libro —apuntó Lauren—; cada vez que veo un mapache en el porche recuerdo a la zarigüeya que aparece en el libro. Ese abogado que dijo en la televisión que el animal era real me daba escalofríos. ¿Lo has visto, querida?

—Sí, en Youtube.

No tenía idea de a qué se referían.

—¿Qué abogado? —pregunté.

—Uno que afirma haber visto a la zarigüeya —explicó Maggie—. Su teoría es que si él también pudo verla, entonces el animal realmente existe. Según el tipo, esos animales están en una especie de limbo, entre la imaginación y la realidad, y por lo tanto pueden cruzar de un lado para el otro. Dice que desde ese día sigue viendo a la zarigüeya de vez en cuando. La verdad es que me obsesioné un poco con el caso.

Lauren asentía. Yo no había entendido una sola palabra y estaba pendiente de Darla, que se acercaba a nosotros con cara de preocupación.

Se inclinó a mi lado y me susurró al oído.

—Necesito que me ayudes con Mark.

Subí los tres pisos hasta la terraza y encontré a Mark de espaldas, recostado sobre la barandilla. Hice ruido al caminar y él se volvió. En la mano tenía una botella de whisky vacía que dejó en el suelo apenas me vio.

No habíamos hablado desde nuestra discusión.

—Hola, Johnny —dijo lo mejor que pudo.

—Feliz cumpleaños, Mark.

La terraza era amplia y había una gran mesa con sillas de metal. Di vuelta a una y me senté de cara a mi hermano, los brazos en el respaldo.

—Darla me ha pedido que venga a buscarte. Hay mucha gente allí abajo que quiere saludarte.

Me encontraba frente a una versión desconocida de Mark. No había habido un solo cumpleaños en el que él no estuviera recibiendo a los invitados, ocupándose de pasar un rato con cada uno de ellos. Ni siquiera la venta de Meditek o las dificultades que pudiera tener en su matrimonio explicaban este comportamiento. Mark siempre estaba a la altura.

—Todo está mal —dijo de repente, negando con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Se volvió y miró hacia abajo. Por un momento no supe qué hacer, hasta que finalmente me levanté y me acerqué a él; apoyé mi brazo sobre su espalda.

—Has venido con Maggie —comentó con optimismo.

—Sí. Ha regresado de Inglaterra hace unos días. Es bueno volver a verla.

Él pareció reflexionar. Guardé silencio a la espera de que él empezara a hablar pero no dijo nada.

—Mark, lo de la venta del laboratorio no puede ponerte así, entiendo que te

afecte si las cosas con Darla no están en su mejor momento. Déjame decirte que me tranquiliza un poco que así sea.

Me miró sin comprender.

—Tú siempre pudiste con todo, Mark. No es normal. Algo tiene que afectarte alguna vez.

—Quiero arreglar las cosas..., y todo empeora.

—¿El viaje de Darla no ha mejorado las cosas entre vosotros?

Mark volvió a negar con la cabeza. Mi idea era conseguir que hablara un poco más, que el aire fresco de la noche penetrara en sus pulmones para luego bajar a la fiesta.

—Darla y yo no tenemos un futuro juntos —disparó.

Me quedé helado.

—¿Has visto cuántos niños hay allí abajo?

Asentí.

—Tener hijos nunca estuvo en nuestros planes. Ciertamente no en los míos.

—Quizás en un futuro...

—No hay futuro, Johnny.

Permanecí callado.

—Al principio pensé que era fantástico coincidir con ella en algo tan importante. Debí darme cuenta antes de saber cuáles eran sus razones... Por lo menos pude darme cuenta a tiempo.

La conversación estaba tomando un rumbo inesperado. No tenía idea hasta dónde llegaban las raíces de los conflictos entre ellos. Además, no estaba acostumbrado a ocupar el rol de hermano consejero, y tampoco quería forzarlo a bajar si no estaba de ánimos para hacerlo. Me pregunté qué haría Mark en mi lugar, y él siempre priorizaba mis sentimientos, me decía que tenía que escuchar esa voz interior que es la que realmente sabe lo que queremos.

—Podemos decirle a todos que no te sientes bien —dije—, que has comido algo en mal estado, por ejemplo. Lo entenderán.

Me miró con fijeza. A medida que pasaban los años sus facciones se asemejaban más y más a las de mi padre, y en ese momento fue como si él me observara a través de mi hermano. Fue una mirada orgullosa que me hizo sentir bien.

—Bajaré, Johnny. Gracias por haber venido a rescatarme.

—He llegado un poco tarde —dije mirando la botella vacía—. ¿Te la has bebido toda?

—Estaba casi vacía. —Y su propia respuesta le dibujó una sonrisa.

—¿Seguro que quieres bajar? —insistí.

—Dile a Darla que iré en un momento. Ha puesto mucha energía en organizarlo todo a la perfección.

Di media vuelta para marcharme.

—Johnny, ahora no es el momento, pero te debo una charla más profunda. La última vez me comporté como un estúpido contigo. Lo siento.

Yo seguía descolocado.

—Claro que sí, Mark, cuando tú quieras.

Me fui. Bajé a la segunda planta, donde estaban las habitaciones, y recorrí el pasillo en penumbras. La música era un arrullo muy distante. Al llegar al extremo del pasillo, y justo cuando me disponía a bajar las escaleras hacia la planta baja, un susurro me sorprendió desde la habitación de huéspedes. Reconocí la voz de Ian, lo que desde luego captó mi atención.

—Un accidente en motocicleta... —Una pausa. Hablaba por teléfono—. Claro, así va a ser.

Me quedé quieto junto a la puerta entreabierta. Pensé de inmediato en el accidente de Stuart Nance, por supuesto. La voz de Ian se amplificó. Iba a abrir la puerta.

—Creo que pronto podremos seguir adelante... De acuerdo...

No escuché más. Di dos zancadas y llegué al extremo de la escalera. Bajé los escalones procurando no hacer ruido. Llegué a la planta baja con una extraña sensación de incomodidad. Darla me interceptó en medio del salón.

—¿Cómo está? —dijo al ver mi cara.

—Ya está bien. Bajaré en un momento.

Darla me dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Johnny. Eres un ángel.

Harrison y Lauren se marcharon de la fiesta en cuanto pudieron saludar a Mark, que se presentó con ánimos renovados apenas media hora después de que yo hablara con él en la terraza.

El resto de la velada la transité en piloto automático. Con Maggie optamos por no sentarnos en ninguna parte. Fuera del excomisario y su esposa, no nos apetecía una conversación demasiado extensa con ninguno de los asistentes, y desplazarnos nos permitía seleccionar mejor a nuestros interlocutores. En dos ocasiones estuve a punto de decirle a Maggie lo que había escuchado desde el pasillo de la segunda planta, pero opté por no hacerlo; todavía no había conseguido establecer la conexión adecuada en mi cabeza. Los puntos estaban allí, pero unirlos de la manera correcta se me escapaba por completo.

Ian Martins, que también parecía haber adoptado un comportamiento nómada en el jardín, me divisó en determinado momento y me saludó levantando la mano. Dos minutos después, en un descuido de mi parte, se materializó a mi lado y me envolvió en un abrazo.

—¡Johnny, amigo!

Siempre había tenido una buena relación con Ian. No era su amigo, pero le tenía aprecio, supongo que por carácter transitivo. Lo primero que se me ocurrió fue preguntarle acerca de la venta de Meditek. Él se llevó un dedo a la boca.

—Arruinarás la sorpresa —dijo guiñándome un ojo.

Estaba a punto de decir algo más, posiblemente algo inoportuno producto de mi incomodidad, cuando se escucharon los suaves golpecitos de una cuchara sobre una copa.

El orador oficial solía ser Chris Murphy, el mejor amigo de Mark, por lo que

me sorprendí al ver a Darla cuando dejaba la copa sobre la mesa y se llevaba el micrófono a la boca.

—Gracias a todos por venir —dijo Darla. Se tomó unos segundos para mirar a algunos de nosotros a los ojos—. Muchos de vosotros ya conocéis parte de la historia, pero hoy me hace ilusión contárosla completa. Cuatro años atrás estaba en Lindon Hill por casualidad; una chica de Boston que no había cumplido los treinta, persiguiendo el sueño de crear su propia empresa de negocios inmobiliarios. Hija única, sin padres, estaba sola. Una amiga de la universidad me dijo que unos conocidos de su padre necesitaban comprar un edificio de tres plantas y que tenían un cuarto del dinero necesario; el resto iban a pedirlo prestado al banco. Hablé por teléfono con ellos y les dije que podía ayudarlos, que nos reuniríamos primero y luego iríamos al banco juntos. Si la operación se llevaba adelante, cobraría una comisión. —Darla hizo una pausa y miró hacia el cielo—. Por supuesto, no tenía idea en lo que me estaba metiendo. En ese momento pensé: no puede ser tan complicado. Tenía varios días para estudiar las posibilidades.

Todos escuchaban a Darla con atención, yo incluido, pues no conocía esa parte de la historia.

—Alquilé un coche en el aeropuerto y fui a reunirme con los interesados —continuó Darla—. Creo que nunca he estado tan nerviosa en mi vida. Había estudiado la teoría, repasado los textos de la universidad, pero esto era el mundo real. Se darían cuenta de que estaba improvisando, pensé, los inversores y también los del banco. Estuve varias veces a punto de regresar, inventarme cualquier excusa... Pero entonces, a dos manzanas del aeropuerto, un Mercedes apareció de la nada y choqué con su parte de atrás. —Darla se inclinó y en tono de complicidad agregó—: Toda la culpa fue mía.

Algunos rieron. Darla se quedó observando a Mark, evocando el accidente que había hecho que se conocieran. Mark la observaba a su vez con una expresión entre triste y apesadumbrada.

—Me quedé de piedra tras el volante. Estaba en *shock*. El hombre se bajó del coche y apenas se fijó en los daños. Se acercó a la ventanilla y con la voz más calmada del mundo me preguntó si estaba bien. Le dije que sí y empecé a llorar desconsoladamente. Aparcó su coche a un costado y me pidió que hiciera lo mismo. Cuando me tranquilicé le conté que tenía un compromiso, que no tenía

demasiado tiempo, y por alguna razón le expliqué la situación. Se trataba de un completo desconocido, pero tenía que compartir con alguien lo inconsciente que había sido al comprometerme a hacer algo que estaba fuera de mis posibilidades. ¿A quién quería engañar?

Darla no le quitaba los ojos de encima a Mark. Era como si sus palabras hubiesen conseguido borrar el pasado reciente y verlo como lo había hecho aquel día.

—Dios me envió a un ángel salvador —dijo Darla con suma seriedad—. Me dijo que él podía ayudarme, que tenía algo de experiencia.

Darla sonrió.

—*Algo* de experiencia. —Se burló de sí misma. Por un momento le habló directamente a Mark—. Estabas tan apuesto, con ese traje azul, es como si pudiera verte. Me consolaste, me dijiste que todo estaría bien, que no me preocupara. Llevabas el perfume de Hugo Boss que a mí me hace pensar en accidentes de coches.

Mark asintió, ahora esbozando una sonrisa. ¿También él lo sentía? ¿También mi hermano estaba viajando en el tiempo?

—Fuimos en tu Mercedes a reunirnos con los inversores. Supe el nombre de mi nuevo asociado apenas un minuto antes de entrar. Y por supuesto se quedaron impresionados; Dios, yo misma lo estaba. No dije prácticamente nada. Reunimos la documentación y fuimos al banco, y otra vez fue Mark quien llevó adelante la conversación. Tan simple como eso. Un mes después todo estaba listo para proceder con la compra. Fue la primera vez que alguien me ayudaba de forma desinteresada.

—No fue del todo desinteresada —dijo Mark, y varios invitados rieron.

Darla y Mark se miraban. Se había generado entre ellos un canal invisible de comunicación que nos era ajeno al resto. ¿Era posible recuperar aquella chispa inicial?

—Fuiste bueno conmigo ese día; caballero, protector, atento. Y ese día me enamoré de ti.

Hubo un breve instante de expectación. Una bola había sido lanzada hacia arriba y había ascendido sin parar, todavía sin ser vencida por la gravedad. Podía subir un poco más o permanecer suspendida, para luego empezar a caer. Darla dudó un momento. ¿Le diría que lo seguía amando como el primer día? La bola

esperaba, en perfecto equilibrio..., y finalmente cayó estrepitosamente, como los aplausos que vinieron a continuación.

—Feliz cumpleaños, Mark —dijo Darla entregándole el micrófono a Chris Murphy—. Y ahora sí, las palabras que todos estáis esperando.

Chris hacía un gesto con las manos para indicar que no era para tanto.

—Muchas gracias, Darla.

Los rostros se volvieron hacia Chris.

—Es la tercera vez que Darla me llama para pedirme que diga unas palabras. La primera vez me entusiasmé mucho, pasé la noche prácticamente en vela repasando las miles de anécdotas que teníamos juntos, querido Mark. —Miró al aludido, que levantó la copa que sostenía en la mano—. Fue una noche muy especial, aquélla. Al año siguiente también me puse contento..., pero elegir la anécdota no fue tan sencillo. Ustedes la escucharon, ¿verdad? Nada demasiado impresionante. Esta vez, cuando Darla me llamó, pensé: «¡No de nuevo!»... Resulta que no son tantas anécdotas como creíamos, amigo. Todos tienen una o dos anécdotas grandiosas, como cuando nos hicimos pasar por los nietos del señor Meyer...

Hubo un estallido de risas. El señor Meyer había sido un encantador viejecito con alzhéimer, bastante célebre en Carnival Falls.

—Cuando Darla me llamó, raspé el fondo del tarro mental donde guardo las anécdotas graciosas y ya no había nada. Lo siento, Mark. Has tenido una vida aburridísima, entre tubos de ensayo y microscopios, o vaya uno a saber qué cosas haces en tu trabajo.

Chris hizo una pausa. Caminaba lentamente en un improvisado círculo. Era un orador magnífico; trabajaba en una organización humanitaria y parte de su trabajo era hablar en público. Sabía cómo encantar.

—Conozco a Mark desde la escuela primaria, casi desde que tengo uso de razón. De pequeño pasaba más horas en su casa que en la mía. Cuando nuestra querida Silvia enfermó, las visitas se hicieron menos frecuentes.

Chris le dio a su voz una inflexión más grave al mencionar a mi madre. El DJ advirtió de inmediato el tenor de sus palabras y la música, una melodía de violines, se volvió apenas audible.

—Las visitas se espaciaron por mi culpa —dijo Chris con pesar—. Podríamos decir que no estaba acostumbrado a lidiar con las adversidades, ver

cómo aquella enfermedad había cambiado la armonía de la familia..., me perturbaba. No estaba preparado. Silvia no era mi madre, pero la sentía de esa forma; los Brenner eran mi familia. Lo cierto es que empecé a buscar excusas para no ir a su casa.

En cuestión de segundos el clima había cambiado por completo. La sola mención de mi madre generó un profundo pesar en algunos, y quizás cierta preocupación en otros que no conocían a Chris como yo. Sabía que no diría nada inadecuado ni caería en una sensiblería gratuita. Aunque no podía ver a Mark, sabía que él pensaba lo mismo que yo.

—Una de las desventajas de tener un amigo genio es que no puedes ocultarle nada —dijo Chris—, y Mark desde luego se dio cuenta de lo que me pasaba. No me lo hizo saber de inmediato, porque eso hacen los amigos, pero un día me llamó y me dijo que quería que fuera a su casa. Para ese entonces Silvia no estaba tan bien, pasaba mucho tiempo en su habitación. Fui una noche. Mark me recibió en la puerta..., lo recuerdo perfectamente; fue una noche muy similar a la de hoy.

Chris tenía la atención de todos, incluso la mía, que no tenía idea de qué era lo que iba a relatar a continuación. No conocía ese episodio. Como todo lo que tuviera que ver con mi madre, me movilizaba profundamente. Me sentí transportado a ese momento..., y por un instante fue como estar con mi madre de nuevo.

—Mark no se anduvo con rodeos y me dijo que quería que viera a Silvia; el resto de la familia dormía o no estaba en casa. No me dijo nada más hasta que llegamos a la habitación, y allí encontramos a Silvia recostada. Para ese entonces ella se comunicaba con los ojos. Mark le formulaba preguntas y ella pestañeaba. Tenían un panel muy ingenioso con frases y letras. Silvia empezó a pestañear y Mark fue señalando las letras en el panel. Primero la A, después la B..., la R. «Abrazo», dijo Mark. Silvia pestañeó. Le di un fuerte abrazo, sintiendo su cuerpo frágil, y lo cierto es que no quería despegarme de ella. Lloré..., y ella también. Fue nuestro momento y estoy seguro de que ella me entendió. No recuerdo haber dicho una sola palabra esa noche. Nos sentamos al costado de la cama y Mark me dijo algo que jamás olvidaré: «No todo lo que huele mal es mierda».

Mark asentía, a punto de quebrarse.

—Se convirtió en nuestra frase, la decíamos todo el tiempo. La recuerdas, ¿verdad? Estoy seguro de que sí..., con ese cerebro de silicio que tienes. Nunca te lo he dicho en todos estos años, pero siempre recuerdo ese momento que me regalaste. Porque para mí fue muy importante despedirme de Silvia.

Chris hizo una pausa, emocionado. Buscó con la vista a su esposa, que estaba entre los presentes, con su hijita en brazos. Los que no conocían a Chris, en ese momento lo comprendieron todo.

—No todo lo que huele mal es mierda —repitió Chris—. Gracias, amigo mío, por tantos momentos compartidos, por tu sabiduría, por estar siempre un paso adelante de todos y por ocuparte de todos, por hacer perfecto lo imperfecto..., por ser el mejor amigo del mundo.

Todos los invitados, sin excepción, rompieron en un efusivo aplauso. Chris y Mark se abrazaron. A continuación, mi hermano dirigió unas palabras de agradecimiento, como solía hacer todos los años. Fue un discurso breve pero sentido, con su lucidez habitual para encontrar las palabras correctas. Sin embargo, también creí advertir cierta incomodidad y un hecho llamativo: nunca me miró a los ojos.

Ross vivía en un modesto apartamento en la calle Madison. Subí por las escaleras hasta el segundo piso y golpeé la puerta. Maggie salió a mi encuentro.

—Ya era hora de que llegaras.

—No ha sido una buena noche —me defendí.

Ross no estaba a la vista.

—¿Has vuelto a soñar? —preguntó Maggie con cierta preocupación. Y tras una pausa agregó—: Ya le he contado todo a Ross.

Se lo agradecí. Desde que había escuchado a Ian Martins hablar del accidente en motocicleta de Stuart Nance, supe que necesitaríamos de Ross para aportar algo de luz en todo el asunto. Por eso se lo conté a Maggie y le pedí que hablara primero con Ross.

—No he vuelto a soñar —dije.

Ross salió de la cocina.

—¿Lo habéis pasado bien en el cumpleaños de Mark, sin mí, Johnny?

Miré al techo, negando con la cabeza.

—Sabes que Darla se ocupa de las invitaciones. Cuando me llamó prácticamente me obligó a que asistiera con Maggie.

—¡Ey! —reaccionó ella—. Yo no tengo nada que ver. Si tú no puedes convencer a tu cuñada de que invite a tu mejor amigo, no es mi problema.

—¡Exacto!

—No voy a discutir con vosotros. —Me dejé caer en el sofá.

La sala era casi tan grande como la mía, pero Ross no había dejado pared sin cubrir con muebles o estanterías. Había muchísimos libros, y mi amigo tenía el don del orden, por lo que cada uno tenía su lugar establecido y el resultado

general era el de un sitio acogedor. Ross había sopesado más de una vez la idea de mudarse, pero lo postergaba, como casi todo en su vida.

En la mesa baja había una bandeja con *muffins* y me incliné para coger uno.

—Gracias, Maggie. Hace cinco años que no como algo en esta casa.

Ella y Ross ocuparon los sillones. Era la primera vez en cinco años que estábamos los tres juntos.

Hablamos un rato de cosas banales, también del cumpleaños de Mark y de las sentidas palabras de Chris Murphy. Recordamos viejos tiempos y nos prometimos regresar al bosque uno de esos días, visitar el antiguo pantano de las mariposas donde, les aseguré, seguían nuestras iniciales talladas en piedra.

—¿Y bien, Ross? Dime qué opinas. Porque siento que voy a volverme loco.

Mi amigo me detuvo con un ademán.

—Lo de los sueños con esa chica es muy extraño, lo reconozco.

—¿Y el resto no? —Me volví en dirección a Maggie—: ¿Le has hablado de la furgoneta y el incidente en Lindon Hill? Estoy preocupado.

Ross se aclaró la voz.

—Evidentemente algo te perturba. Algo que tiene que ver con esa chica. ¿Has vuelto a imaginarla?

—No.

—Quizás ahora sólo se trate de los sueños —sugirió Ross.

—Lo otro fue... una forma de entrar —completó Maggie.

Los observé a los dos, primero a Ross, luego a Maggie.

—Vosotros dos creéis que estoy como una cabra, ¿verdad?

Los dos rieron, y yo me sumé.

—Vamos a ver si podemos llegar a algo en claro —dijo Ross—. He leído el blog de Stuart Nance justo antes de que llegaras. Y Maggie me ha hablado de lo que dijo Ian Martins cuando pasabas junto a la puerta. Primero de todo, ese tipo no me cae nada bien. Segundo..., muy conveniente, ¿no crees?

Arrugué la frente.

—¿Y si lo hizo a propósito para que tú lo escucharas? —agregó Ross.

Miré a Maggie, porque claramente no lo habíamos pensado.

—No en vano has leído todos estos libros policiales —dijo Maggie.

—¿Por qué haría semejante cosa? —indagué.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Quizás hacemos pensar en la dirección incorrecta, no lo sé. Pero no pensemos en eso ahora; hemos preparado un listado de todo lo que tenemos. — Ross dio un salto y fue hacia la mesa principal. Regresó con un cuaderno de espiral—. En aquella biblioteca de allí están las historias de un policía con un instinto infalible: Harry Bosch. Bosch dice que la respuesta está *siempre* en el expediente, sólo hay que saber ver los detalles. Éste es nuestro expediente.

Ross exhibió el cuaderno.

A continuación repasamos los incidentes de manera cronológica. Maggie empezó.

—Stuart fue el primero en soñar con la chica. Estaba haciendo algún tipo de trabajo para la universidad y fue registrando sus sueños. En ellos tuvo una revelación de su madre. Lo escribe todo en un blog y así conoce a Alex, que también ha soñado con la chica.

Ross tomó la posta.

—En algún momento, Stuart tiene un accidente en su motocicleta. Alex se pone paranoico cuando intentáis hablar con él al respecto. Nuestro amigo Johnny, aquí presente, sueña con la misma chica, a más de cincuenta kilómetros de distancia, y tiene una serie de experiencias alucinatorias. A su vez, Mark te ha dicho que hay algo que ha averiguado y que no puede revelarte por el momento. ¿Cuál es el denominador común?

Ross y Maggie me miraban expectantes, esperando de mí una reacción o una respuesta obvia.

Me encogí de hombros.

—¡Meditek! —dijo Maggie—. Ahora lo veo claro. Stuart y Alex viven en Lindon Hill, y podría ser una simple casualidad que el laboratorio esté en la misma ciudad, pero si te agregamos a ti a la ecuación, Johnny, es un círculo perfecto. No hay otra forma de vincular los tres nombres.

—Exacto —Ross hablaba ahora con vehemencia—. Y eso por no mencionar el hecho de la venta inminente de Meditek. ¿No resulta extraño que tu hermano se desprenda del laboratorio? Se ha desvivido por Meditek. ¿Por qué deshacerse de él justo ahora? ¿Qué es eso que tiene que decirte?

Lo cierto es que no tenía una respuesta.

—Puedo hablar con Mark. Quizás él...

Me detuve al ver los rostros de mis amigos.

—No hables con Mark, Johnny —dijo Maggie—. Sabemos cuánto lo quieres y lo respetas, yo misma lo siento de igual forma, pero si hay algo detrás de la venta del laboratorio y Mark no te lo ha dicho, entonces tiene sus razones para hacerlo.

—No entiendo.

—Tenemos que averiguar qué pasó en tu casa esa noche —dijo Ross—. Es necesario que intentes localizar a Lila. Es posible que ella sepa algo.

Maggie se volvió hacia mí.

—Y creo que tú y yo deberíamos hacerle una segunda visita a Alex Lange.

Había llamado varias veces al móvil de Lila durante los últimos días. «Hola, soy Lila, déjame tu mensaje después de la señal, o no, como quieras.» Le dejé varios mensajes en los que le transmití mi preocupación y le pedí que, por favor, me llamara en cuanto pudiera, sin ningún resultado.

Lo primero que hice para intentar dar con ella fue ir a la cafetería donde había trabajado. Allí encontré a la señora Evans, sudando profusamente detrás de la caja y disparándole frases malhumoradas al pobre dependiente a cargo de la máquina de café. La mujer pasó de mí durante un rato y, cuando finalmente se dignó a prestarme atención, lo hizo con una mirada fulminante. Lila era una hija de puta malagradecida que la había abandonado en el momento menos oportuno —y más caluroso— sin siquiera darle la más mínima explicación. La señora Evans me dijo que si la veía, le recordara que nunca más volviera por allí. Me marché en cuanto pude.

La otra forma de contactarla era por medio de su madre, por supuesto. La idea no me entusiasmaba en lo más mínimo.

Regina Burton era una vigorosa mujer que no había superado los cincuenta. Había criado en soledad a su única hija y ayudaba económicamente a su propia madre, que con una pensión miserable apenas tenía para comer. Para hacer esto posible, Regina mantenía dos empleos simultáneos, uno de los cuales era como empleada del aseo en el motel Stallion, en la carretera 16.

Aparqué mi Honda en el Stallion a las tres de la tarde. Era un motel digno a un precio digno. En la recepción una muchacha me dijo que la señora Burton estaba ocupándose de las habitaciones de arriba, que podía avisarle por la radio si yo quería, a lo cual repliqué que no sería necesario y que prefería subir

directamente a verla. A la muchacha no le importó demasiado.

Fue sencillo dar con ella porque el carro de servicio anunció su presencia en la habitación 27. La puerta estaba abierta y pude ver a Regina de espaldas a mí cambiando las sábanas de una cama de dos plazas. Di un suave golpecito en la puerta y la mujer se volvió. Durante un segundo vi la mirada casi amable dedicada a los huéspedes que necesitan más champú, una toalla nueva o un poco de hielo. La mirada cambió en cuanto me reconoció.

—Tú —dijo simplemente. A continuación, se volvió y siguió ocupándose de la cama.

—Señora Burton, ¿podemos hablar un momento?

—¿Acerca de qué?

Se movió con una velocidad asombrosa alrededor de la cama e introdujo la sábana debajo del colchón. Ahora estaba frente a mí.

—Lila —dije—. Necesito hablar con ella.

—No sé nada de ella.

Me sostuvo la mirada mientras agarraba una almohada y le quitaba la funda sucia de un tirón.

Lo que acababa de decirme era imposible de creer, por supuesto. Regina no podía aceptar con semejante naturalidad que su hija y su único nieto se hubiesen largado así sin más.

—¿Podemos hablar un momento? —insistí.

—Estamos hablando. Estas habitaciones no se limpian solas.

—Está bien. —Me senté en una silla que estaba junto a la puerta—. Entiendo que Lila pueda estar enfadada conmigo, pero necesito comunicarme con ella.

—Lo único que sé es que se ha ido, no sé ni la razón, ni a dónde. Habría apostado mi vida a que fue a causa de ese inútil de Kevin, y no la culpo. ¿Por qué habría de estar enfadada contigo?

—No lo sé. Cortamos la relación.

Regina me escrutó.

—¿Has hecho algo para que mi hija se marche?

—No, creo que no.

—Crees... —dijo la mujer acercándose hacia donde yo estaba y luego negando con la cabeza mientras buscaba toallas limpias en el carro de servicio—. «Creer» no suena muy convincente.

Regina se dirigió con las toallas al baño, por lo que momentáneamente quedó fuera de mi vista.

—No la molestaría, señora Burton, si no fuera necesario hablar con ella — dije a la habitación vacía—. La razón por la que necesito que hablemos no tiene que ver con... nuestra relación.

—¿Con qué tiene que ver entonces? —dijo ella saliendo del baño. Por primera vez me hablaba sin hacer nada más.

—Es un asunto sensible —dije con severidad. Era todo lo lejos que iba a llegar. Si Regina sabía algo, era el momento de decírmelo.

Contuve la respiración.

—No sé dónde está mi hija —dijo ella finalmente—. Ésa es la verdad.

La habitación estaba casi lista. Regina se sentó en una silla, justo debajo de un televisor antiguo colgado de la pared.

—¿Alguna forma de dar con ella? —pregunté.

—Me dijo que se marcharía por un tiempo, con Donnie, por supuesto, y que era mejor que yo no supiera cómo encontrarla, que ella contactaría conmigo más adelante. Aún no lo ha hecho. —Regina mantenía la vista clavada en la alfombra—. Kevin la ha estado hostigando; y ella le teme, aunque diga lo contrario. Yo creo que es un pobre diablo jugando al narco, el último eslabón de la cadena y un inútil que se cree poderoso. La peor clase de todas.

Ya no miraba la alfombra sino a mí. En sus ojos había una frialdad estremecedora.

—Me gustaría que Kevin viniera a visitarme —continuó—, cómo lo has hecho tú. Sólo que con él no sería tan amable.

No supe qué responder.

Regina se puso de pie.

—Tengo que seguir, John, si me disculpas.

Pasó a mi lado y esperó a que yo saliera de la habitación. Cerró la puerta con una llave maestra y se marchó, empujando el carro con pesadez.

Veinte minutos después yo llegaba a casa y antes de entrar el móvil vibró. Era un número desconocido, y al atender escuché la voz de Lila.

—Hola, John.

—Hola, Lila. Cuánto me alegra que hayas llamado.

—Mi madre me ha dicho que has ido a verla.

—Así es. Me dijo que no sabía...

—Mi madre es más fuerte que una roca. Si le pido que no diga nada de mí, no lo hará.

Abrí la puerta de la calle con el móvil calzado entre la cabeza y el hombro. Una vez en el salón fui directo a la cocina; tenía una sed horrible.

—Necesito saber por qué te has marchado —dije sin preámbulos.

—No ha sido por nosotros. O mejor dicho, no ha sido sólo por nosotros. Lo cierto es que nunca me he sentido tranquila con Kevin en la ciudad, ya lo conoces, no se da por vencido. El hijo de puta no quiere que vuelva con él, de hecho estoy bastante segura de que me odia, y sin embargo no me deja vivir en paz.

—Pensé que había dejado de molestarte.

—Un poco. Algunas cosas no te las he contado. Desde que tú apareciste se volvió más cuidadoso, pero de alguna forma ha sido peor, porque cuando yo empezaba a creer que finalmente se había dado por vencido, ahí estaba él otra vez para arruinarlo todo. Kevin nunca se dará por vencido.

Lila hablaba con vehemencia; necesitaba desahogarse.

—¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

—Estoy muy bien, John. Lo que necesitaba era alejarme, eso es todo. Es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Aquello dolía un poco, por supuesto.

—Si necesitas algo, sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

Lila actuaba como si no supiera nada de lo ocurrido con la chica. Estaba seguro de que si la tuviera enfrente sabría darme cuenta de si me estaba diciendo toda la verdad; por teléfono no era tan sencillo.

—¿Lila? El día que cortamos...

Hice una pausa.

—¿Sí?

—Esa noche, ¿volviste a mi casa?

Silencio.

—¿Lila?

—No entiendo a qué te refieres.

—Ese sábado, cuando cortamos, te llevé a la cafetería por la mañana. Más

tarde, regresaste a mi casa.

No era una pregunta.

—No fui a tu casa —articuló.

Sentí una ligera decepción. Las cámaras de la concesionaria probaban que aquello no era cierto.

—Iba a ir a verte —dijo Lila entonces—, pero cambié de opinión.

—¿Por qué?

—Estaba furiosa, John. Pasamos la noche juntos, como cualquier día, y esperaste al día siguiente para decírmelo. Fui a enfrentarme contigo, a pedirte explicaciones. Pero por una vez en la vida pensé; me detuve en la gasolinera de Paradise Road y Sycamore y me quedé en el coche. Tus formas habían sido una mierda, era cierto. ¿Pero importaba? Sabía que lo nuestro no estaba bien, en el fondo siempre lo supe, y tú también, lo que lo hace todo más triste. Tomé la decisión en ese momento, John. Un destello de lucidez. Así que no fui a verte..., no sé quién te lo ha dicho, pero es una mentira. Di media vuelta y regresé. Y no me arrepiento.

Me di cuenta de que estaba asintiendo con la cabeza.

—Lamento que las cosas no funcionaran, Lila, y también la forma en que me comporté. Sé que no es suficiente, pero hice lo mejor que pude.

—Lo sé.

Nos despedimos con la sensación de que no volveríamos a hablar nunca más.

Era una tarde de mucha actividad en el campus y creímos que localizar a Alex no sería sencillo; sin embargo, lo divisamos a la salida del curso de comportamiento animal con relativa sencillez. Al vernos el chico aceleró el paso pero la marea de alumnos le impidió avanzar.

—Es sólo un minuto —dijo Maggie siguiéndole el paso.

—Tengo prisa.

Yo me mantuve en todo momento a un par de metros, las manos en los bolsillos.

—¿Sois policías? —dijo Alex mirando en todas direcciones.

—No somos policías, por Dios. ¿Podemos hablar contigo un segundo?

—No tengo nada que hablar con vosotros.

Salimos del edificio y Alex enfiló por un camino lateral, mucho menos transitado que los otros. Maggie le dijo una y otra vez que si se detenía podríamos explicárselo todo, pero Alex no parecía dispuesto a ceder. Llegamos a un aparcamiento y allí lo intercepté. Era un chico menudo y no tenía intenciones de intimidarle, por lo que adopté el tono más conciliador posible.

—Escucha, Alex, no somos policías. Simplemente conocíamos a Stuart y queremos saber algunas cosas. Déjanos explicarte.

Por lo menos conseguí que se detuviera. Dudó un momento.

—Os escucho —dijo finalmente.

—Somos de Carnival Falls —dijo Maggie—. John también ha soñado con la chica de la gargantilla. Como Stuart y como tú.

—Entonces la conocéis.

Maggie y yo nos miramos. Nuestro desconcierto fue advertido de inmediato

por Stuart. Íbamos a perderlo si no decíamos algo más.

—Sabemos que Meditek está detrás —dijo ella.

Mi amiga se jugó un pleno y acertó. Alex desvió la mirada durante un brevísimo instante y ese gesto lo delató.

—Meditek, el laboratorio... sabes de qué te hablo —contraatacó Maggie.

—Por supuesto. —Alex negaba con la cabeza mientras cambiaba el peso de una pierna a la otra. Parecía indeciso. Nos señaló un sitio más apartado—. Vamos allí.

Caminamos en silencio hasta unos parterres con bordillo en donde podríamos sentarnos. Maggie y él lo hicieron, yo permanecí de pie. Me sentía conmocionado. Alex prácticamente nos acababa de confirmar que la chica era real y no una simple alucinación mía. ¿Estaría muerta? ¿Qué tenía que ver Meditek en todo el asunto?

—No conocéis a Paula, me he dado cuenta.

Paula.

—¿Quién es Paula? —preguntó Maggie.

—La chica de la gargantilla —dijo Alex con impaciencia—. Trabaja en Meditek.

Las piernas se me aflojaron. Si había una pieza que no esperaba era la que acababa de caer en su sitio. Si la chica de la gargantilla —Paula— trabajaba en Meditek, Mark tenía que saberlo. A mi hermano no le había mostrado el retrato pero sí le había proporcionado una descripción.

—No quiero tener nada que ver con esto —dijo Alex—. Se lo dije claramente a Stuart en su momento. No digo que esté muerto por esto, pero es una coincidencia de mierda. Así que os diré lo que sé, que es casi nada, y no os quiero volver a ver.

—Es justo.

—Lo digo en serio. ¿Trato hecho?

—Sí —dijo Maggie con resolución. Ni ella ni yo sabíamos si podríamos cumplir con esa promesa.

Alex asintió. Pareció reunir el valor suficiente para hablar.

—Empecé a tener sueños recurrentes con la chica. Sueños de mierda. Se lo conté a una amiga y resulta que ella conocía a Stuart, con el que yo había hablado un par de veces pero nada más. Stuart estaba obsesionado con la chica,

quería averiguar a toda costa quién era. Esos días nos unieron, porque reconozco que un poco me contagié, y además Stuart era un tipo muy majo. Supusimos que conocíamos a la chica de alguna parte; probablemente del campus. Pero después nos dimos cuenta de que si sólo él y yo la conocíamos, entonces tenía que ser de otra parte. Y así empezamos a hablar de nuestras rutinas y de lo que habíamos hecho en el último tiempo, y entonces fue sencillo. Nos dimos cuenta de que ambos habíamos hecho unas pruebas de mierda para Meditek.

Alex me señaló con la cabeza en clara alusión a que yo sabía perfectamente de qué nos hablaba. Y era lógico, porque el chico estaba asumiendo que yo también había participado en esas pruebas.

—Fuimos al laboratorio —prosiguió Alex con pesar—. No sé qué esperábamos encontrar. De las pruebas no recordábamos casi nada así que empezamos a especular disparates. Estábamos llegando cuando nos encontramos con ella por casualidad, con Paula, estaba allí, de carne y hueso, cruzando la calle en dirección al laboratorio. Stuart se le acercó y hablaron un momento; de alguna forma consiguió que ella le dijera que su nombre era Paula Marrel. Stuart le dijo que la buscaría en Instagram.

—Paula Marrel —dijo Maggie como si temiera olvidarse del nombre.

—Al día siguiente le pregunté a Stuart si había hablado con ella y me dijo que sí, que sabía que la chica trabajaba en la parte de seguridad informática de Meditek pero no mucho más, que ella hablaba a sus tiempos. Me dijo también que estaba convencido de que las pruebas de Meditek tenían un propósito oculto y que seguro que podríamos chantajearlos y pedirles mucho dinero.

Alex lo estaba soltando todo. Advertí cómo a medida que hablaba parecía sacarse un peso de encima. Ni Maggie ni yo lo interrumpimos. Era demasiada información.

—Yo me desentendí por completo, lo juro —dijo Alex—. No quise saber nada. Nunca hablé con la chica y Stuart siguió por su cuenta. Le dije que lo que tenían planeado era una estupidez, que iba a meterse en problemas, incluso en la universidad, porque él tenía una beca y Meditek tiene una especie de convenio.

—¿Y crees que lo de la motocicleta no ha sido un accidente?

Alex apretó los labios. Llenó de aire los pulmones y lo soltó de golpe.

—No lo sé, supongo que perdió el equilibrio, como dijo la policía. Sólo digo que es sospechoso. Así que, yo que vosotros, lo dejaría aquí. Si pensabais

demandar a esos tipos o algo, yo me olvidaría de ello.

Se levantó.

—Alex, espera... —empezó Maggie.

—No —Alex habló con una seguridad que no había mostrado hasta ese momento—. Podría no haberos dicho nada, pero os lo he contado todo porque, si pensabais hacer lo mismo que Stuart y esa chica, es mejor que os echéis para atrás. Yo hasta aquí he llegado.

Mi Honda era un horno. Me disculpé porque el aire acondicionado no funcionaba y el único remedio era abrir las cuatro ventanillas y esperar. Todavía seguíamos en el aparcamiento.

Yo estaba en *shock*. No sólo por la revelación de que la chica era empleada de Meditek y que Mark desde luego debía conocerla. Había algo más. Las alucinaciones. Su cadáver ensangrentado. La furgoneta. ¿Qué significaba todo aquello?

Cuando me disponía a salir del aparcamiento mi móvil empezó a sonar. Maggie estaba pensativa, con la vista puesta en el infinito.

—Hola, Ross. Estás en altavoz —anuncié.

—¿Cómo sigues de las hemorroides. Johnny?

No era el momento para bromear y Ross se dio cuenta de inmediato.

—¿Cómo ha ido todo por allí?

—Todavía estamos en Lindon Hill —dije—. Acabamos de hablar con Alex.

—¿Y?

—Tu corazonada era correcta. Meditek hizo unas pruebas en las que participaron Alex y Stuart; eso provocó que soñaran con la chica del vestido azul, que resulta que se llama Paula...

—Marrel —completó Maggie.

—Y trabaja en Meditek —agregué.

Una pausa.

—¿Ross?

—Guau. ¿Os ha dicho de qué iban esas pruebas?

—No. El chico dio por hecho que yo también participé, así que no lo

sabemos.

—Es posible que tenga razón —dijo Ross—. ¿Tú qué opinas, Maggie?

—Eh..., sí, estoy de acuerdo. Quizás esas horas que Johnny no recuerda esconden la clave.

—Ahora sabemos qué es eso que Mark te ha ocultado. Me pregunto por qué lo ha hecho.

—Sigo sin entender cómo tres personas hemos soñado con esa muchacha, sea real o no.

—Supongo que todo se reduce a esas pruebas —dijo Ross—. Perdóname por lo que voy a decirte, Johnny, pero no creo que sea conveniente que se lo preguntes a Mark. Ya ha tenido oportunidades de hablar contigo y no lo ha hecho.

Maggie se había desentendido de la conversación; estaba ensimismada con su móvil. Me preguntaba si estaría desplegando alguno de sus trucos cuando me mostró la pantalla y allí estaba la foto de Paula Marrel, y debajo se leía la leyenda:

DESAPARECIDA

—¿Estáis ahí? —dijo Ross desde el móvil.

Yo no podía hablar.

—Te llamamos en un rato —dijo Maggie.

Aferré el volante con fuerza, la vista puesta en el aparcamiento vacío. Maggie comprendió que necesitaba reflexionar y no dijo nada.

—Voy a hablar con Mark. Ahora —dije con gravedad.

Maggie no me contradijo. Hice la llamada y el sonido de espera emergió por los altavoces del Honda.

—Hola, Johnny —dijo Mark con cierta premura. Debía de estar en Meditek, posiblemente en alguna reunión, quizás incluso negociando la dichosa venta.

—Mark, sé lo de las pruebas que han estado haciendo en Meditek, también lo del chantaje de Stuart Nance y Paula Marrel. Stuart está muerto, y Paula desaparecida. Estoy en Lindon Hill y quiero saber por qué he estado soñando e imaginándomela todo este tiempo.

Apenas dos segundos de silencio.

—¿Quién más sabe lo que acabas de decirme?

—Maggie. Ella está conmigo en este momento.

—No habléis de esto con nadie hasta verme. Os espero en Meditek, pero tiene que ser cuando todos se hayan ido. A las siete.

—Vale.

—Lo siento, Johnny, nunca quise que las cosas llegaran a este extremo.

—Nos vemos a las siete.

Mark me envió un mensaje en el que me pedía que no dejara mi coche en el aparcamiento al aire libre sino en el subterráneo, reservado para los directivos. Me dio un código manual para entrar, y al hacerlo comprobé que estaba completamente vacío salvo por el Mercedes de mi hermano.

Un ascensor nos llevó directamente al tercer piso. Si bien el edificio original en el que funcionaba Meditek tenía por lo menos cincuenta años, la remodelación lo había transformado por completo. Todo el equipamiento era de última generación. Originariamente la compañía había funcionado en un piso alquilado en las afueras de la ciudad, pero cuando Mark e Ian vendieron la primera patente consiguieron dar un salto de gigante y empezar a jugar en las grandes ligas.

Mark nos recibió.

—Gracias por venir. —Se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Se había quitado la chaqueta y la corbata. Sin más preámbulos nos pidió que lo siguiéramos.

Yo había estado muy pocas veces en ese edificio. Mark nos condujo por un pasillo y llegamos a un recibidor más pequeño desde donde se accedía a las oficinas de Mark e Ian. Hasta allí había llegado yo en mis anteriores visitas, por lo que cuando cogimos un corredor hacia la izquierda no sabía con qué nos encontraríamos. Finalmente, llegamos a una amplia sala de reuniones. En la cabecera de la mesa había desplegados un sinfín de documentos y un ordenador portátil. El proyector estaba encendido, aunque no mostraba ninguna imagen.

Maggie y yo ocupamos dos sillas. Mark no se sentó; apoyó los puños en la mesa y examinó con la vista los documentos.

—Dios, no sé ni por dónde empezar.

Buscó un archivo en el ordenador y encendió el proyector.

—Os pido un poco de paciencia.

En la pantalla apareció la imagen de una salita pequeña. La cámara estaba puesta en un rincón. En una mesa se veía a una mujer, de espaldas. La puerta se abrió y el que entró no fue otro que Stuart. En la esquina de la imagen podía leerse lo siguiente:

PROYECTO: ESH CANDIDATO: #089 Fecha: 18 de noviembre de 2014

Mark detuvo la imagen antes de que la mujer o Stuart dijeran nada.

—Las imágenes pertenecen al proyecto ESH. Ese de ahí es Stuart Nance, del que me habéis hablado por la tarde. Efectivamente, él participó en las pruebas hace unos seis meses. Os voy a contar en qué consisten, y lo comprenderéis. Están divididas en cuatro partes. En la primera se le somete al candidato a una serie de preguntas para evaluar su idoneidad como sujeto de prueba. Si todo está en orden, consume una dosis de ESH de forma oral y aguarda unos diez minutos hasta ser llamado.

—¿Sin saber qué ha consumido? —preguntó Maggie.

—Se trata de drogas experimentales, Meditek consigna que no se tiene hasta el momento conocimiento de efectos secundarios y que las drogas han sido administradas en animales en dosis hasta doscientas veces mayores sin ningún tipo de secuela. Es el procedimiento habitual, y por supuesto se lo explicamos a los candidatos antes de tener su consentimiento. Lo que estáis viendo ahora es la segunda sala. El candidato ha consumido ESH hace diez minutos.

La imagen se puso en movimiento.

«Buenos días, mi nombre es Sally.»

«Stuart Nance.»

El chico ocupó la silla frente a la mujer. En la mesa había una hoja en blanco y un bolígrafo.

«La prueba es muy sencilla, Stuart. Piensa en un hecho de tu infancia del que no guardes buenos recuerdos. No es necesario que sea necesariamente traumático, puede ser algo casi insignificante, como suspender un examen o un juguete que se te haya roto, algo por el estilo.»

Stuart meditó un instante.

«Cuando tenía ocho años me robaron mi bicicleta. La dejé en el jardín de un vecino y al salir ya no estaba. No me atreví a decírselo a mis padres.»

«Eso es perfecto. Voy a pedirte que escribas máximo una hoja de ese episodio. Incluye todos los detalles que te sea posible.»

Stuart comenzó a escribir.

Mark buscó entre los documentos y nos mostró una copia impresa del texto que Stuart estaba escribiendo. Maggie y yo lo leímos rápidamente. Describía con un poco más de detalle lo que acababa de contar; la bicicleta era de color blanco y el niño dueño de la casa se llamaba Marlon. Al salir de casa y descubrir que la bicicleta no estaba, no le dijo nada a su amigo y en su lugar se marchó caminando. Dio vueltas durante más de una hora con la convicción de que su padre lo regañaría y nunca más le compraría una bicicleta en su vida.

Stuart entregó la hoja y Sally le indicó que saliera por una segunda puerta, que la prueba continuaría allí. La imagen dio un salto y el chico se encontró en una segunda sala idéntica a la anterior. Había otra mujer vestida muy similar a la anterior. La única diferencia era que en la pared había un televisor de cuarenta pulgadas.

«Mi nombre es Sally, Stuart. Lo que haremos a continuación será sencillo. Escucha la siguiente melodía.»

La chica operó el portátil que tenía delante y una melodía clásica surgió de los altavoces. Maggie y yo observábamos la imagen sin entender hacia dónde conduciría todo aquello. La melodía fue mutando gradualmente a un estruendoso rock de guitarras distorsionadas y rápidos golpes de redoble, y por último se convirtió en un sinsentido de ruidos, la frenada de un coche, el llanto de un bebé, un reloj de cucú. Stuart arrugó la frente y estaba visiblemente contrariado cuando el audio llegó a su fin.

«Ahora te mostraré un vídeo de pocos minutos.»

Otra vez operó el ordenador y en la pantalla aparecieron unos jardines con flores bien cuidadas. De repente, entró en escena, y en primer plano, el rostro de Paula Marrel. La reconocí de inmediato. Sonreía a la cámara y se movía grácilmente.

Mark detuvo la reproducción un momento.

—Como sabéis, ella es Paula, trabaja aquí en Meditek en el equipo de

seguridad informática. Supo que contrataríamos a una firma para realizar este vídeo, el cual formaría parte de las pruebas y que debía reunir ciertas características. Ella se ofreció a participar, y a cobrar por ello, por supuesto. Necesitábamos una actriz bella, y ella desde luego lo es.

—Paula está desaparecida —dije mirando a Mark a los ojos.

Él me observó con gravedad.

A continuación quitó la pausa y el vídeo continuó. Stuart observaba a Paula con fascinación.

La chica tenía puesto el vestido azul y la gargantilla que yo había dibujado en mi estudio. En un momento hacía equilibrio en un tronco, con los brazos extendidos a ambos lados. Luego se acercaba a la cámara otra vez, se arreglaba el cabello. El vídeo terminaba sin que sucediera nada más.

Stuart miró a Sally, contrariado. Antes de que el chico pudiera decir algo, ella sacó un objeto que tenía guardado debajo de la mesa y se lo entregó. Era una especie de escultura naranja de unos treinta centímetros de lado y una serie de protuberancias. A juzgar por la forma en que era manipulada parecía hueca, de un material plástico muy brillante. Stuart la sostuvo entre sus manos sin saber qué hacer.

«Examínala un momento.»

Stuart le dio la vuelta a la escultura dos o tres veces antes de devolverla. Sally la recibió y volvió a guardarla debajo del escritorio.

«Eso es todo. Gracias, Stuart. Al otro lado de la puerta encontrarás un pasillo. Ve hacia la puerta ocho y descansa. Si quieres dormir, puedes hacerlo.»

«Creí que la prueba duraría entre dos y tres horas.»

«Así es.»

Sally le indicó una puerta diferente a la que el chico había utilizado para entrar.

Maggie y yo estábamos tan contrariados como él.

La siguiente escena tenía lugar en una habitación minúscula donde había un cómodo sillón. La cámara estaba ubicada prácticamente sobre la cabeza de Stuart. El ángulo apenas permitía ver si estaba con los ojos abiertos o cerrados.

—Voy a avanzar hasta el final de la prueba —anunció Mark.

Stuart entró en la primera habitación en la que había estado. Allí estaba el escritorio y la muchacha de nombre Sally.

«Buenos días, mi nombre es Sally.»

«Soy Stuart Nance.»

Capté con el rabillo del ojo cómo Maggie se volvía hacia mí. Parecíamos estar viendo la misma escena que antes, sólo que ahora no había ningún cuaderno sobre la mesa. Sally, en cambio, sostenía una carpeta de manera que sólo ella podía verla.

«Stuart, voy a darte tres situaciones hipotéticas de tu infancia. Tú tienes que decirme con cuales te sientes identificado, ¿sí?»

El chico asintió. Parecía perdido.

«Situación número uno: la primera vez que fumaste a escondidas lo hiciste en el sótano de tu casa con dos de tus mejores amigos. Situación número dos: te robaron la bicicleta cuando estabas en casa de un vecino y creíste que tu padre se enfadaría tanto que no volvería a comprarte otra. Situación número tres: cuando murió tu perro arrollado por un autobús, te negaste a reemplazarlo porque lo extrañabas demasiado.»

Stuart le pidió a Sally que le repitiera las tres situaciones y ella volvió a leerlas con el mismo tono monocorde.

«No me ha sucedido ninguna de las tres. Jamás he fumado, nunca me han robado una bicicleta... y lo del perro, no sé..., he tenido algunos pero a ninguno lo arrolló un vehículo. Así que supongo que la tercera es la que más se acerca.»

«Perfecto.»

Stuart parecía esperar algún tipo de respuesta a lo que acababa de decir. Sin embargo, Sally se limitó a desplegar tres fotografías. Eran de tres objetos de colores y formas bien diferenciadas. La del centro era el objeto naranja que Stuart había tenido entre sus manos un rato atrás.

«¿Reconoces alguno de esos objetos?»

Stuart negó con la cabeza.

«¿Estás seguro?»

«Segurísimo.»

«La prueba ha terminado, Stuart.»

El chico rio. Al advertir que Sally no hacía lo mismo se detuvo.

«Sólo te voy a pedir que describas la prueba con el mayor detalle posible.»

Sally le entregó una hoja en blanco y un bolígrafo.

«¿De verdad?»

«Sí, claro.»

A continuación Stuart comenzó a escribir. Mark detuvo el vídeo y buscó otro documento entre las pilas que tenía delante. Nos extendió el breve texto que había escrito Stuart Nance. A esas alturas no me sorprendió en absoluto lo que leímos: para Stuart la prueba había comenzado en el sillón donde se había quedado dormido. No recordaba nada de lo sucedido en las habitaciones anteriores.

—Permitidme explicaros cómo funciona el ESH, una droga en la que Meditek viene trabajando prácticamente desde sus comienzos, al principio con resultados muy poco alentadores. Como siempre sucede, el origen de la investigación se limitaba a un fármaco capaz de producir una amnesia temporal, algo que finalmente hemos conseguido.

Mark buscó entre los documentos un diagrama muy simple donde había dos círculos. Memoria de corto plazo y Memoria de largo plazo.

—He tenido que explicárselo a alguno de los compradores de Meditek, así que estoy preparado. —Mark rio. Entendimos que la que estábamos a punto de presenciar no era la explicación para colegas, sino para ignorantes como nosotros—. Nuestros recuerdos permanecen un tiempo limitado en la memoria de corto plazo, luego se almacenan en un archivo con mucha más capacidad. La memoria de corto plazo es como nuestra memoria RAM. Ahora bien, la consolidación de la memoria, es decir, el proceso de almacenamiento en la memoria de largo plazo, puede ser de dos formas.

Mark siguió con el dedo las dos flechas que vinculaban ambos círculos.

—La consolidación puede ser sináptica, que sucede en apenas unas horas, o sistémica. No sabemos todo de estos dos procesos, pero sí sabemos que el segundo tiene lugar cuando dormimos. Nuestro cerebro trabaja durante el día de un modo rápido, procesando cada una de nuestras vivencias y almacenándolas según una serie de prioridades, pero también lo hace de noche, de forma más lenta.

Mi hermano siempre había tenido una facilidad asombrosa para explicar las cosas. Yo, que nunca había sido brillante, en la escuela fui un alumno destacado

gracias a él.

—Pues bien, si lo que buscamos es generar un estado de amnesia temporal, entonces parece bastante claro que hay que inhibir esos procesos de consolidación. Cuando un recuerdo se encuentra en su fase lábil, es decir, que no se ha estabilizado, podemos utilizar un inhibidor de síntesis proteica para impedir que eso suceda. Y en eso hemos trabajado incesantemente durante años. Y no sólo nosotros, sino varios laboratorios de todo el mundo y agencias de gobierno.

—¿Cuál sería la función de una droga así para un gobierno? —preguntó Maggie.

—Propósitos bélicos, protección de información, básicamente todo lo relacionado a la seguridad de una nación.

Mark levantó el dedo.

—Hubo algo más que nos impulsó a embarcarnos en este proyecto.

Señaló una flecha punteada que comunicaba la memoria de largo plazo con la memoria de corto plazo, pero en sentido inverso.

—Cuando rememoramos algo de la memoria de largo plazo se produce lo que se llama un proceso de reconsolidación. Nuestro cerebro utiliza esa traza de memoria; es como si cogiera un trasto viejo y arrumbado y lo acondicionara. Cuantas más veces accedemos a ese recuerdo, más se consolida. Nuestra hipótesis de trabajo era que si podíamos inhibir el mecanismo de consolidación mediante un estado de amnesia, también podríamos hacerlo con la reconsolidación.

Me maravillé ante la idea. Creía entenderlo.

—Por eso Stuart no podía recordar el episodio de la bicicleta —razoné—, porque lo *trajo* cuando estaba bajo el efecto de la droga.

—Exacto. El ESH no sólo impide que los nuevos recuerdos se almacenen en la memoria de largo plazo, sino que también destruye las trazas de memoria de aquellos recuerdos guardados allí con anterioridad. En palabras más simples..., los borra.

Entendí perfectamente las implicaciones de una droga semejante. Por lo visto Maggie también:

—Podría olvidarse algo traumático con sólo recordarlo —dijo mi amiga.

Mark asentía. En sus ojos estaba el brillo de entusiasmo que yo tan bien

conocía.

—Bajo el efecto del ESH —explicó Mark—, basta con recordar algo para que ese recuerdo entre en fase de consolidación.

—¿Y eso funciona con cualquier recuerdo?

—Ésa es una muy buena pregunta, Maggie. La naturaleza es sabia y los seres humanos tenemos zonas bien diferenciadas para guardar recuerdos de largo plazo. Están los recuerdos semánticos, que son aquellos que básicamente corresponden a definiciones... por ejemplo, qué significa la palabra bicicleta. Por otro lado, los recuerdos procedimentales, que son aquellos que tienen que ver con funciones inconscientes, como por ejemplo hablar. Y por último, están los recuerdos episódicos, que son todas nuestras vivencias. Esos tres tipos de recuerdos se almacenan en sitios diferentes, con mecanismos diferentes.

Durante un instante me abstraí de la explicación de Mark. Yo mismo había estado bajo los efectos del ESH, me maravillé, por eso no recordaba lo que había sucedido durante esas horas.

—El ESH actúa sobre la memoria episódica no sólo porque estos recuerdos se almacenan en una zona particular de nuestro cerebro, sino porque lo hacen de un *modo* particular. Éste ha sido mi convencimiento durante todos estos años, y no me he equivocado.

—Es increíble —dijo Maggie, negando con la cabeza—. Imagino a alguien que ha sufrido un hecho terrible, como una violación. Sólo debe recordar el incidente bajo los efectos del ESH y olvidarlo.

—Mark, es asombroso —dije—. ¿Pero el ESH funciona? Digo, acabamos de verlo en el vídeo. ¿Por qué van a vender Meditek? No lo entiendo...

El rostro de Mark cambió.

—El ESH funciona. Pero las cosas son un poco más complejas.

Mark nos explicó a continuación algo que yo ya había empezado a intuir. ¿Estarían los laboratorios interesados en comercializar una droga que acababa con recuerdos traumáticos con sólo decirlos en voz alta? ¿Qué sucedería con la industria de los antidepresivos, los internamientos infinitos, los tratamientos interminables? Había un negocio montado en torno a las mentes enfermas.

Ninguno de los grandes laboratorios se había mostrado interesado en seguir desarrollando el ESH, y no sólo eso, sino que hicieron todo lo posible para acabar con el proyecto, quitándole a Meditek el financiamiento para investigaciones convencionales. Mark buscó financiación en el sector privado pero no la encontró; nadie en su sano juicio invertiría en un laboratorio con un pasivo preocupante, cuya investigación estrella era catalogada por la competencia como una pérdida de tiempo y de dinero.

Tres años antes de que las pruebas empezaran a mostrar pequeños signos positivos, la situación era crítica. Ian, que también creía en el potencial de la droga, estaba convencido de que los llevaría a la ruina financiera e intentó convencer a Mark para que abandonara la investigación. Si dejaban de lado el ESH, argumentaba, podrían restituir el vínculo con los otros laboratorios y reinventarse. Pero Mark no estaba dispuesto a eso.

Mark consiguió apoyo de la Fundación Albert Sanders, una fundación privada que accedió a invertir en Meditek para desarrollar el ESH. Albert Sanders era un poderoso empresario naviero de ochenta y cinco años que no se dejaba ver, y que las malas lenguas decían que estaba postrado en una cama sin poder comunicarse con nadie. La junta directiva no hacía demasiadas preguntas y el dinero fluyó, más rápido al principio y con mayor dificultad después. Esto le

dio oxígeno a Meditek, pero no cambiaba el final de la historia: si eventualmente no conseguían llevar al ESH a buen puerto y vender la patente por una cifra asombrosa, estarían en la ruina.

Cuando llegaron los primeros resultados favorables, los laboratorios auditores cuestionaron severamente las pruebas.

—Había ciertos efectos colaterales —nos explicó Mark—. Todas las drogas tienen contraindicaciones. Se trató de un boicot.

—¿Cuáles eran las contraindicaciones?

Mark se acomodó en su silla.

—Antes os he dicho que los recuerdos se consolidan de dos formas. Pues bien, la consolidación sistémica, o lenta, que es la que se produce durante la noche, es la problemática. En ciertos casos, las trazas de memoria se recuperan durante este proceso. Es decir...

—En sueños —lo interrumpí.

Mark asintió.

—Pero eso no invalida el funcionamiento del ESH —dijo con cierta indignación, como si fuera a nosotros a quienes debía convencer—. Si eso sucede y alguna traza permanece activa, es posible volver a administrar la droga.

Cogió una cajita que había estado todo el tiempo junto al ordenador. La abrió y agarró entre los dedos una píldora anaranjada, similar a una perla en cuanto a su textura, pero de forma alargada.

Yo la reconocí de inmediato. Era la píldora que Mark había intentado darme la noche que había despertado con amnesia.

—Con el éxito del proyecto —continuó Mark— vino la amarga noticia de que Meditek se encontraba sumido en una ruina irremontable. Nadie lo sabía, salvo Ian y yo. Él se ha llevado la peor parte, porque me lo advirtió desde el principio.

—Bueno, pero habéis vendido, ¿o no? —intervino Maggie.

Mark se nos quedó mirando, como si su propio cerebro se hubiese borrado.

—Estamos a punto de vender Meditek, es cierto, ¿pero a qué precio? Y no me refiero al valor, por supuesto. Agotadas todas las instancias, Ian se ha visto forzado a recurrir a laboratorios extranjeros, y no lo juzgo. Se trata de un laboratorio coreano, controlado por el gobierno de Corea del Norte, que desde luego no tienen intenciones de comercializar.

—¿Fines bélicos?

—Es lo que suponemos. Misiones secretas podrían ser ejecutadas y luego borradas de la mente de sus ejecutores, localización de testigos clave, funcionarios que se jubilan y poseen información vital. La seguridad de un gobierno sería mucho más alta. Esto por no mencionar a prisioneros de guerra con información relevante y secreta. Sería penoso que ese poder cayera en manos de nuestros enemigos.

El semblante de Mark se ensombreció.

—¿La chica murió en mi casa, Mark?

Era la pregunta que había querido hacer durante toda la noche.

Mark suspiró.

—Me temo que sí, Johnny.

Negué con la cabeza.

—No puedo creerlo, ¡me has mentado todo este tiempo!

—No tuve otra opción. Los coreanos son tipos peligrosos; maldigo el momento en que nos involucramos con ellos. Desde que empezamos a negociar hemos sido presionados para cerrar el trato cuanto antes. Nunca pensé que llegarían a tanto.

—No lo entiendo —intervino Maggie—, ¿qué buscaban exactamente en casa de Johnny?

Yo creía entenderlo:

—Todo estaba dispuesto como si yo fuera el asesino —dije en tono críptico—, y de repente el cuerpo desaparece. Era una forma de demostrar de lo que son capaces.

Mark no respondió.

—Es muy enfermizo —dijo Maggie—. ¿Mataron a esa pobre chica como una advertencia? ¿No ibais a vender de todos modos?

Mark bajó la vista y respiró sonoramente.

—Yo era el más reticente —admitió—. Jamás me imaginé que algo así podía pasar.

—Hay algo que no entiendo —dijo Maggie—. ¿Cómo hicieron para administrarle a Johnny el ESH?

—Me temo que no sé mucho más. A lo mejor la idea original era dejar el cuerpo de Paula allí y algo salió mal..., no lo sé. Paula era..., es, una chica encantadora que no se merece nada de esto.

—¿No deberíamos dar aviso a la policía?

—No —se apresuró a responder Mark—. Si hay pruebas de que Paula estuvo en Carnival Fall ese día, y estoy seguro de que si la policía busca en la dirección correcta las va a encontrar, no harán más que implicar a Johnny.

—Ellos tienen mi camiseta ensangrentada —dije.

—Y quizás algo más —agregó Mark.

Pensé en las cámaras de circuito cerrado. También podían tener filmaciones de Paula en mi casa.

—¿Cuándo termina esto, Mark? —Maggie no podía matizar su frontalidad. Mark me miró con una mezcla de desesperación y súplica.

—Pronto. Os doy mi palabra.

—¿A qué te refieres?

—Prefiero no involucraros, la verdad. Quizás debí decírtelo todo desde el principio, Johnny, pero mi intención ha sido mantenerte lo más lejos posible de este problema, del que no eres responsable en absoluto.

—¿Qué quieres decir, Mark? Perdóname por ser tan directo, pero no quiero que hagas una estupidez.

Vi algo en sus ojos que me estremeció.

—¿Confías en Ian? —preguntó Maggie.

—Sí. Ian no sabe nada de todo esto, os lo aseguro.

—Hay algo que debes saber —dije—. En tu cumpleaños, cuando fui a verte a la terraza, escuché a Ian hablando con alguien del accidente en motocicleta de Stuart Nance.

Mark pareció sorprendido.

—El accidente fue una fatalidad. Confío en Ian y estoy seguro de que él no participaría en un homicidio.

—Quizás no voluntariamente —acotó Maggie.

Permanecimos callados.

Maggie y yo nos levantamos. Mark se acercó a mí y me despidió con un abrazo.

—Lo siento mucho, Johnny. Todo esto ha sido culpa mía.

El abrazo duró más de lo normal. Miré a Maggie por encima del hombro de mi hermano y ella hizo ese gesto tan característico, frunciendo los labios y levantando las cejas.

Mark nos dijo que se quedaría un rato más, que tenía cosas que hacer.

Antes de salir de la sala de conferencias me volví y vi como Mark ordenaba los documentos sobre la mesa.

Fue la última vez que lo vi con vida.

Me encontraba pintando cuando una sombra ocultó parcialmente el sol que entraba por la ventana. Había estado ensimismado, pero la presencia no me sobresaltó. Al volverme vi a Ross, que tenía la costumbre de entrar por la parte de atrás desde que era un crío y no la había cambiado. Me saludó con la mano en alto y le hice un gesto para que entrara. Unos segundos después llegó al estudio y se quedó mirando las ilustraciones ya terminadas y la que estaba en proceso.

—He traído las hamburguesas —dijo Ross—. Creí que Jennie ya estaría aquí.

Cerré la puerta del estudio y lo seguí.

—Morgan la traerá en un rato. El idiota sigue en rol controlador.

—La última vez que vino te encontró vomitado en el porche.

—Jaja... Muy gracioso.

Ross se dio la vuelta. Me clavó un dedo en el pecho.

—Lo tenías controlado, Johnny. Lo tienes controlado, sé que es así. Si es necesario me instalo aquí contigo, o te vienes a mi casa. Prométeme que al más mínimo pensamiento traicionero me llamarás.

—Lo prometo.

Ross hablaba en serio.

—Fue toda esta situación de mierda, Ross. Ya sabes cómo es..., cualquier excusa es válida. Es como si una parte de ti lo estuviera esperando.

—Lo sé.

Su mano se deslizó hasta mi cuello, lo aferró con fuerza. Me miró a los ojos.

—No volverá a suceder. Lo tienes bajo control, Johnny.

Asentí. Yo también estaba convencido. Salimos de la casa por el frente.

—¿A qué hora vendrá Maggie?

—No lo sé. En un rato, supongo.

—¿Cómo te sientes..., con ella?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Empieza a pensarlo, porque se quedará en Carnival Falls.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero no hace falta.

Dio media vuelta y lo vi desaparecer en la esquina de la casa. Todavía no me había acostumbrado a la idea de que Maggie podía quedarse en Carnival Falls. Así como la familiaridad entre nosotros había regresado con asombrosa rapidez, casi como si el tiempo no hubiese transcurrido, sabía que existía la posibilidad de que pudiera marcharse de un momento a otro.

Seguí a Ross hasta la parte trasera. Sobre la mesa de madera había dos bolsas de papel.

Ross abrió la barbacoa.

—Sé que a ti te encanta limpiarla —dije antes de que mi amigo pudiera hacer algún comentario.

Me senté sobre la mesa, los pies en el banco de madera, y observé cómo Ross iba en busca de los utensilios para limpiar la barbacoa. Regresó con un balde con agua, líquido desengrasante, cepillo de metal y guantes.

—¿Has sabido algo más de Lila?

—No.

Ross cepillaba la parrilla.

—No termino de convencerme de que haya sido una casualidad que esa noche viniera a tu casa.

—Lo fue, porque rompimos ese mismo día.

—No sé.

—A veces las cosas simplemente pasan, no todo tiene que estar relacionado con todo, como en esas novelas que tú lees.

—Y, sin embargo, Mark ha descubierto una pastilla que te borra la mente. Una pastilla que alguien ha utilizado contigo para cargarte la muerte de esa chica.

Miré en todas direcciones.

—¿Podemos no hablar de eso aquí afuera?

En ese momento escuchamos el bramido de la furgoneta de Morgan. Me dirigí a la parte principal justo a tiempo para su llegada. El nuevo marido de Tricia hizo su entrada triunfal por el camino privado. Jennie estaba sentada en el asiento trasero.

Levanté la mano en señal de saludo.

Morgan me observaba con sus gafas espejadas, escrutando todo como si de ello dependiera que apagara el motor o no. Finalmente lo hizo.

—¡Papi!

Jennie tiraba de la palanca interior para abrir la puerta. Me acerqué y la abrí desde fuera. Mi hija se debatió entre salir de la furgoneta y agarrar la bolsa de juguetes que había traído. Se apeó con cuidado y me abrazó. Me agaché para devolverle el abrazo pero entonces se zafó y me señaló la bolsa en el asiento trasero.

—Estaba un poco indecisa, así que ha traído casi todo —dijo Morgan, ahora de pie junto a la furgoneta.

Cerré la puerta con un poco más de fuerza que la necesaria y le entregué a Jennie sus juguetes.

—En la parte de atrás está el tío Ross. ¿Quieres que yo lleve los juguetes?

Jennie negó con la cabeza y empezó a caminar, esforzándose para no arrastrar la bolsa.

Era evidente que Morgan tenía algo que decirme porque no se movía. Era la primera vez que nos veíamos desde que me había tomado la fotografía.

—Creo que tenemos que hablar —dijo con solemnidad.

No estaba de acuerdo pero preferí callar.

—Lo que sucedió allí —señaló el porche—, lo hice por ti.

Me rasqué el cuello. Era eso o golpearlo.

—No, Morgan... ¿sabes qué hubieras hecho si realmente yo te importase algo? Me hubieras despertado..., me hubieras obligado a darme un baño, a vestirme y a ir a ver a mi hija. Después me hubieses preguntado qué me llevó a ello. En lugar de eso me tomaste una fotografía y fuiste corriendo a tenderme una trampa con Tricia.

—Lamento que lo veas así. No me parece bueno tapar las cosas.

—No es tapar las cosas, es lo que hacen los amigos para ayudarse. No es

tapar los problemas, es ayudar de la forma correcta. Esa fotografía ha sido una puñalada por la espalda, así que no me vengas con mierdas de «lo hice por ti».

—¿Por qué no podemos hablar como dos personas sensatas?

—Por cosas como éstas, precisamente. Desde que te conozco no has hecho otra cosa que complicar mi relación con Tricia y con Jennie.

—Lamento que lo veas así, John.

—Si vuelves a decirme otra vez «lamento que lo veas así», voy a darte un puñetazo. La única razón por la que tomaste esa puta fotografía fue para demostrarle a Tricia que tenías razón y que yo iba a cagarla otra vez. Acepta eso y podemos empezar a hablar de verdad, Morgan.

No respondió. Posiblemente lo único que se le ocurrió fue repetir que lamentaba que yo lo viera de esa forma.

—Pasaré por Jennie cuando quieras, sólo avísame.

—No será necesario, yo la llevaré.

Morgan asintió y se metió en aquel monstruo de acero. Cuando la furgoneta maniobraba para regresar, el coche del padre de Maggie hizo su aparición, con ella al volante. Se cruzaron y pude advertir la curiosidad de Morgan al verla llegar.

—¿Quién era? —Maggie se apeó del coche. Llevaba puesto un vestido floreado que me dejó sin habla.

—Morgan —dije en piloto automático.

Empieza a pensar en qué sientes por ella, porque se quedará en Carnival Falls.

En el porche trasero las cosas estaban mucho más animadas. Ross había dejado a punto la barbacoa y Jennie colocaba los platos en su sitio. Cuando nos vio llegar se escondió debajo de la mesa.

—¿Quién es esa niña tan bonita? —dijo Maggie.

—La niña bonita es un poco vergonzosa —replicó Ross mientras colocaba el carbón.

—Ven a saludar a Maggie.

Los dedos de Jennie asomaron por la mesa, luego sus ojos.

—¿Recuerdas que te hablé de ella cuando fuimos al pantano de las mariposas? Maggie y Ross eran mis amigos cuando éramos pequeños.

Mi argumento no convenció a Jennie, que siguió debajo de la mesa.

Pasamos una tarde magnífica. Jennie cogió confianza con Maggie durante el almuerzo, y cuando fuimos de excursión al pantano de las mariposas, ya eran inseparables. Jennie le habló de sus muñecas, de sus amigas del jardín y de sus programas de televisión favoritos. Como Maggie le dijo que hacía mucho tiempo que no estaba en la ciudad, Jennie asumió que tenía que explicarle las cosas como a un extraterrestre.

Cuando llegó la hora de irse, Jennie estaba tan cansada que apenas opuso resistencia. Ross, que se había quejado durante todo el día de apenas haber dormido a causa de unos vecinos ruidosos, dijo que también se iría y se ofreció a llevar a Jennie a su casa. Por supuesto, se encargó de hacer todas las insinuaciones posibles por el hecho de dejarnos solos a Maggie y a mí.

Con Maggie preparamos café y lo llevamos al salón. En la cadena sonaba Blur.

—Voy a mudarme a un apartamento aquí —anunció—. Esta semana he estado buscando algo adecuado.

La casa de los Burke era espaciosa, por lo que la revelación me sorprendió.

¿Tan pronto?

—No sabía que habías decidido quedarte en Carnival Falls.

—Aparentemente lo hice en algún momento. —Maggie rio de forma nerviosa.

—Bueno, pues déjame decirte que me alegra mucho. Aquí tienes gente que te quiere. Sea lo que sea que sucedió en Londres, estás en el lugar indicado para dejarlo atrás.

Su rostro se ensombreció.

—Respecto a eso...

—No tienes que contármelo si no quieres.

—Es que sí quiero, Johnny. Estos días me he sentido contenida. Como si no me hubiese ido y mi vida en Londres le perteneciera a otra persona. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Sí.

Durante los años en Inglaterra, Maggie no había regresado una sola vez. Incluso más llamativo era que sus padres tampoco habían ido a visitarla.

—Al principio fue una cuestión de dinero; Andrew y yo estábamos intentando abrirnos camino y no tenía sentido dilapidar el dinero en billetes de avión. Pero eso fue durante los primeros dos años, después empecé a sentir la necesidad de viajar. ¿Pero sabes qué? Fui yo la que preferí no hacerlo, la que decía que lo haríamos más adelante, que teníamos una hipoteca y que era un derroche de dinero innecesario. Con mis padres hablaba casi todo el tiempo por Skype, así que era como tenerlos cerca.

Maggie se dejó caer en el sillón. Tenía la vista clavada en el techo y los ojos enrojecidos.

—No te imaginas, Johnny, la cantidad de estupideces de las que me he convencido durante este tiempo. Creer que no viajar era una buena idea fue sólo una de ellas.

—Quizás en el fondo sabías que si venías te sería más difícil regresar.

Ella asintió.

—No más difícil —reconoció—, imposible.

Resopló.

—Dicen que las relaciones se ponen a prueba en el tercer año, ¿verdad? Eso fue exactamente lo que sucedió en nuestro caso. Con Andrew teníamos una relación muy particular, casi protocolaria diría yo.

—¿A qué te refieres?

El frenesí sonoro de Blur no acompañaba el tenor de nuestra conversación.

—Protocolaria es quizás un poco exagerado —dijo Maggie—. Andrew no es afectivo, y tú me conoces, necesito algo de drama. Con él me acostumbré a otro tipo de vida. De buenas a primeras me encontré planificando qué haríamos el fin de semana como si fuera la agenda de un político, no había lugar para la improvisación. Él lo orquestaba todo de forma tan cuidadosa, se preocupaba por

mí de un modo tan calculado, que el efecto terminaba siendo el contrario.

—Te entiendo. Caísteis en la monotonía.

—Empecé a trabajar como secretaria en un bufete de abogados y eso le dio un poco más de oxígeno a mi vida. A su vez a Andrew las cosas empezaron a irle cada vez mejor en su trabajo. Fue entonces cuando podríamos habernos permitido venir aquí, y sin embargo busqué una y mil excusas para no hacerlo. Te hablo de hace más o menos dos años, quizás un poco más. Me sentía a punto de colapsar, y entonces cometí el peor error que puedes cometer cuando estás en pareja.

Sabía lo que iba a decirme. Porque yo también había cometido ese error, aunque por motivos bien diferentes.

—Creer que un hijo lo solucionará todo mágicamente —concluyó.

Maggie se puso de pie y caminó en dirección a la cadena.

—Voy a traicionarlos un momento —dijo mientras quitaba el disco de Blur.

Maggie buscó entre mi discografía y encontró un disco de Franz Ferdinand. Me lo exhibió con orgullo.

—Genial —dije desde el sillón.

Maggie no había tocado su café. Me ofrecí a calentarlo pero ella se negó. La batería cruda de Franz Ferdinand colmó el salón.

—Me convencí de que la monotonía y el cansancio de la pareja eran normales —dijo Maggie de regreso al sillón—. He escuchado tantas veces que un hijo lo cambia todo que pensé que ese cambio borraría todo lo malo que estaba sucediendo en mi vida.

Me miró.

En mi caso Jennie había transformado mi vida, claro que sí, pero no había hecho nada por el vínculo con Tricia. En todo caso lo había pulverizado.

—Andrew estuvo de acuerdo, y debo reconocer que al principio eso nos dio un breve período de felicidad. Los primeros meses. Cuando pasó un tiempo y no me quedaba embarazada, empecé a preocuparme. El médico nos dijo que sería cuestión de tiempo, y no se equivocó. Un año después lo habíamos conseguido.

Me quedé helado. Una cosa eran los rumores que todos habíamos escuchado, y otra bien distinta, escucharlo de boca de Maggie. No sabía el final exacto de la historia pero desde luego no sería feliz. No pude más que reconfortar a mi amiga con una sonrisa triste.

—Mi vida se había convertido en un infierno, Johnny, sólo pensaba en eso. Cuando el médico o el propio Andrew me hablaban de otras posibilidades de concebir, incluso de adopción, me cerraba y no quería siquiera escucharlos. Tú me conoces, posiblemente más que nadie en la tierra, y sabes que yo no soy así. Ha sido la primera vez en mi vida en la que he mirado hacia atrás y he visto a una desconocida.

Maggie se puso de pie y vagó por el salón al ritmo hipnótico de *Dream Again*.

Si los océanos se han ido y las montañas suspiran, entonces seguiré soñando.

—Me sentí como si hubiese vivido otra vida, Johnny. Como si alguien más hubiese tomado el control.

Asentí. La entendía más de lo que ella podía imaginar.

—Andrew es un tipo muy analítico. Me decía: si no te sientes bien, debe verte un profesional. Así de lineal y simples eran las cosas para él. Ahora entiendo que no poder quedarme embarazada era apenas la punta del iceberg, nada estaba bien en mi vida y no podía salir de ese laberinto de trampas y mentiras en el que me había metido.

Maggie hablaba ahora mirando al suelo, los ojos desenfocados. Me hubiese gustado acercarme y abrazarla, pero no era el momento. Ella luchaba para sacarlo todo de una vez y necesitaba hacerlo sola.

—Cuando me quedé embarazada pensé que todo se arreglaría. Se supone que los milagros son una bendición, ¿no es así?

Su rostro se iluminó.

—Era un niño. Íbamos a llamarlo Christopher. Fue un embarazo problemático, así que casi no salía de casa. Dedicaba mi tiempo a decorar su habitación, a comprar ropa, el cochecito, esas cosas. Entonces un día, estando ya avanzado el cuarto mes, leía un libro en el balcón y una señal de alarma se encendió en mi cabeza. No sentí dolor ni un movimiento extraño, fue más bien todo lo contrario. Palpé mi abdomen y me eché a llorar.

No pudo seguir.

—Maggie...

—Necesito contártelo, Johnny.

No pude contenerme y la abracé. Ella lloró en mi hombro. Unos minutos

después me apartó con suavidad y se secó las lágrimas con el dedo.

—Fuimos al médico y confirmó lo que yo sabía. Y a partir de allí fue una pesadilla. Tener que parir a tu hijo muerto es algo que no le deseo a nadie. Nada puede prepararte para algo así. Nada.

—Lo siento tanto, Maggie. No sabía que habías pasado por algo tan terrible.

—Mis padres saben que tuve un aborto, pero no cómo ni bajo qué circunstancias. No creo que se lo cuente alguna vez; no tiene ningún sentido. Ellos tampoco saben lo que vino después.

Me miró con seriedad. En sus ojos vi una mezcla de miedo, y algo más que no pude identificar.

—Seguí recibiendo tratamiento; lo necesitaba más que nunca. Más o menos hacia la fecha en que Christopher tendría que haber nacido, Andrew llegó un día a casa y encontró el suelo del salón destrozado y a mí sentada con un hacha. Había destruido todo el parquet. Cuando me vio abrió tanto los ojos como tú ahora.

Maggie sonrió.

—Es tan triste, Johnny. Recuerdo la lógica que todo tenía en mi cabeza en ese momento. Estaba convencida de que mi hijo no había nacido muerto, que estaba vivo, escondido en mi casa en alguna parte, y que Andrew era el responsable de no permitirme verlo. Esa tarde lo amenacé con el hacha y le dije que si no me decía dónde estaba escondido Christopher iba a descuartizarlo. Debieron internarme y no volví a casa en una semana.

Me costaba reconocer a Maggie en ese relato. Ella siempre había sido una mujer analítica pero a la vez simple y práctica; la voz de la cordura.

—Nunca volví a hacer algo como romper el suelo con un hacha; la medicación tuvo mucho que ver, supongo. Estaba controlada. Pero fueron meses en que la idea rumiaba en mi cabeza sin darme respiro. Me despertaba en medio de la noche y empezaba a buscar a Christopher por todas partes. Andrew me explicaba las cosas y me hacía entrar en razón, pero, cuando finalmente le creía, siempre lo hacía con un mínimo de desconfianza. En el último año las cosas mejoraron realmente y dejé atrás esos pensamientos.

—Lo siento mucho, Maggs.

—Andrew también sufrió, por supuesto, por la pérdida y también por lo que vino después. No debe de ser sencillo encontrarse a tu pareja con un hacha y con

intenciones de matarte.

Maggie volvió a esbozar una sonrisa nerviosa. Me partía el alma imaginar su sufrimiento y no haber estado cerca para ayudarla.

—Gracias por escucharme, Johnny. —Esta vez fue ella la que se acercó y me abrazó—. Esto es lo que necesito ahora mismo, lo que ambos necesitamos, creo.

Me aparté. No sabía exactamente a qué se refería. Nuestros rostros estaban a pocos centímetros, como tantas otras veces en el pasado.

—Necesito a mis amigos —dijo Maggie—. A ti y a Ross. También a mi familia, por supuesto. Me siento un poco estúpida diciéndolo.

—Para nada. Lo que sea, dímelo con franqueza y sabes que puedes contar conmigo.

—Necesito poner mis prioridades en orden. Parte de haber regresado tiene que ver con eso.

—Lo entiendo perfectamente.

Por primera vez desde que nos sentamos en el salón apareció una sonrisa radiante en su rostro. La sonrisa de la que años atrás me había enamorado perdidamente.

Quince años atrás, mi padre asfixió a mi madre con una almohada. Unos días después, se disparó con una escopeta que misteriosamente llegó a su celda de la comisaría de Carnival Falls. Harrison, por entonces comisario, me comunicó la noticia del suicidio de mi padre en el salón de mi casa, con el cuidado y la solemnidad del caso. Si bien era el segundo golpe que recibía en pocos días, recuerdo haber tomado la noticia con una extraña calma. Había perdido a mis padres, a quienes amaba profundamente, y, sin embargo, se había apoderado de mí una inusual lucidez, como si la tragedia hubiese traído una nueva y reveladora perspectiva en lugar de desolación. Pensé, por ejemplo, en la posibilidad más que plausible de que el arma con la que mi padre se disparó en el rostro se la hubiese facilitado el propio comisario, su entrañable amigo. ¿Cómo podía pensar eso un chico que acaba de recibir una noticia devastadora?

Ahora me tocaba recibir otra noticia de impacto igual o mayor, y el emisario no fue Harrison, aunque debería haberlo sido. Supongo que fue algo meditado entre los miembros del club B que todavía velaban por mi bienestar. Cuando una tragedia te toca de cerca siempre hay un grupo de personas que encabeza la toma de decisiones, que se ocupa de *minimizar el impacto*, de decidir qué te dicen y, más importante, cómo te lo dicen.

Imagino a los miembros del club Bilderberg debatiendo acerca de quién debía decírmelo esta vez. A falta de una respuesta satisfactoria, supongo que decidieron que serían los cuatro.

La mañana del dos de junio, es decir, once días después de haber estado con Mark y Maggie en Meditek, abrí la puerta de la calle y me encontré a Bill Foster, Richard Sullivan, Harrison y Bob Burke, el padre de Maggie. El club B al

completo, o lo que quedaba de él.

—¿Mark está bien? —pregunté de inmediato.

Richard Sullivan era un médico de vasta experiencia que debía de haber comunicado malas noticias muchísimas veces; sin embargo, fue el primero en desviar la mirada, y eso respondió mi pregunta. Harrison, duro como el acero, me miró como nunca antes, quizás a punto de llorar, y también me lo confirmó.

—Mark se ha quitado la vida, Johnny —dijo Harrison.

Y entonces la cordura se impuso, porque lejos de perder el eje o estallar en una crisis nerviosa, algo que sí sucedería un rato después, hice la única pregunta apropiada dadas las circunstancias.

—¿Cómo lo hizo?

El excomisario no había dicho «Mark ha muerto», sino «Mark se ha quitado la vida», y yo sabía que no haría semejante afirmación de no estar completamente seguro. De haber sido otro el portavoz, por ejemplo, algún policía inexperto, lo hubiera puesto en duda; tratándose de Harrison no había margen para eso. Dio un paso y me estrechó en un fuerte abrazo. Y yo me dejé abrazar, mis propios brazos pegados al cuerpo, la vista puesta en el bosque, permitiendo que la noticia más triste que recibí en mi vida se desperdigara por cada centímetro de mi cuerpo. Experimenté cierta ingravidez. Quizás estuve a punto de desmayarme, o quizás era el primer atisbo de esa sensación de que ya nada importa.

A partir de entonces y durante varios minutos las cosas sucedieron en flashes. En el siguiente flash estábamos dentro de mi casa, sentados todos a la mesa principal, yo en la cabecera, Harrison a mi lado hablándome con voz pausada. Me decía frases cortas, o yo captaba sólo frases cortas.

Mark se disparó. Sucedió ayer por la noche, en su casa. Darla no estaba.

En algún momento Bob habló y lo observé como si no hubiera sido del todo consciente de su presencia.

Empezaba a caer poco a poco en esa espiral de incredulidad donde la misma pregunta empieza a repetirse una y otra vez.

Harrison sacó un sobre del bolsillo del pantalón y me lo extendió. Mi nombre estaba escrito en el exterior con la inconfundible caligrafía de Mark. Estaba abierto y contenía la siguiente nota.

Querido Johnny,

Quizás recuerdes lo que voy a contarte, o quizás no. Cuando tenías seis o siete años viniste a mi habitación, una noche de tormenta, yo hacía apenas unos meses que me había mudado a la habitación del fondo y a ti evidentemente te estaba costando adaptarte al cambio. Abrí los ojos y allí te vi, de pie en el umbral con aquel pijama horrible de rombos azules que habías heredado de mí. Te pregunté si sucedía algo, si tenías miedo a los truenos o te sentías mal, y me dijiste, con esa calma que sólo los niños pequeños son capaces de expresar ante lo desconocido, que había un extraño en tu habitación. Al principio me asusté, pero cuando te pregunté un poco más, me dijiste que creías que se trataba del hombre árbol, una criatura que vivía en el bosque y que de vez en cuando merodeaba la casa. Ya de pequeño eras un jodido enano creativo. Te acompañé de regreso y en vez de intentar convencerte de que los hombres con extremidades de ramas no existen, te dije que iba a mostrarte algo que a mí me había servido cuando dormía en esa misma cama, antes que tú. Nos acostamos y te pedí que apoyaras la mano en el colchón, más o menos en el centro, y que presionaras con el dedo índice. Te expliqué que ese botón invisible emitía una señal que los humanos no podíamos escuchar, pero que el hombre árbol sí. Esa señal lo obligaría a permanecer en el bosque, recluido. Me miraste con el ceño fruncido y me explicaste que el hombre árbol no era malo, sólo que su aspecto era atemorizante fuera del bosque. Te dije entonces que algún día podrías ir a visitarlo, cuando llegase el momento, y ser su amigo, y la idea te pareció fantástica. Al rato te quedaste dormido.

Ese día me di cuenta de que tenía un hermano especial, capaz de crear mundos y vivir en ellos. Somos dos mitades bien diferentes. Pero dos mitades de la misma cosa.

He tomado una decisión con la que me siento en paz. Los motivos me los llevaré a la tumba, pero quiero que sepas que no tienen que ver con lo que ha sido mi vida últimamente. Eso mejor dejarlo atrás. Créeme que no hay nada allí que valga la pena. Disfruta de Jennie, que ha sido y será lo más hermoso en tu vida. Ella es una Brenner, allí estarás tú, y también yo. Búscame en su sonrisa cada vez que quieras estar conmigo. Enséñale el valor de los sueños, a disfrutar de las pequeñas cosas y a esconderse del hombre árbol en su burbuja imaginaria.

Sé feliz. Confía en que cada tragedia esconde una oportunidad.

Lamento profundamente que mi partida sea una marca en ese camino; ha sido la parte dura de todo esto. Sé que me entenderás.

Tu hermano que te quiere,
MARK

Leí la carta de Mark dos veces, la doblé cuidadosamente y volví a guardarla en el sobre. Harrison, Bob Burke, Richard Sullivan y Bill Foster me estudiaban, ahora desde el otro extremo del salón, como una comisión médica de evaluación. En cierto sentido lo eran. *¿Cómo reaccionará el bueno de Johnny esta vez?*

—Mark dejó tres cartas en la caja fuerte de su casa —dijo Bob Burke. El padre de Maggie era abogado, y si alguien iba a ocuparse de las cuestiones legales, él era el indicado—. Dejó una carta para Darla, otra para Chris Murphy y ésta para ti. Cambió el código de la caja de seguridad y se lo envió por mensaje de texto a Darla. Ella no entendió el motivo hasta que supo la noticia. Suponemos que cambió el código para que ella supiera que las cartas estaban allí dentro. Por alguna razón no quiso dejarlas a la vista.

—No sabía quién llegaría primero a la escena —agregó Harrison—. ¿Estás bien, hijo?

—Sí, sí, estoy bien.

—El detective a cargo ha tenido que abrirla —dijo Harrison señalando el sobre que seguía en mi mano—. Deben hacerlo.

—¿Detective?

—Son procedimientos rutinarios, Johnny, hasta eliminar todo tipo de dudas. Los amigos de mi padre se miraban de una forma peculiar.

—¿Darla encontró el cuerpo?

—No —dijo Harrison—. Ven, vamos a beber algo fresco.

Los cinco fuimos a la cocina y ocupamos la mesa redonda. Richard fue a la nevera y me sirvió un vaso de agua.

—Los vecinos llamaron a la policía. Escucharon tres disparos;

aparentemente dos los hizo sólo para llamar la atención. Dean y sus hombres los encontraron en el techo del despacho. Las ventanas estaban abiertas. Mark lo organizó de esa forma. Darla fue alertada por la policía, que llegó a la casa de inmediato.

—Quiso evitarle el mal momento —agregó Richard con voz suave.

—¿Tú lo has visto, Richard?

Todos ellos tenían más o menos la misma edad; sin embargo, el paso del tiempo no había sido benevolente con Richard Sullivan. El médico tenía el cabello completamente encanecido, la piel arrugada. Había conseguido dejar de fumar hacía un par de años pero el daño tras años de abuso con el tabaco ya estaba hecho.

—El médico me permitió ver el cuerpo antes de trasladarlo —dijo Richard—. No sufrió.

Algo totalmente esperable, pensé. Mark había cumplido con excelencia cada cosa que se había propuesto a lo largo de su vida; su propio suicidio no iba a ser una excepción. Entonces recordé la última vez que habíamos hablado, en Meditek. Yo no había sospechado nada en absoluto, y, sin embargo, el plan ya debía de estar completamente trazado en su cabeza. Su minuciosa explicación adquiriría ahora mayor relevancia; Mark no había querido que yo viera fantasmas donde no los había.

Créeme que no hay nada allí que valga la pena.

Los motivos me los llevaré a la tumba.

—¿Cómo está Darla?

—Bien, dentro de lo que cabe. Tuvo una pequeña crisis de ansiedad, ahora está con una amiga.

Hubo un intercambio de miradas. Algo tenían para decirme.

Algo más.

—¿Qué?

Harrison tomó la palabra.

—Timbert y el detective a cargo van a abrir una investigación. Me lo han dicho hace un rato. Supieron lo de la venta de Meditek, creo que por Ian Martins, y creen que deben investigarlo.

—No entiendo, ¿dudan de que Mark se haya quitado la vida?

—No. Es simplemente que frente a una operación de tamaña importancia,

resulta cuanto menos llamativo.

Bob intervino.

—Dean Timbert no tiene instinto, eso es lo que pasa. No está pensando en el dolor de la familia.

—Es suficiente, Bob —intervino Harrison.

—¿En qué nos perjudica? —pregunté.

—Ordenaron una autopsia —dijo Harrison—. Tendremos los resultados en una semana, y eso si las cosas van rápidas.

—¿Pueden hacer eso? Quiero decir, si está claro lo que ha sucedido.

—Pueden hacerlo si tienen una duda razonable. En este caso la duda es pequeña, pero la tienen. Sinceramente, en ésta estoy con Dean. Yo hubiera hecho lo mismo.

Eso zanjaba la cuestión para mí.

Mientras pensaba en cómo la autopsia retrasaría el funeral de Mark, otra vez surgía ese mecanismo de defensa, ese leño flotando en el océano de irrealidad que me decía que Mark no podía estar muerto, que debía de haber algún tipo de equivocación. Comprendería en los próximos días que la muerte de mis padres no me había preparado para la ausencia de mi hermano mayor. Nada lo haría. Mark no podía estar muerto. Era impensable.

—... lesta?

Bob me observaba. Al ver que yo no decía nada, repitió la frase.

—¿A ti no te molesta?

—¿La autopsia?

Bob se acomodó en su silla.

—No, no la autopsia. Te decía que Maggie quiere venir y estar contigo, si a ti no te molesta, por supuesto.

Maggie.

Pensar en ella me produjo una sensación extraña. Agradable, pero a la vez incómoda.

—No lo sé —respondí.

Los cuatro se pusieron de pie y salieron de la cocina. Bob empezó a hablar con alguien por teléfono. Yo me quedé allí un rato, hasta que Harrison se asomó por el marco de la puerta y me preguntó si me encontraba bien.

El vaso de agua que tenía delante estaba vacío. Le dije al excomisario que sí,

que me sentía bien, y que en un momento estaría con ellos. Seguí observando el vaso como si pretendiera moverlo con la mente.

Ya todos se habían marchado cuando Maggie llegó. En cuanto abrí la puerta ella dejó caer el pequeño bolso que traía consigo y me abrazó. Me preguntó cómo me sentía y volví a responder que me sentía bien, una frase que había pronunciado tres veces en la última hora y que repetiría muchas otras en el curso de los próximos días.

Nos sentamos en los sillones del salón y le entregué la nota de Mark. La leyó en silencio y cuando me la devolvió, con los ojos húmedos, me dijo una y otra vez cuánto lo lamentaba.

Lo cierto es que yo me sentía entero. Estaba esa sensación de desasosiego y vacío que sospecho que nunca desaparecerá, pero también había algo más, un pensamiento que empezó a cobrar fuerza cuando me quedé solo, y que intenté poner en palabras lo mejor que pude:

—Confío en él. Si Mark hizo lo que hizo es porque lo deseaba, lo necesitaba o lo que sea. De cualquier otra persona pensaría otra cosa, que no pensaba con claridad, que la depresión lo empujó a tomar una decisión..., pero mi hermano no era así.

Maggie asintió con suavidad.

—Tú lo viste en Meditek, Maggs. Mark es la persona más fuerte que he conocido, y quizás también la más orgullosa. No ha sido un acto de desesperación. Es inconcebible. ¿Me entiendes?

Maggie no respondió.

—Probablemente papá actuó por desesperación; mató a mamá como un acto de piedad, y cuando lo encerraron se vio acorralado. Quizás la vida no tuvo más sentido para él o pensó que sería un mal ejemplo para nosotros, que nuestra vida

sería mejor sin él, no lo sé. No puedo saber qué se le cruzó por la cabeza a papá. Pero a Mark sí. A Mark lo conozco como a nadie.

—A veces... —Maggie elegía cuidadosamente las palabras—, las personas más fuertes son las que cargan con la mochila más pesada.

Los motivos me los llevaré a la tumba.

—Siempre respeté y admiré profundamente a Mark —dije con seriedad—. No voy a dejar de hacerlo ahora.

—Lo sé.

—Voy a hacer lo que me pide en la carta, Maggs. No volveremos a hablar del laboratorio; no sé qué le sucedió a esa chica, si los coreanos tuvieron que ver o no..., quiero que nos olvidemos de todo eso. Aunque lo ha hecho de forma vedada, es lo que me pide en su carta.

—¿No quieres pensarlo un poco más? Es todo muy reciente, John.

—No. Lo que sucedió en esta casa esa noche, y lo que nos dijo Mark, muere aquí. Hablaré con Ross después. ¿Puedo confiar en ti?

Maggie asintió.

—Y créeme, no haré nada estúpido. —Miré por un segundo el bolso que ella había traído consigo—. Valoro mucho que quieras acompañarme; sé que tu padre te lo ha pedido, pero no tienes...

—Ellos me lo han pedido, sí. Pero yo quiero estar contigo.

—Gracias.

Todos creían que podía tener una recaída, y no los culpaba. Lo cierto es que no tenía deseos de beber. Me sentía fuerte. Si Mark no estaba en este mundo eso significaba que tenía que empezar a cuidarme solo. Ya no había red de contención. Si caía, no habría nadie para atajarme.

Me levanté.

—Ven, acompáñame.

Fuimos primero al estudio, donde saqué de uno de los cajones del escritorio todo lo relacionado con Paula Marrel. Salimos de la casa y Maggie me siguió sin objeciones. Una vez en el porche trasero lo dejé todo en la barbacoa: el retrato hecho a lápiz de Paula, la fotografía del coche de Lila, el dibujo de la gargantilla, fui dejándolo todo con ceremoniosidad.

Acerqué la llama del mechero a la punta del retrato. El fuego se apoderó rápidamente del papel y avanzó hacia el resto con avidez. Una danza naranja nos

hipnotizó. Todo quedó reducido a cenizas.

Nos quedamos un rato junto a la barbacoa.

—Falta borrar los historiales del móvil y del ordenador —dije con la vista desenfocada.

Maggie me enlazó la cintura.

—Vamos.

Antes de entrar fuimos sorprendidos por el bramido de un motor acercándose. He vivido en esa casa toda mi vida y sé identificar perfectamente qué tipo de vehículo se aproxima. Podía ser Morgan, y sólo pensar en tener que verlo en ese momento me revolvió el estómago. Pero no era Morgan, sino una furgoneta de FedEx. Ross era coordinador de logística en FedEx así que supuse que podría ser él, aunque mi amigo no se ocupaba de los repartos desde hacía mucho tiempo.

El repartidor se apeó, me preguntó mi nombre y me entregó un sobre. Al agarrarlo advertí una protuberancia, por lo que supe que contenía algo más que documentos. Me quedé de piedra al ver el nombre de Mark en el remitente. Firmé el recibo electrónico en estado de *shock*. Maggie a mi lado tampoco daba crédito. El hombre se marchó y nos quedamos unos minutos en el porche sin poder articular palabra.

En la mesa de la cocina abrí el paquete, que efectivamente contenía una caja de cartón pequeña. Al abrirla vi dos gemas naranjas que reconocí de inmediato.

En el sobre no había nada más.

Los días posteriores a la muerte de Mark fueron difíciles. La primera noche apenas pude dormir; Maggie se quedó en la habitación de huéspedes pero se apiadó de mí y bajó a la cocina cuando me escuchó preparando café. Hablamos mucho esa noche, de los viejos tiempos, de Mark, también de ella, de Ross y de mí. Al día siguiente el cansancio hizo mella pero me las arreglé para ir a ver a Darla, no tenía demasiados ánimos, pero era lo que correspondía. No estaba bien, como es lógico, de modo que mi rol fue consolarla, decirle que todo iba a estar bien y que Mark había tomado esta decisión por motivos muy íntimos que nada tenían que ver con nosotros. No sé hasta qué punto creía todo esto, pero lo mismo daba. Ella me mostró la nota que Mark le había dejado, más breve y concisa que la mía. Incluso más impersonal.

Ross vino a verme cuando Maggie fue a casa de sus padres a buscar algo de ropa. El operativo *no dejar a Johnny solo* estaba en marcha, y nunca me quejé.

Con Ross salimos a caminar por el bosque; nos perdimos por viejos senderos y llegamos hasta Union Lake. Estuvimos en silencio casi todo el tiempo, algo que entre nosotros no era para nada incómodo.

—¿Realmente no recuerdas la anécdota del hombre árbol? —preguntó Ross de forma abrupta—. La que Mark describe en la nota.

—Lo cierto es que no.

—Es curioso.

Habíamos llegado a la orilla del lago. Ross se sentó en uno de los bancos de madera, de cara a las tranquilas aguas de Union Lake, no muy lejos del sitio desde el cual yo había arrojado la botella vacía.

—Quiero decir —continuó Ross— que ese botón invisible para mantener

alejado al hombre árbol sería algo digno de ti, de tu inventiva. A Mark lo imagino explicando algo relacionado con el sistema de alarmas, o que *Tigran* ladraría ante la presencia de un extraño, no sé, algo racional.

Entendía el punto.

—De todas formas, Ross, tú has visto la nota, la caligrafía de Mark es imposible de...

—No estoy dudando de que Mark la haya escrito, nada de eso. ¿Pero estás de acuerdo en que algo así resulta impropio de él, incluso a esa edad? O, mejor dicho, especialmente a esa edad. Mark tenía la mente de un científico a los diez años.

—Sí, supongo que tienes razón.

Yo seguía de pie a un costado del banco, examinando la orilla opuesta.

—Voy a hablarte con toda franqueza, Johnny. Estás afrontando esta situación con entereza; sabes que te admiro por eso y que puedes confiar en mí para lo que sea.

Me senté.

—Ve al grano, Ross.

—Qué tal si esa situación nunca existió. Es decir que no lo recuerdas porque nunca pasó.

Lo pensé un segundo. Era cierto que Mark nunca me había mencionado la historia durante todos estos años. Recordé entonces a Chris Murphy, en el cumpleaños de Mark, haciendo referencia precisamente a cómo llegaba un punto en que las historias relevantes se agotaban.

—Tampoco recuerdo que me lo haya mencionado más tarde —reconocí.

—¡Exacto! Ése iba a ser mi siguiente punto. Ponte en su lugar un momento, Johnny. Mark quiere escribirte algo sincero, que refleje la relación maravillosa que habéis tenido, y elige una situación que tú no recuerdas. Más aún, una situación de la que nunca habéis vuelto a hablar. ¿No es extraño?

—Sí.

Creía vislumbrar hacia dónde iba Ross.

—Quizás Mark *inventó* esa anécdota para que sólo tú te dieras cuenta. Cualquiera que leyera la carta, como ha hecho la policía, por ejemplo, no tendría forma de ver allí un mensaje oculto, porque asumiría que se trata de un código común contigo.

No respondí. Ross se levantó y se paró enfrente de mí.

—Me duele hablar de esto contigo, poner en duda esas palabras, o por lo menos su significado. Mark tiene el derecho a descansar en paz, a que lo recuerdes de la mejor forma.

Lo detuve con la mano.

—Ross, eres como un hermano para mí. Ahora más que nunca. No tienes que disculparte. Tiene perfecto sentido lo que dices. Si yo mismo no lo he pensado es..., no lo sé, porque no han sido días sencillos. Si esa situación no existió, quizás significa algo. Tienes razón.

Ross asintió en silencio.

También me levanté y caminé por la orilla. A mi derecha había unas plantas acuáticas y entre ellas un pato daba giros y agitaba las alas. Me lo quedé mirando. En el resto de la carta Mark me decía que el pasado reciente no tenía nada que ver con su decisión de quitarse la vida, que lo dejara estar. Eso podría convencer a cualquiera que leyera esas líneas.

Si el episodio de aquella noche cuando yo tenía seis años era falso, podía ser la forma de Mark de decirme que lo que venía a continuación también lo era.

Aun así parecía un poco retorcido.

Hasta ese momento había creído que las dos píldoras de ESH que Mark me había enviado al día siguiente de su muerte eran su forma de decirme a Maggie y mí que nos olvidáramos de todo. Que lo dejáramos estar.

Ahora no estaba tan seguro.

Caminaba por el bosque. Era de noche.

Paula iba detrás de mí. El vestido azul, la piel blanca y resplandeciente, la gargantilla. Todo era igual que en los sueños anteriores, conocido y familiar.

Cuando llegamos al claro de los álamos ya no había una excavación como en el sueño anterior sino plantas rastreras y las agujas de los pinos. Iluminé a mi alrededor con el haz de mi linterna y las sombras se estiraron monstruosas hacia uno y otro lado.

Me giré. Paula estaba a unos cinco o seis metros, su cabello agitándose ligeramente, pero fuera de eso inmóvil como una aparición fantasmal. Su rostro, congelado en una expresión neutral, se activó de repente como el de un animatronic, cambió la expresión por una risueña y sus labios articularon una frase que yo presentía de todos modos.

—Has olvidado algo, John.

Sólo que ahora había en ella una inconfundible dosis de sarcasmo. Le lancé una mirada fulminante, y en ese momento la odié.

Un búho cantó y al instante siguiente mis rodillas estaban humedecidas por la tierra y mis manos arrancaban frenéticamente las plantas de tallos largos. Recordaba perfectamente lo que había sucedido la última vez, cuando mis esfuerzos por sacar la tierra con mis propias manos no habían conducido a nada. Coloqué mis dedos como garras y tracé surcos en la tierra. Agarré la linterna que había dejado a un lado e iluminé las líneas que acababa de dibujar. No se cerraron. Volví a rastrillar la tierra, dos, cinco, diez veces, hasta que conseguí apartar un buen puñado de tierra. El pequeño pozo no se desmoronó. Podía excavar.

Con la ingenuidad y el entusiasmo de un niño volví a mirarla. Paula me animó con un pulgar en alto.

Seguí excavando con frenesí, las yemas ardiendo, las uñas quebradas. Había regocijo en ese dolor. Sabía perfectamente quién estaba allí abajo, y si para llegar a él tenía que cavar con la carne al rojo vivo... lo haría.

Los motivos me los llevaré a la tumba.

La linterna estaba tumbada a un lado. El ángulo en que estaba colocada hacía imposible ver el fondo del pozo y yo debía inclinarme cada vez más para poder alcanzarlo. De pronto mis dedos se toparon con algo más duro, una superficie de madera. Busqué los contornos y conseguí demarcar algo cuadrado del tamaño de una baldosa. Podría haber cogido la linterna pero la ansiedad pudo más y cavé a los lados del objeto para poder sacarlo. Dos veces intenté levantarlo pero estaba incrustado en la tierra y el espesor era más ancho que el de una baldosa, por lo menos unos diez centímetros, a juzgar por lo que había conseguido descubrir hasta ese momento.

Probé una vez más y el objeto cedió un poco. Lo sacudí de un lado a otro hasta que lo pude levantar. Parecía ser una caja de madera, lo que comprobé cuando quedó expuesto al haz de la linterna. En la parte de arriba tenía tallada la palabra SECRETOS.

Agarré la linterna y me valí de ella para examinar la caja con un poco más de detenimiento. A pesar de haber estado enterrada, la madera lucía lustrosa y resplandeciente. Con los dedos seguí la forma de las letras en la parte superior. No advertí que Paula se me había acercado y que ahora estaba arrodillada a mi lado, observando la caja con la misma fascinación que yo. Me disponía a levantar la tapa cuando su mano se posó sobre la mía, lo que hizo que me detuviera de inmediato. Estaba fría como un trozo de pescado, pero no aparté mi mano. Hubo una lucha sutil por abrir la caja.

—Todavía no es el momento —dijo Paula con una voz que nunca podría identificar.

Cuando volví a intentarlo, la mano de Paula me lo impidió, pero además se puso dura a causa del rigor mortis. La miré, en parte para averiguar lo que estaba sucediendo y en parte para ordenarle que me liberara, pero antes de pronunciar una palabra me encontré con un rostro consumido y putrefacto, una calavera con colgajos de piel y la mandíbula abierta al máximo en un bostezo de horror.

Grité y todo a mi alrededor desapareció: Paula, la caja, el bosque. Caí en un abismo de oscuridad hasta ser atajado por miles de manos de tela que me tocaron todas al mismo tiempo con dedos suaves y larguísimos.

Maggie me observaba desde el umbral de la puerta.

La siguiente semana constituyó un verdadero aprendizaje. Sabía que debía prepararme para despedir el cuerpo de Mark; en este sentido la autopsia fue una bendición, porque realmente no sé hasta qué punto estaba listo para ver un ataúd con mi hermano dentro desaparecer en un agujero en la tierra. Fui criado en un hogar cristiano moderado; mi madre nos llevó a la iglesia mientras pudo, y mi padre tenía lo que él denominaba una *visión constructiva frente a la religión*, algo que ciertamente nunca terminé de comprender, pero que en términos prácticos significaba que aceptaba aquello que le convenía y rechazaba aquello que no.

En lo personal siempre miré la religión con recelo, incluso antes de la enfermedad de mi madre. Desde luego, lo que sucedió después no hizo más que hacerme entrar en una fuerte contradicción. Tuve periodos donde la fe resurgía de un modo inexplicable, y otros en donde era el blanco de toda mi frustración e impotencia. Era apenas un chico, así que no me culpo demasiado. Paradójicamente, fue mi alcoholismo el que me permitió un acercamiento con Dios. No éramos buenos amigos —no todavía—, pero íbamos camino de ello.

Por esos días Jennie se convirtió en mi bastión. Al principio pensé que sería mejor esperar un poco antes de hablarle de la muerte de su tío, pero ella lo intuyó de todos modos con ese sexto sentido que poseen los niños. Un día me preguntó si estaba triste y me dijo que ella ya sabía que el tío Mark se había ido al cielo. Asumí en ese momento que Tricia había intentado facilitarme esa parte hablando con Jennie, pero mi ex me confirmó más tarde que no lo había hecho. Debo reconocer que Tricia fue de gran ayuda, e incluso Morgan dejó de lado sus comportamientos imbéciles, al menos por un rato. Pasé tres días completos con

mi hija —Maggie nos acompañó casi todo el tiempo—, y supe que, si había una fuente de energía inagotable que me mantendría a flote, provenía de ese ser diminuto que arrastraba a sus Barbies del cabello como un cavernícola.

La breve ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Saint James. El reverendo Pigram, que conocía a Mark personalmente, dirigió unas sentidas palabras. La postura de la iglesia frente al suicidio ha cambiado mucho en los últimos años, y Michael Pigram siempre fue un adelantado, y lo seguía siendo, incluso a sus setenta años. Escucharlo fue para mí lo único rescatable de una nefasta jornada lluviosa y gris.

Todos se acercaron y me dijeron cuánto lo sentían, y a todos ellos les agradecí con la misma frase mecánica. Las ceremonias en torno a la inhumación son las mierdas más grandes que hemos heredado de nuestros antepasados.

Cuando salimos de la iglesia me aparté del grupo, porque si un desconocido más se me acercaba con el rostro acongojado iba a golpearlo en la nariz hasta hacerlo sangrar.

La iglesia de Saint James se encuentra emplazada en una colina, aislada de otras edificaciones. Me fui hasta la parte de atrás donde había un pequeño cementerio abandonado, poblado de lápidas torcidas, estatuas grises y cruces de todos los tamaños. Me senté en un banco de piedra sin importarme que estuviera totalmente mojado. Necesitaba estar solo, aunque fuera un rato.

Cuando escuché pasos acercándose por la pequeña acera lateral levanté la cabeza y vi a Maggie. Abrió un paraguas negro y se quedó a mi lado, apoyada en un monumento de piedra.

—No voy a preguntarte cómo te sientes, no te preocupes.

Sonreí.

—No lo soportaría.

Nos quedamos en silencio un rato. La llovizna no había cesado, aunque seguía siendo leve y hacía que unos dedos invisibles golpearan la tela del paraguas.

—Estaba pensando en la furgoneta que vi esa noche, Maggs.

—La de los coreanos.

Ni siquiera ella estaba del todo convencida de su afirmación.

—El tipo que vi en Lindon Hill no era coreano. Tenía la fotografía de Paula..., la debió de cambiar en el último momento.

—¿Crees que podrías reconocerlo?

—Supongo. Llevaba una boina y la barba no sé si era verdadera, pero sus ojos eran bastante distintivos.

Con suavidad agarré el mango del paraguas y Maggie lo soltó. Lo sostuve un poco más alto. El campanario de la iglesia era un dedo tosco y acusador.

¿Qué secretos te has llevado, Mark?

—Sé que dije que iba a dejarlo estar, Maggs, y voy a cumplirlo. No sé si ése era el propósito de Mark con la carta, como dice Ross, pero aun así voy a dejarlo estar.

—Mira, Johnny, si Mark hubiese querido decirte algo más, algo *inequívoco*, lo hubiese hecho de un modo más claro. Hay muchas formas.

—Con una nota junto a las píldoras del ESH que me envió por correo, por ejemplo.

—Por ejemplo.

—De todas formas —dije—, Ross no está equivocado, y hay algo en esa carta que se nos escapa. Lo presiento.

—Hoy no pienses en eso.

Con la mano libre abracé a Maggie.

—Gracias.

—Sé lo doloroso que es todo esto para ti.

La recepción en casa de Mark fue un acontecimiento digno de un universo oscuro, la contracara del cumpleaños celebrado apenas un mes atrás. La chica con el intercomunicador se convirtió en otra con un trajecito negro, gafas de marco grueso y la expresión de un jugador de póquer (uno que llevaba perdiendo bastante dinero). Darla, que había conseguido mantenerse relativamente entera durante la ceremonia en la iglesia de Sant James y en el entierro, se quebró y casi no se dejó ver.

El club Bilderberg estaba al completo, por supuesto, y tanto Harrison como Bob seguían siendo los motores de toda la maquinaria de contingencia montada en torno a la muerte de mi hermano. Harrison se había encargado de agilizar la autopsia para que el entierro pudiera llevarse a cabo lo antes posible. Bob y Carla, por su parte, habían trabajado de manera incansable coordinando los preparativos a cargo de la funeraria. La casa funeraria Thompson era un establecimiento emblemático en Carnival Falls fundado más de cien años atrás por el bisabuelo de Maggie.

Opté por quedarme con Maggie en el jardín. Había dejado de llover pero una densa capa de nubes negras seguía amenazante sobre nuestras cabezas.

Cuando Chris Murphy salió de la casa y vino directo a nosotros, una parte de mí lo lamentó. Chris no estaba llevando bien la situación y francamente yo no tenía ganas de lidiar con ello. Cuando se encontraba a cuatro o cinco metros se detuvo, casi en el sitio exacto donde había dado su celebrado discurso durante el cumpleaños de Mark; otro sugestivo guiño para la teoría del universo oscuro. Chris era ahora la sombra de aquel hombre alegre que nos había deleitado con la anécdota que involucraba a mi madre. Quizás fue consciente de esto y por eso se

detuvo. Tenía los ojos enrojecidos. Se quitó con el dedo algunas lágrimas secas.

—Lo siento tanto, John.

Maggie me dedicó una rápida mirada que comprendí de inmediato.

¿Quieres que me vaya?

Moví ligeramente la cabeza.

Quédate, por favor.

—Sé que éste no es el momento —dijo Chris en tono de disculpa—, pero tengo que decírtelo. Te conozco desde que eres un crío, tenemos confianza, ¿verdad?

—Claro que sí, Chris, por supuesto.

Buscó las palabras, pero de repente su boca se cerró, apretaba los labios. Era evidente que luchaba por no quebrarse.

—Éste no es Mark —dijo finalmente—. Tú lo conoces más que nadie. Éste no es Mark.

Negaba con la cabeza.

—A todos nos cuesta aceptarlo —dije de manera automática. Si hubiera buscado una frase más estúpida probablemente no la hubiese encontrado.

Chris guardó silencio, desvió la mirada y la clavó en un punto del cielo. Por un momento me pregunté si regresaría al planeta tierra.

—Hablé con él hace dos o tres semanas —dijo todavía con la vista perdida—, unos días después de su fiesta de cumpleaños. Me dijo que tenía problemas en Meditek, problemas con Darla, pero más allá de todo eso lo noté fuerte, como siempre. El Mark de siempre.

Y entonces formuló la pregunta que había venido a hacerme, que le quemaba en el alma.

—¿Tú no tienes dudas, John?

Y en el momento de terminar la frase una parte de él se arrepintió, porque su rostro se transformó. Maggie intervino de inmediato:

—Chris, creo que no es el momento de...

La detuve con una suave palmadita en el brazo.

—No tengo dudas, Chris —sentenció.

Él asintió.

—Sabes, con Mark no hablamos mucho del suicidio de tu padre —empezó a decir.

Maggie no hizo nada por ocultar su fastidio. Dio media vuelta y se marchó, farfullando cosas y negando con la cabeza; me lanzó una mirada furibunda antes de entrar en la casa. Yo estaba de acuerdo en que aquél no era el momento ni el lugar para hablar del suicidio de mi padre, pero también entendía a Chris.

—Una vez, Mark me dijo lo que pensaba —dijo Chris—; yo nunca me hubiese atrevido a preguntárselo. Y de hecho nunca más volvimos a hablar del tema.

El suicidio de papá también había sido un tema que Mark y yo rara vez habíamos tratado. Chris prosiguió:

—Me dijo que el suicidio no estaba en el ADN de los Brenner.

No dije nada. No me apetecía revivir aquello.

—Lo siento, John, no sé lo que digo...

—Mark te dejó una carta a ti y otra a mí porque imaginó que necesitaríamos certezas, no dudas. Fue su decisión.

Había desaparecido la comprensión en mi voz. Estaba cansado de consolar a los demás.

Chris asentía.

—Eso sí es digno de él. Ser fuerte en sus convicciones.

—Exacto. Y la razón por la que estamos aquí hoy y no hace diez días es porque ha habido una investigación. Y si la policía ha permitido disponer del cuerpo es porque no tiene ningún tipo de dudas de que ha sido un suicidio.

Chris iba a decir algo cuando la puerta de la casa se abrió de forma intempestiva y ambos nos volvimos en esa dirección. Donna, la esposa de Chris, salió hecha una furia y vino directo a nosotros. Al llegar a mi lado suavizó la expresión y me dijo cuánto lo sentía, que disculpara a Chris, que no tendría que haberme dicho nada. La mujer se llevó a Chris del brazo.

Maggie regresó un instante después.

—Me gustaría alejarme de aquí, aunque sea un rato.

Estuve completamente de acuerdo.

Llegamos a un área recreativa a un par de manzanas. Subibajas, columpios, toboganes y estructuras para trepar eran coloridos insectos gigantescos a la espera de niños.

Maggie y yo íbamos a sentarnos en un tiovivo, pero estaba demasiado mojado y optamos por apoyarnos en una barra para hacer gimnasia.

—Esto es una pesadilla, Maggie. ¿Cuándo va a terminar?

—Lo siento mucho.

—En el funeral, cuando bajaban a la tierra el ataúd, no podía dejar de pensar en la caja de mis sueños con la palabra SECRETOS.

—No te castigues.

Los motivos me los llevaré a la tumba.

—Todo es tan confuso. Hay algo de lo que dijo Chris...

—No sigas, Johnny, por favor. Date un respiro.

Maggie tenía razón. Me quedé mirándola.

—A veces no puedo creer que hayas vuelto, Maggie. ¿Realmente estás aquí?

Ella suspiró y me abrazó.

—Claro que sí.

La aferré con fuerza y hundí mi cara en su pelo. La aparté con suavidad.

—Caminemos un rato antes de volver.

Apenas cruzamos el centro del área de recreación vimos a un hombre de traje negro que cruzaba la calle y venía directamente a nosotros. Al principio pensé que sería alguno de los asistentes; sin embargo, había algo en su andar, por no mencionar las gafas oscuras completamente inútiles en un día como aquél. Se las quitó a unos pocos metros y se las guardó en el bolsillo. Al mismo tiempo

introdujo su mano en la parte interior de la chaqueta para sacar algo, un movimiento que me alarmó. Estaba demasiado cerca.

—Soy el agente Max Frost —dijo exhibiendo una credencial—. FBI.

Si hubiese llegado Harry Potter en su escoba voladora no me hubiera sorprendido tanto.

¿FBI?

—¿Perdón? ¿A quién busca?

—A usted, señor Brenner. Siento mucho su pérdida y lamento tener que abordarlo en una circunstancia tan lamentable como ésta.

—¿Usted está loco? —le espetó Maggie.

El agente Frost miró a Maggie como si acabara de advertir su presencia. Guardó su credencial.

—Sé que no es el mejor momento —volvió a repetir.

—Eso ya lo ha dicho.

—¿Puedo preguntar hacia dónde se dirigen?

—No, no puede preguntarnos nada —volvió a contraatacar Maggie.

—Pues yo creo que sí, señorita Burke.

Tanto a Maggie como a mí nos sorprendió que la llamaran por su nombre, algo que desde luego Frost hizo deliberadamente.

—La compra de Meditek y la muerte de su hermano están siendo objeto de una investigación federal, señor Brenner. Las autoridades locales nos han dado aviso y consideramos que hay razones para proceder.

—¿A qué se refiere con la muerte? Acabamos de...

—El suicidio de su hermano, perdón, no quiero que me malinterprete. Nuestros expertos han revisado todos los informes, por eso hemos autorizado...

Señaló en dirección a la casa.

¿Quién era ese payaso?

—Pues muchas gracias por autorizarlo, señor agente —dijo Maggie—
¿Podemos regresar, por favor?

Frost no le hizo caso.

—Mire, señor Brenner, de ninguna manera iba a aparecer en un momento como éste; no trabajamos de esta forma. Mi compañera y yo lo vimos salir por la parte de atrás y por eso nos acercamos.

—Iba a caminar un poco. No tenía idea de que estaban apostados en la casa

de mi hermano. Madre mía, ni siquiera sabía que había una investigación federal en curso.

—Lamento que tenga que enterarse de esta forma, de verdad.

—Yo no sé nada de la venta de Meditek.

—Oh, no se trata sólo de la venta de Meditek —dijo Frost al tiempo que volvía a introducir la mano en el interior de la chaqueta. Esta vez no sacó la credencial sino una fotografía—. ¿La conoce?

Era una fotografía de Paula Marrel.

¿Oculté correctamente mi asombro? Quizás sí, porque lo precipitado de la situación hizo que no esperara en absoluto ver la fotografía de Paula en ese momento. Fruncí el entrecejo y me acerqué un poco a la fotografía.

—No la conozco.

Acababa de mentirle a un agente del FBI. Es lo que sucede cuando los acontecimientos se suceden de forma vertiginosa y sólo piensas en el ahora y no en las consecuencias. Lo que acababa de decir no tenía vuelta atrás. Frost podía tener la confirmación de que sí la conocía, por ejemplo, mediante una filmación captada con una cámara de seguridad...

La furgoneta.

No tendría que haber respondido. Frost no podía exigirme una respuesta en la vía pública, apareciendo de la nada.

El agente se guardó la fotografía. Creí advertir una ligera sonrisa en sus labios.

—Trabaja en Meditek, pero lleva desaparecida varios días. ¿Su hermano no le dijo nada al respecto?

—No que yo recuerde.

¡Deja de hablar!

Maggie se había quedado de piedra, podía sentir la tensión en cada uno de sus músculos.

Yo sabía que nada de lo que dijera tendría validez en un juicio o podría ser considerado evidencia, pero podría dirigir a los investigadores en la dirección correcta, y eso era suficiente para joderme.

No sabes dónde está el cadáver. Si es que efectivamente está muerta.

Estaba jodido. Aquel tipo era probablemente un experto en leer a las personas.

—Siento mucho haberlo molestado, señor Brenner.

No respondimos.

—Ah, y una cosa más —dijo el agente antes de volverse—. Uno de estos días iremos a verlo a su casa. Tenemos algunas preguntas más.

Sin esperar respuesta, se acomodó la chaqueta y se marchó.

El día siguiente fue un espléndido día de verano —aunque técnicamente aún estábamos en primavera—, de cielo celeste inmaculado y calor abrasador para lo que estamos acostumbrados aquí en Nueva Inglaterra. De no ser porque la tierra todavía no había terminado de absorber la lluvia, hubiera costado aceptar que las condiciones meteorológicas habían cambiado tan radicalmente en unas pocas horas. La noche lo había transformado todo.

Yo no podía decir lo mismo de mí.

Cuando Maggie me acompañó a casa después de la recepción, le aseguré que descansaría y dormiría, pero lo cierto es que no pude pegar ojo en toda la noche. Ahora me sentía abatido, arrastrando mi cuerpo hasta la cocina para prepararme un café cargado, con la esperanza de que eso me reactivara. Me senté a la mesa de la cocina con la taza caliente y un trozo de pastel de zanahoria que Maggie había preparado un par de días atrás.

Le había mentado a un agente federal. Peor que eso, si realmente estaban investigando la desaparición de Paula Marrel, y yo formaba parte de esa investigación, podía estar en serios problemas.

El maldito FBI me estaba vigilando.

En el móvil tenía un mensaje de Maggie. «Veámonos, así planeamos nuestro fin de semana. ¡Tenemos tantas cosas por hacer!»

Sonreí y le respondí que pasaría por ella por la tarde.

Le hablé a la cocina vacía.

—Mierda, Mark..., en menudo problema estoy metido. ¿Qué es lo que no me has dicho?

Lo extrañaba tanto.

Comí el pastel en silencio. Había llegado el momento de pensar con claridad en el presente; el pasado era inalterable y no tenía sentido lamentarse.

Cabía la posibilidad de que el FBI no me estuviera vigilando específicamente a mí, razoné. En la recepción estaba Ian y prácticamente todas las personas que Mark conocía. Llegué a la conclusión de que lo mejor era actuar como si no supiera nada de nada. ¿Qué hubiese hecho en circunstancias normales ante la aparición de Frost? Era imposible tener una certeza absoluta pues uno no podía despojarse de lo que sabía, pero estaba bastante seguro de lo que debía hacer. Lo primero: hablar con Ian, ponerle al corriente de la situación y exigirle explicaciones de por qué el FBI estaba involucrado en la venta de Meditek. Como segundo punto, debía asesorarme con un abogado, y Bob Burke era desde luego uno de extrema confianza. En tercer lugar, debía hablar con Harrison con un poco más de franqueza, de una vez por todas.

Verlo de esta forma me ayudó a definir los pasos que tenía que seguir.

Si Frost aparecía de nuevo no le diría una sola palabra. El día anterior me había cogido con la guardia baja y eso no iba a volver a repetirse. Tenía que ser inteligente.

Nunca había ido a casa de Ian Martins, pero sabía dónde estaba, como todo el mundo en Carnival Falls. Situada en la zona residencial de la ciudad, Ian le había comprado su mansión a un excéntrico de apellido Banks y más tarde hizo lo propio con dos propiedades colindantes. El resultado era una de las viviendas más imponentes de la zona.

Llegué poco después de las diez de la mañana. El portón de acero estaba abierto de par en par, algo que llamó poderosamente mi atención. Entré con mi Honda por un camino serpenteante de grava y me detuve frente a la parte de atrás de la casa. El terreno circundante era de por lo menos media hectárea de jardines bien cuidados, pista de tenis, piscina y otra casa más pequeña alejada de la principal. Al ver todo aquello me inquietó todavía más el hecho de que el portón estuviese abierto.

La casa parecía desierta.

Me apeé y cerré la puerta con suavidad, y aun así el ruido me resultó perturbador. Los muros perimetrales eran vivos y había una buena cantidad de árboles que amortiguaban los sonidos del exterior.

Cuando me acerqué a la galería escuché los suaves pero inconfundibles

compases de una melodía clásica, así que Ian debía de estar en casa después de todo. Golpeé la puerta con ímpetu y supe que Ian —o alguien— me había escuchado, porque la música dejó de sonar. Volví a golpear y al cabo de unos minutos la puerta se abrió. Ian parecía genuinamente sorprendido, y no era para menos.

—John..., ¿cómo estás? ¿Ha sucedido algo?

Ian vestía unos pantalones de lino y un polo azul. Llevaba el cabello limpio y peinado con fijador.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto, adelante.

Entré. El orden fue lo primero que me impresionó. Todo estaba meticulosamente dispuesto, los cuadros colgados equidistantes a sus vecinos, los adornos en progresiones perfectas, los libros ordenados por tamaño, las mesillas centradas en las alfombras. La paleta de colores, en armonía incluso con el propio Ian, acrecentó mi incomodidad y falta de pertenencia. La atmósfera me resultó hostil, no podría terminar de precisar la razón.

Decliné amablemente su oferta de café y nos sentamos en unos sillones estampados, uno frente al otro. Si aquél no era el sillón más cómodo del mundo, poco le faltaba. Me acomodé antes de hablar.

—Ian, ayer tuve un desagradable encuentro con un agente del FBI en referencia a la venta de Meditek.

Si había algo que no iba a hacer era dar vueltas, eso lo tenía decidido.

Ian abrió los ojos como platos. Continué:

—Se presentó ayer en medio de la recepción, cuando salí a caminar un rato. Me dijo que el FBI estaba investigando la venta de Meditek y me habló de la desaparición de una chica. Incluso me mostró una fotografía.

Ian me estudiaba. No pude descifrar su rostro.

—Ese tipo sólo sabe tocar los cojones y no va a darse por vencido.

—¿Entonces lo conoces?

—Sí. Se presentó en Meditek hace cuatro días con una orden judicial emitida en tiempo récord, Frost y otro agente, un tal Zimmerman, de fraudes. Nuestros abogados no pudieron frenarlos y desde entonces no ha habido forma de quitárnoslos de encima.

—¿Eso podría enfriar la venta?

—¿Enfriar? La venta se canceló, John. Los coreanos se echaron atrás. Habíamos firmado un preacuerdo pero tenían cláusulas para salirse por cosas menores que el FBI metiendo las narices. Es lo peor que podía sucedernos. Los compradores no abundan, y menos en estas condiciones.

Muchas cosas se cruzaron por mi cabeza. ¿Habría Mark anticipado que algo así podría suceder?

—Estoy reflatando algunas conversaciones con otros interesados, pero si antes no estaban dispuestos a comprar, ahora todavía menos.

—Mark me habló de una droga experimental que estabais desarrollando.

Ian claramente no esperaba que yo estuviera al tanto del proyecto ESH.

—Sí, sí..., la droga tiene algunos problemas. Como tú dices, es experimental, y para los laboratorios podría representar una amenaza. Se necesita mucho tiempo y dinero para aprobar las regulaciones gubernamentales para este tipo de drogas.

—Entiendo, algo así me dijo Mark.

—Meditek está hundido en deudas, al igual que yo. Ven...

Ian se puso de pie y lo seguí. Cruzamos la cocina y nos detuvimos frente a una puerta que supuse, acertadamente, conducía al sótano. La abrió y juntos bajamos por una escalera estrecha hasta un sótano que era la antítesis del resto de la casa. Allí había todo tipo de objetos arrumbados, muebles viejos, cajas apiladas, dos bicicletas fundidas en una lucha. Contra una de las paredes había una mesa llena de papeles y un ordenador portátil cerrado.

—Aunque no lo creas, aquí es donde mejor me concentro para trabajar. ¿Quieres sentarte?

Ian ocupó una silla de madera y me dejó a mí la silla giratoria.

—Mis hermanos son bastante más jóvenes que yo y cuando iba a la escuela la única forma de estudiar era en el sótano de mi casa. Más tarde, en la universidad, un guardia de seguridad me permitía ir a la sala de la caldera y era donde más me rendía el tiempo, sin distracciones.

Observé los papeles sobre la mesa: había libros contables, carpetas, hojas de papel con anotaciones varias.

—Algo se me ocurrirá. Es difícil concentrarse con lo que ha sucedido..., con Mark era diferente. Nos complementábamos. No hay vez que se me ocurra una idea y que no piense: «Debo decírselo a Mark».

Asentí. Ian cambió de tema:

—No puedo creer que Frost te abordara en la recepción. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué te dijo?

—Como te he dicho, estaba interesado en la desaparición de una chica. Hasta me mostró la fotografía. Dijo que trabajaba en Meditek.

Ian asentía. Yo no iba a decirle lo que sabía. Si Mark le había dicho algo respecto a nuestra conversación en Meditek, entonces eso explicaba la forma en la que ahora Ian me observaba, como a un libro escrito en un idioma que no podía descifrar. Se dejó caer contra el respaldo y se cubrió la cara con las manos. Cuando volvió a mirarme tenía los ojos enrojecidos.

—Esa chica se llama Paula Marrel, y trabajaba en el área de seguridad informática; una chica muy despierta. Lleva varios días desaparecida.

Fingí sopesar su respuesta.

—¿Qué podría tener que ver con el suicidio de Mark? ¿Y por qué Frost me mostraría su fotografía a mí?

—Respecto a eso último, no lo sé, a Frost le gusta joder, supongo. La desaparición de esa chica no tiene nada que ver con Meditek o con Mark, eso te lo aseguro, pero sí entiendo por qué el FBI podría querer meter las narices ahí.

Ian parecía sincero. Abrió el ordenador y éste empezó a funcionar casi de inmediato. Abrió el navegador y buscó algo en internet. En la pantalla apareció un artículo del *Lindon Telegraph* acompañado por la fotografía de un joven al que reconocí de inmediato.

—Su nombre era Stuart Nance —dijo Ian—. Participó en las pruebas voluntarias de la droga experimental. De alguna forma Nance y Marrel se conocieron y obtuvieron información interna acerca de la droga; para Paula fue sencillo dadas las funciones que desarrollaba en la empresa. No lo sé con certeza, pero tengo la impresión de que él fue el ideólogo y arrastró a Paula.

—¿Arrastró a qué?

—Nos chantajearon. Bueno, Nance intentó hacerlo conmigo. Me dio un poco de pena, la verdad. Lo cierto es que no tenían nada que pudiera perjudicarnos realmente. Los compradores de Meditek estaban perfectamente al tanto de la situación financiera; tenían sus expertos. Esos chicos fueron ingenuos. Les seguí un poco el juego para ganar tiempo.

—¿No los denunciaste a la policía?

—No era necesario, créeme. Era sólo un chico jugando a hacerse el extorsionador. Nance me interceptó en la puerta del edificio y me dijo que si no lo llamaba a un número que me dio publicaría toda la verdad en un blog que tenía. Lo llamé y hablamos un rato, y me di cuenta de que no representaba ningún riesgo. Marrel dejó de venir y eso es lo que me ha llevado a pensar que estaban juntos.

Señalé el titular que acompañaba la imagen de Stuart Nance.

—¿El chico murió?

—Sí, unos días después en un tonto accidente de motocicleta —dijo Ian con resignación—. Y la chica se fue de su casa y nadie sabe dónde está. Así que sí, entiendo por qué las autoridades decidieron investigar.

—Y la muerte de Mark —dije con la misma severidad. Deliberadamente no utilicé la palabra suicidio—. Demasiadas coincidencias.

—El FBI ya investigó la muerte de Nance —dijo Ian a la defensiva—. Fue un accidente.

—¿Los coreanos pudieron tener algo que ver?

Ian me estudió. Le sostuve la mirada. Había algo en su historia que no terminaba de convencerme. Sus palabras me habían parecido cuidadosamente medidas, casi ensayadas.

—Lo de Nance fue un accidente. Los coreanos en todo caso se espantaron cuando se involucró el FBI.

—¿Y esa chica, Paula? ¿Por qué se marcharía si el chantaje no prosperó?

—No tengo una respuesta, John. Realmente no lo sé.

Aparqué en la gasolinera de Paradise Road y la calle Sycamore y entré para pedirle las llaves del baño al encargado, un joven somnoliento que se movía con una parsimonia exasperante.

Lo que empezó como una caminata acelerada hasta la parte de atrás se convirtió en una carrera. Debí valerme de varios intentos hasta introducir la llave en la cerradura, todo sin dejar de sacudirme frenéticamente. Cuando abrí la puerta me abalancé a un cubículo al tiempo que me desabrochaba el cinturón y bajaba la cremallera. Un rayo láser perforó los azulejos hasta que pude apuntar en la dirección correcta. La presión fue disminuyendo y con ello sobrevino una sensación de alivio descomunal.

Salí del baño como un hombre apaleado. Me tomé el tiempo para cerrar la puerta con llave y caminé hacia el frente. Antes de dar la última vuelta me detuve en seco. A unos cinco metros de donde me encontraba surgió la figura de una mujer; llevaba un pañuelo en la cabeza, anteojos de sol y hablaba por teléfono. Su voz era inconfundible. Darla lloraba, le decía a alguien que estaba muy cerca de su casa y que en unos minutos estaría allí.

En otra circunstancia hubiera asistido de inmediato a Darla. Hubo algo, no obstante, que hizo que me quedara con la llave en la mano, muy quieto, como un animal ante una amenaza. Ella dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Caminé lentamente y vi como entraba en la gasolinera. Dudé un instante y me metí en el coche. Conduje a toda prisa y en cinco minutos estuve de regreso en la mansión de Ian, sólo que ahora pasé junto al portón —que seguía abierto— y aparqué a una manzana de distancia. Regresé caminando. Estaba seguro de que

Darla utilizaría la entrada trasera. Me aposté a un lado, detrás del cerco vivo, desde donde podía ver perfectamente el portal.

El coche de Darla llegó apenas unos minutos después. Avanzó por el camino privado a una velocidad excesiva y se detuvo exactamente donde yo lo había hecho hacía un rato. La puerta se abrió y la figura de Ian se recortó en el umbral. Darla corrió a sus brazos, todavía presa del llanto y la desesperación.

No dijeron nada. Él simplemente la meció suavemente y le acarició el cabello. Ian escrutaba el jardín trasero como si se sintiera observado.

Darla se apartó ligeramente y estampó sus labios en los de Ian Martins.

Descubrir que Darla e Ian mantenían un romance me golpeó. La relación planteaba nuevos interrogantes, pero reaccionar *ahora* ante semejante revelación hubiera sido un error. Iba a seguir adelante con el plan: actuar tal y como Frost, o cualquier otra persona, esperaría que lo hiciera si no tuviera nada que ocultar. Iría a ver a Harrison y le hablaría del encuentro con el agente del FBI.

Lauren me recibió con un abrazo, sin mediar una sola palabra. A pesar de habernos visto dos días atrás en la recepción, hubo en ese abrazo una gran carga emocional. Hacía tiempo que no iba a su casa, algo que solía hacer con cierta frecuencia en el pasado.

—¡Qué gusto verte! ¿Cómo has estado?

Me apartó y me agarró el rostro con las dos manos, sin dejar de mirarme, como lo haría una madre en busca de esos pequeños gestos reveladores.

—Estoy bien.

Me siguió examinando. No sé si conseguí engañarla.

—Ven, vamos a comer unas galletas.

Fuimos a la cocina. Lauren había estado mirando algo en la televisión pero apagó el aparato en cuanto entramos. No le pregunté por Harrison porque podía escuchar el inconfundible golpeteo proveniente del jardín trasero. Tic tic tic... tic tic tic...

Lauren fue hasta una esquina de la encimera y agarró un bol cubierto con un trapo. Lo trajo a la mesa y lo destapó enfrente de mí como si se tratara de un número de magia. El aroma de las galletas recién horneadas me transportó a tiempos mejores.

—Tenía la corazonada de que vendrías —dijo Lauren—, ya sabes que soy

medio bruja.

Se sentó con cierta dificultad; durante los últimos años había ganado algo de peso.

Hablamos un buen rato. Lauren disfrutaba de aquellas conversaciones en las que sólo participábamos ella y yo, y a mí me sucedía lo mismo. Teníamos nuestros códigos; Lauren era una mujer muy ocurrente y disparatada. Ese día estaba apagada y preocupada, y con justa razón, pues mis antecedentes en combatir las adversidades eran desastrosos. Le aseguré que me sentía fuerte, y que Maggie tenía mucho que ver con ello. Hablarle de ella y de mí la alegró. No me dijo nada de la relación en sí, pero pude ver en sus ojillos un elocuente brillo de picardía.

—Estoy tan feliz de que Maggie haya vuelto a Carnival Falls —dijo mientras me ofrecía una segunda galleta.

Un rato después me disculpé y le dije que iría a saludar a Harrison.

—No te costará encontrarlo. —Cada una de sus palabras fue subrayada por un golpecito.

Tic tic tic.

Salí de la casa por la puerta de atrás y desde allí divisé a Harrison sentado en uno de los troncos del fondo. Eran ocho rodajas en total, dispuestas en círculo, que servían como asientos. Harrison tenía la costumbre de sentarse allí y tallar en madera, una costumbre que había adquirido tras su alejamiento de la fuerza policial. Me quedé mirándolo un rato sin que él advirtiera mi presencia; lo vi un poco más encorvado que de costumbre, asiendo el formón con una mano y un martillo de madera con la otra.

Tic tic tic.

Con cada secuencia, una tira de madera se desprendía de la talla.

No quería que se rebanara un dedo a causa de mi presencia así que di un rodeo para que me viera llegar.

—¡Johnny!

Una sonrisa se dibujó en su rostro en cuanto me vio.

Me acerqué, como lo había hecho tantas otras veces, y me senté en el tronco a su lado. La talla que tenía en el soporte delante de él estaba en sus etapas iniciales, por lo que por el momento era algo amorfo del tamaño de un globo terráqueo. Harrison tallaba en su mayoría bustos, por lo que supuse que aquella

obra no sería la excepción.

—Espero que quede más simétrica que la anterior —dijo con la vista puesta en el trozo de madera—. Ya sabes como es esto, si desgastas la madera más de la cuenta, no hay vuelta atrás.

Harrison dejó las herramientas a un costado. Nunca tallaba cuando yo lo visitaba, y hasta donde tengo entendido no lo hacía en presencia de nadie.

—Vamos adentro —dijo Harrison empujando sus rodillas para ponerse de pie—. Lauren estará feliz de verte.

—Ya he estado con ella —dije sin levantarme—. En realidad, he venido a hablar contigo. Es importante.

Se volvió a sentar. Advirtió la gravedad de la situación de inmediato.

—Dime qué te preocupa, Johnny.

—Ayer —empecé— un agente del FBI se me acercó en la recepción. Su nombre es Max Frost.

Harrison suspiró.

—Sé quién es Frost. También sé que ha estado hurgando en la vida de Mark.

Enarqué las cejas.

—No sé cómo se han involucrado los del FBI —dijo Harrison con cierto pesar—. Normalmente son *invitados* por la policía local, pero Timbert me ha dicho que él no ha tenido nada que ver. No digo que no hubiera motivos; la venta de Meditek y el suicidio de Mark podrían ser la punta de algo más grande, un caso de fraude o algo más complejo.

—¿Cuándo sucedió eso?

—La semana pasada. Timbert me ha mantenido al tanto todo este tiempo, y yo no te he dicho nada porque estaba esperando el momento adecuado. Nunca imaginé que sucedería algo así.

Harrison hablaba con la vista fija en el trozo de madera. Quizás imaginaba el rostro que se escondía allí adentro. Su actitud esquivada era tan impropia de él que me llamó poderosamente la atención.

—El agente Frost me preguntó por una muchacha —dije—. Trabaja en Meditek y está desaparecida.

Harrison levantó la mirada y me observó con expresión horrorizada. Una expresión que no recordaba haber visto nunca en su rostro.

—Hijo de puta... En la recepción de tu propio hermano.

Asentí.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad: que no la conocía.

Harrison asentía.

—¿Qué más te dijo?

—Nada. Me dijo que para ellos no había dudas de que se había tratado de un suicidio y me mostró la fotografía de Paula Marrel.

—¿Te dijo su nombre o simplemente te mostró la fotografía?

Me recorrió un escalofrío. ¿Acababa de cometer el primer error?

—No, Frost no me dijo el nombre de la chica. Hoy he ido a ver a Ian Martins y él me reveló quién era ella.

Aquello era verdad, pero me había salvado por los pelos.

—Escúchame bien, Johnny. —Harrison se inclinó, acercándose lo máximo posible. Miró a uno y otro lado antes de continuar—. Si ese tipo vuelve a acercarse o si se presenta en tu casa, le dices que sólo hablarás en mi presencia y en la de Bob, ¿de acuerdo? Entonces me llamas de inmediato. No sé por qué tengo el pálpito de que Frost irá a verte uno de estos días.

—Lo hará. Él mismo me lo dijo en la recepción. Pero no tengo por qué hablar con él, ¿verdad?

—No, pero los federales no dan pasos en falso. Si se acercó a ti es porque tenía pensado hacerlo tarde o temprano, y mi sensación es que esa conversación ha quedado inconclusa.

—¿Pero puede obligarme a hablar?

—No pueden obligarte. —Harrison hizo una pausa—. Soy yo el que quiere hablar con él. Ese tipo se trae algo entre manos.

Harrison tenía un olfato infalible, casi paranormal. Si su instinto le decía que Frost estaba tramando algo, no tenía dudas de que yo estaba en serios problemas.

El lunes cité a Maggie y a Ross en el apartamento de mi amigo, a las seis. Supongo que entendieron de inmediato que no quería dejar constancia en nuestros teléfonos de nada relacionado con Paula. Como medida preventiva, ningún tema relacionado con Meditek sería discutido en mi casa. Bastaba recordar la furgoneta en el camino abandonado para saber que era perfectamente posible que me estuvieran vigilando.

Aparqué en la calle Madison y me encontré a Maggie sentada en el escalón del portal del edificio de Ross. Llevaba puesta una camiseta con la leyenda «Be Here Now».

—Nuestro amigo se ha retrasado en el trabajo —dijo ella—. Acaba de avisarme.

—Milagro.

Me senté al lado de Maggie. Ross era de los que no le regalaba un solo segundo a su empleador. En el móvil vi que eran las seis y diecinueve minutos.

—Alguna catástrofe de proporciones épicas en la oficina de FedEx —dije.

—Eso, o ligó con alguien y no me lo ha dicho.

Esperamos en silencio. Ross llegó media hora más tarde con una caja de Dunkin Donuts como señal de paz. Se disculpó y nos hizo pasar.

Mientras Maggie y yo nos sentábamos en el sofá, Ross se ocupó de ordenar algunas cosas que habían quedado fuera de lugar el día antes —todo bajo los parámetros de Ross, por supuesto—. Lo observé con incredulidad y asombro, mientras él desplazaba objetos, reubicaba sillas y hacía todo lo necesario para que el salón se ajustara a sus necesidades particulares. Cuando terminó, se sentó frente a nosotros y agarró un donut. De un mordisco hizo desaparecer la mitad.

Durante la siguiente media hora les hablé de mi visita a Ian Martins y del fortuito hallazgo que vino después.

—¿Se besaron? —dijo Maggie sin ocultar su sorpresa—. No puedo creerlo. Me encogí de hombros. Ellos se miraron de un modo particular.

—¿Qué?

—Las cosas se han ido de las manos, Johnny.

—Antes incluso de lo que nos has contado.

—Con ese agente ya teníamos suficiente.

—Y ahora esto.

—Vale, ¿podéis dejar de hablar en estéreo? No hago más que pensar en eso. He ido a hablar con Harrison también. Me dijo que si Frost aparece de nuevo le avise de inmediato. A él y a tu padre. —Miré a Maggie.

—Me lo imaginé —dijo Maggie—, ayer el club B estuvo reunido en casa. Me fui para que no se sintieran invadidos, pero supongo que hablaron de ti. Mi padre está muy preocupado.

—Y eso que no saben ni la cuarta parte —agregó Ross.

Maggie sacudió la cabeza.

—No puedo creer que Ian y Darla mantengan una relación. ¿Tú sospechabas algo, Johnny? ¿Alguna vez Mark te insinuó algo?

—Yo no tenía la menor idea. Mark nunca me dijo nada.

—¿Crees que..., pudo influir en su decisión? —Maggie se detuvo al comprender la gravedad de sus palabras.

—No quiero ver fantasmas donde no los hay. Si Mark sabía que Darla le era infiel con su socio, y si eso influyó en su decisión, nunca lo sabremos.

Los motivos me los llevaré a la tumba.

Maggie no parecía convencida.

—Es todo muy confuso.

—En eso estoy de acuerdo. No sé si Ian ha sido del todo sincero conmigo, pero sí me pareció preocupado por la cancelación de la venta.

Ross estaba pensativo. Se había recostado en el sillón, las piernas cruzadas, con el dedo índice y el pulgar se masajeaba la perilla.

—Lo que quiero decir —insistí— es que nada de esto ha beneficiado a Ian o a Darla. El accidente de Stuart Nance, la desaparición de Paula Marrel y el suicidio de Mark no han hecho más que atraer la atención de los federales. Y no

resulta algo descabellado. ¿Quién querría atraer ese tipo de atención? Con los coreanos fuera, Ian está metido en un problema grande.

Cuanto más le daba vueltas a la cuestión, menos la entendía. Había en la superficie algo evidente, y era que si Ian y Darla mantenían un romance a espaldas de mi hermano, eso tarde o temprano iba a suscitar un problema entre ellos. Problema que había quedado convenientemente resuelto con la muerte de Mark, por supuesto. Sin embargo, era ridículo suponer que ellos harían algo así sólo para salir airosos con una relación clandestina. Eso por no mencionar que el suicidio de Mark no estaba en duda, y asumir que había sido inducido era la más ridícula de las hipótesis. Nadie que hubiese conocido a mi hermano ni siquiera un poco orquestaría un plan que conllevara forzarlo a hacer algo en contra de su voluntad.

Ross seguía ensimismado.

—¿En qué piensas?

—Quizás hemos pasado algo por alto... —dijo Ross. Lo conocía y sabía que en su cabeza se estaba gestando una compleja idea que requería maduración.

—¿Qué cosa?

—¿Qué te dijo exactamente Ian del chantaje de Stuart?

La pregunta me sorprendió. Me tomé unos instantes para revivir la conversación con Ian en mi cabeza.

—Ian minimizó el chantaje, dijo que era trabajo de principiantes, chiquillos jugando a los extorsionadores. Stuart lo llamó por teléfono y más tarde se encontraron cerca de Meditek. El muchacho sabía del ESH no sólo por haber participado en las pruebas y experimentado los efectos secundarios, sino porque disponía de más información, algunos documentos confidenciales que Paula había robado. No sé qué le pidió a cambio de no revelar la información en su blog, supongo que dinero. A partir de entonces Paula dejó de asistir al trabajo y más tarde denunciaron su desaparición.

A veces con Ross teníamos conexiones inexplicables, casi telepáticas, y a medida que avanzaba en mi relato empecé a experimentar esa extraña sensación. Era como si me hubiese metido en su cabeza. Resultaba un misterio quién había asesinado a Paula en mi propia casa y por qué se habían llevado el cuerpo, si es que el plan original había sido dejarlo allí e inculparme.

—Quizás Paula no era parte del chantaje —dijo mi amigo poniéndose de pie

—. Lo hemos dado por hecho porque Ian Martins lo supuso de esa forma.

—Los documentos que tenía Nance eran internos —dije haciendo de abogado del diablo, quería razonar con Ross—. Paula era parte del equipo de seguridad informática del laboratorio, es obvio que ella era la única que los podía obtener.

—Y eso no lo dudo. Pero pensemos lo siguiente. —Ross caminó hasta la ventana y nos dio la espalda—: Stuart Nance estaba fascinado con Paula; necesitaba entender por qué soñaba con ella. Y finalmente la conoce. Él pudo tranquilamente haberla convencido de que lo que le decía de los sueños era cierto, pero qué mejor modo de comprobarlo que verlo por sí misma.

Ross se volvió.

—Hasta aquí estamos casi seguros de que así fueron las cosas. Ahora, ¿y si el chantaje fue idea de Nance y lo llevó a cabo él solo? Tú has dicho, Johnny, que Ian asumió que Paula formaba parte de la extorsión porque por esos días se ausentó del laboratorio y era la que tenía acceso a la información.

Maggie asentía, le gustaba el curso de aquel razonamiento.

—Mark nos dijo que Paula era una muchacha muy valiosa. En ningún momento creyó que ella estuviera detrás del chantaje.

—No termino de ver en qué cambia esto la cosas —repliqué.

—En mucho —dijo Ross regresando al sillón. Se sentó en uno de los brazos—. Porque entonces debemos encontrarle a Paula otro rol en esta historia, otro motivo por el que Paula dejó de ir a Meditek y acudió a tu casa.

—Me gusta —decía Maggie—, me gusta.

Ross hablaba con entusiasmo.

—Si Paula fuese una chantajista, ¿para qué iría a verte a ti? El chantaje nos ha despistado.

—Paula tiene que haber descubierto algo más, algo que quizás te concierne a ti...

Me miró con ojos grandes.

—Algo... —completó Ross—, que alguien no estaba dispuesto a que saliera a la luz. Por eso te estaban espiando desde esa furgoneta. La estaban esperando para matarla.

Mi cerebro iba a toda velocidad para tratar de alcanzar a Ross.

—Paula fue a decirte algo importante —dijo Ross en tono críptico—. Algo

que le costó la vida.

Si la teoría de Ross era correcta, entonces lo que Paula había ido a decirme esa noche había sido borrado por el ESH.

—¿Por qué se llevaron el cuerpo?

—Estaba todo dispuesto para señalarte a ti como el culpable del asesinato, pero algo los hizo cambiar de idea.

—¿No estamos pasando algo por alto? —dijo Maggie.

Ross y yo la miramos.

—Estamos casi seguros de que te administraron el ESH, Johnny —dijo ella, súbitamente pálida—. Sólo dos personas tenían acceso a la droga.

Estaba indignado, porque sabía lo que Maggie acababa de insinuar.

—¿Tú también lo crees, Ross? ¿Que Mark pudo estar involucrado de esa forma?

La expresión de mi amigo era de profundo pesar.

—Es una posibilidad, John.

Me puse de pie.

—A ver si lo entiendo. Paula Marrel entra en los sistemas de Meditek y roba documentos del ESH, entre ellos algo que involucra a Mark, que lo perjudica de alguna forma que no podemos explicar. En vez de chantajearlo, como hizo Stuart Nance con Ian, viene a verme a mí aquí, a Carnival Falls. ¿Es eso?

Llegué hasta la ventana y me volví. Extendí el índice de mi mano derecha.

—Número uno, no nos conocemos de nada.

Extendí el dedo mayor.

—Número dos, no sabe qué tipo de relación tengo con mi hermano.

Extendí el dedo anular.

—Y número tres..., Joder, ni siquiera podemos explicar cómo sabe de mi existencia.

Exhibí los tres dedos.

—Y aun así la chica viaja a otra ciudad para verme. Asumamos que eso sea correcto. Mark de alguna forma se entera de esta situación y se escabulle en mi casa, coge el arma de nuestro padre y ¡pum!, liquida a la chica. ¿Es eso lo que creéis que sucedió esa noche? Porque a mí me parece un disparate.

Ross y Maggie seguían callados.

—Pero eso no es todo —continué, todavía de pie—. Mark me hace tomar

una píldora de ESH y juntos borramos todo lo referente a Paula Marrel, porque, no nos olvidemos, para borrar la información es necesario recordar los hechos, y eso hay que hacerlo voluntariamente. ¿Hasta aquí voy bien? Ahora viene lo mejor... Unos minutos después, cuando despierto en el suelo y veo a la chica muerta, mi hermano me llama por teléfono, escondido en el bosque, y finge no saber nada y de repente aparece en casa en su coche.

Volví a sentarme, como un alumno que acaba de explicar su lección en la clase.

—¿Tú hubieras llamado a Mark esa noche? —dijo Ross con calma.

—Él fue quien te llamo en plena noche —dijo Maggie—, poco tiempo después de que despertaste en el suelo.

Era evidente que ambos habían hablado antes respecto a la oportuna llamada de Mark.

—¿Qué hubiese sucedido si él no te hubiese llamado en ese preciso momento?

Me dejé caer contra el respaldo del sofá.

—No lo sé —reconocí.

Quizás hubiese llamado a Ross, o a la policía. La llamada de Mark había torcido esos posibles escenarios.

Ross habló con calma:

—Sólo quiero que contemples otra posibilidad, Johnny. Si el FBI está investigando, conviene que estemos preparados.

—Mark te ocultó cosas desde el principio —dijo Maggie. Me di cuenta cuánto le costaba decir aquello, pero era lo que sentía.

El aire se cortaba con un cuchillo. Sólo la amistad y la confianza de tantos años nos mantenía allí, como tres planetas en equilibrio. Sabía que ninguno de los dos buscaba herirme, que sus opiniones eran genuinas y querían lo mejor para mí. Al mismo tiempo, creía en mi hermano; si no podía aferrarme a eso, entonces no podía aferrarme a nada.

—No imagino una razón por la que la chica me contactó —dije—, pero dejando ese punto de lado, supongo que es un escenario posible.

—Ian Martins también tenía acceso al ESH —dijo Maggie en un tono conciliador—, y tú lo escuchaste hablando por teléfono del accidente en motocicleta de Stuart Nance, el día del cumpleaños de Mark. Y ahora sabemos

que mantiene un romance con Darla. Martins no es un santo.

—Estoy de acuerdo —dijo Ross.

La tarde había tomado un rumbo completamente inesperado. Ian. Mark. ¿Qué se ocultaba detrás de la venta de Meditek? ¿Qué pieza no acababa de encajar?

Tenía la convicción de que esa noche no podría conciliar el sueño. Eran las nueve o las diez, y en vez de cenar me senté en el porche trasero y escruté el bosque. Quieto, tan quieto que el detector de movimiento que activaba la luz se olvidó de mí y permitió que la oscuridad me envolviera. Mis ojos se fueron acostumbrando lentamente. ¿Había estado Mark en casa esa noche antes de que habláramos por teléfono? La pregunta me perturbaba. Llevaba más de media hora envuelto en sombras cuando un recuerdo se me clavó en el pecho como una flecha. Di un respingo y las luces se encendieron de inmediato. Me puse de pie, alerta, y repasé el incidente que mi cabeza había sepultado en la catarata de sucesos de aquella fatídica noche de sábado.

Cuando fui a arrojar la botella de vodka a Union Lake había creído ver una cara fantasmal en la orilla, no demasiado lejos de donde yo estaba. El rostro desapareció casi de inmediato, al punto de hacerme dudar de su existencia.

Las luces volvieron a apagarse.

El extraño no sólo estuvo en mi casa sino que permaneció allí, observándome.

¿Por qué se quedó?

¿Por qué te niegas a verlo?

El motor de un coche me devolvió a la realidad. Esperé, dando por sentado que se alejaría, pero instantes después el lento andar por el camino privado me confirmó que el coche en realidad venía a mi casa. Rodeé la casa despacio, pendiente de los ruidos: el motor que se apagaba, el abrir y cerrar de la puerta. Todavía no había dado el último giro cuando escuché el timbre. Al llegar al jardín del frente reconocí primero el coche, luego la figura que esperaba de pie

en el porche.

—¿Maggie?

Se asustó al escuchar mi voz. Me acerqué con rapidez hasta que el cono de luz me envolvió. Sólo entonces la expresión de Maggie se suavizó.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta surgió de forma espontánea y me arrepentí apenas terminé de formularla.

—Yo...

—No quise decir eso. —Moví las manos hacia uno y otro lado como si eso pudiera borrar mis palabras—. Estoy sorprendido de verte, es todo.

Llegué a su lado. Maggie se abrazaba los codos, desviaba la vista. Abrí la puerta y la invité a pasar.

—¿Quieres un té? No son las cinco, pero quizás...

Mi gracia le dibujó una sonrisa efímera. Se sentó en el sillón.

—Maggs, ésta es tu casa, puedes venir cuando quieras.

Ella volvió a sonreír. Era el tipo de sonrisa que las mujeres dedican a los hombres cuando tenemos un elefante delante y no podemos verlo.

—¿Vamos a tomar algo? —dijo como si la idea se le hubiese cruzado por la cabeza en ese instante.

En ese momento reparé en el hecho de que Maggie no llevaba la misma ropa que hacía unas horas. Los jeans eran los mismos, porque reconocí la rotura a la altura de la rodilla derecha. Sin embargo, la camiseta con la leyenda «Be Here Now» había sido reemplazada por una camisa blanca con bordados. También se había retocado el maquillaje de los ojos.

—Llegué a casa y me sentí mal —dijo, todavía sin levantarse—. No me gustó como fueron las cosas en casa de Ross.

—No tienes que...

—Sí, John —me interrumpió—, se supone que debemos estar contigo en este momento, no alimentar teorías sobre las que no tenemos certezas. Siento que desde que he venido no hemos podido... no sé, ser simplemente tú y yo. Dejar un minuto todo de lado, ¿me entiendes?

Entendía perfectamente a qué se refería.

—Me cambio de ropa y en diez minutos estaremos camino al Lonely Heart, te lo prometo.

Su rostro se transformó. Lonely Heart era un bar de mala muerte en la calle Graham, en las afueras de la ciudad. La zona se había reconvertido a lo largo de la última década pero el Lonely Hart había resistido como último bastión de la decadencia de aquella exzona fabril.

—Pensaba que me sorprenderías con algún sitio nuevo.

Trepé las escaleras a toda velocidad, sin responder. Me puse una camisa limpia e hice una parada rápida en el baño para lavarme las manos, la cara, peinarme y ponerme un poco de perfume.

Lo cierto es que el Lonely Heart había sido completamente renovado. Lo único que conservaba del viejo bar para camioneros y obreros era el nombre. La última fábrica se había mudado unos cuatro o cinco años atrás y con ella la poca clientela que mantenía el comercio a flote. El dueño, un anciano testarudo de apellido Stillson, que había hecho de la supervivencia del Lonely Heart una cuestión casi personal, finalmente se vio obligado a deshacerse de él agobiado por las deudas y los problemas de salud. Stillson, no obstante, lo vendió a precio de oro a un inversor con visión que lo transformó. Conservar el nombre fue una decisión arriesgada, porque el Lonely Heart se había convertido en sinónimo de decadencia en Carnival Falls. Sin embargo, resultó ser una de las decisiones más acertadas, porque la noticia corrió como reguero de pólvora y nadie quiso perderse el resultado. Cuando llegamos el sitio estaba lleno a rebosar.

—Guau, es increíble. Realmente no queda ni rastro de lo que era este tugurio.

El aparatoso y zumbante letrero de neón había sido reemplazado por una sutil leyenda minimalista en el frente. Las antiguas ventanas de pequeños cristales sucios eran ahora inmensos ventanales que invitaban a entrar, con sus marcos curvos y amplios alféizares. La barra conservaba su ubicación original pero era completamente nueva; las mesas, los reservados, todo era de una calidad exquisita. La iluminación dotaba al flamante Lonely Heart de un ambiente acogedor. La música era cuidadosamente seleccionada, y prueba de ello fue la guitarra de *Here comes de Sun* que nos recibió apenas franqueamos la puerta.

Maggie me agarró del brazo.

—Esta noche se trata de divertirse —me dijo al oído.

Una camarera sonriente se nos acercó y nos dijo que podíamos sentarnos

afuera o esperar una mesa adentro, que serían diez o quince minutos. Optamos por esperar en la barra.

El barman, un joven de rasgos asiáticos y movimientos enérgicos, nos preguntó qué nos apetecía beber. Yo pedí una Coca-Cola y Maggie, tras un momento de vacilación y un ligero asentimiento de mi parte, se decidió por una Victory Storm.

La noche fluyó como uno de esos trenes ultraveloces que flotan sobre los rieles. Hablamos de música, de cine, de tonterías. La conversación entre nosotros tenía esa familiaridad que habíamos descubierto durante las últimas semanas, la misma de siempre, ahora con un elemento adicional peligrosamente seductor: esa conexión innegable que nos había arrastrado a un amor juvenil, y la que yo jamás había experimentado con Tricia y mucho menos con Lila. Con nadie en realidad.

Conduje de regreso a casa pasada la medianoche, y ése fue quizás el único momento ligeramente incómodo. El coche de Maggie (que en realidad pertenecía a su madre) nos esperaba en el camino privado. La carrocería negra del Crown Victoria se mimetizaba con la noche, como la pregunta que comenzaba a tomar forma. La escuchaba en mi cabeza, un tímido pero persistente susurro, pero también podía verla en los ojos de Maggie.

—Mi madre va a necesitarlo mañana —dijo Maggie señalando el coche.

Aquello zanjaba la cuestión. No obstante, me vi en la obligación de decir algo.

—Ha sido una gran idea. Esto.

Abrí los brazos. Estábamos de pie en un punto equidistante entre los dos coches y la puerta de la calle. Los grillos repetían un patrón constante que parecía presagiar que algo sucedería de un momento a otro.

—Cualquier cosa era mejor que quedarse solo en el porche —dijo Maggie.

Sonreí.

—No cualquier cosa.

Maggie me sostuvo la mirada un segundo y empezó a revolver su bolso en busca de las llaves. Un mechón de cabello le cubrió el rostro y se lo apartó de un modo despreocupado, haciendo equilibrio un momento sobre la pierna derecha y apoyando el bolso en la rodilla. Dio con las llaves y las exhibió de modo triunfal.

Me gustaría que te quedaras, Maggie.

Entró en el coche y bajó la ventanilla. Me acerqué y me incliné ligeramente. Apoyé una mano sobre la puerta, otra en el marco.

—Gracias.

Ella encendió el motor y se colocó el cinturón de seguridad. Su mano se posó sobre la mía, un contacto sutil para decirme que lo mejor sería que me alejara del coche, y eso hice, por supuesto. Había sido una noche perfecta y lo mejor sería que terminara de esa forma.

El martes por la mañana fui al mercado. Cuando regresé me encontré al agente Frost y a su compañera, una mujer que al igual que él había cruzado la barrera de los cuarenta, sentados en el capot de un Dodge Charger gris plomo. Había albergado la esperanza de que Frost se olvidara de su promesa de visitarme, pero en el fondo sabía que ocurriría de un momento a otro, de modo que me alegraba de que el desagradable encuentro tuviese lugar cuando me ocupaba de algo tan mundano como hacer la compra.

—¡Buenos días, señor Brenner! —Frost se bajó de un salto y cuando todavía yo no había detenido el coche ya lo tenía a menos de un metro de distancia, encorvado, acercando su rostro afilado a la ventanilla. Se quitó las gafas espejadas.

La mujer se quedó donde estaba.

Balbuocé un saludo y abrí la puerta para hacerlo retroceder.

—Nuestra intención no es incomodarle, tan sólo hacerle unas preguntas sin importancia. La venta de Meditek, ya sabe.

Esta vez no iba a cometer el mismo error que antes; no iba a decir nada inconveniente, por ejemplo, revelar que sabía que la venta de Meditek no se había llevado a cabo. Me apeé y fui a la parte de atrás. Frost me siguió. Me volví ligeramente para advertir que la mujer, que seguía sentada en el coche, se incorporaba y se llevaba la mano al interior de la chaqueta.

Abrí el maletero y las tres bolsas de la compra quedaron a la vista de Frost. Cuando el agente me miró se encontró con una expresión de hastío.

¿Qué esperabas encontrar, Frost?

—No voy a hablar con usted si no es en presencia de mi abogado —le

adelanté.

—¿Abogado? —Frost sonrió, exhibiendo las palmas—. No hay necesidad de eso, es sólo...

—Lo mismo da. Es eso o nada.

Frost se masajó el mentón aunque no llevaba vello facial. Quizás había llevado una perilla y todavía conservaba la costumbre.

Me alejé con la bolsa de la compra y entré en la casa sin invitarlos a pasar. Desde la cocina llamé a Harrison, como habíamos acordado. Cuando salí, Frost seguía en el mismo sitio que antes, sólo que ahora la mujer estaba a su lado.

—Soy la agente Haley Bell. Realmente sería provechoso para la investigación si pudiéramos hablar con usted unos minutos.

—Mi abogado está en camino.

Hice los dos viajes restantes mientras Frost y Bell aguardaban junto al coche.

Hasta ese momento creía estar haciendo bien mi papel. Harrison tenía la convicción de que hablar con ellos nos daría una idea un poco más clara de qué tramaban, pero claro, Harrison no sabía todo lo que yo sabía.

Harrison y Bob Burke llegaron a casa en el imponente Toyota Highlander de Bob apenas quince minutos después. Todo un récord. Cuando los escuché salí a su encuentro e hice las presentaciones correspondientes. Frost había cambiado por completo su postura intimidatoria por una conciliadora y cordial. Volvió a decir que la presencia del excomisario y mi abogado no era necesaria, pero que desde luego no tenía inconveniente en que ambos estuvieran allí. Harrison, que había tratado con el FBI durante décadas, tenía la expresión de un perro de caza; les dijo que el encuentro se haría a su modo, que si querían cooperación, ésa era toda la que iban a recibir.

Frost y Bell intercambiaban miradas todo el tiempo, calibrando a las dos nuevas variables de la ecuación. Bob no dijo casi nada hasta que entramos.

Ocupamos los sillones del salón. Ellos cuatro a uno y otro lado de la mesa de café. Yo en la cabecera.

En algún momento Bell había ido al coche a coger una carpeta —porque yo estaba seguro de que al principio no la llevaba consigo— y la dejó sobre la mesa. Mi visión global me permitió captar una mueca de fastidio de Bob. Harrison ni se inmutó.

—He sido el comisario de esta ciudad durante muchos años—dijo Harrison

—, y si hay algo que siempre hemos hecho como representantes de la ley es respetar a cada uno de los ciudadanos. Abordar a John durante la recepción de su hermano ha sido inaceptable.

Frost y Bell asentían como dos niños castigados.

—Me he disculpado con el señor Brenner —dijo Frost en tono conciliador—, no era algo previsto. Pensamos que...

Frost no terminó la frase.

—Dejemos el pasado atrás —intervino Bell—, estamos llevando adelante una investigación federal y creemos que el señor Brenner puede ayudarnos. Por eso estamos aquí y les agradecemos su tiempo.

—Sabe lo que sucede, agente Bell —dijo Bob—, para eso primero tiene que decirnos qué están investigando realmente. Mi cliente no puede colaborar si no son claros en eso.

—Ya lo saben, la venta de Meditek.

Harrison se inclinó hacia delante; estaba sentado en el borde del sofá.

—La venta de Meditek no se llevó a cabo —dijo Harrison—, lo saben perfectamente. Los compradores se echaron atrás. No van a gastar recursos en algo que no tuvo lugar. Zimmerman no está aquí, que es el experto en fraudes. La agente Bell está aquí.

Los agentes se miraron.

—¿Es esa chica? —disparó Harrison a quemarropa.

Frost volvió a masajearse el mentón. Ese tipo, o bien era muy fácil de leer, o era un actor fuera de serie. Realmente parecía desconcertado.

—Vamos, Frost —siguió Harrison—, le muestra a John la fotografía de una chica desaparecida y quiere hacernos creer que están interesados en la venta de un laboratorio.

—Lo estamos.

—No. Estáis interesados en la chica. ¿Está muerta?

La sorpresiva pregunta tomó a Frost con la guardia baja, o eso creí. ¿Qué habría visto Harrison durante ese brevísimo instante de vacilación? Aquellos dos jugaban una partida de póker muy personal.

Frost abrió la carpeta. Encima de todo estaba la fotografía de Paula. La agarró y la dejó en el centro de la mesa. A continuación desplegó un documento y cerró la carpeta antes de que pudiéramos ver qué más contenía.

—Su nombre es Paula Marrel y está desaparecida. La denuncia es del pasado 3 de mayo, cuando la venta de Meditek estaba a punto de concretarse.

Frost señaló el documento sobre la mesa, la copia de una carta con el membrete de Meditek. Por lo menos el agente estaba hablando. La cuestión era si nos estaba brindando más información de la necesaria o si aquella era una puesta en escena. Yo había perdido por completo el norte. Harrison, por el contrario, no le quitaba los ojos de encima y parecía a gusto con el rumbo de la conversación.

—Sabemos que la señorita Marrel tuvo acceso a información privilegiada de Meditek —dijo Bell—. Información que podría haber comprometido la venta.

Frost no se inmutó mientras su compañera hablaba, lo cual desde luego me preocupó; estaban siguiendo un guión meticulosamente orquestado.

—¿Qué tipo de información? —se interesó Harrison.

—Documentos referentes a investigaciones sensibles del laboratorio —dijo Frost—, que en las manos equivocadas podrían ser perjudiciales para los socios, tanto para Ian Martins como para su hermano.

Se volvió hacia mí con un gesto casi teatral.

Me encogí de hombros.

—¿Usted no sabía nada de esto, señor Brenner?

Estaba preparado para responder a esta pregunta.

—Mi hermano me dijo que estaban teniendo dificultades con la venta, pero no me dio ningún detalle. Nuestras conversaciones nunca giraban en torno a su trabajo. Sin embargo, sí sabía acerca del robo de información, por parte de esa chica.

Los dos agentes se pusieron alerta. Casi podía escuchar sus pensamientos, la posible contradicción en mi discurso.

—El sábado fui a ver a Ian Martins y él me habló de ella —expliqué.

—¿Por qué fue a hablar con Martins? —se interesó Bell.

Ésa era sencilla.

—Frost me mostró la fotografía de la chica el viernes, durante la recepción —dije enfatizando las últimas palabras—, así que al día siguiente fui a ver al socio de mi hermano, a pedirle explicaciones. Él supo de inmediato de quién le hablaba y me contó la historia.

—Historia que desde luego ustedes ya conocen mejor que nosotros —

intervino Harrison—. ¿Entonces, por qué no nos dicen, de una vez por todas, qué los trae exactamente por aquí?

Frost parecía abatido. Hasta ahora las cosas salían como habíamos previsto; Harrison me había instruido para no decir mucho más de lo que ya había dicho.

El agente sacó de la carpeta una nueva fotografía y la colocó junto a la otra. Había sido tomada por una cámara de seguridad en un sitio concurrido que no reconocí. La ropa de Paula fue lo primero que me llamó la atención; era la misma que llevaba en mi casa. Caminaba despreocupada con los pulgares en las correas de una mochila.

—Esta imagen fue captada el día 2 de mayo por una cámara de seguridad en la estación de autobuses de Carnival Falls. Desde ese día no sabemos nada de ella. Hasta donde tenemos conocimiento, ésta es la última imagen de la señorita Marrel. Tenemos los registros de su móvil, por supuesto, y la última zona donde estuvo activo ha sido ésta.

Frost hizo girar el dedo formando un círculo imaginario.

Así que era eso. Teniendo en cuenta los recursos del FBI no era extraño que hubiesen podido situar a Paula en Carnival Falls y en las proximidades de mi casa. Experimenté un frío intenso.

—La estación de autobuses está muy cerca de aquí —dijo Harrison siguiendo una lógica elemental.

—Es cierto —dijo Bell—. Lo que nos preguntamos es qué hacía aquí.

—Y me parece una excelente pregunta —dijo Harrison—, lo que no entiendo es cómo John podría tener alguna respuesta. Si la chica chantajeó a Martins, ¿no podría haber intentado lo mismo con Mark?

Frost hizo una mueca.

—Resulta llamativo que venga aquí cuando podría haberlo interceptado en Meditek, ¿no le parece, comisario?

Harrison no rectificó al agente en cuanto a su cargo en la policía.

—A veces las personas actuamos de formas impredecibles —dijo Harrison. Había llegado el turno de Bob.

—Vamos, agente Frost, no me va a decir que eso es lo que lo ha traído hasta aquí, ¿verdad? Es muy sencillo de explicar. Si algo le sucedió a esa chica, Dios no lo permita, debió de ocurrirle en el trayecto desde la estación de autobuses a la casa de Mark, muy cerca de aquí. En otro escenario, en que la chica se marchó

de manera voluntaria por alguna razón que desconocemos..., bueno, se deshizo del móvil de alguna forma. Soy abogado desde hace muchos años y usted y yo sabemos que acusar a John de estar involucrado en la desaparición de una persona sólo por vivir cerca de donde ha sido vista por última vez es inconcebible.

Frost y Bell no decían nada. Frost se movía en el sillón, incómodo.

—Es una suerte que esta conversación haya tenido lugar aquí —arremetió Bob—, y no en un juzgado. Una suerte para ustedes, por supuesto.

—No estamos acusando al señor Brenner de la desaparición de nadie —se defendió Frost.

—Oh, vamos, agente Frost, eso es exactamente lo que están haciendo. Como mínimo, no nos tome por idiotas.

Frost estiró impulsivamente el brazo hacia la carpeta. Bell estuvo a punto de impedirselo pero en el último momento se contuvo. Le lanzó una mirada fulminante pero ya era demasiado tarde. El agente abrió la carpeta y buscó algo frenéticamente.

Si Frost no encontraba rápido lo que buscaba, mi corazón se me saldría del pecho y lo golpearía en el rostro como una bala de carne y arterias.

Era otra fotografía. Una bastante extraña, por cierto. En ella se veía el rincón de un cuarto: el pie de una cama de una plaza, un escritorio con cuadernos y revistas, un ordenador portátil. En el centro de la fotografía había una estantería con libros. Harrison y Bob se estarían preguntando qué rayos podía tener aquella fotografía de particular, pero yo me di cuenta de inmediato. En el segundo estante reconocí los lomos de los libros de Busy Lucy. La colección completa.

Sin preámbulos, Frost recorrió el segundo estante con su dedo delgado.

—¿Los reconoce, señor Brenner?

Me incliné.

—Sí. Soy el ilustrador de esos libros —dije restándole importancia.

—Aparentemente la señorita Marrel sí lo conocía a usted —dijo Frost.

Pude advertir cómo las comisuras de los labios de Harrison se torcían ligeramente. Habló con gravedad.

—Agente Frost..., agente Bell, tengo decenas de libros con ilustraciones en mi casa. ¿Creen que sé a quién pertenecen? Con suerte conozco a los autores del texto.

—No es el caso —lo interrumpió Frost—. La hermana de la señorita Marrel nos ha confirmado que sí lo conocía: le leía esos libros a su sobrina todo el tiempo y le dijo en más de una ocasión que el hermano del ilustrador era su jefe en el laboratorio, una bonita coincidencia, sin duda.

Un recuerdo me asaltó. Mark me había dicho hacía mucho tiempo que alguien del trabajo era un fan de Busy Lucy. Estoy casi seguro de que no me dijo nada más. Lo que decía Frost era cierto. Paula me conocía, y ese conocimiento iba más allá de ser el hermano de Mark.

—Estos libros —dijo Frost, ahora dirigiéndose directamente a mí— prueban que Paula Marrel le conocía a usted, señor Brenner. Fue vista por última vez muy cerca de aquí, y mi instinto me dice que venía a verlo a usted. Todavía no sé la razón, pero le estoy dando la oportunidad de explicárnoslo.

Bob intervino nuevamente.

—El señor Brenner no va a decir nada más, porque lo que acabamos de escuchar, con todo el respeto, no resiste el más mínimo análisis. Que la chica tuviera esos libros no prueba nada, y usted lo sabe.

Con lentitud, Frost empezó a guardar las fotografías en la carpeta.

—Entonces creo que ha sido todo.

Nos pusimos de pie a la vez. La tensión era palpable.

Los dos agentes no esperaron a que los acompañáramos hasta la puerta. A medio camino, justo en el sitio exacto donde cuarenta y cinco días atrás había estado el cadáver de Paula, se detuvieron. Frost se volvió, como si recordara algo. Chasqueó los dedos.

—Una pregunta más: ¿las siglas ESH significan algo para usted, señor Brenner?

—No —dije sin pensarlo.

Frost asintió.

—Lo suponía. Adiós, caballeros. Estaremos en contacto.

Unas horas después de la visita de Frost y Bell recibí una perturbadora llamada de Darla. Mi primera reacción fue mirar el móvil y dejarlo sonar. No quería hablar con ella. No había vuelto a hacerlo desde el amargo descubrimiento de su relación con Ian.

—Hola, Darla —dije finalmente.

—John...

Con tan sólo una palabra supe que había estado llorando.

—¿Qué sucede?

—¿Has hablado con Frost? —dijo Darla en un tono apenas audible.

—Estuvo hoy en mi casa —respondí con cautela.

Un silencio interminable. Sólo la respiración entrecortada de Darla me mantenía en la línea.

—¿Te ha dicho algo... de Mark?

Había estado moviéndome por la casa. Justo en ese momento caminaba junto a la mesa de la cocina y me senté, casi como un acto reflejo.

—Me preguntó por Meditek. La venta.

Darla guardó silencio. Tenía que estar al tanto de que la venta se había cancelado.

—¿Puedes venir a casa, John?

Pocas cosas me apetecían menos en ese momento.

—Es importante —me suplicó.

—Puedo estar allí en quince minutos.

—Te espero entonces. Hay algo que debes saber.

Febrero de 2000

Mirábamos la televisión en el salón y una taza o un plato se estrellaba contra el mosaico de la cocina. Mi padre seguía impertérrito con la mirada en el frente; con mi hermano nos mirábamos. Al principio mi madre decía algo desde la cocina, nos vociferaba un «perdón» y reía. Pero a medida que sus torpezas empezaron a hacerse más y más frecuentes comprendimos que había algo más. Un día, Mark se me acercó y me dijo que necesitaba hablar conmigo, que lo acompañara al promontorio del reptil. Nos sentamos en el suelo y fue entonces cuando me dijo que algo sucedía con las manos de mamá. Yo lo miré, sin saber qué podía significar aquello, pero a partir de ese día empecé a prestarles más atención. Y Mark tenía razón. Mamá ya no tejía, ni cosía, y cocinar empezaba a representar una dificultad para ella. Los platos elaborados dieron lugar a otros más sencillos, dejó de dedicarse a sus plantas; las tazas, los vasos y los platos empezaron a romperse cada vez con más frecuencia.

Mi padre se dio cuenta, por supuesto. Él y mi madre hablaban a solas más que de costumbre y se ausentaban en lo que más tarde supe que eran visitas a la doctora Lorell. No sé exactamente cuándo fue diagnosticada con ELA, porque estoy convencido de que procuraron dilatar la noticia lo máximo posible, o por lo menos hasta estar preparados para hablar con nosotros de la forma correcta. Eventualmente mi padre habló conmigo; fue una tarde cuando yo jugaba con mis soldados de plástico: los había dispuesto en torno a la pata de la cama, todos ellos en posición de disparo apuntando a la misteriosa estructura gigantesca que

había aparecido de la nada. Era una misión especial y *secreta*. Mi padre se sentó en la cama y dio unos golpecitos en el acolchado para que lo acompañara. Desde el momento en que lo vi entrar tenía una idea más o menos clara de lo que me diría, no sabía nada de la ELA, pero sí que su rostro triste y su voz grave tenía que ver con el estado de salud de mi madre.

Mi padre me habló de cómo la enfermedad *sólo* afectaba a los músculos y no a la mente; me habló del científico Stephen Hawking, a quien yo no conocía, y de cómo su intelecto se mantenía inalterable, y que lo mismo sucedería con mi madre, que si bien tendría que recibir un trato especial en el futuro, siempre seguiría siendo *ella*.

Sentí cierto optimismo ese día, incluso seguí adelante con la operación Pata de Cama, a la que por cierto mis soldados de plástico se encargaron de dispararle un millón de veces. Fue Mark quien me enfrentó con la verdad; incluso a sus quince años mi hermano tenía una agudeza inusitada para darse cuenta de las cosas. Yo era un chiquillo de diez que amaba a su madre e idolatraba a su padre y que no tenía el más mínimo sentido de lo que era ver sufrir a un ser querido, mucho menos perderlo. Mark me mostró una fotografía de Hawking con el presidente Clinton en la Casa Blanca. Su aspecto empequeñecido me impactó.

—Mamá morirá pronto —me dijo Mark—. La ELA es una enfermedad incurable, dos o tres años es lo máximo que una persona puede sobrevivir.

Debí de haber abierto mucho los ojos porque mi hermano se apiadó de mí y me abrazó.

—Olvida lo que te he dicho. Sólo Dios sabe cuándo vamos a morir. Lo que quiero que sepas es que las cosas no serán de color de rosa.

—Papá ha dicho que...

—Ya sé lo que ha dicho papá. Pero papá se está engañando. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque en el fondo no ha podido aceptarlo. No podrá aceptarlo nunca. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Mamá tendrá que pasar sus días en una cama o en una silla como éstas. ¿Ves ese panel que Hawking tiene delante? —dijo señalando la fotografía—. Bueno, es un panel que detecta el movimiento de los ojos, porque es lo único que este hombre puede mover.

Lo observé con incredulidad. Así como sentía por mi padre una completa devoción, lo mismo podía decirse acerca de mi hermano mayor. Lo consideraba incapaz de mentirme o de hacerme daño.

—Es así, Johnny. La enfermedad de mamá es terrible, y la tendremos con nosotros poco tiempo. ¿No te parece que es mejor saberlo?

Asentí repetidas veces.

Lo siguiente que recuerdo es bajar a toda velocidad y abrazar a mi madre con fuerza. Ella leía el periódico en el salón y se sorprendió cuando me abalancé sobre ella. Comenzó a reír descontroladamente.

Pero Mark tuvo razón. Seis meses después mi madre fue trasladada a una habitación de la planta baja donde pasaba gran parte del día en la cama o en un sillón junto a la ventana. Perdió el habla de un día para otro, aunque sospecho que fue la frustración de no poder pronunciar las palabras la que hizo que se rindiera. Un desfile de enfermeras y kinesiólogos empezaron a hacerse cargo de ella.

Julio de 2000

La despensa junto a la cocina se convirtió en el cuarto de mi madre. El dinero en casa empezó a escasear a causa de los altos costes médicos —y a que mi padre dedicó cada vez menos tiempo a sus negocios—, de manera que poco quedaban de las grandes reservas de alimentos que recordaba de mi infancia temprana. Hacia el inicio del milenio la despensa estaba casi vacía, así que acondicionarla fue trabajo de un día. Lo hicimos los tres: mi padre, Mark y yo. Fue triste, porque mientras pintábamos las paredes, colocábamos cortinas nuevas y reemplazábamos las lámparas por unas más bonitas, sabíamos que mi madre moriría allí.

La rapidez con la que su cuerpo se consumió fue asombrosa. Poco después de perder el habla pasaba más y más horas en la cama. Papá compró una silla de ruedas, no eléctrica, porque según él sería inútil en caso de que mi madre quisiera ir al bosque. La realidad es que, una vez que empeoró, ella rara vez quiso ir al bosque, o a cualquier otra parte. Cuando le preguntábamos si le apetecía salir, el noventa por ciento de las veces nos devolvía dos pestaños. ¿Estás cansada? Un pestaño.

Una cosa que aprendí durante aquellos meses, además de la fragilidad de un hogar feliz, fue cómo personas que han vivido bajo un mismo techo, con la misma sangre corriendo por sus venas, pueden reaccionar de formas tan disímiles como lo hicimos nosotros tres. Mi padre siguió negando la enfermedad de mi madre a pesar de que ella era un alma arrugada de menos de cuarenta y

cinco kilos. Cuando nos hablaba de ella era como si las cosas fueran igual que antes, nunca se refería a su enfermedad, o a sus cuidados, éstas eran cosas que discutía con los doctores, con la terapeuta o con las enfermeras que acompañaban a mamá en turnos de seis horas. Para él, parecía ser que la condición de mi madre sólo podía ser discutida con profesionales; nosotros no teníamos de qué preocuparnos. Cada vez que Mark le hacía un planteamiento rehusaba a seguir hablando.

Mi padre vendió la concesionaria a su amigo Bill Foster, algo que, supe años más tarde, fue en realidad una forma encubierta de sus amigos para ayudarnos. Harrison me lo confesó durante una de nuestras conversaciones en la parte de atrás de su casa, mientras tallaba una de sus piezas en madera. «Tu padre era terco como nadie, Johnny. Cuando algo se le metía en la cabeza, era imposible hacerlo cambiar de opinión.» Fue la forma que los miembros del club Bilderberg encontraron para que no se endeudara con el banco a una tasa caníbal.

La enfermedad hizo que Mark, que siempre fue responsable y adulto en más de un sentido, creciera diez años en aquellos seis meses en los que la ELA avanzó con la ferocidad de un huracán grado cinco. Fue el único que se enfrentó a mi padre cuando hizo falta, y el que hablaba con las enfermeras y los médicos de manera más directa y dura para que mi madre tuviera los cuidados que necesitaba. Mark, además, hablaba abiertamente de la ELA, algo que mortificaba profundamente a mi padre, como si cada vez que nombraba la enfermedad la hiciera más poderosa y real. Quizás fue entonces cuando conocí la naturaleza combativa de mi hermano, su verdadera fortaleza. Una noche, atormentado por una pesadilla, fui a buscarlo a su habitación y no lo encontré. Estaba abajo. Seguí la luz, bajando las escaleras con mucho cuidado, pisando donde sabía que los escalones no crujían, y advertí que la puerta de la despensa estaba abierta — nunca terminé de acostumbrarme a la idea de que ésa era la habitación de mi madre—. Me acerqué despacio. Mark le hablaba a mi madre de Kelly Baxter, una muchacha de la escuela que le gustaba; le decía que estaba pensando en invitarla a salir pero no estaba convencido por algunas actitudes de ella un poco superficiales. No entendí a qué se refería con esto último. Supongo que hubiera entrado para estar con ellos un momento, y quizás preguntarle a mi hermano por qué Kelly Baxter era como una superficie, pero antes de llegar a la puerta me detuve. Mark se movía por la habitación, pero había algo más, un sonido

conocido que me paralizó: el del plástico de los pañales de mamá que las enfermeras le cambiaban a diario. Ninguno de nosotros cambiaba a mamá, ni mi padre, ni mucho menos yo.

La pregunta de cómo mi madre haría sus necesidades fue una de mis primeras preocupaciones. Mark me lo explicó con total naturalidad. «Hay pañales para adultos, Johnny.» Mi padre tenía la precaución de guardar las bolsas de pañales en el desván del garaje, pero cada tanto yo veía a alguna de las enfermeras llevando una de aquellas bolsas con ese desparpajo médico tan característico. La cuestión es que cada vez que cambiaban a mi madre, mi padre se marchaba de la habitación, algo que me resultaba absolutamente razonable, por supuesto. Esa noche descubrí que Mark también se ocupaba de cambiar a mi madre, por supuesto sin que mi padre lo supiera.

En cuanto a mí, transité ese año como pude. Entablé con mi madre una relación de la que me siento orgulloso. Hablé mucho con ella en esos meses, quizás más de lo que lo hubiera hecho en circunstancias normales. Una enfermedad terminal es una mierda, no quiero engañar a nadie que no ha tenido la desgracia de verlo de cerca, pero si de algo puedo sentirme agradecido es de haberme permitido tomar conciencia, incluso a los diez años, de lo efímero de nuestras vidas y de la importancia de aprovechar cada instante, especialmente cuando se trata de nuestros seres queridos. También aprendí a apreciar los pequeños detalles, en sus ojos podía verla sonreír, también saber cuándo estaba triste. No sé si había algo telepático entre nosotros, algo de nuestra relación umbilical que ahora se manifestaba de manera inalámbrica, no lo sé. Me gusta pensar que los ojos de mi madre siempre fueron igual de expresivos; y que era cuestión de aprender a mirarlos.

Uno de mis momentos preferidos era cuando regresaba de la escuela y estaba con ella. No disponíamos de un sistema sofisticado de comunicación como el de Hawking, pero yo había hecho una serie de paneles con frases y palabras. Cinco en total. Mi padre me había conseguido placas de cartón grueso de casi un metro cuadrado y yo me había encargado de numerarlos y de escribir las frases en cuadrantes de cinco por cinco, es decir que cada cartón tenía veinticinco frases. Cuando mi madre quería comunicarse con los cartones pestañeaba tres veces y a continuación me indicaba cuál de los paneles necesitaba.

El primero de los paneles contenía las letras del abecedario, los restantes,

frases agrupadas por temas. En uno había actividades: escuchar la radio, ver la televisión, que le leyera un libro, verme dibujar, hablarle de mi día en la escuela, cosas por el estilo. A medida que se nos iban ocurriendo más, las íbamos incorporando en nuevos paneles. En otro estaban sus comidas favoritas, en otro había temas generales de los que le gustaba que le hablase. Con el tiempo fuimos perfeccionando nuestro método de comunicación; al principio yo deslizaba mi dedo por los paneles y ella pestañeaba cuando tocaba la letra o la frase correcta. Mark, como no podía ser de otra forma, nos dio una idea de cómo hacerlo mucho más rápido. Primero deslizaba el dedo por las letras superiores, y cuando ella pestañeaba entonces lo deslizaba verticalmente. De esta forma mi madre tenía que pestañear dos veces para darme las coordenadas de una posición, pero el proceso era muchísimo más rápido. Yo intentaba adivinar la palabra antes de que la terminara, y si era la correcta entonces ella pestañeaba dos veces muy rápido. Nos volvimos muy buenos, al punto de que cuando mi padre o Mark querían comunicarse con ella, me llamaban a mí.

Una tarde de junio regresé de la escuela y fui a verla, como cada día. Hacía calor, por lo que la señora Pierson había llevado el ventilador de pie. La señora Pierson, una enfermera jubilada que cuidaba a mi madre por las tardes, era una ávida lectora de unas novelas de tapa blanda con portadas de mujeres y hombres atractivos en poses seductoras. Mark me había dicho que ésas eran novelas románticas, concepto que yo no terminaba de comprender y que me llamaba poderosamente la atención. Tenía intenciones de leer una de esas novelas cuando la señora Pierson no se diera cuenta, pero todavía no había podido hacerlo.

—Hola, Johnny —dijo la mujer en cuanto me vio entrar. Estaba sentada en una silla a pocos centímetros del ventilador.

—Hola.

—La señora Silvia está de muy buen humor hoy.

Murmuré algo incomprensible a modo de respuesta.

El ventilador giró y le dio a la señora Pierson de lleno en el rostro. Se quedó un segundo disfrutando del aire fresco, los ojos entrecerrados y los cachetes temblando. Se puso de pie y agarró la maltrecha novela que había dejado a los pies de la cama: *Naturaleza salvaje*.

Cuando nos quedamos solos, le pregunté a mi madre si le apetecía que le hablara de mis cosas en la escuela y ella pestañeó una vez. Me alegré, porque ese

día yo tenía una noticia importante: había hecho un nuevo amigo en la escuela. Se llamaba Ross y su familia acababa de mudarse desde Carolina del Norte. Le gustaba leer, como a la señora Pierson, sólo que Ross prefería las novelas de espías y de misterio, o al menos eso me había contado.

Hablé durante media hora hasta que advertí el cansancio en su mirada. El solo hecho de prestar atención a una conversación la consumía. Le pregunté si quería descansar y me dijo que no. Los paneles estaban debajo de la ventana; cogí el que tenía el abecedario y deslicé el dedo sobre las letras. Lo había hecho tantas veces que podía hacerlo sin mirar las letras, con la vista fija en el rostro de mi madre. Cuando ella pestañeaba la primera vez mi dedo cambiaba de dirección, y con la segunda se detenía. No necesitaba mirar el panel para saber qué letra había escogido, simplemente la decía en voz alta y repetía la operación.

C-A-N.

—¿Cansada? —dije.

Un pestañeo.

—Creí que querías decirme algo. Podemos dejarlo por hoy. ¿Quieres seguir?

Un pestañeo.

No comprendí. Seguimos adelante con las letras. Cuando íbamos por la tercera comprendí que la frase había terminado.

E-L-A.

CANSADA ELA.

Darla había bebido.

—Pero no demasiado —me alertó con un dedo en alto cuando entraba en su casa.

Vestía unas mallas negras y una camiseta holgada color fucsia. La seguí hasta la cocina prácticamente en silencio. La puerta de una habitación estaba abierta y alcancé a ver una cama deshecha.

—Prefiero estar arriba lo menos posible —se disculpó.

Le indiqué con un ademán que no se molestara en darme explicaciones; Darla tenía derecho a dormir donde quisiera y yo quería largarme de allí lo antes posible.

Nos sentamos a la mesa. En su mirada había una mezcla de hastío y frialdad.

—¿Te lo dijo Frost? —dijo ella.

No estaba seguro de a qué se refería.

—Vamos, Johnny, me he dado cuenta por cómo me has tratado en estos días. No me has llamado y cuando hablamos hace un rato no eras el de siempre.

Mi rostro debió traicionarme porque Darla negó con la cabeza y continuó:

—Ese tipo es un imbécil. No me mires así, John. Estoy cansada de que la gente me juzgue.

No respondí. Darla se levantó y fue hasta la nevera, me ofreció algo para beber y le dije que no me apetecía nada. Ella se sirvió un vaso de zumo de naranja y volvió a sentarse.

—Ian y yo estamos juntos desde hace unos meses. La vida es una mierda, John, tú lo sabes mejor que nadie. ¿Qué quieres que te diga?

—No es necesario que digas nada. Sé que Mark no se suicidó por eso.

Cualquiera que lo conociera un poco lo sabría.

—No creo que lo supiese, si me lo preguntas. Quizás lo intuía, no lo sé. Tu hermano era un jodido superdotado, John, no sé qué pensaba, francamente. Lo mío con Ian no tiene nada que ver con él, aunque te cueste creerlo.

Las manos de Darla se arrastraban por la mesa en busca de un paquete de cigarrillos que no existía.

—De todas formas, no te he llamado para hablar de mi relación con Mark, o con Ian, llegado el caso.

—Os vi a ti y a Ian besándoos —dije con sequedad.

Mi comentario la tomó por sorpresa.

—¿Entonces no ha sido Frost?

—No. Y no creo que lo sepa.

Darla se puso de pie y fue hasta la ventana. Se quedó mirando el jardín durante un buen rato, exactamente al sitio donde unas semanas atrás Ian Martins había dado un torpe discurso por el cumpleaños de Mark. Ahora me preguntaba si su incapacidad discursiva se habría visto potenciada por el hecho de acostarse con la esposa de su socio.

—¿Te preguntó por una empleada de Meditek? —dijo Darla sin volverse.

Quizás estaba poniéndome a prueba e Ian ya se lo había dicho.

—Sí.

—A mí también. —Se volvió, pero siguió en el mismo sitio—. ¿Paula Marrel?

—Así es.

—Ian me dijo que la chica quiso chantajearlos, que está desaparecida. Dice que no sabe nada más, pero no sé si creerle.

—¿Podemos cambiar de tema? ¿Qué era eso que querías que viera?

Darla salió de la cocina y regresó al cabo de unos minutos. Dejó sobre la mesa una de esas memorias USB del tamaño de una uña. No se sentó. Yo me quedé mirando el diminuto artefacto.

—Frost me dio esto. El motivo por el que Mark se quitó la vida, me dijo. Y en eso creo que el bastardo tiene razón.

No podía quitar la vista de la memoria USB, ni siquiera me atrevía a tocarla.

—¿Qué hay en la memoria, Darla?

Ella me miró como si hubiese olvidado de qué le hablaba.

—Es un vídeo de Mark. Lo encontraron en uno de sus teléfonos u ordenadores, no lo sé. No iba a dártelo; estuve a punto de tirarlo por el retrete. Pero entendí que no es mi decisión. Cuando veas de qué se trata puedes decidir si quieres verlo entero, y qué hacer con él.

Agarré la memoria con el índice y el pulgar.

—La razón por la que Mark se quitó la vida no tiene nada que ver con Meditek, sino con el contenido de esa memoria. Y está relacionado contigo, Johnny. Contigo y con tu pasado.

Agosto de 2000

Además de la concesionaria, ahora en manos de Bill Foster, la otra fuente de ingresos de la familia había sido una participación minoritaria en una ferretería industrial, un negocio al que mi padre había apostado como forma de diversificación y que nunca estuvo a la altura de las expectativas. Lo cierto es que la ferretería constituía un ingreso insignificante frente a los gastos astronómicos que conllevaba el cuidado de mi madre. La situación financiera del hogar me era prácticamente ajena en ese momento. En cambio Mark era perfectamente consciente de ella, y un día me lo explicó de forma muy sencilla: el dinero que salía era muchísimo más que el que entraba. A ese ritmo íbamos directo a la bancarrota.

—No voy a permitir que trabajes —dijo mi padre—. La discusión se acaba aquí.

Lo escuché desde la segunda planta, y lo que captó mi atención no fue la frase en sí, sino el tono de voz que empleó. Ed Brenner era un hombre medido y abierto, rara vez era terminante en sus dichos, y en ese momento lo fue. No gritó pero sí habló con contundencia. Yo tenía unas ganas tremendas de mear —ése era el propósito fundamental de mi excursión nocturna al baño— pero me quedé muy quieto en el pasillo.

—Es que no lo entiendo, papá. Son cuatro horas en el turno de tarde, a la salida de la escuela. Necesitamos el dinero.

—No necesitamos ningún dinero. Tú no tienes que preocuparte por eso.

—Tengo quince años, no soy un niño.

—No quiero que mi hijo trabaje en una gasolinera a la salida de la escuela. No lo voy a permitir.

No discutían, no todavía, pero incluso sin verlos podía percibir la tensión. Me senté en el escalón superior y me abracé las rodillas.

—Siéntate —dijo mi padre.

Una silla se arrastró.

—Aprecio mucho el gesto, hijo, pero entiende que el dinero es mi problema, siempre lo ha sido, y no quiero que tú te cargues con eso. Como has dicho, tienes quince años. Tu deber es estar con amigos, con muchachas, practicar deporte, divertirte. Lo que le ha sucedido a tu madre, lo que nos ha sucedido a todos, es una desgracia, ciertamente lo es..., pero tú y Johnny debéis seguir adelante con vuestras vidas.

—Son sólo cuatro horas —musitó Mark—, con eso podríamos tener para los gastos menores, los míos y los de Johnny.

—Lo tengo cubierto, Mark. Y no quiero que te distraigas de la escuela, es importante que sigas estudiando como hasta ahora.

—Papá, la escuela puedo hacerla con los ojos cerrados, y lo sabes.

—No importa. Siempre puedes esforzarte más, o emplear ese tiempo en otra cosa, no en servirle combustible a extraños. Es una pérdida de tiempo.

—No lo es. Es un empleo. Y lo necesitamos.

—¡No lo necesitamos!

Aferré mis rodillas con fuerza. Una cosa que recuerdo de aquella discusión es que entendía perfectamente a ambos. No sé si deseaba tomar partido por alguno de ellos —esa deformación propia de los adultos me era ajena a mis once años recién cumplidos.

—Sí lo necesitamos —insistió Mark—. Vendiste la concesionaria por... ¿trescientos mil?

Mi padre no respondió. Yo no tenía idea si Mark conocía esa información o si la estaba adivinando.

—No estoy cuestionando tu decisión, papá, de hecho creo que fue lo mejor que pudiste haber hecho. Necesitábamos el dinero y tú no podías pasarte todo el día allí; alguien tenía que ocuparse de los tratamientos de mamá, los doctores y todo lo demás. Pero ahora casi no tenemos ingresos, a la ferretería casi no entra

gente, es un milagro que siga abierta.

—Basta, Mark.

—No, tenemos que hablar. No sirve de nada esconder la tierra debajo de la alfombra.

—No se trata de eso.

—Sé cuánto cuestan esas medicinas, y los doctores. A este ritmo tenemos dinero para un año más, dos a lo sumo.

La realidad era que nos quedaba para menos de un año.

Que mi padre lo dejara hablar o titubeara al responder eran prueba de que mi hermano tenía razón, o por lo menos en parte. ¿Nos quedaríamos en la calle? Mi madre no podría, necesitaba ser atendida, sin sus medicinas se moriría de dolor, tendría mucho calor, o mucho frío. La idea me aterró, incluso más que la propia enfermedad.

—Es posible que mamá no viva un año más —dijo Mark— ¿Pero qué si lo hace?

En ese momento se me heló la sangre.

—Papá, no podemos pensar en un solo escenario. Tenemos que prepararnos para...

—No hables así, Mark. Tu madre no es un escenario.

—¡Sabes a qué me refiero! Negar la realidad no la cambia.

—Nadie sabe lo que va a suceder.

En algún momento me paré, y sin pensarlo demasiado bajé las escaleras a toda velocidad. Al oírme, dejaron de hablar.

—¡Puede oíros! —estallé.

Marzo de 2001

La predicción de Mark se cumplió con una precisión endiablada: diez meses después estábamos al borde de la bancarrota. No necesité que me lo dijeran —mi padre nunca fue capaz—, pero lo cierto es que el hecho se volvió evidente. Para empezar, la Navidad de 2000 fue la más austera y aburrida de mi vida; una celebración que normalmente esperaba con semanas de antelación y que se había ganado un sitio mágico en mi corazón se convirtió en la peor noche de mi vida, sin regalos y con mis tíos apesadumbrados. Mi padre volvió a trabajar en la concesionaria, ahora como empleado a tiempo parcial. Bill le dijo que necesitaba a alguien que conociera el negocio, que los clientes preguntaban por él, que las ventas mermaban y que estaba preocupado. Incluso un niño de once años podía darse cuenta de que ésta era otra forma de ayuda encubierta, como había sido la venta en primer lugar. Mi padre hizo la vista gorda y aceptó; no tenía más remedio. Mark, por su parte, se salió con la suya y empezó a trabajar en la gasolinera semanas después.

Hubo dos acontecimientos que aceleraron nuestro desplome financiero. El primero fue una infección urinaria que afectó a mi madre y que mi padre se empeñó en que fuera tratada en nuestra propia casa. La despensa se convirtió en una habitación de hospital, con equipamiento portátil y una serie de aparatos para mantenerla estabilizada. Era tan doloroso verla conectada a esas máquinas, consumiéndose como una hoja que se seca al sol, que en más de una ocasión tuve que salir de la despensa para ir a llorar al baño. Mi madre ya no podía

comunicarse porque estaba demasiado cansada y lo único que yo podía hacer era hablarle. Sentía que la perdía, como una cometa al que se le ha cortado el hilo y se hace cada vez más y más pequeña en el cielo.

El segundo acontecimiento devastador fue la aparición de un oportuno especialista con una cura milagrosa para la ELA. Se llamaba Chatelain y nunca olvidaré el fatídico día en que ese doctor se puso en contacto con nuestra familia. Cenábamos los tres en la cocina —desde que mi madre estaba postrada en la cama ya no utilizábamos la mesa del salón— cuando el teléfono empezó a sonar. Mi padre estaba más cerca, así que fue él quien respondió. Sin apenas hablar, se levantó, fue a la segunda planta y a los quince minutos volvía con el teléfono en una mano y una libreta en la otra.

—Esto es lo que estábamos esperando —dijo con una mezcla perfecta de felicidad y consternación.

El doctor Chatelain le habló de su tratamiento experimental a base de plantas naturales y de su altísima tasa de éxito. Ochenta por ciento, nos dijo mi padre al borde del llanto. Yo le creí, por supuesto, y en mi caso sí lloré, porque si el doctor Chatelain iba a hacer que mi madre volviera a ir conmigo a la escuela, prepararme sus panqueques especiales y mirar televisión conmigo mientras tejía, entonces su llegada a nuestras vidas era un milagro. Mark se mostró cauto esa noche. Al día siguiente, en el promontorio —que empezaba a convertirse en un sitio de crudas verdades para mí—, me dijo que teníamos que ser muy cuidadosos con lo que decía ese tal doctor Chatelain, que el mundo estaba lleno de farsantes y estafadores que se aprovechaban de gente como papá, gente que *necesita* creer. ¿Por qué Mark era tan poco optimista a veces? Si yo hubiese sido dos o tres años mayor posiblemente se lo hubiese dicho.

El doctor Chatelain, un hombre de unos sesenta años de gafas redondas y barba blanquísima, llegó a mi casa una tarde, unos pocos días después, con aires de eminencia, y fue tratado en consecuencia. Primero, dijo, tenía que examinar a la paciente, porque hasta entonces no podría decirnos si el tratamiento era viable o no. Mark no estaba en casa, pero mi padre y yo sí, atentos al veredicto del doctor, que estudiaba a mi madre como si pudiese establecer algún diagnóstico profundo basándose sólo en la observación. Los médicos de mi madre desaconsejaron tajantemente el tratamiento a base de plantas de nombres impronunciables, pero mi padre no iba a dejar de intentarlo. ¿Qué perdemos,

Johnny? Su lógica tenía todo el sentido para mí.

El tratamiento era viable, por supuesto. El doctor Chatelain le administró a mi madre una inyección al día durante casi dos meses. No sé cuánto costó cada una, pero el dinero se consumió a una velocidad asombrosa.

Tal fue el entusiasmo inicial, incluso de mi madre, que hasta hubo signos reales de mejoría. Estaba de mejor humor, lo cual para mí ya era muchísimo. A veces soñaba que iba a verla y que uno de sus dedos empezaba a moverse, lentamente al principio, con mayor insistencia después. Entonces yo avisaba a mi padre y los dos nos la quedábamos mirando embobados.

Nada de eso sucedió en realidad.

No sé si el tipo era un estafador o si ella cayó en ese veinte por ciento que él decía que escapaba a los milagros de su tratamiento, pero no importa mucho. Al cabo de dos meses hasta mi padre se convenció de que seguir adelante era tirar el dinero.

Unas semanas después del fallido tratamiento, exactamente el 31 de marzo, iba a ser un día memorable. Mi flamante amigo Ross y yo íbamos a ir a casa de Maggie Burke a ver películas con dos de sus amigas. Para mí era algo relativamente frecuente y nada novedoso, pero para mi amigo Ross se había convertido en todo un acontecimiento y me había contagiado parte de su entusiasmo.

Desperté mucho más temprano que de costumbre. La señora Pierson todavía no había llegado y mi padre y Mark aún estaban durmiendo. En otro contexto me hubiera quedado en la cama, pero el nerviosismo pudo conmigo.

Decidí prepararme el desayuno pero antes fui a ver si mi madre estaba despierta. A veces le gustaba abrir los ojos muy temprano. Entré en su habitación con sumo cuidado. Por la ventana entraba apenas un poco de luz, pero suficiente para ver que ella tenía los ojos cerrados. Y entonces sucedió algo sumamente extraño: supe que estaba muerta. Fue como si pudiera percibirlo en el aire, como si una vibración casi imperceptible que normalmente estaba allí, ahora ya no estaba. No fue el hecho de que su pecho no se moviera, la sutil deformación de su boca en una mueca torcida, las tenues manchas oscuras en las fosas nasales o el olor ácido de la orina. Porque todo eso lo advertí un instante después. Lo primero que sentí y que me golpeó con la potencia de una verdad demoledora, fue la ausencia de vida. La soledad. Un vacío insondable. Me llevé la mano a la

boca. Lo supe. Todos esos signos insignificantes eran ahora insoslayables. Estiré el brazo como si fuera a tocar a un animal peligroso. Temía tocar la mano de mi madre, cuyos dedos asomaban por un costado de la sábana como una araña blanquecina y muerta.

Grité con todas mis fuerzas y me quedé allí, temblando y llorando. Sólo cuando escuché las pisadas atolondradas en la escalera, salí. Mi padre bajaba a medio vestir, descalzo, con el pantalón puesto pero con la camisa sin abrochar.

—¿Qué haces despierto, Johnny?! ¿Dónde está la señora...?

Justo en ese momento la puerta de la calle se abrió y la señora Pierson entró en la casa. Llevaba su bolso en una mano y las llaves en la otra. El libro que tenía sujeto en la axila se cayó al suelo.

—Mamá —conseguí finalmente pronunciar entre sollozos.

Mi padre llegó a mi lado dando zancadas inhumanas. Me abrazó con tanta fuerza que creí que me rompería.

La policía y los paramédicos llegaron poco tiempo después. Recuerdo parcialmente lo que sucedió esa mañana; son imágenes inconexas que parecen más un sueño que algo real.

Abril de 2001

Nunca culpé a mi padre por lo que hizo esa noche. La cuestión iba mucho más allá de la precaria situación económica a la que nos había arrastrado la ELA; la condición de mi madre era irreversible, empeoraba día a día y ella había perdido completamente la voluntad de vivir. Cada día se apagaba un poco más. ¿Cuál era el sentido de semejante sufrimiento? Si acaso había algún tipo de fuerza superior que por alguna razón nos sometía a todo tipo de penurias para enseñarnos quién sabe qué, entonces fue esa fuerza la que hizo que las manos de mi padre presionaran fuertemente la almohada sobre el rostro de mi madre. No puedo siquiera imaginar la voluntad necesaria para semejante acto; sólo una piedad infinita podía ser capaz de algo así. Mi madre fue una mujer afortunada, porque mi padre la amó profundamente cada uno de los días que estuvieron juntos.

CANSADA ELA

El plan de mi padre casi funciona a la perfección. Casi. La señora Pierson llegaría a casa a las siete y lo primero que haría sería ir a la habitación de mi madre, donde descubriría que había muerto plácidamente durante la noche. Entonces despertaría a la familia y nos daría la triste noticia. Teniendo en cuenta el estado de mi madre, no supondría una sorpresa y ningún médico pediría una autopsia. *Causas naturales*. Fin de la historia.

Dos cosas fallaron. La primera —un detalle menor— fue el hecho de que yo me despertara mucho antes que de costumbre y fuera a la despensa. ¿Por qué lo hice? Siempre me he hecho esta pregunta y hasta el día de hoy no encuentro una

buena explicación. No cambia demasiado las cosas que fuera yo quien descubriera el cuerpo de mi madre y no la señora Pierson, pero sin duda no estaba en los planes de mi padre que yo tuviera que pasar por eso.

El otro fallo —y éste sí fue determinante— fueron unas marcas negras en la nariz.

Harrison era el comisario de Carnival Falls por aquellos años, de manera que era difícil establecer si su presencia en casa tenía que ver con su labor policial o con la amistad que lo unía a mi padre. Lo cierto es que se lo vio varias veces, tanto a él como a su ayudante Dean Timbert. Los días posteriores a la muerte de mi madre fueron extraños en muchos sentidos, y uno de ellos tenía que ver con el desfile de policías y médicos —forenses, según comprendí después—. Además de ese vacío que experimenté junto al lecho de muerte de mi madre —un vacío que siempre estará allí, he aprendido con los años—, sentía un profundo alivio, y es algo de lo que nunca me he avergonzado, porque estaba despojado de todo egoísmo.

Mi padre, Mark y yo habíamos reaccionado de modos muy distintos frente a la enfermedad de mi madre; sin embargo, su ausencia nos igualó. El dolor era el mismo, el silencio también. Éramos tres almas en pena, vagando por una casa que había perdido la cohesión que le brindaba mi madre incluso desde la cama y moviendo apenas los párpados.

Exactamente cinco días después mi padre recibió una misteriosa llamada telefónica que Mark y yo escuchamos. Al terminar dijo:

—Johnny, quiero que vayas al salón y escuches un poco de música. Necesito hablar con Mark de un tema de adultos.

Mi hermano acababa de cumplir los dieciséis.

Fui a la cadena y me quedé un rato largo contemplando la portada de *That's Life*, de Sinatra, que posiblemente yo había dejado sin guardar. No era más que una prueba de que nadie se había acercado a la cadena en los últimos días; pasaría mucho tiempo hasta que Mark o yo nos atreviéramos a volver a escuchar a La Voz.

Elegí *Super Trouper*, de ABBA, casi al azar. Mi padre los escuchaba de tanto en tanto y yo todavía no sabía si me gustaban o no, pero sí tenía claro que eran melodías alegres y pegadizas. Coloqué el disco y empecé a escuchar, sentado en el sillón. La puerta de la cocina estaba cerrada y seguiría así por un buen rato.

Entre canción y canción podía escuchar las voces amortiguadas. Mi padre no era el único que hablaba. No discutían, o por lo menos no en los tramos en los que pude escuchar, pero sí intercambiaban opiniones de un modo vehemente.

Doce minutos después llegó el coche patrulla. Lo sé con certeza porque *On and on and on* estaba terminando. Nunca más pude escuchar ese disco.

Harrison conducía y Dean Timbert ocupaba el asiento del acompañante. Cuando se apearon, los dos hombres se acercaron a la ventana, que estaba abierta. Yo estaba lo suficientemente contrariado con la situación como para permanecer donde mi padre me había ordenado. Algo estaba sucediendo y no sabía exactamente qué.

—Johnny, ¿Ed está hablando con Mark?

Le señalé la puerta de la cocina. Harrison asintió y se tocó la copa del sombrero.

—Dean y yo nos quedaremos en el coche hasta que terminen.

La puerta de la cocina se abrió un momento después. Al ver el rostro horrorizado de Mark supe que algo terrible había sucedido, algo incluso peor que la muerte de mi madre, si acaso eso era posible. Hubo un instante en que mi hermano me miró con una expresión que no supe identificar, los ojos enrojecidos, a punto de romper en llanto, y entonces subió las escaleras a toda velocidad.

En otra situación, quizás con unos años más, podría haberme dado cuenta de lo que estaba pasando. La llamada, la conversación a puerta cerrada, el coche patrulla aparcado afuera... pero cuando mi padre me pidió que fuera a la cocina, no tenía la más remota idea de lo que me diría.

Me senté en una de las sillas y él acercó otra y la puso a mi lado.

—Ésta es la conversación más difícil que tendremos tú y yo en nuestras vidas. Pero eres un niño inteligente y sé que lo entenderás, y si algunas cosas no las entiendes ahora, entonces quizás en el futuro lo hagas. Por eso me parece importante que lo escuches de mi boca. Sé que será un golpe duro, pero así debe ser.

Me quedé mudo. No sabía qué esperar.

—Tu madre estaba sumida en un dolor profundo, Johnny, no tengo que explicártelo porque tú lo viste día tras día. Un dolor inmenso, al punto de haber perdido las ganas de vivir. Para ella, cada día era un sufrimiento, atrapada en un

cuerpo que no podía mover, sin poder tejer, salir a caminar, ni siquiera podía cambiar de canal o apagar el televisor cuando le apetecía. No podíamos permitir que mamá siguiera sufriendo de esa manera. ¿Estás de acuerdo?

Ahora era yo el que me sentía atrapado en su propio cuerpo.

—Hice algo para que tu madre dejara de sufrir, Johnny. Algún día las leyes estarán hechas para que estas cosas no sucedan, para que personas como mamá no tengan que sufrir y puedan irse de este mundo en paz, cuando ellas lo decidan. Pero eso no ha sucedido todavía, Johnny, y era injusto para ella. Muy injusto. Por eso tuve que ayudarla..., a marcharse de este mundo de sufrimiento. ¿Lo entiendes?

También entendía que los gastos médicos de mi madre eran exorbitantes y que nos estábamos quedando sin dinero. ¿Habría tenido eso algo que ver en la decisión de mi padre? En aquel momento, viéndolo directamente a los ojos, supe que no. Si hubiera habido alguna oportunidad de salvarla, él lo hubiera intentado todo. Pero mi madre no tenía una oportunidad. Estaba condenada a sufrir.

CANSADA ELA.

Una cosa curiosa fue que durante aquella conversación —aunque yo, a diferencia de mi hermano, no dije prácticamente nada— nunca me puse a pensar en *qué* había hecho mi padre para librar a mi madre de su sufrimiento. Asesinato, muerte..., ninguna de estas palabras se cruzó por mi cabeza.

—Mamá me dijo que estaba cansada de estar así.

—Exacto. Ha sido muy triste para nosotros, Johnny, pero siempre debes recordar que lo que nosotros sufrimos al verla así, no es nada en comparación a lo que sufría ella día tras día.

Más tarde pasaría por diversas etapas, muchas de ellas de un odio irrefrenable hacia mi padre, pero en aquella primera conversación —la más importante que tendríamos en nuestra vida—, lo entendí.

—La policía ha venido a buscarme, Johnny. Tengo que enfrentar las consecuencias que impone la ley. Porque que uno no esté de acuerdo con las leyes no da derecho a desobedecerlas. Entiendes eso, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. La tía Audrey vendrá a vivir con vosotros, pero será tu hermano quien te guíe cuando yo no esté en casa. Confía en Mark y escúchalo siempre.

Asentí. Por supuesto, tampoco me daba cuenta de que había en las palabras

de mi padre una decisión posterior ya tomada, o por lo menos cobrando forma en su cabeza.

—Dame un abrazo —me dijo, y me estrechó entre sus brazos con fuerza.

Hasta ese momento yo no había llorado. No por falta de ganas sino porque mi cerebro estaba suficientemente convulsionado como para ocuparse de mi cuerpo y de sus emociones. Sin embargo, en ese momento, envuelto en sus brazos, respirando su característica colonia Old Spice, no pude evitarlo y rompí en llanto. Las frases que acababa de pronunciar empezaban a calar en mi mente.

La policía ha venido a buscarme. La tía Audrey vendrá a vivir con vosotros.

Mi padre me apartó con suavidad. Él no lloraba, pero tenía los ojos enrojecidos.

—Estoy muy orgulloso de ti, Johnny. Ahora ve a tu habitación. Mark está esperándote.

Le hice caso, y una vez arriba observé desde la ventana.

No fue una detención de película. Mi padre salió de la casa y entró voluntariamente en el coche patrulla.

Al llegar a casa dejé la memoria USB sobre la mesa y me la quedé mirando como si se tratara de una singularidad en el universo.

Desestimar el vídeo nunca fue una opción real. Una parte de mí estaba convencida de que lo mejor que podría hacer era aplastar con la suela del zapato esos circuitos insignificantes, pero la sensatez nunca ha sido mi amiga favorita.

Introduje la memoria en el puerto USB del portátil y una ventana emergente me preguntó si quería reproducir el vídeo. Todo era tan sencillo hoy en día. *¿Quiere destruir el universo entero? Presione ENTER.*

El vídeo comenzó y de inmediato reconocí la sala de Meditek donde Maggie, Mark y yo nos habíamos reunido la última vez.

A diferencia de la ocasión anterior, la mesa estaba completamente despejada, por lo menos la parte que era visible. No había ninguna persona en la imagen. La cámara se movió frenéticamente hasta que encontró su posición definitiva y entonces la imagen quedó perfectamente quieta. A juzgar por el ángulo, la cámara estaba apoyada sobre la mesa.

Entonces Mark, que evidentemente había estado operando la cámara, apareció de espaldas, después giró y se sentó en la cabecera. Verlo me produjo un *shock* inmediato, palpitaciones y el deseo irrefrenable de echarme a llorar. Ya he dicho que me considero un tipo fuerte, pero evidentemente no lo suficiente como para reencontrarme con mi hermano tan pronto, y en circunstancias tan particulares. Era como si él pudiera verme..., como si supiera que iba a ser yo el espectador al otro lado de la cámara. Mark no sonreía, pero tampoco estaba triste. Estaba concentrado.

Mark tenía puesta una camisa blanca de vestir con los dos botones superiores

desabrochados. Se arremangó y abrió una delgada carpeta que había traído consigo, todo con movimientos calculados y sin el más mínimo apuro. Estudió las notas que tenía delante y se aclaró la garganta.

—Cuando mamá enfermó de ELA siempre vi la enfermedad en términos de costes y beneficios, una compleja ecuación con múltiples variables. El dinero que mi padre gastaba en tratamientos médicos, incluso en curas milagrosas, era una de las variables más fáciles de medir, por supuesto, pero también había otras: el sufrimiento de mi propia madre, el de mi padre..., el de Johnny.

Una gruesa lágrima bajó por mi mejilla. Escuchar a Mark era de por sí suficientemente doloroso, pero escucharlo referirse a mi madre era casi imposible de soportar. Intuí lo que diría a continuación.

—Pero la razón por la que la maté no fue el resultado de una compleja ecuación.

Extendí el brazo y presioné la barra espaciadora. El vídeo se detuvo. La temperatura de mi cuerpo bajó varios grados, o eso me pareció.

Tenía que seguir escuchando, por supuesto, conocer sus razones.

Papá asumió la culpa por algo que no hizo.

No, no *algo*. Un asesinato. El asesinato de su propia esposa.

—¿Qué has hecho, Mark? —musité.

Me estiré y presioné la barra espaciadora nuevamente, esta vez con bastante más fuerza de la necesaria.

—Cuando empecé a trabajar en la gasolinera durante el turno de tarde para ayudar con los gastos de la casa, mi plan original era que papá no se enterase, pero desde luego ese plan era inviable. En primer lugar, Frank Cassonwitz era conocido de mi padre y no iba a mantener un secreto semejante, especialmente porque la razón por la que accedía a que un chico de dieciséis años trabajara unas horas en su negocio era porque le debía a mi padre algunos favores. Además, estaba el hecho de que mi trabajo era atender el pequeño almacén, y si bien muchos eran clientes de paso que paraban en la ruta para abastecerse, otros eran residentes de Carnival Falls y tarde o temprano hablarían. Así que finalmente convencí a mi padre para que me permitiera trabajar. Fue difícil, porque en lo que se refiere a Ed Brenner sólo su enorme corazón competía con el tamaño de su ego. Le dije que no interferiría con el estudio y que utilizaría ese dinero para mis gastos y los de Johnny.

»En la gasolinera hacía casi de todo, desde atender el almacén, limpiar los baños, revisar los neumáticos de los clientes, todo salvo el expendio de combustible. Frank me dijo que tenía sus razones para esto último, aunque no llegó a compartirlas conmigo. Mi mejor conjetura era que no quería herir la susceptibilidad de Ronald Matkin, un viejo grandote y callado que era empleado de la gasolinera desde que el padre de Frank había iniciado el negocio en los años setenta. Mi relación con Ronald fue tensa al principio precisamente por este motivo, lo cual fue un problema, porque Frank no estaba casi nunca y yo tenía que convivir con el viejo.

En algún momento bajé la vista y sólo escuché la voz de Mark. Poco o nada conocía de sus días en la gasolinera de Cassonwitz. Lo que escuchaba era completamente nuevo para mí.

—Con el correr de los días, Ronald se dio cuenta de que yo era cualquier cosa menos una amenaza; no estaba allí para quedarme los próximos cuarenta años y ocupar su lugar, lo cual fue suficiente para que entre nosotros empezara a gestarse una convivencia pacífica. Además, yo me ocupaba de las tareas pesadas, que él no sólo detestaba sino que a sus casi setenta años empezaban a ser una limitación. Ronald se ocupaba exclusivamente del expendio de combustible, aguardaba sentado en una butaca vieja junto a la conservadora de hielo y se levantaba con calma cada vez que llegaba un coche. Todos conocían a Ronald, y Ronald los conocía a todos. Al cabo de un mes el viejo estaba más que satisfecho con nuestra dinámica; nunca me lo dijo, porque de las pocas palabras que Ronald pronunciaba casi ninguna estaba reservada para describir sus estados de ánimo. Pasaron semanas enteras sin que supiera una sola cosa personal de él; intuía que era viudo, pero nada más.

»Hasta que un día, estábamos solos y había muy poco trabajo, y Ronald me preguntó por el estado de mi madre. Yo no le había dicho nada, así que supuse que Frank lo había puesto al corriente de la situación. Se lo conté muy brevemente y él asintió en los momentos clave pero no dijo gran cosa. No puedo decir que llegué a conocerlo en profundidad, pero había en él cierta sabiduría a pesar de haber trabajado en esa misma gasolinera toda su vida. Entonces, al terminar, me contó su propia historia, y para mí fue importante porque sé que no lo hacía con todo el mundo. No sé si lo hizo porque sintió que tenía que compartir algo privado después de que yo lo hiciera o si, efectivamente, se

estaba forjando entre nosotros un vínculo especial. Me gusta pensar que se trató de una mezcla de las dos cosas.

»Me confirmó que era viudo. Viudo desde hace medio siglo, me dijo. Al principio pensé que era una broma, porque nadie podía ser viudo durante cincuenta años, tenía que ser una especie de récord. Conoció a Marcia en la escuela primaria, me dijo. Fue su primera novia y a los dieciocho años ella se quedó embarazada. Se casaron, porque eso dictaban las reglas en ese momento. El padre de Marcia era un irlandés iracundo al que Ronald catalogó como *gigante*, así que no quiero ni pensar lo que debía de ser ese hombre. La cuestión es que tuvieron una conversación y, por supuesto, Ronald tenía que ocuparse de su nueva familia, buscar un empleo, un sitio para vivir. Alquilaron una caravana y Ronald empezó a trabajar en el aserradero de día y en la gasolinera de noche. Su turno terminaba a la una de la mañana. Su hija ya había nacido, se llamaba Becky y tenía tres meses cuando Ronald regresó a casa una noche de mucho frío. Encontró a Marcia y a Becky en la cama rebatible de la caravana, acurrucadas y envueltas en la manta. Se acostó con ellas y cayó rendido. Unas pocas horas después despertó sobresaltado, Marcia gritaba. Becky estaba muerta. El médico les dijo que la niña había muerto por asfixia. Me dijo que ahora los médicos se habían humanizado un poco —sólo un poco, bromeó—, pero que en ese entonces se manejaban con cierta impunidad verbal, y que abiertamente les dijo que había sido muy poco responsable de su parte acostarse con una niña tan pequeña en una cama que no tenía las dimensiones adecuadas. Ronald era joven y estaba muy asustado, pero en otro contexto le hubiera partido la cara a ese médico por hablarle así a Marcia. Unos meses después, Marcia se arrojó a las vías del tren y Ronald nunca volvió a formar una familia. Se responsabilizaba por vivir en esa caravana insignificante sin espacio para nada. Su único aliciente era que Becky había tenido una muerte piadosa; no podía decir lo mismo de Marcia y era algo que nunca se perdonaría.

Mark tenía algunos apuntes, pero era evidente que recordaba con cierta facilidad la mayoría de los detalles ocurridos hacía bastante más de una década.

Detuve el vídeo, en parte para ver cuánto tiempo faltaba y en parte para reponerme. Acababa de escuchar de dónde había tomado Mark la idea para su plan.

—Fue después de la conversación con Ronald cuando finalmente lo entendí. Era de noche y estaba con mi madre. Ella me indicó la letra C, y yo adiviné la palabra al primer intento: *cansada*. Luego me indicó la letra A: *almohada*. En otro contexto hubiese hecho lo mismo de siempre, asumido que ella quería que le quitara una de las almohadas para descansar en una posición más confortable. Pero en ese momento me la quedé mirando..., y ella supo lo que yo estaba pensando, y entonces pestañeó una vez.

Detuve el vídeo. Tardé unos segundos en recomponerme mínimamente para poder seguir.

—Mamá estaba cansada de vivir de aquella forma, eso no era nuevo; lo nuevo era lo que me estaba pidiendo. Al principio no lo consideré seriamente. ¡No iba a matar a mi madre! Pero entonces algo sucedió, unos días después. Llegué a casa y me encontré a Johnny acomodando las almohadas en la silla que estaba en el rincón; me explicó que últimamente mamá se cansaba rápido y le pedía cosas sin sentido. Cuando le pregunté a qué se refería me dijo que le había dicho, siempre por intermedio de sus paneles, que le pusiera una almohada *encima* del rostro.

Había muchas cosas que no recordaba de aquellos días; mi memoria no era la de mi hermano, y además yo era bastante más pequeño. Aquel episodio había sido borrado de mi mente, y pensarlo en estos términos me dio un escalofrío. Claro que era perfectamente lógico, porque para mí aquellas palabras habrían

sido un desvarío.

—¿Cuánto tardaría mi madre en pedírselo a Johnny con más claridad? ¿A qué grado de desesperación debía de haber llegado para pedirle a su hijo de once años que le quitase la vida? Sólo entonces me permití pensarlo seriamente. Era su vida; sufría día tras día y, sin embargo, eran los médicos, mi padre y nosotros los que decidíamos que debía seguir soportando ese calvario. Todos decidíamos..., menos ella. Pensé que, quizás, mi empleo en la gasolinera y la historia de Marcia aplastando a su hija Becky mientras dormía, tenían un propósito. Durante una semana lo analicé desde todos los ángulos. Y un día decidí hablar con mi madre. Fui a su habitación y le dije que creía entender la situación, que iba a respetar su voluntad. Ella me dijo que nada quería más que irse de este mundo, que no soportaba que la viéramos así, que sabía cuánto estaba afectando a papá. Me dijo que si pudiera hacerlo, lo haría ella misma. Le prometí que lo haría esa misma noche, con la almohada, como ella quería. Y eso hice.

Estaba horrorizado. En algún momento me había llevado la mano a la boca, apretándome los labios con fuerza. No podía dejar de pensar en Mark, en la cruz con la que había tenido que cargar durante todos estos años.

—El día de la detención de papá, justo antes de que la policía se lo llevara, él habló conmigo en la cocina. Me dijo que íbamos a tener una conversación adulta, que confiaba en mí lo suficiente para saber que entendería lo que iba a decirme. Hasta ese momento yo no tenía idea de que había una investigación en torno a la muerte de mi madre, pensé que todo era parte del trabajo de rutina. De modo que fue una sorpresa absoluta saber que Harrison vendría a detenerlo por el asesinato de mi madre; cuando me lo dijo abrí la boca para decir algo pero me detuvo con un ademán. Hubo algo en su mirada, una especie de entendimiento mutuo. No se anduvo con rodeos. Me dijo que mamá le había pedido varias veces que hiciera lo que yo había hecho, que estaba orgulloso de mí porque él no había tenido las agallas para satisfacer su voluntad. Me aseguró que iba a hacerlo tarde o temprano, que sabía que mamá lo deseaba más que nada en el mundo y que su mayor anhelo era que la recordásemos como era antes, cuando regaba las plantas, cocinaba el pavo de Acción de Gracias o leía esos libros de historia que tanto le gustaban, y que cada minuto que pasaba postrada en esa cama no hacían más que reemplazar esos recuerdos. Mi padre me dijo algo ese día que nunca me

ha abandonado, y creo que es la forma más clara de explicárselo a alguien que no ha visto de cerca los estragos de una enfermedad terminal. Es como ver la muerte a cámara lenta, me dijo. Y yo estaba absolutamente de acuerdo.

—Yo también, hermano —dije en voz alta.

Hacía años que no pensaba en la conversación que Mark y papá habían mantenido en la cocina. Siempre asumí que se trató de una versión más extensa y madura de la que yo había mantenido con él, siendo Mark el mayor y todo eso. Ahora comprendía que lo que había sucedido detrás de aquella puerta mientras yo escuchaba *On and on* de ABBA había sido una conversación mucho más delicada. Mi padre le había dicho que iba a afrontar las consecuencias de lo que no se había atrevido a hacer.

—Papá me dijo que él era el responsable de la muerte de mamá, que iba a entregarse a la policía y que yo debía ocuparme de Johnny. Me dijo además que él ya se estaba haciendo viejo, que todo lo que había querido en la vida ya lo había conseguido, que estaba orgulloso de su familia y que desde que mamá había enfermado le costaba encontrar una motivación para seguir adelante. En cambio Johnny y yo teníamos todo por delante, me dijo, todo por hacer, y que su deseo más profundo era que pudiéramos formar una familia como la de él. Me dijo que si bien la tía Audrey nos ayudaría, Johnny iba a ser mi responsabilidad a partir de ese momento. Me hizo prometerle dos cosas. La primera fue que nunca le diría a nadie lo que acabábamos de hablar..

Mark se detuvo. Era la primera vez que se quebraba. Había relatado todo con temple de acero y ahora agachaba ligeramente la cabeza y cerraba los ojos. Mantuvo silencio unos segundos. Quedaban menos de dos minutos de grabación.

—Cuando terminó de hablar me puse de pie y él hizo algo que nunca había hecho antes. Me extendió la mano y yo se la estreché. Fue su forma de decirme que me consideraba un hombre y que confiaba en mí. Cuida a Johnny, volvió a decirme, esta vez con una pizca de advertencia en su voz.

»Me hizo prometerle otra cosa: me dijo que él no iba a estar mucho tiempo más, y que yo nunca debía culparme por ello. Y entonces lo vi con claridad. Todo lo que acababa de decirme tenía mucho más sentido, no como las palabras de un hombre que está a punto de ir a prisión para ver a sus hijos esporádicamente, sino como las de alguien que se despide para siempre.

Abril de 2001

Mi tía Audrey se mudó a casa dos días después de que se llevaran a mi padre. Lo hizo de buena gana; siempre se quejaba de que no la visitábamos más a menudo y ahora nos tendría todo el tiempo para ella. Nunca tuvo hijos, ni pareja —hasta donde tengo entendido—, y siempre le agradeceré esos años, porque no sé qué hubiera sido de nosotros hasta que Mark cumplió la mayoría de edad. Muchos años después, tía Audrey me confesó que unos pocos días antes de la muerte de mi madre, mi padre la llamó y le hizo una serie de preguntas extrañas. Estaba pensando en redactar un testamento y le gustaría que ella fuera nuestra tutora legal, en caso de que a él le pasara algo. Tía Audrey le hizo jurar por el abuelo Joseph que no tenía una enfermedad grave ni estaba teniendo ideas disparatadas. Mi padre le mintió, por supuesto.

Los años siguientes fueron difíciles, no tiene sentido negarlo. Transitar la adolescencia con una mochila tan pesada no es sencillo. En la escuela hablaban de mi historia —adornada con todo tipo de detalles estrambóticos—, y lo cierto es que no hubiera podido salir adelante de no ser por el apoyo de Mark, que siempre estuvo a mi lado, firme como una roca, de mis amigos y de la tía Audrey. Mark rechazó las mejores universidades para quedarse a mi lado. Ross y Maggie me defendieron incondicionalmente. Tía Audrey dedicó su vida a nosotros, siguió sin tener novio porque decía que Mark y yo éramos lo único que ella necesitaba para ser feliz, y nunca habló de mi madre de un modo negativo —aunque en el pasado habían tenido sus diferencias—. Fue Audrey la que más

me alentó a seguir adelante con mi pasión por el dibujo.

Thomas Harrison, por entonces comisario de Carnival Falls, llegó a casa un viernes por la tarde. Yo estaba solo porque Mark había ido con tía Audrey a comprar varias cosas que ella necesitaba para mudarse. El salón estaba repleto de cajas que ella había traído desde Hawkmoon.

Como obsequio de bienvenida —y como un intento de alegrarme, supongo— Audrey me había regalado una caja de cuarenta lápices Caran d’Ache. Yo estaba fascinado con esos lápices, o al menos todo lo fascinado que puedes estar con algo cuando acabas de perder a tu madre. Por esa época dibujaba animales casi exclusivamente, incluso insectos que capturaba en frascos y que copiaba mientras estaban vivos. No me gustaba copiar fotografías.

Ese día dibujaba un conejo, cuando la silueta de Harrison se recortó en la ventana. Me recorrió un escalofrío.

—Perdón, Johnny —se disculpó—. No vi el coche y pensé que no había nadie en casa.

Paseó la vista por el salón, por las pertenencias de Audrey, y entonces pude advertir que su expresión no era la misma de siempre, que había una pátina de tristeza en su semblante normalmente severo. Un abatimiento.

Mi lápiz gris se quedó clavado en la oreja del conejo. Lo dejé en la caja y esperé mientras Harrison entraba en la casa y se sentaba a mi lado. Llevaba su uniforme, lo cual por alguna razón me intimidó, aunque conocía a aquel hombre desde la cuna y sabía que era incapaz de hacerme daño.

Harrison fue todo lo cuidadoso y amable que pudo.

—Tengo que darte otra noticia muy triste, Johnny. Tu padre ha tenido que tomar una decisión muy dura...

Ha tenido.

Me sentí indefenso, empequeñecido. Tenía las manos entre los muslos, los hombros encorvados hacia adelante.

—Ed se ha quitado la vida —culminó.

La ausencia de mi madre era difícil de digerir, pero el ELA me había preparado durante meses. Que mi padre se hubiera disparado —por alguna razón asumí que eso era lo que había sucedido—, era algo imposible de asimilar. Me quedé mirando a Harrison, sin poder articular palabra, con ojos horrorizados. Ahora pienso que la dureza de sus palabras debió ser premeditada.

—Ed se ha ido para acompañar a tu madre. No podía verla sufrir así y por eso hizo lo que hizo y ahora está con ella.

Harrison no me explicó en ese momento —ni nunca en realidad— cómo apareció esa escopeta en la celda de mi padre. La versión oficial fue que alguien se la dio, pero nunca supimos quién. Mi padre dejó una nota muy breve pidiéndole a Audrey que se ocupara de nosotros, y en la que nos pedía perdón a Mark y a mí por su decisión, que lo único que lamentaba era no poder quedarse con nosotros.

Pude leer esa nota bastante tiempo después, cuando aceptar lo sucedido estaba empezando a ser un problema. Saberlo de su puño y letra me ayudó un poco. Durante meses apenas hablé con nadie; me sumergí en mis dibujos de insectos, escuché mucho a Pink Floyd y perdí un año en la escuela.

La mía es una historia de cómo un amor de proporciones descomunales puede ser sustituido. Pierdes una red de contención pero otra igual de resistente te atrapa.

Audrey nos acompañó de manera incondicional hasta que yo cumplí los veintidós años y un infarto se la llevó, cuando ella tenía apenas cincuenta. Tras su pérdida empecé a beber; una estupidez entendible de un joven que no sabe lo que hace y que ha recibido muchos golpes muy rápido. El hecho coincidió con otra partida igualmente dolorosa: la de Maggie a Londres, y el nacimiento de Jennie terminó de arrojarme a un abismo de incertidumbre y miedo. Mi autoestima estaba por esos tiempos en el último subsuelo, y nada me aterraba más que fracasar como padre. Cuando veía a Jennie en su cuna, tan frágil e indefensa, una sensación de angustia me embargaba; la angustia de saber que no estaba a la altura, que lo arruinaría todo de alguna forma y la dejaría sola en el mundo. ¿Os suena esta historia de alguna parte?

A las dos de la tarde del día siguiente estaba sentado en un reservado del White Fedora, un bar que subsistía en el centro de la ciudad muy cerca de la biblioteca municipal. Maggie me llamó al móvil y atendí tras un momento de vacilación.

—¡John! ¿Dónde estás?

—En el White Fedora. No te preocupes, no he cometido ninguna estupidez.

Levanté el té helado que estaba bebiendo, como si Maggie pudiese verlo.

—Te he dejado varios mensajes. ¿Estás seguro de que estás bien?

—No he bebido.

Decir que estaba bien hubiese sido una mentira absoluta.

—No entiendo...

—Salí a caminar. Necesitaba pensar, llegué hasta aquí y entré. Carrie Reeves me tiene controlado.

—¿Carrie Reeves de secundaria? ¿John, qué demonios te pasa?

—Trabaja aquí.

—John, necesito hablar contigo.

—¿Quieres...?

—Espérame ahí.

Maggie cortó. Me quedé mirando el vaso de té helado.

Carrie Reeves había sido el sueño de todos mis amigos, y el mío, durante nuestros años adolescentes. Aunque tenía nuestra edad, siempre había estado interesada por chicos mayores que ella. Su padre había comprado el bar como inversión y encomendado a ella la tarea de reflotarlo. No parecía que lo estuviera consiguiendo.

Apenas corté, Carrie volvió a acercarse; el sitio estaba casi vacío.

—¿Qué hay de tu hermano Mark? ¿Sigue casado?

Esbocé una sonrisa torcida.

—Sigue casado. Muy feliz —mentí.

Carrie asintió.

—¿Estás seguro de que no quieres algo para comer? Estamos incorporando postres y sándwiches..., la idea es ir cambiándolo todo poco a poco.

—No me apetece nada, muchas gracias.

—Yo le digo a mi padre que hay que cambiar de golpe, el nombre, la decoración, todo, pero él insiste en hacer las cosas gradualmente. Dice que, a fin de cuentas, los que mantienen el negocio funcionando son los clientes históricos y bla bla bla.

No sé si Carrie terminó su frase de esa forma o si mi cerebro optó por dejar de escucharla.

Maggie llegó en ese momento. Entró, se quitó las gafas de sol y escaneó el lugar como un faro. Levanté la mano.

—¿Ésa es Maggie Burke? —dijo Carrie.

—Es como una reunión aniversario —dije con solemnidad.

Carrie la recibió con los brazos abiertos, como si fueran viejas amigas. Empezó a hacerle preguntas de Londres, del tiempo que hacía que no se veían, una tras otra sin esperar respuesta.

—Tenemos que hablar un tema importante —dijo ella con sequedad.

Carrie se volvió, entre indignada y ofendida.

—¿Vas a querer algo para beber, Maggie?

—Una cerveza —dije yo—. Tráele una cerveza.

Carrie me evaluó.

—Puedo soportarlo, Carrie —dije cansinamente.

Cuando nos quedamos solos, Maggie volvió a preguntarme qué rayos hacía allí y no pude darle una respuesta satisfactoria. No tenía ni idea. Apenas había dormido y durante la mañana me había resultado imposible quedarme en casa. Eso llevó a relatarle lo sucedido el día anterior, la visita a Darla y el vídeo de Mark en la memoria USB.

—No tengo palabras, John.

Me encogí de hombros.

—Mark tuvo que vivir con eso todos estos años —dijo más para sí que para

mí—, el ruego de Silvia, el peso de semejante decisión, y luego...

—El suicidio de mi padre —terminé la frase—. ¿Cómo vives con todo eso encima?

—Francamente, no lo sé. ¿Y tú crees que esa grabación era para borrar los recuerdos con ESH?

—Lo he pensado, pero no tiene mucho sentido si vas a quitarte la vida. Creo que es una confesión. Quizás se arrepintió en el último momento.

—Johnny, estoy temblando. Todos estos años...

Negué con la cabeza. Seguir pensando en eso me volvería loco. No había hecho otra cosa desde que lo había visto.

—Dime lo que tenías que decirme, Maggs.

Maggie levantó las cejas en un gesto que no pude descifrar. Asintió en silencio.

—Esto se vuelve más extraño cada minuto —me advirtió.

Su tono de voz me preocupó.

—Dispara.

—Ayer fui a ver a Val —dijo ella—, nos pusimos al día, conocí a su familia, y regresé a casa alrededor de las diez y media. El club B estaba reunido en casa, los vi desde fuera y decidí entrar por la cocina para no molestarlos. Desde el pasillo escuché a mi padre alzar ligeramente el tono de voz. Me quedé un segundo escuchando..., porque hablaban de ti.

—¿Qué decían?

—Estaban discutiendo acerca de qué hacer con algo en concreto, no llegué a escuchar esa parte. Mi padre decía que no estaba de acuerdo y Harrison que sí. Richard no decía nada. Pero entonces Bill dijo lo siguiente: «Lo único que puede salvar a Johnny está en la cabaña de Gustafsson, así que sugiero que volvamos a pensarlo».

—¿Quién demonios es Gustafsson?

—Yo puse la misma cara.

—¿Y a qué cabaña se refieren?

—Harrison dijo que evidentemente no iban a ponerse de acuerdo, que ése era el problema de ser cuatro. Entonces Bill sugirió ir a la cabaña a la mañana siguiente.

Maggie suspiró.

—¿Seguiste escuchando?

—*Giri* apareció de repente y casi me da un susto de muerte. No grité pero golpeé una lámpara con fuerza. Me escucharon y callaron.

—¿Se dieron cuenta de que estabas allí?

—No lo creo. En todo caso culparon a la maldita gata.

—¿Se referían a salvarme de Frost? Mark siempre me advirtió de que sospechaba que Harrison sabía algo más. ¿Y qué es eso de la cabaña?

—¿Desean algo más?

La voz de Carrie casi me mata del susto. Me volví y allí estaba ella.

—No, Carrie, no queremos nada —se anticipó Maggie al ver mi rostro.

—Puedo ofrecerles un...

—Carrie, por favor —la interrumpí.

Carrie se marchó. Maggie sacó el móvil del bolso y empezó a buscar algo con su destreza habitual.

—Hoy me levanté a las seis —dijo sin quitar la mirada de la pantalla— y escondí mi móvil debajo del asiento de la furgoneta de mi padre. Mi padre regresó al mediodía, y mi móvil seguía debajo del asiento.

Me exhibió el móvil.

—Ésta es la ruta que siguieron, y ese punto de allí es la cabaña.

El punto en cuestión estaba en el corazón del bosque, una zona peligrosa y sin cobertura móvil conocida como el triángulo de las bermudas.

Aparqué el Honda en mi casa y de inmediato supe que algo no estaba bien. Maggie abrió la puerta pero se quedó quieta al advertir mi preocupación.

—¿Qué?

Le señalé la puerta del garaje. Estaba entreabierta.

—¿Estás seguro de que estaba cerrada?

—Bastante seguro. Quédate dentro.

Maggie me aferró el brazo antes de que yo pudiera abrir mi puerta.

—No. Llama a la policía. Larguémonos de aquí.

Lo pensé un segundo. Si hay algo que no quería era atraer la atención de la policía, especialmente de manera innecesaria. ¿Estaba realmente seguro de que la puerta había quedado bien cerrada? Maggie cerró la puerta con suavidad, instándome a tomar la decisión correcta.

—Déjame ir a echar un vistazo —dije, su mano todavía aferraba mi brazo—, si veo algo extraño no haré nada, doy media vuelta y regreso inmediatamente.

Maggie me miró con ojos horrorizados.

—No, Johnny, no quiero quedarme aquí sola.

Apoyé mi mano sobre la de ella y la dejé un momento. Asentí buscando inspirarle confianza.

—Será sólo un momento.

Abrí la puerta con cuidado. La tierra estaba mojada por la tormenta del día anterior, por lo que era casi imposible llegar al porche sin dejar huella, y a simple vista no vi ninguna. Caminé hacia el garaje, examinando las ventanas de la segunda planta. Si alguien estaba en la casa habría escuchado el coche, por lo que estaría perfectamente al corriente de nuestra llegada. No tenía mucho sentido

escondarse.

Cuando llegué al garaje eché un vistazo rápido al interior. Estaba oscuro y no quería arriesgarme encendiendo la luz. No vi pisadas y la cerradura no evidenciaba signos de haber sido forzada. Escuché un ruido detrás de mí y al volverme vi que Maggie se acercaba. Sus labios formaron la palabra «perdón». La esperé y le dije que iba a dar la vuelta a la casa. Ella asintió y me siguió. Cuando llegamos a la ventana de la cocina nos asomamos justo a tiempo para ver a un hombre corpulento caminando a toda velocidad.

Nos ocultamos detrás del marco.

Maggie me aferró la camisa y se apoyó fuerte contra mi pecho.

—Mierda, Johnny, ¿tenía un arma? Era un arma, ¿verdad?

—Cálmate, no nos ha visto —le dije al oído.

Había visto el rostro del tipo apenas un segundo pero estaba seguro de que no lo conocía. A pesar de la gorra que llevaba puesta, la mala iluminación y el poco tiempo que había permanecido frente a nosotros, sus facciones parecían fácilmente reconocibles: nariz pequeña, frente prominente; también su andar era particular, con los hombros subiendo y bajando a cada paso.

Señalé en dirección al bosque.

—Vamos al promontorio.

Había un trecho en el que estaríamos desprotegidos, pero lo mismo daba.

Maggie seguía aferrada a mí. Temblaba.

—Tenemos que movernos ahora mismo —le insté—. No podemos esperar.

Ella asentía, pero era incapaz de moverse.

Si el intruso iba en dirección a las escaleras, era perfectamente posible que ya estuviera en la segunda planta. Era difícil saberlo sin conocer sus intenciones.

Finalmente Maggie recuperó parcialmente la compostura y se separó de mí. Le di la mano y corrí con ella en dirección al promontorio. En cuanto estuvimos bajo el amparo de los árboles nos detuvimos. Nadie nos seguía. Desde donde estábamos ya no era posible ver la casa.

—Llama a la policía.

Saqué mi móvil del bolsillo y marqué el 911.

Me respondió una operadora a la que le describí rápidamente la situación, le di mi dirección y el nombre. La mujer me preguntó si estaba a salvo donde me encontraba y si estaba solo. Le expliqué que estaba con otra persona y que sí,

que estaba a salvo. Ella me dijo que me quedara donde estaba hasta que llegaran las autoridades.

Corté la comunicación y abracé a Maggie.

—Conozco a ese hombre —dijo ella, ahora que había recuperado algo de calma.

La aparté ligeramente.

—¿Quién es?

—Es Raymond Marrel, el padre de Paula.

Apenas terminó la frase escuchamos cómo la puerta de atrás se abrió violentamente y a continuación un grito furioso.

—¡Alto!

No hubo tiempo ni necesidad de discutir lo que haríamos a continuación. Corrimos en dirección noroeste, rodeando el promontorio. Maggie tenía un buen estado atlético y yo conocía el bosque como nadie, y además teníamos una ventaja de unos cincuenta metros, quizás más. Evidentemente el tipo nos había visto desde una de las ventanas de la segunda planta, de otra manera no se explicaba que hubiese salido tan rápido y gritara en nuestra dirección.

Raymond Marrel.

Yo iba adelante; necesitaba evaluar cuál era la mejor opción y no podíamos darnos el lujo de retroceder. Cada tanto me volvía para ver si Maggie estaba bien y ella me devolvía un pulgar en alto. No sé si era el susto o que efectivamente se había mantenido en forma todos esos años, pero no parecía sentir el esfuerzo. Avanzamos al máximo de nuestra capacidad durante unos tres o cuatro minutos. Entonces extendí la mano derecha para indicarle a Maggie que abandonaríamos aquella senda; nuestras pisadas eran perfectamente distinguibles en el lodo. Necesitábamos despistar a nuestro perseguidor.

Si mis cálculos eran correctos, y estaba seguro de que lo eran, podríamos internarnos y avanzar hacia el norte medio kilómetro y después hacia el este hasta la planta abandonada. Era una zona con mucha vegetación y, lo más importante, no había senderos peatonales.

Maggie hizo una mueca cuando debió introducir sus sandalias en las plantas rastreras que nos llegaban hasta las rodillas. Aunque yo no llevaba botas, mi calzado era mucho más apropiado que el de ella. Maggie tenía una aprehensión especial por las serpientes, y si había un sitio donde podíamos encontrarlas era

entre aquellas plantas. Cuando éramos chicos, Maggie solía decir que prefería toparse con un oso negro enfurecido antes que con una serpiente.

Llegar hasta la planta abandonada desde mi casa era sencillo si uno seguía el camino directo. Lo que nosotros habíamos hecho era un rodeo para acceder desde el norte. Si nuestro perseguidor era tenaz estaría en ese momento avanzando en la dirección incorrecta. No habíamos vuelto a escucharlo, y ésa desde luego era una buena noticia.

Nos detuvimos en la parte de atrás del edificio abandonado. Unos años antes había sido posible entrar y recorrer la deteriorada estructura, incluso lo que había sido la sala de máquinas. En 2001 un niño murió en extrañas circunstancias y las autoridades clausuraron todos los accesos al edificio. La medida, lejos de desanimar a adolescentes intrépidos, lo volvió un desafío mucho más interesante. Maggie y yo lo sabíamos perfectamente porque habíamos formado parte de esos grupos en busca de lo prohibido.

Maggie buscaba algo en el móvil.

—¿Qué haces?

—Voy a mandarle una nota de audio a Ross. Alguien tiene que saber que estamos aquí.

La policía estaría por llegar a mi casa. Si Marrel había regresado, en el mejor de los casos se asustaría y huiría.

—¿Cómo conoces a Marrel?

Maggie guardó el móvil.

—Vamos al bosque, no estamos seguros aquí. Menos con esa camiseta multicolor que traes.

Caminamos hasta el bosque, recuperando el aliento. Maggie me sorprendió una vez más:

—A Marrel lo he visto en internet. El Facebook de Paula se ha convertido en un sitio de oraciones y sus padres son bastante activos. De alguna forma han tomado el control y lo han utilizado para llegar a todos los contactos. Raymond Marrel incluso ha publicado un par de vídeos pidiendo por su hija, por cualquier información que pudiera conducirlos a ella. Parece un hombre tranquilo y honesto.

La miré con tristeza. Y ella desde luego lo advirtió.

—Lo siento, Johnny. Ross y yo decidimos que no tenía sentido contártelo.

Son dos padres desesperados por encontrar a su hija, no creo que sean mala gente.

Asentí.

—Vamos a esa cabaña —dije.

Maggie se mostró sorprendida.

—¿Ahora?

Prácticamente no conocía el bosque más allá del triángulo de las bermudas. Era una zona escarpada, con lagos pequeños y cursos menores, y resultaba lógico que el padre de Maggie hubiese llegado hasta allí en furgoneta; mi Honda no hubiese tenido la más mínima oportunidad.

Durante el trayecto, Maggie me contó un poco más sobre Raymond Marrel. Trabajaba en una compañía de seguros, un detalle que ella recordaba específicamente porque al escucharlo en los vídeos que habían grabado para encontrar a su hija le había parecido un tipo transparente y bien intencionado, casi una cualidad incompatible con un empleado de una aseguradora. No era el tipo que uno imaginaría vagando con un arma en propiedad ajena. Y sin embargo, allí estábamos nosotros, huyendo de él.

Mi móvil dejó de tener cobertura y el de Maggie marcaba apenas una línea. Antes de seguir adentrándonos le envió a Ross otra nota de voz:

—Johnny y yo estamos a punto de entrar en el triángulo de las bermudas. Te enviaré las coordenadas del sitio al que nos dirigimos. Es una historia larga y todo ha sido un poco vertiginoso; creemos que está relacionado con lo que ya sabes. No hace falta que vengas, sólo queremos que estés al tanto; volveremos a ponernos en contacto por la noche. No hables con mi padre ni con nadie del club B, puede que ellos sepan algo que nosotros no. Y una cosa más: vimos a Raymond Marrel en casa de Johnny y hemos llamado a la policía. Estamos bien, Ross. No corremos peligro.

Maggie esperó.

—Mierda..., la señal es malísima. La nota no sale. Quizás si regresamos un poco... Preferí no decirle a Ross que Marrel estaba armado.

—Me parece bien. Inténtalo de nuevo.

Maggie sostuvo el móvil en alto durante unos segundos. Cuando volvió a mirar la pantalla celebró con el puño cerrado.

En unos minutos estábamos ingresando en el triángulo de las bermudas. No era la primera vez que lo hacíamos, desde luego, aunque sí como adultos, y lo cierto es que, como sucedía siempre, había algo allí que era diferente al resto del bosque, como si el peligro fuera más palpable. Más allá de la falta de cobertura celular no había nada diferente; pero aun así era inquietante.

—Mi móvil está oficialmente muerto —dijo Maggie.

—De vuelta a los noventa —anuncié.

Dos veces nos detuvimos al escuchar ruidos extraños, y las dos veces los atribuimos a animales u otras cuestiones que nada tenían que ver con nuestro perseguidor. La primera vez simplemente nos quedamos quietos a la espera de que el sonido se repitiera, sin poder identificarlo realmente; la segunda, en cambio, fue algo mucho más sobrecogedor: la succión que produce un objeto al entrar y salir del agua. Habíamos cruzado un canal estrecho hacía apenas un minuto y eso hizo que nos pusiéramos alerta. Lo cierto es que no creíamos que Raymond Marrel pudiera habernos seguido todo ese tiempo sin ser visto, por lo que asumimos que tenía que ser algún animal o, en el peor de los casos, otra persona o grupo de personas. Una cosa que habíamos aprendido de niños era que si corrías algún riesgo en el bosque, lo peor que podías hacer era huir y arriesgarte a perder el sentido de la orientación. Con el advenimiento del GPS esto último había dejado de ser un problema, siempre y cuando contaras con batería suficiente. De todas formas, Maggie y yo conservábamos ese aprendizaje adquirido en nuestra niñez. Si corres peligro: escóndete. Escóndete bien.

Nos ocultamos en unos arbustos.

—¿Qué hacemos aquí, Johnny? —dijo Maggie—. Ya no tenemos doce años.

—No lo sé.

Esperamos veinte minutos y lo único que conseguimos fue que nos dolieran las rodillas. No vimos ni escuchamos a nadie en las inmediaciones. Salimos de nuestro escondite sintiéndonos un poco estúpidos.

El GPS nos indicaba que estábamos a cuatro kilómetros en línea recta de nuestro objetivo, pero cualquiera sabía que la distancia por recorrer era bastante más que eso. También que el tiempo estimado para llegar a pie era totalmente

engañoso.

—Vamos a tener que hacer una parada técnica —anunció Maggie cuando retomamos la marcha.

—Podrías haber aprovechado... —Señalé hacia los arbustos.

—Ja ja..., muy gracioso. No sabía de esto cuando ordené esa cerveza.

Habíamos llegado a un desfiladero que discurría en dirección norte sur. Nos dirigíamos hacia el este, de modo que debíamos desviarnos un poco y rodear esa meseta, o escalar la pendiente.

—No hay forma de que pueda subir por allí ahora mismo.

Maggie regresó unos metros y se perdió entre los arbustos. Yo escalé la pendiente unos metros y elegí un árbol para hacer lo mío. Regresé y no vi a Maggie.

Unos minutos después empecé a preocuparme.

—¡Maggie!

¿Por qué se alejaría tanto?

A unos diez metros había unos arbustos muy similares a los que nos habían servido como escondite un rato antes: bayas y helechos. Me acerqué a toda velocidad. En cuanto los rodeara vería a Maggie en cuclillas, mirándome con expresión entre indignada y divertida:

¿Justo ahora? ¿En serio?

Me detuve en seco al encontrarme de frente con Raymond Marrel.

El hombre, que debía de medir al menos un metro noventa, tenía el arma a pocos centímetros del rostro de Maggie.

—Quédate donde estás, Brenner.

Hice lo que me ordenaba. Superada la sorpresa inicial vi que el hombre también estaba nervioso, descargando el peso de una pierna a la otra, su rostro enrojecido y contrariado.

—Mataste a mi hija, así que yo mataré a tu novia —dijo con voz temblorosa.

El arma era un revólver; el cañón temblaba ostensiblemente.

Extendí los brazos hacia los costados, no hacia adelante, porque sabía que Marrel lo podría considerar como un ataque. Procuré no transmitir temor ni adoptar una postura amenazante. Me comporté como si aquel hombre fuera un oso negro y no un vengativo empleado de una aseguradora que había perdido a su hija.

—Cálmate, Raymond —dije avanzando muy lentamente.

¿Era buena idea usar su nombre de pila?

—¡No te muevas o disparo!

Claramente no fue una buena idea. Me detuve.

El cañón del revólver ya no apuntaba al aire sino a la frente de Maggie.

—¡Baja el revólver! —grité. Al diablo la teoría del oso negro.

—Quédate donde estás —dijo Raymond, ahora con calma—, o la mato aquí mismo.

—Se llama Maggie y no tiene nada que ver con esto, ni contigo. Déjala ir. Resolvamos esto tú y yo.

—¡Mi hija tampoco tenía nada que ver! ¡Y tú la mataste!

—Vale, Raymond —dije—, voy a sentarme en esa roca que está allí. No sé quién te ha dicho eso, pero no es así. Yo no le hice daño a tu hija. Quien sea que te haya dicho eso, te ha mentado.

Su rostro mostraba cierta confusión.

—Me sentaré allí —continué mientras me acercaba a las rocas—, y entonces tú y yo podremos hablar. Pero tienes que dejar de apuntar a Maggie con el arma.

—¿Crees que soy estúpido?

—No, Raymond, no creo eso. Creo que quieres saber qué le sucedió a Paula. No sé quién te ha dicho que yo la maté, pero eso no es verdad. ¿Quién te lo ha dicho, Raymond?

Me senté.

El hombretón no tenía una respuesta, lo vi en sus ojos. Seguía cambiando el peso de una pierna a la otra. Cada minuto que pasaba su nerviosismo iba en aumento.

Maggie, por su parte, había conseguido mantener la calma bastante bien dadas las circunstancias. En un momento intercambiamos miradas y me hizo un suave gesto de asentimiento.

—Tú mataste a Paula...—dijo Raymond—, tú y tu hermano.

—Raymond, quiero hablar contigo, de verdad que lo deseo. Estás equivocado y quiero aclararte las cosas. Pero no podemos hablar de este modo. Siéntate aquí conmigo y deja ir a Maggie.

—Yo soy quien dice lo que vamos a hacer. ¡Dime lo que le habéis hecho!

Ya no habla de asesinato..., hemos avanzado.

Raymond Marrel era presa de la desesperación, no un lunático. Lo había juzgado erróneamente desde el principio. Aquél era un hombre destrozado que no soportaba un minuto más la ausencia de su hija. Que no soportaba *no saber*.

—Tengo una hija —dije bajando el tono de voz—, se llama Jennie y tiene cuatro años. Si algo llegara a sucederle, haría lo mismo que tú..., buscaría la respuesta de cualquier forma. Soy un padre y trabajo ilustrando libros para niños, no soy un asesino y no maté a Paula. Si te sientas aquí conmigo, podemos hablar.

Raymond bajó el arma, pero no la guardia.

—Ella se queda con nosotros.

Mi silencio fue una señal de consentimiento.

Raymond seguía agarrando a Maggie por el pecho y avanzaba con ella como si fuera un escudo.

—Permite que ella se siente aquí conmigo —proseguí—, así hablaremos mejor. No intentaremos huir, tienes mi palabra. Si intentamos hacerlo, será un disparo sencillo.

—Un movimiento fuera de lugar y disparo. No tengo nada que perder.

Maggie se sentó a mi lado y Raymond lo hizo enfrente, esta vez apuntándome a mí con su revólver.

—Baja el arma, Raymond. Esas cosas son peligrosas.

Sabía que quizás era forzar demasiado las cosas, pero no podía pensar con claridad con un arma a menos de cincuenta centímetros.

Él observó el revólver como si no terminara de creer que lo estaba empuñando. Finalmente lo bajó, pero sólo un poco. Si se le escapaba un disparo me volaría la rodilla, o algo peor.

—¿Por qué crees que yo tengo algo que ver, Raymond?

—¡No! Ahora te toca a ti hablar, no hacer preguntas. Quiero saberlo todo.

—Está bien..., me parece justo —dije en tono conciliador—. Mi hermano Mark, como imagino que ya sabes, era el dueño del laboratorio donde trabajaba tu hija. Lamentablemente, mi hermano se quitó la vida hace unos pocos días.

Raymond Marrel se movió, incómodo. El cañón del revólver bajó un poco más.

—Durante la recepción se me acercó el agente Frost, al que estoy seguro de que también conoces, y me hizo una serie de preguntas. Ayer regresó y me mostró unas fotografías de Paula aquí en Carnival Falls, cerca de mi casa. Me

dijo que son las últimas fotografías de ella. No sé si ella vino aquí en busca de mi hermano, pero supongo que es posible.

Raymond había dejado de moverse. Me observaba como debía hacer con los clientes de la aseguradora cuando intentaba determinar si le decían la verdad.

—Frost también me dijo —continué— que tu hija tenía mis libros en su casa, los libros de *Busy Lucy*, y entiendo que eso lo haya hecho pensar que quizás había una relación.

—Ella tenía esos libros —confirmó Raymond.

—Mucha gente tiene esos libros —expliqué—, y por supuesto yo no los conozco a todos. Frost lo entendió. Tú lo entiendes, ¿verdad Raymond?

No dijo nada.

—No conozco a tu hija, Raymond.

Aunque aquélla no era técnicamente una mentira, me avergonzó profundamente. Estaba progresando, podía ver la duda y la desesperación en el rostro de aquel hombre. Reforcé la idea:

—Frost se convenció de que esos libros no significan que yo le haya hecho daño a tu hija. De ser así, estaría detenido, ¿no te parece?

—Frost me ha dicho que eres sospechoso.

—¿Y ésa es razón suficiente para presentarse con un arma en la casa de un desconocido? —dijo Maggie con indignación—. ¿Porque Frost te ha dicho que tiene *sospechas*?

Raymond no contestó.

—¡Me has apuntado con un arma! —estalló Maggie.

Súbitamente Marrel había cambiado su actitud por completo. La desesperación se apoderó de él.

—Lo siento.

—Escúchame, entiendo que se trate de tu hija, pero no puedes actuar así. Simplemente no puedes. Me has dado un susto de muerte.

Raymond bajó la vista. El revólver era un trozo de metal lánguido colgando de su mano.

—Ese tipo, Frost, es un impresentable —siguió Maggie—, no me fiaría de él ni un segundo.

La indignación de Maggie parecía genuina, y ciertamente tenía razones para sentirse así. Era posible que estuviera exagerando un poco para desarmar a

Raymond, y lo estaba consiguiendo.

—¿Entonces tú no le ayudaste? —Raymond levantó apenas la vista.

—¿A quién?

—A Mark Brenner. A tu hermano.

—No creo que Mark...

Raymond me detuvo levantando la mano izquierda.

—No sigas. Es tu hermano, y se ha quitado la vida. Sólo quiero que me jures por tu hija que tú no le ayudaste a matar a Paula. Que no sabes dónde está ella.

—Lo juro por mi hija Jennie —dije mirándolo a los ojos.

Raymond Marrel se tomó casi un minuto completo. Durante ese tiempo le sostuve la mirada.

—A ti te creo —dijo por fin apuntándome con un dedo regordete—, me lo has jurado por tu hija y eso para mí es suficiente. Mi intuición a veces falla, pero por lo general es bastante fiable. Y esa misma intuición es la que me dice que tu hermano es el responsable de la desaparición de mi hija. Le pido a Dios que no le haya hecho daño, y que si lo hizo, el paradero de mi hija no se haya ido con él.

Raymond se puso de pie. Tenía los ojos húmedos. Se guardó el revólver en el bolsillo del pantalón. Nos observó largamente, la mirada desencajada.

—Tengo otra hija —dijo más para sí que para nosotros—. Paula era especial. Si la hubierais conocido, quizás me entenderías un poco más.

Dio media vuelta y se perdió en el bosque.

—Perdón por arrastrarte a esta locura, Maggs.

Estábamos a punto de aventurarnos por un sendero con una pendiente de más de cuarenta grados. El GPS nos indicaba que aquél era el camino más corto y habíamos llegado a un punto en que el tiempo era el factor decisivo. Ya eran las siete de la tarde y nuestros planes de regresar antes del anochecer se habían convertido en una utopía. Con suerte llegaríamos justo a tiempo para examinar la dichosa cabaña con luz natural.

Para subir nos valimos de los troncos delgados que crecían en la ladera y de las rocas que afloraban como dientes desgastados. El sol no se había ocultado todavía pero allí entre los árboles las sombras empezaban a multiplicarse.

—Frost ha estado jugando conmigo —dije con pesar, la vista clavada en el suelo—. A estas alturas debe de estar seguro de que Mark mató a Paula y su única intención es saber si yo he sido su cómplice. Tu padre y los demás también lo saben...

—No lo sabemos, Johnny.

Continuamos el ascenso en silencio. Al llegar a la cima nos detuvimos unos minutos en un acantilado a contemplar la inmensidad del bosque. Las copas de los pinos formaban una marea verde que se agitaba con el viento de la tarde. El GPS indicaba que estábamos a menos de un kilómetro de la cabaña. Maggie señaló hacia el noreste y divisamos una zona donde no había vegetación.

—Tiene que ser allí —dijo Maggie.

Bajamos en zigzag hasta la base del acantilado. Un curso de agua discurría en dirección este por un cauce rocoso.

Maggie empezó a descalzarse.

—No vamos a desviarnos —sentenció.

Una familia de ciervos surgió del otro lado del arroyo y nos observó: tres adultos y dos crías.

—Hola, muchachos, vamos a cruzar.

En cuanto pusimos un pie en el agua, los cinco animales se desplazaron coreográficamente hacia la izquierda. El agua estaba templada. Sin embargo, el curso era más profundo de lo que habíamos supuesto. Antes de llegar a la mitad, el nivel del agua nos llegaba a los muslos. Avanzamos despacio hasta llegar a la otra orilla, siempre bajo la atenta supervisión de los ciervos.

Una vez fuera del agua, Maggie comprobó el estado del móvil. A estas alturas dependíamos totalmente de ese cacharro.

—¿Tienes batería suficiente?

—Más del cincuenta por ciento. Todo en orden.

Estábamos en el corazón del triángulo de las bermudas.

Entre los árboles divisamos una construcción pequeña. Nos acercamos dando un rodeo y llegamos a un lago relativamente grande. Lo bordeamos hasta llegar a un pequeño muelle y desde allí a un camino de tierra que nos llevó directamente a la cabaña.

Era una cabaña pequeña de dos habitaciones. En la parte de atrás había una ventana con las cortinas corridas que supusimos sería del dormitorio. En el lado oeste, a través de las dos ventanas con vista al lago, pudimos ver un salón con una cocina adosada. Todo parecía ordenado y bien mantenido.

—Mira.

Maggie señaló en dirección al bosque. Dos huellas de neumáticos se perdían en un sendero estrecho.

En el frente había un pequeño porche con un columpio similar al mío. Golpeé un par de veces la puerta, sin obtener respuesta. Probé el picaporte y la puerta cedió.

Como habíamos supuesto, la cabaña estaba habitada: había platos y utensilios en el fregadero, flores frescas en el centro de mesa, un abrigo de hombre colgado en el perchero. Nos miramos. En el salón había una mesa redonda con varias sillas junto a la chimenea, un televisor antiguo, un sofá y un mueble con puertas y estantes. La decoración era acogedora: un par de cuadros y unas máscaras talladas en madera, obras inequívocas de Harrison. En el sofá encontré una revista: *Sudokus de máxima dificultad*.

Maggie abrió la puerta de la nevera, oculta tras un muro divisorio, y me reveló su contenido.

—Provisiones suficientes para varios días.

A continuación la escuché abrir y cerrar las alacenas pero para ese entonces mi atención estaba puesta en el mueble de la habitación principal. Maggie se acercó.

—¿Qué...? —empezó a decir.

En uno de los estantes había una fotografía de un hombre de unos treinta años; parecía alemán. Llevaba una chaqueta de cuero y unos pantalones anchos que se ceñían en los tobillos. En la cabeza tenía una gorra con orejas, de esas que usan los aviadores. Alzaba la mano en señal de saludo y exhibía una amplia sonrisa.

—¿Gustafsson? —preguntó Maggie.

—No tengo la menor idea.

Abrí uno de los cajones del mueble y vi más revistas de sudokus. *Sudokus imposibles*. *Sudokus extremos*. En el siguiente cajón encontré una caja profesional de fichas para póker.

—Quizás el club se reúne aquí de vez en cuando —dije.

—En la cocina hay un arsenal de bebida, así que es bastante probable.

En la mesa redonda había cinco sillas.

Terminamos de explorar el salón con relativa rapidez. En el resto de los cajones y estantes no había nada relevante: utensilios de cocina, frascos con especias y comida enlatada. El alemán parecía ser feliz alimentándose y resolviendo sudokus.

La cabaña contaba con un pequeño baño que nos terminó de confirmar que Gustafsson vivía allí de forma más o menos permanente. Había una cuchilla de afeitar, crema y varias lociones. Detrás de la puerta había un revistero y no necesité echar un vistazo al interior para saber qué tipo de revistas contenía.

—La puerta está cerrada —dijo Maggie.

Salí del baño y entendí que Maggie se refería a la puerta que debía de conducir a un sótano. Era estrecha y estaba situada junto a la cocina.

—Es extraño. Déjame ver.

Apoyé el hombro contra la puerta y empujé. Justo en ese instante se oyó el ruido de un motor. Maggie se lanzó a mis brazos en un acto reflejo. Tardamos unos segundos en reconocer el funcionamiento continuo de un generador, y sólo entonces recuperamos la calma. Habíamos encendido la luz del baño y eso debía de haber consumido la poca energía de las baterías.

—Si el tipo está cerca va a escuchar el motor —dije.

—¿Quién crees que sea ese tipo? ¿Alguna vez Richard o Harrison te hablaron de él?

Negué con la cabeza.

—Vamos a la habitación —urgí a Maggie—. Allí tiene que haber algo que nos diga quién es este hombre.

La habitación era casi tan grande como el salón. Había una cama de una plaza y un escritorio con más revistas y algunos libros. En los estantes sobre el escritorio había otras dos fotografías del alemán, una pequeña de su rostro y otra en la que estaba acompañado por una muchacha. En esta última los dos bailaban, sonrientes, estirando la pierna derecha hacia un lado, los codos flexionados y mirándose de soslayo. No había ninguna posibilidad de que aquellos dos no estuvieran perdidamente enamorados; esa fotografía era prueba suficiente de ello.

Me acerqué y observé aquellos rostros desconocidos en busca de algún tipo de reconocimiento, pero no lo encontré.

Probé los tres cajones; dos de ellos estaban abiertos y revisé el contenido con desinterés. Había artículos de librería, baterías usadas, dos o tres mazos de baraja gastada, guías de viaje, folletos antiguos, una brújula... El tercer cajón, el que estaba cerrado, era el que me interesaba, por supuesto. No habíamos visto nada que estuviera remotamente relacionado conmigo o con los incidentes en mi casa.

—En la mesilla de noche no hay nada —dijo Maggie—. Estoy un poco nerviosa, Johnny. Si regresa...

—Le decimos que somos amigos de Harrison. Le explicamos que pasábamos por aquí y entramos a echar un vistazo.

—Sí, puede ser.

—Maggie, si este tipo es amigo de Harrison y de tu padre, es obvio que sabe que existimos. Lo raro es que nosotros no sepamos quién es él.

—¿Crees que llegamos tarde? ¿Que mi padre y los demás se llevaron esa prueba esta mañana?

—Es posible. No vamos a tener más remedio que ir y preguntarles directamente.

Allí no había mucho más para ver. Si no se la habían llevado por la mañana, entonces esa prueba estaba en el cajón que no habíamos podido abrir..., o en el sótano.

—Podemos forzar la cerradura —pensé en voz alta—, o esperar un rato afuera a que vuelva el alemán.

—¿Quién?

—Gustafsson..., parece alemán.

Maggie dudó.

—Forzar la cerradura me parece excesivo. Esperemos un rato y pensemos bien qué le vamos a decir.

Maggie se sentó en el columpio y yo en la barandilla.

Guardamos silencio. La vista era de postal. En poco tiempo el sol se ocultaría, pero en ese momento era un círculo naranja que empezaba a derretirse en el lago.

Unos diez minutos después el generador dejó de funcionar.

Entonces varias cosas sucedieron al mismo tiempo. Maggie se mecía en el columpio y por alguna razón me concentré en el movimiento basculante: adelante, atrás; adelante, atrás. Como si fuese preso de un trance hipnótico, una imagen nítida se formó en mi cabeza: la revista de sudokus que había visto en el sofá, *Sudokus de máxima dificultad*, abierta en una página con un sudoku a medio resolver. Unos pocos números habían sido descubiertos. El cuatro era uno de ellos, y estaba escrito de una forma particular, de un solo trazo, como una flecha inconclusa. Adelante, atrás. Mucha gente hacía el número cuatro de esa forma, pero casi nadie rellenaba el pequeño triángulo circunscrito entre las líneas. Me recorrió un escalofrío. Adelante, atrás. La madera de la cabaña crujía. El columpio no chirriaba lo más mínimo. Adelante, atrás. Sabía quién hacía el número cuatro de esa forma. La misma persona que nunca olvidaba ponerle grasa al columpio.

El hombre que surgió por la puerta de entrada llevaba barba y una gorra, pero aun así reconocí a mi padre.

ESH

No era la primera vez que John discutía con Lila. Sin embargo, a diferencia de las veces anteriores, ella parecía haber entendido que si seguían juntos aniquilarían lo único genuino que había entre ellos: un cariño profundo que se había disfrazado de amor.

Esto hizo que su sorpresa fuera mayor cuando escuchó el timbre. Estaba en el estudio y dejó caer la cabeza hacia atrás, la vista en el techo. Resopló. En las peleas que habían tenido en el pasado, Lila siempre se quedaba con algo y tenía que sacarlo a relucir unas horas después. Era como si se quedara con un resto del combustible que alimentaba las discusiones y tuviera que purgarlo. Llamaba por teléfono, enviaba un extenso mensaje o, como en este caso, se presentaba en casa. John sabía que lo mejor era escucharla y dejar que se sacara ese último peso de encima.

Cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver a una muchacha unos años menor que él. Parecía salida de una de estas series de adolescentes, vestía unos shorts azules con corazones blancos y una camiseta blanca; una mochila colorida colgaba de su hombro izquierdo.

—Hola. Me llamo Paula Marrel.

La chica le tendió la mano. La correa de la mochila se deslizó unos centímetros y un mechón de cabello rubio le cayó en la cara. Acomodó ambos con movimientos rápidos y automáticos.

John le estrechó la mano, todavía aturdido.

—Perdón por presentarme así en tu casa. Soy una admiradora de tu trabajo, tengo todos los libros de *Busy Lucy...*, pero ésa no es la razón por la que he venido. Trabajo en Meditek.

La situación hubiese sido el comienzo perfecto de un sueño. Busy Lucy. Meditek. A continuación la chica se quitaría una máscara al estilo Ethan Hunt y allí estaría Lila. *¿De verdad pensaste que podrías librarte de mí?*

—¿Cómo sabes...?

Todo era tan disparatado que John se detuvo a media frase. Escrutó el bosque en búsqueda de algo fuera de lugar. Es lo que haces cuando una chica bonita aparece de la nada en tu portal y dice que es una admiradora.

—En internet. He venido especialmente desde Lindon Hill.

—No sé si te sigo. ¿Es algo relacionado con Mark?

—Es una historia un poco larga, pero tiene que ver con Meditek e indirectamente contigo. Es importante que hablemos.

La expresión de Paula cambió drásticamente. John empezaba a sentir curiosidad.

La dejó pasar y ella fue directamente a los sillones. John se la quedó mirando, sin poderlo evitar. Paula se sentó en el centro del sofá, dejó la mochila a un lado y rebuscó algo en el interior.

John ocupó uno de los sillones.

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Paula Marrel.

John asintió. El nombre no le decía nada.

—Es cierto lo que te acabo de decir, soy una admiradora y tengo todos los libros de Busy Lucy. Quiero decir..., no los busqué en internet para impresionarte o algo por el estilo. Mi sobrina tiene seis años y se los he leído todos; le fascinan.

—Me alegra.

—Compré el primero para regalárselo —dijo Paula, evidentemente sin intenciones de dejar el tema—, pero las ilustraciones me encantaron y decidí quedármelo. Ella era muy pequeña todavía. Además, tenía que tener algo para leerle cuando me visitara. Desde entonces los fui comprando y conservando en mi casa.

—No quiero ser grosero —dijo John—, pero me gustaría saber a qué has venido.

Paula no pareció ofenderse. Era una chica verborágica, de esas que no paran un segundo y que necesitan estar todo el tiempo en movimiento. Sus manos

seguían el mismo patrón, jugando con el móvil, inquietas.

—Trabajo para tu hermano desde hace unos años y nunca había hecho la conexión, hasta hace poco. Se lo comenté un día, pero no me siguió la conversación. Él es muy reservado en su trabajo.

—¿Eres doctora?

Paula rio.

—No. No soy doctora, ni química, ni nada de eso. De hecho, no fui a la universidad. Soy buena con los ordenadores, autodidacta. Hace un tiempo participaba en un foro de hackers; es un mundo muy particular, hay de todo, y un grupo puso como objetivo quebrar la seguridad de Meditek; como una especie de competición. Si lo logras, consigues prestigio. La cuestión es que lo conseguí con relativa facilidad. Soy honrada, así que me puse en contacto con Ian Martins y le dije lo que...

—Entiendo, entiendo..., quebraste la seguridad de Meditek y te contrataron.

Paula se ruborizó.

—Hablo mucho —dijo a la defensiva—, también estoy un poco nerviosa. ¿Estás esperando a alguien?

—No, no es eso.

—Tengo mucho que decirte, y no sé bien por dónde empezar..., sí, ya sé, mejor empezar por el principio, ¿verdad? —Paula hizo una pausa. Era la segunda vez que miraba hacia arriba en búsqueda de sus siguientes palabras—. Nunca supe demasiado de los proyectos del laboratorio; sabía que había algunos de más confidencialidad que otros, pero nada más. Un día salí del trabajo y se me acercó un chico llamado Stuart Nance; empezó a seguirme. No me asusté, porque no es la primera vez que un chico me persigue y sé darme cuenta de cuándo son peligrosos. Me dijo que él y un amigo habían soñado conmigo, que me había estado buscando desde hacía tiempo. Le dije que se largara, por supuesto, pero entonces dijo algo que me llamó la atención. Me dijo que en esos sueños yo llevaba un vestido azul y una gargantilla.

A estas alturas John estaba convencido de que había dejado entrar a su casa a una chica con problemas; no problemas del tipo que todo el mundo tiene, como pagar la tarjeta de crédito a fin de mes o limpiar la canaleta en otoño. Paula Marrel, si acaso ése era su nombre, estaba desequilibrada, y John la había dejado entrar sólo porque su belleza lo había deslumbrado. No pudo evitar negar con la

cabeza. Apenas podía seguir el hilo de lo que le decía. Si consiguiera que se callara un puto minuto podría pensar cómo deshacerse de ella.

A continuación, Paula explicó que los sueños a los que ese desconocido hacía referencia estaban relacionados con un vídeo que ella había hecho para una de las pruebas de Meditek. De acuerdo con su acelerado relato, Paula se quitó de encima a Stuart diciéndole que lo llamaría al día siguiente, sin tener ninguna intención de hacerlo. Lo que sí hizo a primera hora del día siguiente fue revisar la lista de voluntarios de las pruebas de Meditek, y resultó que Stuart Nance y su amigo Alex Lange efectivamente figuraban en ella. Hasta allí no había nada de particular: los chicos habían visto el vídeo y ahora Stuart lo utilizaba como un argumento para ligar. La curiosidad de Paula, no obstante, hizo que revisara los archivos confidenciales del proyecto ESH, los cuales confirmaron que Stuart decía la verdad.

—La píldora del ESH —dijo Paula con admiración— hace que por una o dos horas tu cerebro no sea capaz de memorizar lo que sucede.

John asentía, entre maravillado y sorprendido.

—Pero Stuart sí se acordaba de ti.

—Espera, ya llegaremos a ello. Todavía no has escuchado nada de cómo funciona el ESH. Lo impresionante no es olvidar lo que sucede mientras estás bajo los efectos de la droga, sino que también olvidarás todo aquello que *recuerdes* durante ese período. ¿No es increíble?

—La verdad es que sí.

Mark nunca le había hablado a John de las investigaciones en Meditek. Sentía que en cierta forma estaba traicionando su confianza al hablar con Paula.

—Cada vez que evocamos un recuerdo es como si nuestra mente lo reafirmara. Es lo mismo un recuerdo nuevo que uno que intentas revalidar, ¿me entiendes? Durante las pruebas, los voluntarios hablaban de experiencias de su infancia, y cuando al terminar eran consultados por esas mismas cosas, no parecían recordar nada. El potencial de una droga así es tremendo. Se me pone la piel de gallina sólo de pensarlo. Lo que Mark e Ian han estado haciendo en Meditek es grande, muy grande.

—Mark siempre ha sido así. Escucha Paula, me alegra que sientas eso del lugar en el que trabajas... ¿Estás segura de que tienes que hablar todo esto conmigo?

El semblante de Paula cambió drásticamente.

—Sí. Pero primero necesito explicarte perfectamente cómo funciona el ESH. ¿Te imaginas lo que podría suceder con una droga tan poderosa? Si Mark e Ian vendieran Meditek y la droga cayera en manos equivocadas...

John no pudo evitar sonreír.

—Mark nunca vendería su empresa.

Paula miró otra vez al techo.

—Meditek está al borde de la quiebra, John. Mark y su socio están buscando desesperadamente un comprador.

—Estoy seguro de que Meditek no está en la ruina. ¿Por qué Mark y su socio querrían vender cuando están trabajando en esa droga milagrosa?

—Es que ése es el punto. Piensa, por ejemplo, en una experiencia traumática, algo que te ha sucedido de pequeño y que de otra manera te traumatizaría toda la vida. Piensa en una violación, un accidente grave, una relación conflictiva. ¿Te imaginas el potencial de algo así? ¿Dónde quedarían los antidepresivos? ¿Las píldoras para dormir?

John empezaba a entender el alcance de todo aquello. La chica hablaba con pasión.

—Me queda claro que una droga así lo cambiaría todo.

—Cuando empecé a investigar —dijo Paula— cometí la torpeza de involucrar a Stuart. Antes de terminar de entender cómo funcionaba el ESH, encontré algunos documentos que hablaban de unos pequeños fallos que se estaban investigando. Stuart necesitaba dinero y tuvo la nefasta idea de chantajear a Ian Martins. Stuart no era una mala persona, y él pensaba que para Meditek doscientos o trescientos mil dólares no serían nada.

—Hablas de ese muchacho en pasado.

Paula asintió, sus ojos grandes y fijos en los de John.

—Stuart murió hace quince días en un accidente de motocicleta.

—Y tú no crees que haya sido un accidente.

—La policía ha dicho que sí. Nadie duda de ello, ni siquiera su familia. No sé qué pensar. Pero ése no es el punto. El punto es que a Meditek, todos en la industria le han dado la espalda. Los grandes laboratorios dejaron de solicitar sus servicios, y no sólo eso, nadie quiere prestarles dinero. Una fundación privada los ha mantenido a flote todo este tiempo..., pero yo creo que es peor el remedio

que la enfermedad. Es gracioso, pero es como una droga... te metes y la única forma de seguir adelante es consumiendo cada vez más. Es muy injusto.

—No estaba al tanto de todo eso.

—Mark no es de mostrar sus debilidades, hasta yo me he dado cuenta de eso, así que no me sorprende. La situación de Meditek es crítica.

—¿Y dices que la droga tiene algún tipo de fallo?

—¡No! —Paula parecía indignada—, eso es lo que han querido hacer ver los otros laboratorios. Han intentado prohibir las pruebas, han denunciado a Meditek en cuanto organismo han podido y el gasto en abogados se ha disparado. He visto los números, y créeme, los costes legales son altísimos. Pero lo peor de todo es que los supuestos fallos son insignificantes. Algunos recuerdos no terminan de borrarse del todo, ¿y qué? Nada que no se solucione con otra dosis de ESH. Es como cuando pintas una pared y tienes que darle una segunda mano porque la primera no lo ha cubierto todo. Tan simple como eso.

—Y eso es lo que les sucedió a esos chicos, con tu vídeo.

—Sí, exactamente eso.

A John no le costó creer que alguien como Paula fuera difícil de olvidar.

—Supongo que ahora me explicarás qué papel tengo yo en todo esto, ¿verdad? ¿Quieres un vaso de té helado?

—Sí —aceptó Paula—. ¿Puedo pasar al baño?

—Por ese pasillo, la puerta de la derecha.

Paula miró la mochila durante un instante y finalmente se marchó. Cuando John regresó con el vaso de té ella ya había vuelto. Le tendió la bebida y Paula bebió la mitad y dejó el vaso sobre la mesita de café. Después ella buscó algo en la mochila, sacó lo que parecía ser un estuche de maquillaje, y revolvió el contenido hasta dar con un pastillero. Lo abrió y entre sus dedos sostuvo una píldora ovalada de color anaranjado. La depositó sobre la mesa de madera.

John no necesitó preguntar de qué se trataba.

—¿Cómo la obtuviste?

—Como todo lo que tengo aquí —dijo Paula exhibiendo su teléfono—, son pruebas de lo que están haciendo con el ESH que he reunido con mucho trabajo y cuidado. Y por eso quiero que tomes esa pastilla, John.

John no pudo evitar reír.

—No voy a tomar una pastilla que no sé qué hace.

—Acabo de explicártelo todo —dijo Paula.

—¿Y tengo que creerte?

—Entiendo que no me creas, es todo bastante difícil de digerir. Tengo vídeos de las pruebas en Meditek, he venido porque sé que puedo convencerte de que tomes esa píldora. La razón por la que quiero que lo hagas tiene que ver contigo, y porque no voy a cargar con la responsabilidad de dar un paso en falso. Serás tú quien lo decida.

—Ahora sí que no entiendo nada.

Paula bebió el resto del té. Buscó algo en su teléfono antes de volver a dirigirse a John.

—Mientras recababa información, encontré una grabación hecha por tu hermano. Yo creo que es algo que tú debes saber, que necesitas saber. Durante varios días he tenido este vídeo y no he dejado de pensar en él. Y entonces comprendí que mi verdadero problema era que no sabía cómo ibas a reaccionar, qué ibas a pensar de él. Y que si pudiera saberlo, entonces sabría si mostrártelo o no.

—¿Robaste un vídeo a mi hermano?

—No tengo que justificarme de nada. Déjame mostrártelo.

Paula exhibió el móvil.

En el vídeo John vio a Mark sentado en lo que parecía ser una sala de conferencias. Miraba directamente a la cámara.

«Cuando mamá enfermó de ELA siempre vi la enfermedad en términos de...»

Paula pausó el vídeo y guardó el móvil.

—Realmente creo que necesitas verlo —dijo ella con tranquilidad.

John se dejó caer contra el respaldo del sillón. Durante dos o tres minutos ninguno de los dos dijo nada. Finalmente, fue Paula la que rompió el silencio.

—Oye, podría no haber venido a verte. He tomado el autobús, he averiguado dónde vives y te lo he contado todo porque creo que eres una buena persona y mereces saberlo. Pero no me hagas cargar con eso. Esa píldora la han tomado cientos de voluntarios, es inofensiva. La tomas y te muestro el resto. Tú decides si el contenido de este vídeo te hará la vida más llevadera, o si la convertirá en un infierno. Yo me largo y más tarde te envío el vídeo por email o lo borro para siempre.

—¿Mark utilizó el ESH? ¿De eso se trata el vídeo?

—Necesito una respuesta, John.

—Sabes que aceptaré.

A Paula se le dibujó una tibia sonrisa en la comisura de los labios.

John fue a la cocina y regresó con un vaso de agua. Sin mayor preámbulo se metió la píldora en la boca y la apuró con un sorbo de agua.

—¿Cuánto tiempo hasta que haga efecto?

Paula se puso de pie abruptamente, recuperando en parte la aceleración del principio.

—Unos minutos. No te preocupes, tenemos tiempo. Pero debemos hacer las cosas bien.

—¿Qué?

El móvil de Johnny vibraba en su bolsillo. Al sacarlo vio el nombre de Morgan en la pantalla.

—Mierda, tengo que atenderlo... Es mi hija.

Paula asintió.

John escuchó al marido de Tricia mientras le explicaba que el viaje a Minnesota que tenía previsto para el día siguiente se había cancelado, por lo que John podía ir a recoger a Jennie como de costumbre. John le dijo que pasaría por ella a las diez.

—Listo —dijo cuando cortó.

Paula asintió.

—Antes de mostrarte el vídeo necesitamos repasar lo que acaba de suceder, desde mi llegada aquí y todo lo que te he contado, ¿entiendes?

—¿Es necesario?

—Claro. Si tu elección va a ser no saber el contenido de este vídeo, entonces necesitas olvidar también todo lo que te ha llevado a él, y eso me incluye a mí.

Unos minutos después, Paula empezó a relatar de forma detallada todo cuanto había acontecido desde su llegada a la casa. John pensó que la chica podría haber sido una actriz fenomenal, porque sólo alguien con condiciones para la actuación y para repetir la misma letra una y otra vez, podía demostrar semejante entusiasmo frente a algo de lo que habían hablado apenas unos minutos antes. Paula se las arregló para repetirlo todo en treinta minutos y John no la interrumpió en ningún momento.

—El vídeo de la prueba —dijo John—, el que Stuart y Alex pudieron

recordar..., ¿lo tienes allí?

—Sí —dijo Paula, contrariada.

—¿Puedo verlo?

—No hace falt...

—Lo sé. Aun así quisiera verlo.

Paula operó el móvil. Sus dedos se movían en la pantalla de seis pulgadas con sorprendente agilidad. En unos segundos había encontrado el vídeo. Le entregó el móvil a John.

Un bosque. La imagen se movía con cadencia hipnótica. Paula observaba la cámara, se volvía, caminaba de espaldas, otra vez de frente, de costado, sobre un tronco, el viento hacía volar las faldas del vestido.

John se quedó hipnotizado mirando la pantalla que ya se había puesto negra.

—Ha terminado —dijo Paula.

John siguió mirando la pantalla hasta que consiguió romper el encantamiento. Se volvió hacia Paula, observándola como si no pudiera entender cómo la chica del vídeo se había vuelto realidad.

—¿Qué sucederá cuando el ESH deje de tener efecto?

—Experimentarás una especie de mareo; lo mejor es que estés sentado, o acostado. Después te dormirás. El cerebro necesita apagarse para que el mecanismo de consolidación vuelva a funcionar. Así lo explican los documentos. En las pruebas los voluntarios no dormían más de media hora.

—Tengo una idea. Espera un momento.

John regresó al cabo de tres minutos con una botella de vodka. Cuando Paula lo vio cruzar el salón lo siguió hasta la cocina. John abrió la botella y derramó el contenido en el fregadero.

—Trae aquellos vasos —dijo mientras el líquido se perdía por el desagüe.

Cuando Paula regresó, la botella ya estaba vacía.

—Esto es lo mejor que he hecho en el último tiempo, créeme —dijo John mientras miraba la botella con fijación.

Una vez en el salón John dejó la botella sobre la mesa.

—¿Papá?

Lo reconocí de inmediato. La barba tupida, una gorra de los Celtics, diez o doce kilos de más, la postura ligeramente encorvada, nada importó; hubiese reconocido aquellos ojos pequeños a un millón de kilómetros de distancia. Entre la barba canosa se dibujó su sonrisa tierna, la que tan bien recordaba.

Maggie tardó en volverse. Me miró, como si yo fuera presa de un desvarío, y cuando se convenció de que no había perdido el juicio miró hacia la puerta.

—Hola Johnny..., hola Maggie.

Contrariamente a lo que cabría suponer, el encuentro con mi padre, catorce años después de pegarse un tiro en la comisaría de Carnival Falls, no tuvo en ningún momento tintes sobrenaturales. Fue como un clic, una pieza que faltaba encajando perfectamente en su sitio.

Pasaron unos instantes en los que mi padre seguía inmóvil. Mis ojos se humedecieron y me acerqué hasta que nos fundimos en un abrazo.

—Ven aquí —le dijo a Maggie.

Maggie se acercó, con la misma expresión de perplejidad que yo, y también se abrazaron.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo mi padre con naturalidad. Dio media vuelta y entró en la cabaña.

Lo seguimos como dos autómatas y nos sentamos a la mesa, de frente a la ventana. Mi padre fue directo a la cocina y nos ofreció té helado. Cuando regresó con los dos vasos me descubrió mirando la fotografía del alemán.

—Ése es un buen comienzo.

Yo seguía sin poder articular palabra. Empezaba a comprender que mi padre

estaba mucho más familiarizado conmigo que yo con él.

—Papá... —me quedé con la mente en blanco. No supe cómo seguir.

—Te lo explicaré todo, Johnny. —Miró a Maggie—. Os lo diré todo. Pero primero debo saber si alguien sabe que estáis aquí.

—Sólo Ross —dijo Maggie.

—¿Cómo...? —parecía contrariado.

—Escuché a mi padre y a los demás hablando de esta cabaña —explicó Maggie—. Los rastree con un GPS.

—Los muchachos estuvieron hoy aquí —dijo mi padre, reflexivo.

Empezaba a hacerse de noche. Las luces de la cabaña estaban encendidas y, sin embargo, el generador había dejado de funcionar. Ahora entendía que mi padre lo había activado desde el sótano, posiblemente para que nos marchásemos. Empezaba a razonar, y eso era bueno, porque hasta ese momento me sentía inmerso en uno de esos sueños donde todo parece suceder a una velocidad lentísima.

—Richard compró esta tierra y construyó la cabaña a principios de 2000 —dijo mi padre—. Empezaba a hartarse de la medicina y quería dedicar más tiempo a su pasión por la pesca.

Mi padre siempre había sido un magnífico narrador. Su voz poseía una cualidad casi hipnótica y volver a escucharla era estremecedor e inmensamente gratificante a la vez.

—La idea de Richard era que con los muchachos viniésemos a menudo, algo que nunca llegó a suceder. Esto coincidió con la enfermedad de Silvia...

La sola mención de mi madre lo afectó. Abrí la boca para decirle que lo sabía todo, que ya no tenía que cubrir a Mark, que Mark...

¿Cuánto sabía mi padre de Mark? Era lógico suponer que Harrison y los demás lo habían mantenido más o menos al tanto de lo que sucedía en el *mundo*, pero aun así la incertidumbre era demasiado grande.

—Fueron tiempos difíciles para el grupo de amigos, al punto que cuando Richard terminó de construir la cabaña ni siquiera lo supimos. O por lo menos yo no lo recuerdo. También resultó que su sueño de dedicarle más tiempo a la pesca se materializó en visitas esporádicas, una al mes o incluso menos que eso. Para él, dejar la medicina siempre fue una utopía.

»Un día Richard estaba en el muelle y vio acercarse a un hombre. —Señaló

la fotografía que teníamos a la vista, la del hombre con el gorro de aviador—. Su nombre era Tim Gustafsson. Surgió del bosque y Richard se dio un susto de muerte, pero el tipo era inofensivo; yo lo vi una vez y puedo dar fe de ello. Se pusieron a conversar y se quedaron pescando un rato largo. Allí le contó su historia. Os preguntaréis qué tiene que ver todo esto conmigo. —Me miró fijamente—. Y por qué he estado ausente todos estos años.

Asentí. Él apoyó su mano sobre la mía, con cierta duda, como si temiera que yo fuera a quitarla abruptamente. Cuando le permití que lo hiciera sonrió complacido, me dio unas palmaditas y prosiguió.

—Gustafsson era canadiense, hijo de un alemán de quien tenía el apellido y un puñado de datos y de una madre que lo crio como pudo entre empleos mal pagados y una serie de complicaciones de salud. Murió cuando Gustafsson tenía veintipocos años, y a partir de ese momento se quedó solo en el mundo. No tenía hermanos, no tenía primos, tíos, nada, y no le interesaba buscar a su padre, que hasta donde sabía vivía en Alemania. La suerte le puso en el camino a Nicole, una mujer de quien se enamoró perdidamente. En la habitación hay una fotografía de ella.

Me maravilló cómo mi padre conocía todos esos detalles. Empezaba a entender hacia dónde iría esa historia.

—Tuvieron una hija a la que llamaron Naomi. Vivían en una ciudad pequeña, Saint Liboire, cerca de Montreal. Un día Nicole y Naomi salieron a caminar juntas por el bosque, un bosque muy similar a éste. Hacía muchísimo frío. Gustafsson regresó del doble turno en la fábrica en la que trabajaba y no las encontró en casa. Empezaron a buscarlas de inmediato. Él conocía más o menos las rutas que a ellas les gustaba explorar, pero aun así no pudieron encontrarlas en toda la noche. Al día siguiente finalmente encontraron a la niña, muerta a causa del frío. Unas horas después encontraron a Nicole, bastante más lejos, también víctima del frío; pero en su caso había algo más: tenía la cadera rota. Fue sencillo componer el rompecabezas. La madre sufrió un accidente y al no poder moverse no le quedó más remedio que permitir que la pequeña Nicole, que en ese momento tenía cinco años, vagara por el bosque en busca de ayuda. Supongo que las posibilidades de que las encontraran eran más altas si estaban separadas. Pero tal cosa no sucedió y Gustafsson volvió a quedarse solo.

—Dios mío —dijo Maggie—, no quiero ni pensar lo que debió de sufrir esa

madre. Permitir que tu hija tan pequeña ande sola por el bosque. Entiendo por qué lo hizo, pero se le debió partir el alma.

—Ya lo creo. La niña murió mientras dormía; era lo único que a Gustafsson le daba cierta paz. Se sentía culpable. Habían pasado dos meses de la tragedia y sintió la urgencia de salir de su casa con lo puesto y marcharse lejos, sin rumbo fijo. El día del encuentro, Richard comprendió que el hombre necesitaba hablar y que posiblemente no había compartido su pesar con nadie. Le ofreció quedarse en la cabaña como cuidador; no es que hiciera falta uno, menos en esa época, pero ya conocéis a Richard, no iba a quedarse de brazos cruzados.

»Durante esos días lo conocí. Un hombre retraído, no sé si siempre fue así. Los días pasaron y la pena lo iba consumiendo. Se ocupaba de cortar leña y el resto de las faenas; construyó el porche él solo. Necesitaba mantenerse ocupado.

No me pasaron desapercibidas las similitudes entre la historia de Gustafsson y la del viejo Matkin, que trabajaba en la gasolinera con Mark, ambos perdiendo a su esposa y a su única hija en trágicas circunstancias. Más tarde entendería que las similitudes entre ambas historias no eran casuales.

Podría haber escuchado a mi padre durante horas. Cada una de sus palabras era un grano de arena de un castillo fabuloso. Un castillo frágil que podría desintegrarse en un segundo, con cámaras y pasadizos que tardaría años en explorar, lleno de preguntas y de reproches.

Tim Gustafsson y Richard Sullivan se hicieron amigos. Gustafsson no era amante de la pesca pero accedía a acompañar a Richard en el bote. Durante una de esas plácidas conversaciones en el medio del lago Tim le confesó lo que Richard ya sospechaba: que el tiempo no estaba sanando las heridas, que cada día que pasaba pensaba en Naomi, perdida en el bosque hasta caer extenuada, y que si bien sabía que no hubiese podido hacer nada para impedirlo, aun así se culpaba por ello.

Había pensado en quitarse la vida desde el primer día. Se obligó a no ser impulsivo, a darse tiempo, lo intentó en Canadá hasta que no lo soportó más y llegó a Carnival Falls, y volvió a intentarlo. Ya no podía más.

Gustafsson era un hombre de fe y le inquietaba tirar su vida a la basura. ¿Así que qué mejor que ayudar a alguien?

Por ese entonces, Richard, Harrison, Bill y Bob estaban al tanto de que mi padre iba a incriminarse en la muerte de mi madre para cubrir a Mark. Los cuatro habían prometido que no dirían ni harían nada al respecto, y los pactos en el club B jamás se quebraban. Para Harrison significó un punto de inflexión, porque ese secreto y los que vendrían después interfirieron seriamente con su función como comisario de Carnival Falls. No en vano al poco tiempo cedió su cargo a Timbert.

El club B se reunió en la cabaña y hablaron con Gustafsson. Su decisión no había cambiado: quería hacerlo. Al principio el plan parecía descabellado, pero en cuanto empezaron a darle forma comprendieron que era factible. Cada uno de ellos constituiría un eslabón fundamental en el encubrimiento. Richard certificaría la muerte. Harrison se ocuparía de la burocracia policial. Carla

Burke, la única fuera del círculo de amigos que supo la verdad desde el principio, utilizaría la funeraria familiar para ocuparse de la disposición del cuerpo.

El club Bilderberg en su máxima expresión.

El principal detractor fue mi padre, que no estaba dispuesto a poner en jaque las carreras profesionales de sus amigos. Harrison en particular había sido un comisario de conducta intachable, incorruptible, un emblema para la ciudad y querido por todos.

Los cinco se reunieron para discutir el tema, o más justo sería decir que se reunieron para convencer a mi padre. Él los escuchó con atención y les pidió unas horas para pensarlo. A esas alturas la autopsia de mi madre había revelado la muerte por asfixia, por lo que era cuestión de días, quizás horas, hasta que los detectives empezaran a hacernos preguntas. Y quizás entonces sería demasiado tarde.

Mi padre aceptó, con la condición de que nadie supiera que seguía vivo. Era la única forma de garantizar que lo que habían hecho jamás saliera a la luz. No quería ampliar el círculo de conocimiento más allá de lo estrictamente necesario, y decididamente no era su intención llevar una vida normal después de todo lo sucedido. No iba a exponerse a ser reconocido, bajo ningún concepto. A medida que me lo explicaba sentí la necesidad imperiosa de cuestionarlo, de culparlo por dejarnos —por dejarme— sin la posibilidad de mantener un contacto, aunque fuera esporádico, con él. ¿Qué daño podía hacernos a Mark y a mí saber la verdad? Poder verlo de vez en cuando. En prisión por lo menos podríamos haberlo visitado.

Me di cuenta durante su relato de que faltaban piezas cruciales. Incluso con Mark muerto, mi padre no quería hablar de lo que había sucedido la noche del 31 de marzo de 2001, el día del asesinato de mi madre.

La segunda condición que le impuso a sus amigos aquel día fue que Mark debía formar parte del círculo de los que sabían la verdad. Del mismo modo, yo nunca tenía que saberlo.

Cuando lo escuché de su boca estuve a punto de gritar de la impotencia.

¿Mark siempre supo que mi padre estuvo recluido en esa cabaña?!

Un fuego que me quemaba por dentro. ¿Cómo era posible?

Pero lo que a priori parecía una exigencia arbitraria y descabellada, empezó a

tener perfecto sentido a medida que mi padre nos contó el resto.

No era justo que Mark cargara con el suicidio de mi padre; tarde o temprano el peso de la culpa podría con él. De manera que mi padre se vio en la obligación de decirle la verdad.

En cuanto a mí, mi padre quería preservar la relación entre Mark y yo por encima de cualquier cosa. No importaba lo que yo creyera de mi padre, le importaba que no viera a Mark como el responsable de nuestras miserias. Quería mantener intacta la relación entre hermanos.

Algo que sin duda consiguió.

Me estremeció escucharlo. Porque si de algo me sentía orgulloso era de la relación que había forjado con mi hermano a lo largo de los años.

Harrison se encargó de que no hubiera ningún policía cerca de las celdas cuando Gustafsson entró por la puerta de atrás, acompañado por Bob. Mi padre intercambió la ropa con Gustafsson y mantuvieron una conversación, breve y emotiva, que mi padre no me reveló. Gustafsson ya tenía la escopeta en su poder, una Mossberg.

Un joven policía de apellido Willis tuvo la desagradable tarea de encontrar el cadáver. Era vital para el plan que el arma utilizada produjera la mayor cantidad de daño posible, y en ese sentido el trabajo que hizo Gustafsson fue superlativo. Willis fue corriendo a las celdas cuando escuchó el disparo y vio las salpicaduras de sangre incluso en el pasillo.

Richard fraguó la identificación del cadáver por medio de las huellas dactilares.

Se había hecho de noche. Las ventanas con vista al lago nos mostraban una diapositiva completamente diferente a la que habíamos visto al llegar. No había luna ni estrellas. El viento soplaba con fuerza, agitaba las copas de los árboles y se colaba de alguna forma por los resquicios de la construcción.

—¿Cuándo lo supo Mark? —pregunté.

—Tienes que entender que...

—¿Cuándo lo supo?

—Unos meses después, dos o tres.

Maggie se puso de pie.

—Voy a dar un paseo, creo que es mejor que esto lo habléis vosotros dos.

Negué con la cabeza.

—No es necesario, de verdad. Eres parte de todo esto, de alguna forma.

Maggie volvió a sentarse.

—Johnny —dijo mi padre—, si hay algo de lo que me siento orgulloso es de haber tomado la decisión de preservar la relación entre vosotros, que ha sido maravillosa durante todos estos años.

—Es difícil aceptar que has estado todo este tiempo aquí, tan cerca.

Mi padre empezó a hablar, presa de la emoción. Le temblaban los labios.

—Harrison me ha mantenido al tanto, y Mark también, por supuesto, aunque debo decir que con tu hermano hemos tenido nuestras diferencias. Se ha sentado muchas veces donde estás tú ahora.

Sentí un aguijonazo de ira al pensar en todos esos años de relación.

—¿Diferencias en cuanto a decirme la verdad?

—No creo que ahora sea el momento de hablar de ello, hijo. Lo importante

es que tú y Mark os habéis tenido el uno al otro. Lo que ha sucedido con Mark ha sido terrible.

Por primera vez vi desolación en sus ojos. Mi padre era el único que podía entender el vacío que Mark había dejado.

—No lo entiendo, Johnny —continuó mi padre, una lágrima gruesa se deslizó por su mejilla arrugada—. No lo entiendo.

Maggie me lanzó una mirada inquisitiva. *¿De veras quieres que me quede?* Apoyé una mano sobre la de ella y articulé un silencioso *por favor*.

—Mark me dejó una carta —dije—. Puedes leerla, si quieres.

Mi padre asintió.

—Discutimos muchas veces acerca de si esto era lo mejor para ti, ocultarte la verdad, quiero decir. Mark quería que lo supieras y que vinieras a verme. Yo me opuse, Johnny. Le prometí a mis amigos que lo que habían hecho por mí jamás saldría a la luz. Ellos han sido los primeros en decirme que debía romper esa promesa, pero eso no cambia las cosas, al menos no para mí.

—Hubo momentos duros allí afuera.

No quería hacerlo sentir una mierda, pero una parte de mí no podía evitarlo.

—Lo sé. Sólo hice lo que creí que era lo mejor. Tu hermano y tú os habéis tenido siempre el uno al otro; estoy orgulloso de ello.

—¿Has visto a Jennie?

Su rostro se iluminó. Fue como si un reflector de un millón de vatios le apuntaran a la cara de repente.

—He sido muy cuidadoso. Por supuesto que la he visto. Es una niña preciosa..., una Brenner. He esperado mucho tiempo para decir esto, hijo, pero te felicito.

A veces pensaba en mi hija y me sentía frente a un abismo insondable. Con ella todo se magnificaba, el amor, pero también los miedos, mis miserias, mis debilidades, su mundo era desproporcionado, bello y monstruoso a la vez. Así me sentía en este momento, aunque en el otro extremo del mismo universo.

—¿Y ahora? —dije—. Ahora que Mark se ha ido, ¿ibas a decirme la verdad? Él asintió.

—Las cosas han cambiado. Lo hemos estado hablando con los muchachos, para hacerlo de la forma correcta. Sin Mark...

Me puse de pie. Recordé algo. Fui hacia la ventana; finas gotas alargadas se

dibujaban en el cristal.

Mi padre y Maggie me observaban con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó Maggie.

En mi cabeza repasaba la nota que Mark me había dejado tras el suicidio.

El hombre árbol, una criatura que vivía en el bosque y de vez en cuando merodeaba la casa.

Esa señal lo obligaría a permanecer en el bosque, recluso.

Algún día podrías ir a visitarlo, cuando llegue el momento.

Por primera vez empecé a vislumbrar las razones detrás de la decisión de Mark. Mi hermano y yo habíamos mantenido una relación maravillosa. Yo lo había respetado, admirado, amado profundamente.

Y ahora era el tiempo de mi padre.

Harrison y Bob permanecieron unos segundos en la furgoneta antes de salir. Desde la ventana intuí que habían dedicado ese tiempo para calibrar la situación.

Al entrar en la cabaña nos saludaron como si aquella reunión fuera lo más normal del mundo.

—Imagino que ya habéis tenido tiempo de ponerlos al día —dijo Bob.

Ambos se sentaron a la mesa. Yo era el único que seguía de pie.

—Ven, Johnny —dijo Harrison—, tenemos que hablar algunas cosas. No tenemos tiempo que perder.

Conocía ese tono de voz. No era el del hombre que me visitaba en casa y con el que escuchábamos a The Who, comíamos las galletas de Lauren y conversábamos de cosas mundanas. Era el tono firme de sus épocas de comisario, el del hombre al mando.

Me senté. Los tres amigos estaban a un lado de la mesa, Maggie y yo en el otro.

—¿Qué sucedió en tu casa, Johnny? —preguntó Harrison sin rodeos.

—Llegamos a casa y vimos a un hombre...

—Marrel —disparó Harrison de inmediato—. No te guardes nada, Johnny.

Asentí.

—Decidimos que lo mejor sería largarnos. Llamamos a la policía y nos internamos en el bosque. Vinimos aquí.

—¿Cómo sabíais la ubicación de la cabaña? —preguntó Bob.

—Ayer os escuché hablando —dijo Maggie—, dejé el móvil en la furgoneta con el GPS activo.

Bob suspiró y esbozó una sonrisa.

—¿Lo veis, muchachos? —dijo mirando a sus amigos alternativamente, primero a mi padre, después a Harrison—. Un móvil con un GPS activo, tan simple como eso. Este mundo va demasiado rápido y nosotros estamos muy viejos para alcanzarlo.

—No sabíamos con qué nos encontraríamos —agregó Maggie.

—Timbert me llamó en cuanto recibieron la llamada —dijo Harrison volviendo al tema de Marrel—. Venimos de allí y no hay rastros del tipo.

Maggie y yo nos miramos.

—¿Qué sucede? —El excomisario nos lanzó una mirada de advertencia: *se acabaron las mentiras*.

—Nos siguió por el bosque —dije—, el tipo es un jodido *boy scout*. Estaba armado y nos alcanzó.

—No pasó a mayores —se apresuró a decir Maggie—. Marrel estaba un poco alterado porque pensaba que Mark y Johnny le habían hecho daño a su hija. Frost le metió esa idea en la cabeza.

Hubo un intercambio de miradas indescifrables entre los tres amigos.

—Debemos hablar de lo que sucedió esa noche —dijo mi padre con tranquilidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Harrison—. Y también de cómo serán las cosas de aquí en adelante.

Maggie y yo asentimos.

—¿Mataste a esa chica, Johnny? —disparó Harrison a quemarropa.

Mi padre bajó la vista.

—¡No! —dije de inmediato— ¡Ni siquiera la conocía!

Harrison me calmó con un gesto.

Me costaba poner mis pensamientos en palabras. O más justo sería decir que no quería hacerlo. Maggie volvió a rescatarme.

—Creemos que la chica, o alguien, le dio una droga experimental desarrollada por Meditek. Una droga con la que olvidas todo durante un lapso de tiempo. Es un poco más complicado que eso, pero ése es el punto a fin de cuentas. Creemos que...

Le indiqué a Maggie que yo seguiría.

—Es posible que Mark la haya matado —dije a regañadientes—. Cuando desperté del efecto del ESH..., de la droga, Mark me llamó por teléfono. Le dije

lo que había pasado y vino a casa a resolver la situación.

—¿Cuánto tiempo después?

—Llegó en menos de media hora.

—No. ¿Cuánto tiempo después de que despertaste te llamó por teléfono?

—No lo sé exactamente...

Miré a Maggie. Ella me hizo un gesto de asentimiento.

—Sucedió algo —expliqué—, cuando desperté, el cuerpo estaba allí, junto a la Ruger y una botella vacía. Todo parecía dispuesto de forma que yo pareciera el asesino.

Mi padre y Harrison intercambiaron miradas de entendimiento que no me pasaron inadvertidas.

—No pensaba con claridad —continué— y salí para deshacerme de la botella. Fui a Union Lake, y de regreso descubrí una furgoneta cerca del promontorio del reptil. Sus ocupantes no estaban en ese momento, pero estaba equipada con un equipo de vigilancia. Había una cámara puesta en el salón de casa.

—Dios mío —dijo mi padre.

—Continúa, por favor —me pidió Harrison.

—Cuando regresé a la casa no había rastro del cuerpo, se lo habían llevado.

—¿Y cuándo supisteis que la chica trabajaba en Meditek?

—Varios días después.

—¿Cómo?

—Es una historia un poco larga —dijo Maggie—, pero encontramos a Paula en internet. Mark nos lo reveló, finalmente, poco después de su cumpleaños.

Harrison asentía.

—Creo que es momento de que tú cuentes tu parte de la historia, Ed.

Mi padre asintió.

—La noche del 2 de mayo estaba bastante cerca de tu casa, Johnny. No suelo entrometerme, quiero que lo sepas. De vez en cuando me gusta echar un vistazo, nada más. Y cuando escuché el disparo lógicamente me preocupé. Fui lo más rápido que pude, debí de tardar unos veinte minutos, quizás un poco más. Me acerqué por la parte de atrás y el sensor de movimiento captó mi presencia. Las luces se encendieron. Aguardé unos minutos, cinco o diez, hasta que creí escuchar ruidos extraños provenientes del salón, y entonces decidí entrar. El

cuerpo de la chica estaba cubierto con una sábana; fui directo a ti, Johnny, y advertí que tenías pulso y no parecías estar herido. En cuanto a ella, incluso antes de tocarle el cuello supe que estaba muerta. También vi la botella sobre la mesa.

—El asesino debía de estar en la casa en ese momento —dijo Bob—, la sábana es un claro indicio de que el plan original era llevarse el cuerpo. Tú, Johnny, le arruinaste los planes.

—Claro —estuvo de acuerdo mi padre—, porque entonces empezaste a moverte y a pronunciar frases ininteligibles, y supo que podías despertar de un momento a otro. Fue un momento de mucha confusión; lo único que tenía en claro era que debía avisar a Harrison enseguida. Tengo un móvil para emergencias pero no lo llevaba conmigo esa noche. Una vez fuera me asomé por la ventana y vi cómo intentabas reanimar a la chica. Me quité un peso de encima, porque eso significaba que no habías querido hacerle daño.

Bajó la vista, como si el pensamiento lo avergonzara.

—No le hice daño —dije con seriedad.

Mi padre habló en un tono apenas audible:

—Eso es lo que pensé en ese momento —se disculpó—. Te seguí hasta Union Lake. Y luego, me pareció que lo mejor era regresar a la cabaña y llamar a Harrison.

Harrison asintió y continuó el relato.

—Lo primero que hice fue llamar a Mark y decirle que Ed había visto movimientos extraños en la casa. No fui más específico que eso. Él me dijo que ya estaba al tanto, que había hablado contigo, Johnny, y que de hecho estaba regresando de tu casa, que todo estaba bien.

—¿Qué dijo? —se interesó Maggie.

—Que Johnny había sufrido una especie de alucinación, que ya estaba bien y que él se ocuparía.

Todos guardamos silencio. Mark había mentado.

—Por eso fui al día siguiente a tu casa, Johnny —dijo Harrison.

—Lo sé.

—En definitiva —dijo Bob—, no sabemos qué hacía esa chica en tu casa, Johnny, y tampoco sabemos quién la mató.

—Y si decimos lo que sabemos —dijo Harrison con gravedad—, lo poco que

sabemos, lo único que conseguiremos es que el FBI se centre en Johnny, y las cosas se van a poner muy feas.

Maggie los miró a todos alternativamente.

—Podemos hablarles de la droga que desarrolló Meditek —dijo Maggie en un intento de convencernos, y posiblemente de convencerse a ella misma—. Eso es demostrable y explica por qué Johnny no puede recordar esas horas.

Bob negaba con la cabeza.

—Hija, si lo piensas un segundo, eso lo complica aún más.

Y tenía razón. A los ojos del FBI, yo bien podía ser el asesino y no recordarlo.

—Es injusto para Paula —dijo Maggie.

Yo estaba de acuerdo.

—No sabemos a qué vino a Carnival Falls —dijo Harrison—. Mark nunca llegó a decírnoslo.

—Si es que acaso lo sabía —apunté.

Nadie respondió. Harrison y Bob intercambiaron miradas de entendimiento. Ellos creían que era muy posible que Mark fuera el responsable de la muerte de Paula. A mí me costaba aceptarlo, pero debía reconocer que era una posibilidad.

—Tenemos que decidir qué hacer —dijo Harrison—, le revelamos al FBI lo que sabemos, con los riesgos que eso conlleva, o no sale de aquí y nadie vuelve a mencionarlo jamás.

Así eran las cosas en el club B, pensé.

—Antes hay algo que debéis saber —prosiguió Harrison—. Hoy hablé con el agente Frost y me dijo que van a suspender la investigación.

—¿Qué? —Maggie habló por todos. El único que estaba al tanto de aquella noticia parecía ser Bob, que asentía con cada palabra del excomisario.

—Eso no significa que no la seguirán buscando, pero la investigación en torno a Meditek está cerrada —explicó Harrison—. A mí me llamó muchísimo la atención, tan intempestivo. Frost me dijo que está convencido de que Mark estaba involucrado, pero que sin él le fue imposible venderle la investigación a su superior.

—¿No puede ser un truco? —pregunté. Tanto Frost como Bell se habían mostrado muy incisivos. ¿Por qué lo dejarían tan pronto?

—No es un truco, Johnny —dijo Harrison—, conozco al FBI desde hace

tiempo. Hay reglas que no se rompen. Si me han dicho que la investigación está cerrada, está cerrada.

—Eso nos pone en una situación todavía más compleja —dijo Bob—. Tenemos que votar. Richard y Bill tienen posturas encontradas, así que ellos dos no cuentan. La decisión final saldrá de esta mesa.

—Los que estén a favor de hablar con Frost y decirle todo lo que sabemos, levanten la mano.

Levanté la mano.

Harrison me siguió.

Mi padre se mantenía impertérrito, Bob negaba con la cabeza, claramente en desacuerdo.

Instintivamente nos volvimos a Maggie.

—Mi voto es negativo —dijo ella.

ESH

John terminó de ver el vídeo con lágrimas en los ojos.

—Lo siento —dijo Paula mientras bloqueaba el móvil y se lo guardaba en su regazo—. ¿Lo sabías? —preguntó tímidamente.

Él la observó como si ella acabara de materializarse a su lado.

—Siempre creí que fue mi padre.

Paula asintió. Y entonces hizo la pregunta que verdaderamente la había llevado a Carnival Falls.

—¿Es verdad lo que dice, que tu madre lo ansiaba?

John se limpió las lágrimas.

—Sí, es cierto. Mi madre también me lo pidió a mí, sólo que yo era demasiado ingenuo para comprenderlo. Me dijo que le pusiera una almohada encima del rostro. Más tarde, cuando se llevaron a mi padre, lo entendí todo. Era un niño pero no estúpido.

—Cuando encontré el vídeo, no supe qué pensar —dijo Paula en tono de disculpa—. Él..., bueno, confiesa un ase...

—No fue un asesinato —la interrumpió John.

John se puso de pie y caminó por el salón. Paula se limitó a observarlo.

—Mi madre se lo pidió —dijo John más para sí que para Paula—. Hizo lo que debía.

Estaba anocheciendo. ¿Cuánto tiempo llevaban hablando? John miró la botella sobre la mesa y se maravilló ante la perspectiva de no recordar nada de lo que estaba sucediendo.

—Ya tienes tu respuesta —dijo John volviéndose de repente, algo había cambiado en sus ojos—, quiero que me entregues ese vídeo y dejes en paz a mi

hermano.

—Por supuesto, ésa es la razón por la que he venido. Si tú estás en paz con esto, es todo lo que importa. Entiende que mi única preocupación cuando encontré el vídeo era que tú lo supieras, y que juzgaras por ti mismo. Tu padre fue a la cárcel y se quitó la vida por algo que...

—¡No tienes que explicármelo!

—Lo siento.

Paula bajó la vista.

John volvió a sentarse. Apoyó una mano en el hombro de Paula.

—No es por ti —se disculpó—, estoy en *shock*.

Ella asintió.

John se cubrió el rostro con las manos y se dejó engullir por la oscuridad.

—¿No voy a recordar nada de esto? —dijo con voz amortiguada.

—No.

Volvió a mirar a Paula.

—Agradezco lo que has hecho.

La habitación se oscureció de golpe.

—¿Te sientes bien? —preguntó Paula.

John se incorporó.

—Estoy bien. ¿Cuánto tiempo hace que...?

Paula consultó el reloj del móvil y frunció el ceño.

—Una hora y veinte minutos. El efecto debería durar un poco más.

—Entonces terminemos con esto de una vez.

Paula buscó el vídeo en el móvil y lo borró.

—Hice dos copias —explicó a continuación—, una estaba en mi móvil y acabo de borrarla. La otra está en un servidor remoto.

Accedió a Google Drive y seleccionó la copia del vídeo. Eligió la opción para borrarla, todo bajo la atenta mirada de John.

—El vídeo ya no existe, por lo menos en lo que a mí respecta.

John no tenía más remedio que creerla. Sabía que Paula podría haber hecho una o cien copias más y él no tendría modo de saberlo.

Paula se puso de pie.

—Necesito que borres el resto —dijo John.

Paula se estaba colgando la mochila al hombro. Se detuvo.

—Éstas eran las dos únicas copias —dijo ella sorprendida—, una en mi móvil y una remota. Lo justo y necesario.

—Me refiero al resto de los vídeos y documentos del ESH que has robado de Meditek y que conciernen a la investigación.

La sonrisa de Paula se desvaneció.

—Eso no tiene nada que ver contigo. No es la razón por la que he venido.

Un chorro de tinta negra nubló el campo visual de John. La mancha remitió rápidamente pero Paula ya se había alejado unos pasos, retrocediendo en dirección a la puerta. John se apresuró y rodeó el sofá en la dirección opuesta, llegó a la salida y se aferró al mueble para no caer. Buscó el arma y la empuñó.

Paula se detuvo en seco.

—No voy a usarla —dijo John.

—Entonces guárdala.

—Quiero que borres el resto de los documentos.

—¿Y si tengo otras copias?

—¿Las tienes?

—Vamos, John, he venido a ayudarte, a mostrarte la verdad sobre lo que le sucedió a tu madre. Te he dado la oportunidad de elegir.

—Y te lo agradezco. Lo que no entiendo es por qué no quieres borrar el resto de los vídeos. Pensé que no estabas de acuerdo con chantajear a mi hermano.

Paula sacudía la cabeza.

—¡No has entendido nada!

—Si no vas a utilizarlos, entonces quiero que los borres, tan simple como eso.

Paula había pasado de la preocupación a la ira en apenas un instante.

—¡Crees que no hubiera podido chantajearlo con esa confesión! —espetó Paula.

John mantenía el arma a media altura. ¡Dios, cómo pesaba!

—¿Qué vas a hacer con los documentos? —dijo John en un tono pausado.

—¿Qué crees? Voy a filtrarlos, por supuesto. Tu hermano e Ian Martins están planeando vender el ESH a un laboratorio coreano, el gobierno está detrás, por supuesto. El ESH se transformará en un proyecto secreto y vete tú a saber cómo lo van a usar ¡Es injusto! Si eso no sucede, entonces una fundación privada de un tipo que nadie ha visto en años se hará con las patentes y todo lo demás. ¡Será

casi lo mismo!

—No eres tú la que debe decidir eso.

—¿No?

—No.

—¿No estás cansado de que otros tomen las decisiones por ti?

—Es el proyecto de Mark... —El mundo se detuvo—. Es él quien debe decidir.

—Conozco a tu hermano. Le haré un favor.

—¿Por qué no se lo preguntas?

Paula miró al techo, como si tratar de explicárselo a John fuera una pérdida de tiempo. Y posiblemente lo era.

—Tu hermano está atado de pies y manos —dijo Paula con vehemencia. Se acercó unos pasos—. ¿No lo entiendes? Está abrumado por las deudas..., no tiene más remedio que vender. Si exponemos el ESH, los laboratorios tendrán que ceder, es la única forma. No podemos permitir que un descubrimiento así quede en la oscuridad. Para eso me he arriesgado robando esos documentos y las píldoras. Tengo más dosis. ¿No lo ves?

—No importa lo que vea o deje de ver. No voy a decidir por mi hermano. Y tú tampoco lo harás.

—Tengo copias impresas de estos documentos —dijo Paula exhibiendo el móvil.

—No te creo —la desafió John.

Apenas terminaba de decir la frase cuando su pierna derecha falló y se desplomó hacia un costado. Estiró el brazo con el que sostenía el arma y consiguió apoyar el codo para no terminar de caer. Con enorme esfuerzo se irguió, pero seguía con los ojos cerrados. Extendió el arma, y al abrir los ojos vio que Paula se había acercado peligrosamente.

—¡Alto!

Paula tenía las palmas extendidas, el cuerpo ligeramente agachado. No dejaba de avanzar.

—Voy a salir por esa puerta ahora mismo. Nuestra reunión ha terminado. Tú me dejarás salir y esto quedará atrás.

Sin dejar de moverse, Paula mantenía la distancia con John, describiendo un arco que la acercaba cada vez más a la puerta. John se limitaba a girar sobre sí

mismo, siguiendo a Paula como si ella fuera un satélite orbitando alrededor de un planeta. Un planeta sin vida.

Los párpados le temblaron.

Paula hacía algo con su móvil.

—¿Qué haces?

Ella no respondió. Seguía deslizando el dedo por la pantalla del móvil.

—¡¿Qué haces?!

Paula exhibió el móvil. Lo señalaba con el dedo índice.

—Ésta es una carpeta remota con toda la información del ESH. Cuando le dé a este botón la compartiré con un grupo de hackers enorme. Ellos saben qué hacer con ella.

John hizo acopio de fuerzas y se ubicó entre Paula y la puerta de salida. El arma se había convertido en un ancla de acero.

—Voy a salir, John —dijo Paula.

Los párpados de John estaban a media altura. Un hilo de coherencia le decía que si resistía, Paula entraría en razón. Ella no iba a enviar los documentos. Estaba tirándose un farol. Quiso decir algo pero no pudo. Su cerebro envió la orden a las cuerdas vocales pero éstas no respondieron.

Paula estaba dirigiéndose a la puerta y él no podía hacer nada al respecto.

Entonces se produjo un ruido ensordecedor. Un disparo. Paula se desmoronó como una marioneta sin dueño.

Las piernas de John fallaron y cayó. Intentó amortiguar la caída extendiendo el brazo pero no pudo. La pistola salió despedida.

Justo antes de cerrar los ojos vislumbró una silueta moviéndose furtivamente.

Unos meses después

Necesité superar la barrera de las treinta y una montaña de fracasos para darme cuenta, finalmente, de cómo tenía que empezar a desatar ese nudo gordiano en que se había convertido mi vida. Fue un largo proceso en el que Maggie fue determinante.

La chispa que inició el cambio fue un hecho insignificante y fortuito. Jennie acababa de cumplir los cinco años y ya evidenciaba capacidades asombrosas para las manualidades; no se contentaba con dibujos bidimensionales sino que creaba todo tipo de objetos con papel, cartón, latas y cualquier cosa que encontrara en casa. Ese día se presentó en mi estudio y me explicó que había encontrado algo escondido en el bosque. Con toda solemnidad me enseñó una lámpara mágica hecha con cuatro piezas de cartón pintado de color celeste.

—¿Cuál es tu deseo, papá?

En cuanto abrí la boca me advirtió que el genio podía leer la mente, así que no debía decirlo en voz alta.

—Listo —mentí.

Lo cierto es que no sabía qué quería realmente más allá de las cosas obvias. ¿Cómo era posible que la respuesta no brotara de forma instantánea?

La pregunta ya había estado rumiando en mi cabeza. La lámpara mágica de Jennie la puso en evidencia. ¿Qué quería hacer con mi vida? Me maravillaba no tener una respuesta clara y contundente, como los niños que quieren ser policías, bomberos o astronautas. ¿Por qué yo no tenía esa respuesta? ¿Cómo podría

alcanzar mis sueños, o al menos intentarlo, si no sabía cuáles eran?

Me propuse firmemente encontrar esas respuestas esquivas, ese ideal inalcanzable que las personas deben, a mi humilde entender —ahora lo sé—, perseguir sin pausa.

Tenía una libretita que llevaba a todas partes. Reflexionaba, apuntaba pensamientos, lo anotaba todo, incluso las ideas más estafalarias. Fue un proceso de introspección y de honestidad conmigo mismo en el que comprendí, entre otras cosas, que no quería volver a probar una gota de alcohol (ésta era sencilla, lo acepto) y que además había algo truncado en mi vida, una *deuda*. Había publicado un puñado de libros infantiles de éxito moderado, casi de forma accidental, y podía engañarme todo lo que quisiera, pero sabía que artísticamente no me llevarían lejos.

Mis ilustradores favoritos de libro álbum no sólo eran genios de talento inalcanzable, sino que me aventajaban en una carrera en la que yo ni siquiera estaba corriendo. Maurice Sendak, Van Allsburg, Carle, Jeffers, Browne, incluso Ian Falconer, quien había construido una obra admirable a partir de la cerdita Kate.

Quería ser uno de *ellos*.

La respuesta era aterradora. Un fracaso garantizado.

Pero no importaba. Iba a regresar a la universidad y cursar los tres años para graduarme en historia del arte. En mi ambicioso plan, los tres años serían en realidad dos. Además, utilizaría ese tiempo para buscar mi identidad como artista, necesitaba barajar y dar de nuevo, reconstruir los cimientos de mi carrera. Reinventarme.

Ir a visitar a mi padre a su cabaña se había convertido en un hábito casi terapéutico. Decidí hablar con él antes que con Maggie, y ese día de otoño relativamente templado bebimos café en el porche. Muchas veces Harrison se unía a nosotros, pero esa tarde estábamos sólo él y yo.

Empezaba a descubrir facetas desconocidas de mi padre, ahora que podía verlo con una óptica adulta: un hombre admirable y buen consejero. Un amigo.

Nunca le cuestioné su decisión de seguir viviendo en la cabaña. Se había acostumbrado a ese tipo de vida, con visitas ocasionales; había desarrollado un particular vínculo con la naturaleza, los animales, el bosque en general. Harrison me lo advirtió, pero incluso yo fui capaz de percibirlo. Mi padre era feliz en

aquella cabaña remota, había mantenido un vínculo con sus amigos de toda la vida y con Mark, y ahora me tocaba a mí. A veces, después de una o dos horas de conversación, él se quedaba callado y observaba el lago, y en esos momentos yo sabía que era tiempo de marcharme, de devolverle su soledad.

En poco tiempo nuestro vínculo se fortaleció; podíamos hablar de cualquier cosa. Elegíamos no hablar de mamá, porque su ausencia y las circunstancias en torno a su muerte le afectaban profundamente. Una vez me confesó que a veces soñaba con ella, pero no me reveló la naturaleza de esos sueños. Tampoco volvimos a hablar de Paula, porque así lo establecía el pacto que el club B selló en la cabaña la noche del 17 de junio.

Cuando le dije a mi padre que pensaba regresar a la universidad, su apoyo fue incondicional. Insistió en darme el dinero que Mark le había ido proporcionando a lo largo de los años, pero no lo acepté. Era algo que debía llevar a cabo con mis propios recursos. Conseguí trabajo en una agencia de publicidad en Lindon Hill y además impartiría clases en la escuela Bishop.

Maggie fue mi otro gran sostén. Ella tenía sus propios planes, por supuesto, necesitaba volver a echar raíces en Carnival Falls. Finalmente decidió fundar, junto a su amiga Clare, una empresa de organización de eventos: bodas, convenciones, conferencias; todo salvo funerales, bromeaba cuando le preguntaban por sus nuevos horizontes laborales. Los eventos eran en su mayoría en Lindon Hill así que muchas veces nos veíamos allí. Decidimos que convivir tendría que esperar a que nuestras vidas profesionales se encauzaran; una decisión que en retrospectiva resultó acertada. Fueron dos años de mucho ajeteo, pero conseguimos sobrevivir.

Burke y McKenzie, la compañía de Maggie, consiguió forjarse una buena reputación y trabajar con clientes selectos y redituables. Yo, por mi parte, conseguí graduarme en historia del arte en poco más de dos años.

Y más tarde llegó Millicent Silvia Brenner, mi segunda hija y el vivo retrato de Maggie. La mejor recompensa del universo.

Una noche, estaba solo en casa y decidí darme una ducha refrescante. El agua tibia caía sobre mi rostro cuando una idea me asaltó. Fue algo tan revelador que dejé de respirar.

Síntesis.

El concepto daba vueltas en mi cabeza. Cerré el grifo y salí a toda velocidad del baño. ¡Síntesis!, pensaba. Mientras me secaba, la idea terminó de materializarse, y con ella llegó el personaje.

Menos es más.

Con la toalla atada a la cintura fui directo al estudio y cogí una hoja en blanco y un marcador negro de punta gruesa:

«Mi nombre es Bill, y soy un niño invisible.»

El resto de la hoja en blanco.

Lo vi clarísimo. ¿Qué niño no quería ser invisible? Además, si no sabían nada de su aspecto sería más sencillo identificarse con él.

Al día siguiente le envié a mi agente la página por correo electrónico.

Lo tengo. El primer tomo se llamará *Invisible Bill y las criaturas prodigiosas del bosque*. Te adjunto la primera página del libro. ¡No digas que no he mejorado notablemente mi técnica! En breve más novedades.

Phill me envió una respuesta escueta, fiel a su estilo: quiero ver el resto cuanto antes.

Mi primer libro álbum vio la luz a principio de 2018 y recibió un reconocimiento inmediato que me intimidó. Fue un ascenso meteórico e irreal, casi de cuento de hadas. Hice tres tomos de *Invisible Bill* que llevan más de

quince reediciones a un ritmo vertiginoso. Phill cree que se convertirá en una obra de referencia.

Los tres libros empiezan con la misma página en blanco, y sobre ella se ha dicho más que del resto. La revista *Art Studio* dedicó un número a mi obra y la portada fue completamente blanca. A veces miro hacia atrás y me hace gracia que todo surgió de un destello de lucidez de un hombre desnudo bajo la ducha.

Cuatro años después de la muerte de Paula Marrel viajé a Denver para dar una charla en la que el orador principal no era otro que Falconer, un sueño hecho realidad. Ya de regreso en el aeropuerto, sin embargo, apenas pensaba en la fabulosa experiencia en la universidad de Denver, sino en la fatídica experiencia de aquel 2 de mayo.

Todos esos recuerdos habían sedimentado en un pozo profundo, pero cada tanto el agua estancada se agitaba y los recuerdos ascendían hasta la superficie. Y el día del cuarto aniversario no iba a ser la excepción para revivirlos.

De camino me detuve en la gasolinera de Frank Cassonwitz. Estaba desierta, lo cual me llamó la atención pues el negocio de Frank había prosperado meteóricamente durante las últimas dos décadas; contaba con seis modernos surtidores y una tienda donde se conseguía de todo y podías tomar un delicioso café con pastel.

Allí estaba Justine, la segunda esposa de Frank, diez años más joven que él y astuta como pocas, autora intelectual del auge del negocio.

—John, querido ¡Qué gusto verte! —dijo y se volvió para hablarle a la muchacha que la acompañaba—. Zoey, por favor, sírvele un café al señor Brenner.

—Oh, no..., lo lamento pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—En realidad vine a ver a Frank. ¿Está en su oficina?

Su rostro cambió. A Frank lo conocía desde la época en que mi hermano trabajaba en la gasolinera, y con el correr de los años había establecido con él un vínculo cordial, aunque la relación no iba más allá de eso.

—Frank no está —dijo Justine—. ¿Quieres que le diga algo? Puedes intentar llamarlo al móvil.

—No es tan urgente. Gracias.

En aquel momento dudé. Mark había hecho un vídeo confesando que la idea de asfixiar a mi madre la obtuvo de un antiguo empleado de esa gasolinera, y lo cierto es que la historia nunca me había dejado en paz. Había algo que no terminaba de cuadrarme. Quizás era el hecho de no haberla escuchado jamás, o las similitudes con el desgraciado desenlace de la esposa y la hija de Gustafsson.

Regresé al mostrador y acepté ese café. Zoey me entregó un vaso térmico.

—Justine, ¿recuerdas al viejo Matkin?

Ella me estudió mientras guardaba el billete de cinco dólares que acababa de entregarle.

—¿Sabes que ha muerto, verdad? —dijo, todavía buscando descifrar las razones detrás de una pregunta tan particular.

Me sorprendí ante la revelación.

—¿Recientemente? —dije maravillado—. Creí que...

—En diciembre.

Matkin parecía un hombre centenario cuando yo era un crío.

—Tenía noventa y ocho —dijo Justine—, Frank y yo fuimos al entierro. Una pena que no llegara a los cien después de tanto esfuerzo, ¿no crees?

Vivir cien años me parecía el peor castigo para un ser humano, pensé, pero no lo dije.

—¿Por qué lo preguntas?

—Cuando mi hermano trabajaba aquí, el viejo Matkin le contó la historia de su esposa y su hija pequeña, de cómo murieron.

Justine enarcó las cejas.

—Tienes que estar confundido. Matkin nunca se casó.

—Fue mucho tiempo atrás. Él era joven.

—¿Estás seguro de que era él?

—Bastante seguro.

—Pues debe de haber sido otra persona, porque Matkin nunca se casó, y estoy cien por cien segura de ello. Fue uno de los temas que hablamos en el entierro con sus sobrinos.

—Es extraño.

Me quedé pensativo. Justine se encogió de hombros.

Llegué a casa y me di una ducha prolongada. Mis únicos días grises tenían lugar cuando pensaba en Mark. No en el Mark de siempre, sino en el de sus últimos meses.

Me vestí y me quedé sentado en la cama. Del tercer cajón de la mesilla de noche saqué una cajita de plástico; allí estaba la píldora restante del ESH. Ignoraba si sería peligroso tomarla después de tanto tiempo, pero no importaba, porque no tenía intención de hacerlo. Cada tanto me gustaba sacarla del cajón y contemplarla. Lo paradójico era que lo hacía precisamente para no olvidar.

Desde la ventana podía ver a Maggie y a Millie. Madre e hija jugaban entre la ropa colgada, corrían en aquel improvisado laberinto de sábanas, riendo y vociferando. Sus voces me llegaban amortiguadas, y no podría haber pensado en una imagen que capturara mejor el vuelco que había dado mi vida. Maggie había dejado atrás sus fantasmas, y eso se lo debía en parte a Mark. Aferré la píldora con fuerza, como si fuera un talismán que pudiera transmitirme algún tipo de poder.

Mark.

Lo extrañaba tanto. El vacío que había dejado en mi vida era imposible de llenar.

Nunca sabré qué sucedió con Paula aquella noche, y si Mark tuvo algo que ver, directa o indirectamente. Durante algún tiempo seguí soñando con la chica y hasta tuve la convicción de que llegaría el día en que finalmente abriría esa caja, que sospecho traería respuestas. Pero tal cosa no ha sucedido, quizás porque mi subconsciente ha hecho las paces con el pasado.

Elijo creer que la decisión de Mark de quitarse la vida se selló cuando cumplió con la última voluntad de mi madre, y que si la postergó más de quince años fue por mi padre, y por mí. Ése era el Mark que yo conocí, y al que me aferro cada día. Si fue responsable del trágico final de Paula, estoy seguro de que lo lamentó profundamente y que además fue determinante a la hora de tomar su última decisión.

Pero quizás mi error sea intentar entender a alguien como Mark.

Epílogo

El despacho de la doctora Laura Hill estaba en la tercera planta del edificio que la CIA tenía en Boston. Era amplio pero impersonal. Aunque llevaba tres años trabajando para la agencia —y dos como directora de un programa creado para brindar soporte de comportamiento criminal en casos de máxima prioridad—, todavía no se sentía a gusto en aquel espacio confinado.

Eran las nueve y cinco de la mañana cuando entró con una pila de carpetas bajo el brazo, las dejó sobre el escritorio y se sentó en la silla giratoria con expresión de dolor. Se quitó el zapato derecho y se masajeó la punta de los dedos. Incluso se permitió cerrar un momento los ojos mientras aliviaba la tensión.

—Doctora Hill, acabo de..., oh, perdón.

Laura abrió los ojos y se encontró con la cabeza de Virginia flotando junto al marco de la puerta.

—No pasa nada —dijo Laura, todavía agachada, su cabeza a la altura del escritorio. Se puso el zapato e hizo una mueca.

—Te entiendo tanto —dijo Virginia con tono de complicidad—, el sábado fui a una boda y aún tengo los pies destrozados. De regreso, mi novio tuvo que llevarme en brazos y...

—Virginia...

La mano de la secretaria apareció e hizo un gesto de entendimiento.

—Spellman ha llamado, dice que llega tarde por culpa de un atasco.

—¿Te dijo cuándo estará aquí?

— En veinte minutos.

—Gracias.

—También llamó el subdirector Copeland. Dos veces.

—Gracias.

La puerta se cerró.

Joseph Copeland. Laura casi pronunció el nombre en voz alta cuando se quedó sola. Su mentor, podía decirse, el responsable del vuelco que había dado su carrera en los últimos años.

El ofrecimiento de Copeland llegó tras cierta notoriedad por su trabajo como psiquiatra en un caso con cobertura nacional. Lo hizo en el momento justo, cuando Laura empezaba a darse cuenta de que lo suyo no eran los reflectores sino el trabajo tras bambalinas.

El móvil vibró sobre el escritorio. Copeland. Era curioso cómo seguía refiriéndose a él por el apellido en el ámbito de esas cuatro paredes.

Lo dejó vibrar un poco y finalmente atendió. Podría haber recreado en su cabeza la conversación que estaba a punto de tener lugar. Copeland podía ser brillante, pero también el tipo más previsible del mundo.

—Por fin, Laura. ¿Está contigo?

—No. Llegará en veinte minutos.

—Mejor. Estaba pensando que quizás no era una buena idea. Puedo intentar cambiar...

—No hay necesidad de cambiar nada —lo interrumpió Laura—, tengo los expedientes conmigo, los revisé anoche, no te preocupes.

—Spellman es un caso serio, y no está en su mejor momento. Ya no sé cómo manejar la situación, créeme.

—Entonces no hay duda, debemos revisar bien su comportamiento. Déjalo en mis manos. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

—Confía en mí, Joseph.

Laura cortó la comunicación sin despedirse. Dejó el móvil junto al portarretratos con la fotografía de Walter. La fotografía de su hijo y dos plantas de interior habían sido sus intentos por empezar a sentirse cómoda en ese lugar. Por el momento no estaba funcionando del todo; ni siquiera su superior terminaba de confiar plenamente en ella.

Se levantó y fue hacia la ventana. Daba al interior, de modo que debía colocarse en una posición específica para disfrutar de una franja de paisaje

urbano.

Kate Spellman llegó exactamente veinticinco minutos después y entró sin anunciarse.

Laura no la conocía personalmente, es decir, que todo lo que sabía de ella provenía de los expedientes de la operación ESH que estaban sobre su mesa.

Spellman había trabajado como agente encubierta bajo la identidad de Darla Brenner.

—Buenos días —dijo Spellman mientras colgaba su abrigo en el perchero.

—Agente Spellman. —Laura se puso de pie, rodeó el escritorio y fue a su encuentro.

—Kate —le dijo ella—, perdón por el retraso.

—No hay problema.

Junto a la puerta había una mesa pequeña que Laura normalmente utilizaba para romper la formalidad del escritorio. Invitó a Spellman a que se sentara. La mujer exudaba suficiencia, en eso Copeland no se había equivocado. Llevaba el cabello rubio y largo, diferente a las fotografías que Laura había tenido oportunidad de ver.

—¿De qué se trata todo esto, doctora Hill?

—Laura, si vamos a tutearnos.

En los labios de Spellman se dibujó una tenue sonrisa.

—Entonces, Laura —dijo Kate—, ¿qué hago aquí exactamente?

Laura se acomodó en la silla.

—Antes que nada, déjame decirte que no se trata de una revisión de tu actuación en el caso ESH, ni mucho menos. Todo eso ha sido revisado exhaustivamente y han quedado claras las circunstancias en las que Paula Marrel perdió la vida aquella noche cuando estaba a punto de divulgar información sensible sobre el proyecto.

—Así es. —Kate bajó la vista en un acto reflejo—. No hay un solo día en el que no lo lamente. Ojalá las cosas hubieran terminado de otra forma. Fueron cuatro años de trabajo, y nuestra tarea era justamente proteger el ESH hasta que estuviera completamente desarrollado. Teníamos controladas las finanzas del laboratorio mediante una fundación manejada por la CIA, también a Mark Brenner y a su socio Martins. La chica se nos fue de las manos. La subestimamos.

—Estoy de acuerdo.

Laura fingió meditar un segundo. Sabía la respuesta de lo que iba a preguntar a continuación, pero necesitaba ganarse la confianza de la agente, y para eso quería que hablara.

—¿Hubo algún intento de ejercer el control sobre la droga *antes*?

—Sí. De hecho, la idea inicial era hacerlo de esa forma —dijo Kate—. Pero al principio los avances de Meditek fueron fenomenales. De no ser por el trabajo de Mark Brenner, quizás el ESH todavía estaría en etapa de desarrollo, o estancado.

—Entiendo que no era tu decisión —dijo Laura—, pero de haberlo sido, ¿crees que hubiera sido conveniente tomar el control antes?

Kate estudió a Laura.

—Mira, Laura, es verdad que no era mi decisión, pero creo que hicimos lo correcto. Conviví con Mark Brenner durante cuatro años, conseguí ganarme su confianza y que me hiciera partícipe de las decisiones de Meditek. No tengo la menor duda de que nadie podría haber logrado los mismos resultados en tan poco tiempo. El ESH está en nuestro poder y no en manos de alguien que pueda utilizarlo en nuestra contra.

—Como Corea del Norte.

—Por ejemplo. Ellos entraron en juego al final. Fue entonces cuando decidimos controlar a Martins.

—Tú lo hiciste —apuntó Laura—. Un trabajo admirable.

—Gracias. Nunca fueron un riesgo, los coreanos quiero decir. Permitimos que el FBI investigara el suicidio de Brenner y eso hizo que se alejaran. La realidad es que no tenían un conocimiento profundo del potencial del ESH, y sus lazos con el gobierno de Corea del Norte eran débiles.

—Un grupo de improvisados, podríamos decir.

—Yo no los subestimaría tanto, pero definitivamente no eran sofisticados ni demasiado peligrosos.

Laura había tenido acceso a los perfiles psicológicos de Kate Spellman, pero le gustaba sacar sus propias conclusiones. Decir que la mujer que tenía delante era narcisista era una obviedad; sin embargo, había algo más, algo más profundo, el atisbo de una personalidad mucho más compleja que Laura creía empezar a vislumbrar.

—¿Puedes decirme qué sucedió esa noche? —dijo Laura—. Sé lo que dice el expediente; pero me interesa tu versión.

Laura estaba forzando la situación, lo sabía. En cualquier momento Kate exigiría saber por qué la estaban volviendo a interrogar.

—La que está en el expediente es mi versión de los hechos.

Laura sonrió.

—Si no te molesta, me gustaría escucharte, Kate.

Hubo un brillo peculiar en los ojos de la agente Spellman, casi una advertencia.

Habló de un modo pausado, sin inflexiones.

—El equipo de apoyo me informó de la presencia de Marrel en Carnival Falls, y posteriormente en casa del hermano de Brenner. Fui hasta allí con el agente Norris; él se quedó en las cercanías y yo entré. Escuché parte de la conversación entre John Brenner y Paula Marrel y me hice una idea bastante clara de lo que estaba sucediendo. Entonces Marrel amenazó con divulgar la información y disparé. El análisis sobre el móvil demostró que no se estaba echando un farol. Un clic, y toda la información sobre el ESH se nos hubiera ido de las manos.

—¿No dudaste en ningún momento?

—No.

—¿Qué sucedió después?

—Con el agente Norris nos propusimos limpiar la escena, cuando se presentó el padre de Brenner. Sabíamos que estaba vivo, recluido en una cabaña en medio del bosque. Mark Brenner lo visitaba de vez en cuando. Tuve que salir rápidamente y John Brenner despertó y vio el cadáver. Y eso complicó un poco las cosas.

—¿Por qué?

—Mark Brenner supo de inmediato que Marrel había muerto en casa de su hermano e intentó convencerlo de que se había tratado de una alucinación.

—Tanto el cadáver como la furgoneta —apuntó Laura.

Kate empezaba a darse cuenta de que la mujer que tenía delante conocía perfectamente todos los detalles de lo acontecido esa noche. ¿Por qué le hacía perder el tiempo?

—Sí. Ambas cosas. Con el agente Norris reforzamos la idea de las

alucinaciones con una operación en Lindon Hill. Durante un tiempo funcionó y John Brenner iba a dejarlo estar. ¿Suficiente?

Fue la primera muestra de hostilidad entre ambas.

—Kate, no estoy cuestionando las directivas relacionadas con la operación ESH, no es mi función. Y entiendo la incomodidad de tener que explicar decisiones de campo a alguien como yo. Fuiste reclutada a los diecisiete años y llevas más de veinte años de servicio. Tus rendimientos son sobresalientes.

—¿Qué estamos haciendo entonces, doctora Hill?

Doctora Hill, no Laura.

Kate Spellman había tenido que decidir ese disparo en una fracción de segundo. El ESH era asunto de seguridad nacional. La NSA y la CIA trabajaban en conjunto y habían montado una operación ultrasecreta con un puñado de agentes de campo. La muerte de Paula Marrel había sido un lamentable daño colateral.

Una comisión había evaluado las acciones de Spellman y concluyó que su juicio había sido correcto. Copeland también lo creía, pero al mismo tiempo temía que buena parte de la decisión de Spellman hubiese estado fundada en el miedo a fracasar en una misión tan importante.

Y Copeland temía que la situación volviera a repetirse. Durante el último tiempo había advertido una profundización de este comportamiento por parte de Spellman, algo que definitivamente estaba afectando a su trabajo. La agente cada día se mostraba menos permeable a la crítica constructiva, era intransigente en sus decisiones, por momentos hasta autoritaria.

El objeto central de la revisión por parte de Laura tenía que ver con evaluar hasta qué punto Kate Spellman era capaz de dejar de lado su ego a la hora de tomar decisiones de campo.

—¿Y bien?

—Kate, a veces es importante revisar nuestras decisiones, especialmente con el paso del tiempo.

—Ya dije que lamento profundamente haber matado a esa chica. Ojalá ella nunca hubiese amenazado con difundir información sensible para mi país.

Allí estaba la justificación.

—¿No hubieras actuado de forma distinta si hubieras tenido más tiempo para pensarlo?

—No.

Laura hablaba en tono conciliador.

—Veo que no tienes ninguna duda.

—No. —Kate hizo una pausa—. ¿Es eso lo que piensa Copeland?

—Me interesa lo que *tú* creas.

—Doctora Hill..., Laura, no perdamos el tiempo. Si estoy aquí es porque Copeland o alguno de sus jefes se lo ha pedido. Ese expediente no llegó a su mesa por arte de magia.

—Quizás sería buena idea que nos veamos regularmente para revisar esta y otras cuestiones.

—Me parece una pérdida de tiempo.

—Resulta llamativo que no tengas algún reproche sobre tus propias acciones.

—No he dicho que no me arrepienta de nada —espetó Kate—. Creo, por ejemplo, que nos equivocamos al no seguir a Ian Martins desde el principio. Pero respecto a esa noche en particular, sí, volvería a hacer lo mismo.

—¿Qué sentías por Mark Brenner? —disparó Laura.

Kate le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—¿Y eso qué tiene que ver? Mark Brenner era mi objetivo. ¿Quiere saber si me enamoré de él?

—Por ejemplo.

—No me enamoré de él. Nuestra convivencia era bastante mala, la verdad ¿Algo más?

—Todo lo que he leído acerca de Brenner —dijo Laura—, incluso lo que tú me has dicho hace un momento, habla de un hombre de una capacidad extraordinaria.

—Así es.

—He visto el vídeo que recuperó el FBI, en el que confiesa el asesinato de su madre cuando era un adolescente, y mi sensación es que Brenner les dio la confesión perfecta, como si quisiera dejar todos los cabos cerrados y que nadie mirara un poco más allá. No quiero decir que no sea real el episodio con su madre, pero digamos que quizás..., lo adornó un poco.

—Es probable.

—¿Puedo decirte lo que pienso?

—Evidentemente no tengo opción.

Laura se puso de pie, fue hasta la ventana y se quedó mirando un rato a la pared gris. Podía sentir la mirada de Kate clavada en su espalda. Esperó, como un jugador de básquet que acaba de lanzar la bola para un tiro de tres puntos, todavía suspendido en el aire. Entonces lanzó la frase que sabía que Spellman no esperaba.

—Creo que Mark Brenner siempre supo que trabajabas para la CIA.

Laura seguía de espaldas, desafiante.

Cuando Kate habló, lo hizo destilando furia.

—Doctora Hill, entiendo que es buena escribiendo libros y diagnosticando enfermedades mentales, ¿sabe en qué soy buena yo?

Laura se dio la vuelta.

—¿En qué?

—En fundirme con la realidad como el camaleón —dijo Kate, las manos sobre la mesa, su cuerpo inclinado hacia adelante—. Yo estuve junto a Mark Brenner y le aseguro que nunca sospechó nada. ¿Cuándo ha leído ese expediente? ¿Ayer por la noche?

—Hace dos días que lo tengo en mi poder.

—¡Y tiene la osadía de venir a cuestionarme! Estuve cuatro años junto a Brenner, día tras día desempeñando el papel de su mujer. Nadie lo conocía como yo. ¡Nadie!

Laura volvió a sentarse y habló con tranquilidad.

—A veces una mirada fresca puede aportar un punto de vista nuevo. No digo que sea mi caso, pero deberías por lo menos estar abierta a...

—¡Basta! Diga de una vez lo que tiene que decirme.

Laura asintió.

—Mark Brenner era un hombre brillante —dijo Laura—, creo que todos coinciden en eso. Tengo la sensación, al igual que tú, que llevaba tiempo, quizás años, planeando su propio suicidio, y que eso tiene que ver con su padre, recluido en esa cabaña, pagando el precio de un asesinato que no había cometido. Es muy probable que el desarrollo del ESH haya sido su última meta, algo así como su legado. Dedicó varios años a ello.

Kate no movía un solo músculo. Laura sabía que estaba tocando una fibra sensible. En cierto sentido, Mark Brenner y Kate Spellman eran dos caras de la misma moneda. En otras circunstancias podrían haber congeniado a las mil

maravillas, o haberse repelido como dos imanes de polos iguales. Dos egos de tales proporciones eran difíciles de predecir.

—De no haber sido por la CIA —dijo Laura—, el proyecto del ESH hubiera naufragado. La fundación Sanders fue un salvavidas. ¿Me equivoco si digo que Mark Brenner sacó provecho de esa financiación casi ilimitada?

Kate no respondió, pero su silencio fue respuesta suficiente.

—Supongamos por un momento que lo sabía, que hizo su propia investigación y llegó a saber quién controlaba realmente la fundación, o sospechó algo y te siguió, no sé. ¿No sería más lógico que hubiera seguido el juego de la CIA?

—Brenner no sabía nada —sentenció Kate—. Lo que dice no tiene sustento.

—Pero no puedes negar la lógica que hay detrás de este razonamiento. —Laura se inclinaba ligeramente hacia adelante con cada palabra—. Mark era consciente de que el ESH podía ser peligroso si caía en las manos equivocadas, y se iría en paz si pasaba a manos del gobierno norteamericano.

—Quería un uso *civil* del ESH. Él mismo me lo dijo.

—¿Pero era eso posible? ¿La CIA iba a permitirlo?

Kate Spellman se mantuvo inmutable, sin responder. Las cosas habían llegado demasiado lejos. No parecía dispuesta a seguir escuchando.

—¿Hemos terminado? No veo qué propósito tiene esta reunión, además de criticar mi trabajo.

Se puso de pie.

—Espera, Kate, por favor. Siéntate.

—No, ya he escuchado suficientes disparates.

—Me gustaría que nos sigamos viendo.

Kate rio con sarcasmo.

—¿Qué?! De ninguna manera. Voy a hablar con Copeland porque sé que él está detrás de todo esto. Soy una agente de élite y no tengo por qué tolerar...

—Hagamos un trato —la interrumpió Laura.

Kate abrió la boca, estupefacta. Laura fue hasta el escritorio y regresó con las carpetas que había traído desde su casa.

—Déjame ver... —dijo mientras pasaba las hojas, seguía líneas de texto con el dedo—. Ah sí, aquí está. Sentémonos un momento.

Laura se sentó sin siquiera levantar la vista.

—A veces son los detalles más insignificantes, los que parecen fuera de lugar, los que llaman la atención —dijo Laura—. No digo que suceda siempre, pero a veces tienes suerte. Es como encontrar a Wally al primer vistazo. Mark Brenner dejó tres cartas tras su suicidio: una para su hermano, una para su mejor amigo, y la tercera para ti. Las dejó en la caja fuerte de vuestra casa. Cambió el código de seguridad de la caja fuerte y te lo envió por correo electrónico. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo —dijo Kate—. Quiso dejar las cartas a resguardo.

—Sí —respondió Laura, pensativa—. ¿Pero por qué cambiar el código?

Kate se mordió el labio y negó con la cabeza, como si se propusiera explicar una obviedad.

—Para que supiéramos que las cartas estaban allí —dijo simplemente.

—Claro, pero por qué no simplemente decirte que te fijaras en la caja fuerte o algo por el estilo.

Kate se puso tensa. Una alarma se encendió en su interior. Sus ojos la traicionaron durante un instante. ¿Habría pasado algo por alto? ¿Qué estaba detrás de lo que le decía la doctora Hill?

Laura buscó otra parte del expediente.

—El oficial que acudió tras los disparos, un tal Dean Timbert, fue contigo a la caja fuerte. Otro oficial, muy eficiente, a la vista de los hechos, registró todo lo que sucedía mientras tú y Timbert abríais la caja fuerte con el nuevo código.

Laura leyó el código en voz alta:

—11625414853. Sin duda un número complicado de recordar.

—Mark siempre elegía contraseñas complejas —dijo Kate en tono monocorde—, la contraseña de wifi de casa eran diez dígitos del número PI.

—No esperaba menos de alguien con la inteligencia de Mark. Sin embargo, ¿sabes qué me ha llamado la atención de estos números?

Kate Spellman estaba pálida.

—Una vez que piensas en las razones por las que pudo cambiar la clave de la caja fuerte, le prestas a esos números un poco más de atención. Si los separas adecuadamente te das cuenta de que son números crecientes: 1, 16, 25, 41, 48 y 53. Curioso, ¿verdad?

Kate se encogió de hombros.

—Empecé a pensar —continuó Laura— a qué podían hacer referencia esos números, y en lo primero que pensé fue en la propia carta dentro de la caja fuerte. ¿Y si esos números son referencias a un mensaje que se esconde en esas palabras?

Laura cerró la carpeta.

—Te propongo este trato, Kate: si crees que hay algo de razón en lo que te he contado, entonces nos veremos al menos tres veces más, y permitirás que te ayude. Vuelve a leer la nota de suicidio que Mark te dejó. Esta vez hazlo con esta secuencia de números en mente. Verás que Mark ha querido decirte una última cosa.

Kate Spellman se puso de pie, su expresión esculpida en piedra. Abrió la puerta y antes de irse le lanzó a Laura Hill una mirada de desdén. Recordaba la carta de memoria.

Sé que esta decisión te tomará por sorpresa y lo lamento profundamente. Sigue adelante con tu vida y no mires atrás. No es ningún secreto que estábamos pasando momentos difíciles, pero mi decisión no tiene nada que ver con eso. Protege a los tuyos, no pienses en mí y céntrate en tu trabajo. Y sobre todo, sé feliz.

MARK

Nota del autor

En los años noventa, cuando yo empezaba la universidad, me convertí en un entusiasta seguidor de la música de U2. Por aquellos años los irlandeses no habían brindado ningún concierto en Argentina, por lo que mi relación con ellos se limitaba a escuchar sus discos y a leer todo lo que podía en libros y revistas. Realmente fueron —y siguen siendo— una importante fuente de inspiración para mí.

Mi canción preferida es *One Tree Hill*, cuyos versos sirven de introducción a este libro.

Si alguien me hubiese preguntado en aquellos años cuáles eran las posibilidades de que U2 brindara un concierto en mi ciudad natal, y que además interpretara *One Tree Hill*, primero me hubiese reído, y después hubiese dicho que las posibilidades eran nulas. No cercanas a cero, sino cero.

Para empezar, en La Plata, mi ciudad, no había un sitio con la infraestructura necesaria para semejante concierto. Si algún día ese acontecimiento tenía lugar, lo más sensato era llevarlo a cabo en alguno de los grandes estadios de la capital. Además, U2 apenas había interpretado esa canción un puñado de veces en el pasado.

No podía suceder. Ni en un millón de años.

Y, sin embargo, sucedió el año pasado.

En La Plata construyeron un moderno estadio de fútbol —tan bello que casi parece fuera de lugar— y en 2017 U2 decidió hacer su primera gira conmemorativa de *The Joshua Tree*. Ese disco contiene mi querida *One Tree Hill*.

Más de veinte años después pude escuchar mi canción favorita, a unas veinte

manzanas de mi casa de la infancia. Un hecho altísimamente improbable, y sin embargo allí estuve yo.

¿Y a qué viene esto? Es que aquel estudiante universitario, además de sus gustos musicales, también sentía pasión por la escritura. Pasión que no había compartido casi con nadie y que desarrollaba a escondidas entre sesiones de estudio de análisis matemático. Por esos años la idea de escribir una novela me resultaba apabullante e imposible; ni siquiera cuando terminé mi primer manuscrito me permití soñar. Tuvo que decírmelo mi hermano, apenas terminó de leer aquel borrador: «Hay que hacer algo con esto». Y yo me encogí de hombros.

Escuchar *One Tree Hill* en mi ciudad fue mágico, del mismo modo que ha sido mágico recibir mensajes de lectores de todo el mundo contándome sus experiencias con mis libros, incluso desde países de los que apenas tengo conocimiento.

Me permito hablar de mí y compartir estas experiencias porque me he dado cuenta, con el tiempo, de que es fundamental creer, incluso en las cosas imposibles que desafían a la razón. Siendo una persona básicamente analítica, he tenido que arrodillarme una y otra vez ante la magia de lo impensado.

Todos los libros construyen puentes imaginarios entre el autor y sus lectores. Nos conectamos desde lugares diferentes pero también en tiempos diferentes. Y mi deseo es que esos puentes se multipliquen, de modo que si te ha gustado este libro, querido lector, te pediré lo que te pido siempre, y es que lo recomiendes a los tuyos. Y si quieres transitar ese puente en sentido inverso y buscarme, hazlo; hoy con las redes sociales es posible y será un placer saber de ti.

Pero si no volvemos a encontrarnos, entonces recuerda lo que acabo de decirte, especialmente si eres joven. No dejes de pelear por tus imposibles. Cree.

Federico Axat
17 de junio de 2018

Agradecimientos

En la medianoche del 1 de abril de 2016, mi hermana Ana me llamó por teléfono para avisarme de que nuestro padre estaba hospitalizado. Había sufrido una descompensación a raíz del tratamiento de quimioterapia que estaba llevando adelante. Hacía poco tiempo le habían diagnosticado un cáncer de lengua descubierto muy tempranamente, por lo que las perspectivas de recuperación eran altas. Yo estaba a una hora de viaje de mi ciudad natal, de modo que le pregunté a Ana si creía necesario que fuera a ver a mi padre en ese momento. Me respondió que no, que él estaba fuera de peligro, consciente y hablando con ellos con normalidad, y que podría visitarlo al día siguiente.

Un rato después volvió a sonar el teléfono. Mi hermana lloraba. «Se murió, Fede.»

A las tres de la madrugada viajé a mi ciudad, inmerso en ese *loop* de incredulidad y tristeza que nos atrapa cuando nos deja un ser querido. El comienzo de este libro ya estaba en mi cabeza en ese tiempo, pero fue durante ese viaje cuando terminó de gestarse. La historia llegó, así de repente. Mi padre está presente en este libro de diversas formas, se ha colado en muchos personajes con pequeños gestos y costumbres que muchos reconocerán.

Mi padre fue una de las personas que más me animó y se enorgulleció con cada pequeño logro en mi carrera. Mis hermanos me contaron que el día de su internación le dijo a todos los doctores y enfermeros que su hijo era escritor y que tenían que leer *La última salida*. A una de las enfermeras incluso le anotó el título en un papel para que no se le olvidara.

Gracias, pa. Gracias por tu ejemplo.

Ese mismo año, casi como una ley de compensación universal, llegó a mi

vida una mujer extraordinaria, a quien amo y admiro, que no sólo me entendió cada vez que necesité horas para la materialización de *Amnesia*, sino que además aportó ideas que se abrieron paso en la historia. Gracias, Sole. ¡Somos equipo!

Esta novela no sería lo que es sin el invaluable aporte de Maria Cardona, mi agente, que con sus numerosas lecturas fue capaz de marcarme el camino correcto. Gracias, Maria. A ésta casi te la aprendes de memoria.

Todo el equipo de la agencia literaria Pontas ha sido de gran ayuda. Anna Soler, por supuesto, pero también Marina, Ricard y Leticia. A ellos, toda mi gratitud.

A mis amigos Ariel Bosi y Guillermo Ramundo, que me apoyan desde el primer momento, y a María Laura Ganzó, que leyó el manuscrito original en tiempo récord y me dio su valiosa opinión.

Y por supuesto a mi madre, Luz, y a mis hermanos, Ana y Gero. Gracias por todo.

Amnesia

Federico Axat

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Federico Axat, 2018

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© de la imagen de la cubierta, © Hilary Walker / Millennium Images UK

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5439-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

